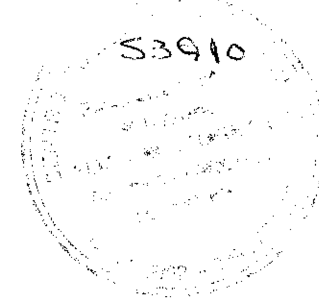
John Chadwick

El mundo micénico

Alianza Universidad



Alianza Universidad



John Chadwick

El mundo micénico

Versión española de
José L. Melena

Alianza
Editorial

Título original:
The Mycenaean World

Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2204-4
Depósito legal: M. 6.996-1978
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L. - Ronda de Toledo, 24, Madrid-5
Printed in Spain

INDICE

Agradecimiento ... 9

Prefacio ... 11

Capítulo 1.—La helenización de Grecia ... 21

Capítulo 2.—Los testimonios documentales ... 36

Capítulo 3.—La geografía micénica ... 59

Capítulo 4.—Las gentes de las tablillas ... 87

Capítulo 5.—La estructura social y el sistema administrativo. 97

Capítulo 6.—Religión ... 115

Capítulo 7.—Agricultura ... 136

Capítulo 8.—Artesanía, industria y comercio ... 173

Capítulo 9.—Las armas y la guerra ... 202

Capítulo 10.—Homero el pseudohistoriador 227

Capítulo 11.—El fin del mundo micénico 237

Bibliografía 244

Indice analítico 247

AGRADECIMIENTO

Por el permiso para reproducir las ilustraciones indicadas estoy en deuda con las siguientes instituciones y personas: la Sociedad Arqueológica de Atenas: 52 (de S. Marinatos, *Thera* VI, láminas 6 y 9); la Escuela Británica de Atenas: 35, 54 (de *BSA* 7, figuras 12 y 47, lámina 50; J. Allan Cash: 27, 28; Departamento de Arqueología, Universidad de Cincinnati: 9, 18, 31; la Clarendon Press, Oxford: 12 (de A. J. Evans, *Scripta Minoa* II, lámina 38); el Deutches Archäologisches Institut, Atenas: 54, 65; Henry Hankey: 8; Hirmer Fotoarchiv, Munich: 21; Macmillan, Londres y Basingstoke: 2 (de A. J. Evans, *The Palace of Minos* III [1930], p. 224, fig. 157); el Museo Nacional, Atenas; Princeton University Press: 29, 59, 64 [«Escena de batalla III-Estrella de mar», «Escena de batalla V-Carro de guerra» y «Citarista y ave», en el volumen II, *The Frescoes,* de Mabel Lang; *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia* (copyright © 1969 por la Princeton University Press), publicado para la Universidad de Cincinnati: lámina 124 24H64, lámina 123 26H64 y lámina 126 43H6. Reimpresas con permiso de la Princeton University Press]; Edwin Smith: 4; lord William Taylour: 32 [y 7, 44, 45, 46, 47, 50 de la presente versión española].

PREFACIO

No faltan precisamente libros que describan la civilización que se desarrolló en Grecia en la Edad del Bronce reciente, en el período de los siglos XVI al XIII, que conocemos por el nombre de Micénico. Pero, hasta fecha reciente, esta época remota ha sido el coto celosamente custodiado del arqueólogo, ya que se conocía directamente sólo a partir del mudo testimonio de los palacios, las tumbas, la cerámica, los sellos de piedra, los frescos y otros objetos duraderos por el estilo como para haber resistido más de treinta siglos de enterramiento. Hasta la fecha casi todos los libros que han tratado de describir esta civilización han sido escritos por arqueólogos, y su interés se ha centrado sobre los restos materiales, aun cuando han mostrado conocimiento de otras dimensiones.

Desde 1939 hemos sabido que los palacios micénicos hicieron uso de la escritura, y desde 1952 que su sistema gráfico, idéntico al que se utilizó en Cnoso en el siglo XIV, ocultaba una forma arcaica de la lengua griega. Ya he descrito el desciframiento de esta escritura por Michael Ventris en mi pequeño libro *The Decipherment of Linear B* (Cambridge, 1958, 2.ª edición 1967; traducción española de E. Tierno Galván, *El Enigma Micénico. El desciframiento de la escritura Lineal B*, Taurus, Madrid, 1962; 2.ª edición 1973). Un capítulo de dicho libro estaba dedicado a una breve descripción de la vida en la Grecia micénica, tal como surgía de los nuevos datos documentales. Pero la investigación sobre estas fuentes escritas ha progresado en la actualidad hasta tal punto que una mera

revisión de dicho capítulo no puede hacer justicia al tema. Es necesario escribir todo un nuevo libro para describir la Grecia micénica tal como comienza a aflorar ahora a partir de las tablillas.

A primera vista, su contenido es deplorablemente aburrido: largas listas de nombres, registros de ganado, cereales y otros productos, en fin, los libros de cuentas de unos funcionarios anónimos. Aquí y allá, una vívida descripción de una mesa taraceada o de un carro ricamente decorado rompe la monotonía. En su mayor parte, empero, las tablillas son documentos monótonos y sin vida. Su único valor reside en su absoluta autenticidad, por cuanto contienen las palabras reales y las cifras asentadas por los hombres y mujeres que crearon la misma civilización que ha legado tesoros tan espléndidos a la pala del arqueólogo. Los hechos registrados por los escribanos y los funcionarios de los cuatro distintos establecimientos reales nos son accesibles en la actualidad; constituyen un testimonio histórico tan sólido como los restos materiales y pueden servir de base para deducciones históricas igualmente fidedignas.

El progreso en la interpretación de los documentos ha sido posible por cierto número de razones. El sistema gráfico y las reglas que rigen su uso se comprenden mejor en la actualidad; la naturaleza del dialecto se ha hecho mucho más clara, y el significado de palabras, que en principio parecieron oscuras, se ha aclarado en muchos casos. El estudio de los textos originales nos ha permitido proponer numerosas lecturas mejoradas y, en particular, la ubicación de los distintos fragmentos que constituyen una sola tablilla nos ha permitido reconstruir, en su totalidad o en parte, muchos textos nuevos a partir de piezas ininteligibles. Pero quizá el paso más grande hacia adelante se ha debido a la identificación de los contenidos de las cestas individuales, de los archivadores podríamos decir, en los que se almacenaban las tablillas antes de que una conflagración las precipitara al suelo en un confuso montón. Esto ha sido posible en muchos casos gracias al reconocimiento de la caligrafía de los distintos escribanos. Allí donde una sola tablilla es, con frecuencia, como una sola ficha sacada de un archivador, toda una cesta puede revelar gran parte de los hechos que están en la base de los asientos.

Por lo tanto, parece que había la necesidad de que presentara un panorama de la Grecia micénica tal como puede reconstruirse en la actualidad a partir de los testimonios documentales. Estos son, desde luego, complementarios de las fuentes arqueológicas, sobre las que me he basado también en gran medida; pero el interés principal descansa sobre los nuevos testimonios que poseemos ahora para la vida económica de este período. Sin embargo, un examen

detallado de cada grupo de documentos conocidos hasta ahora se haría rápidamente tedioso; todos los grupos principales están discutidos en *Documents in Mycenaean Greek* (Ventris y Chadwick, 1956; 2.ª edición, Chadwick, 1973). Hay todavía algunos grupos que se comprenden apenas como parte para contribuir mucho a una síntesis del tipo intentado aquí; pero, cuando miro hacia atrás contemplando el progreso que hemos experimentado durante los últimos veinte años, estoy seguro de que, andando el tiempo y especialmente si se encuentran nuevos textos, será posible extraer de ellos también nuevos elementos de información que puedan contribuir al panorama general.

Algunos de mis colegas pensarán sin duda que, en algunos lugares, he ido demasiado lejos al reconstruir un modelo que explique los documentos. Sólo puedo decir aquí que debe existir algún modelo, por cuanto aquéllos son fuentes auténticas, coetáneas; y si el modelo que he propuesto es erróneo, adoptaré gustoso otro mejor cuando se proponga. Pero lo que desde luego rechazo es la actitud derrotista que rehúye incluso idear un modelo por el mero hecho de que no pueden probarse todos sus detalles. Los documentos existen; existieron por lo tanto las circunstancias que motivaron que fueran escritos, y mi experiencia me ha demostrado que éstas no son en modo alguno imposibles de conjeturar.

Al tratar de reunir todos los testimonios sobre cada tema en consideración, se hace muchas veces necesario manejar el mismo documento en capítulos diferentes. Se ha evitado en lo posible la repetición mediante referencias cruzadas, pero el lector debe aceptar que éstas remitan tanto hacia adelante como hacia atrás, y puede que tenga que esperar hasta más tarde para encontrar el testimonio sobre el que se basan algunas consideraciones. Evidentemente, no he tenido espacio suficiente para discutir todas las teorías rivales que se han propuesto, sino que he intentado presentar aquella interpretación de los documentos que en el momento actual juzgo más probable, siguiendo en la mayor parte la opinión común, aunque en algunos lugares he adoptado soluciones propias frente puntos de vista respaldados por una gran mayoría y, de vez en cuando, me he visto obligado a proponer soluciones nuevas. En algunos casos se está presentando en otra parte una justificación más detallada de mis puntos de vista, como, por ejemplo, mi refutación en detalle de algunas posturas vigentes sobre la geografía pilia. He proporcionado las referencias a nuevos trabajos en lo que me ha sido posible, sin sobrecargar el texto con notas; éstas van en la forma del apellido del autor, la fecha de publicación y el número de la página, si viene al caso. La referencia completa se encontrará en la biblio-

grafía, que en un libro de este tipo debe ser inevitablemente selectiva.

Tan irritante es para el especialista leer «una tablilla de Cnoso» como lo es para un lector más general el enfrentarse con secuencias de números ininteligibles. He tratado de buscar una solución de compromiso insertando, por lo general entre paréntesis, la referencia exacta de las tablillas, de forma que no se interrumpa su discusión. Para aquellos que deseen tener en cuenta estas referencias debo explicar las convenciones de uso general en la actualidad. El centro de donde procede el documento está abreviado en las dos primeras letras de su nombre en transcripción: KN=Cnoso, MY=Micenas, PY=Pilo, TH=Tebas. Las tablillas se clasifican posteriormente por series de prefijos bilíteros, que proporcionan al especialista una información adicional sobre el tema a que hacen referencia: por ejemplo, los prefijos que comienzan por A- indican listas de hombres y mujeres, C- ganado, L- tejidos, R- armas, etcétera. Finalmente, cada tablilla tiene un número de serie que, tras un primer experimento en Pilo, hoy se considera ya fijo, si bien pueden producirse modificaciones aparentes, si se demuestra que dos fragmentos numerados pertenecen a una sola tablilla. Los textos se citan normalmente según la última edición: KN=J. Chadwick, J. T. Killen y J.-P. Olivier, *The Knossos Tablets IV* (Cambridge, 1971); MY=J.-P. Olivier, *The Mycenae Tablets IV* (Leyden, 1969); PY=E. L. Bennett y J.-P. Olivier, *The Pylos Tablets Transcribed* (Roma, 1973); TH=J. Chadwick, *Minos* (Salamanca) 10 (1969), páginas 115-137, y *The Thebes Tablets II,* Suplemento a *Minos* número 4 (1975).

Es este, quizá, el momento de ofrecer alguna explicación sobre el sistema de escritura Lineal A, ya que, aunque en rigor queda fuera del ámbito de este libro, habrán de hacerse algunas referencias al mismo. Entre los siglos XVIII y XV a. C., los cretenses emplearon una escritura indígena, que utilizaron para llevar las cuentas y para inscripciones votivas. Esta escritura fue claramente la fuente de la que la Lineal B fue tomada en préstamo; es probable, efectivamente, que los griegos comenzaran por tomar en préstamo escribas minoicos, quienes adaptaron después su escritura para notar la lengua griega. De esta forma, podemos entender gran parte del contenido de las tablillas en Lineal A; sabemos cómo opera el sistema de escritura y podemos asignar valores aproximados a la mayor parte de los signos silábicos. Pero, aunque sabemos el significado de unas pocas palabras, ha resultado hasta ahora imposible demostrar convincentemente cuál es la lengua subyacente. Ulteriores avan-

ces dependerán en gran medida del descubrimiento y publicación de más textos.

Puede ser útil concluir aquí una breve nota sobre cronología. No hay un medio exacto de datar los acontecimientos en el conjunto de la Edad del Bronce griega; nos basamos en una secuencia que es fundamentalmente la de los estilos de la cerámica y, en unos pocos casos, podemos sincronizar éstos con la historia de Egipto, que está datada con más exactitud. Los arqueólogos emplean, por lo tanto, una clasificación en Bronce Antiguo, Medio y Reciente, utilizando los términos Heládico Antiguo, Medio y Reciente para el Continente, y Minoico para Creta. Estos períodos se subdividen posteriormente en tres, y cada subperíodo puede dividirse aun más en fases. En la medida de lo posible este libro utiliza una datación por siglos, pero debe tenerse presente que incluso éstos son puras aproximaciones. La siguiente tabla podrá proporcionar cierta indicación aproximada de los acontecimientos principales.

Siglo XX (o antes):	Los antepasados de los griegos entran en Grecia; comienzo del período Heládico Medio.
XVI	Comienzo del período Heládico Reciente o Micénico.
XV	A principios de siglo, importante erupción de Tera; a mediados de siglo, invasión griega de Creta.
XIV	A principios de siglo, destrucción de Cnoso (período Minoico Reciente III A). A finales de siglo, comienzo del período Heládico Reciente III B.
XIII	Apogeo de la civilización micénica. Hacia finales del siglo, destrucción de Tebas, Micenas, Pilo y otros lugares.
XII	Período Heládico Reciente III C.
VIII	¿Fecha de Homero?

En el curso de este libro, se cita cierto número de palabras micénicas, de manera que es necesario explicar el sistema de transcripción empleado. Los signos de la Lineal B pueden ser transcritos alfabéticamente de acuerdo con un sistema ideado en los primeros días del desciframiento. En este sistema, cada signo silábico es reemplazado por una forma alfabética convencional, que proporciona

una aproximación al sonido de la palabra tal como podemos reconstruirlo. Pero, dado que algunos sonidos están omitidos por el sistema gráfico y dejados a la imaginación del lector, debemos, por lo general, dar dos transcripciones: una representación estricta de los signos de la Lineal B, que se indica mediante el uso de guiones que separan las sílabas (por ejemplo, *a-to-ro-qo*); y una forma reconstruida, que representa la pronunciación que creemos que la palabra habría tenido (*anthrōquōi* para la forma citada). Las formas del griego clásico se transliteran aquí también en alfabeto latino.

El sistema empleado para la Lineal B requiere cierta explicación. Las grafías silábicas son sólo aproximadas, ya que la escritura no hace distinciones que son importantes en griego. Así, la forma aspirada de las oclusivas, que en griego antiguo se pronunciaba como oclusiva simple, pero con un soplo de aspiración, no se nota independientemente; *k* puede estar por *kh*, *t* por *th*, *p* por *ph*. Tampoco se notan los correlatos sonoros, excepto en el caso de *d*; de esta forma, *k* está igualmente para *g* y *z* tiene probablemente los valores *ts* y *dz*. La letra *r* se emplea en la transcripción, pero puede leerse como *r* o *l*. Se utiliza la letra *q* con el valor de *qu* (o *kw*) y puede ser aspirada (*quh*) o sonora (*gu*). No existe ordinariamente un signo para *h*. La letra *j* debe pronunciarse como la consonante fricativa española *y*; *w* como el sonido inicial del español *hueso* [wéso]. En el proceso de desciframiento se observó que determinados signos parecían dobletes de los valores de otros y se etiquetaron mediante la adición de un subíndice numérico: así ra_2 y ra_3. Pero ahora se sabe que todos los signos de este tipo tienen valores especiales: ra_2 está por *rya* o *lya* como una sola sílaba, ra_3 por *rai* o *lai*. De igual forma, a_2 está por *ha*, a_3 por *ai*, pero ambas grafías son facultativas y puede emplearse *a* con estos valores. Existen también signos silábicos que contienen la semivocal *w*: por ejemplo, *dwe, dwo, nwa*; éstos también se dan esporádicamente, dado que las palabras griegas que las poseen son raras y se ha eliminado la *w* en griego clásico.

La transcripción de los numerales es simple, pero es necesario recordar que los numerales micénicos son como los romanos y no cuentan con el orden de colocación de los guarismos. Empero, los ideogramas son más problemáticos, ya que no se trata de una forma de escribir palabras griegas, sino más bien de símbolos de contabilidad añadidos a los numerales para especificar lo que se está contando. Parece haber existido cierta libertad para crear un ideograma; por ejemplo, los signos para los distintos tipos de vasijas de hecho son pequeñas representaciones pictóricas esquemáticas. No obstante, la mayoría había quedado ya formalizada en la escri-

tura madre, la Lineal A, y eran simples motivos convencionales. Hemos sido capaces de resolver el significado de la mayor parte de éstos, aunque todavía hay unos pocos que son oscuros. El método de transcripción, adoptado ahora a escala internacional, es el de representar ideogramas mediante palabras latinas apropiadas, que, si es necesario, se abrevian después. De aquí que, si se echa una ojeada a las recientes ediciones de tablillas, se hallarán curiosidades como VIR, MUL, GRA, OLIV, CUR, EQU; en este libro, empero, se interpretan siempre y se describirán en español como HOMBRE, MUJER, GRANO, ACEITUNAS, CARRO y CABALLO, y así sucesivamente.

Los signos métricos para pesos y medidas de capacidad constituyen un problema especial. Después de algún que otro experimento, escogimos un sistema convencional, empleando letras mayúsculas del alfabeto para representarlos, desde la L a la Z. Su empleo quedará claro a partir de su discusión en el capítulo 7, pp. 136-144; véanse también las figuras 34, 36 y 37.

Se nos plantea otro problema al tratar de los topónimos griegos. En algunos casos existen formas y pronunciaciones específicamente españolas, que son de uso regular, y sería pedante alterar nombres familiares como *Atenas, Corinto* o *Micenas*. Pero, incluso cuando un lugar ha conservado el mismo nombre desde la Edad del Bronce hasta hoy, su pronunciación desde luego ha cambiado. De esta forma, lo que en época micénica era (presumiblemente) *Mukānai* pasó a *Mykēnai* en época clásica (donde *y* tiene el valor de *ü*) y para los griegos de hoy es conocido como *Mikíne*. Así, las palabras micénicas reconstruidas se escriben antes con *u* que con *y*, con *ā* para la *ē* posterior, con *qu* y *gu* para las más recientes *p* y *b* o *t* y *d*, según el contexto, y con una *w* donde más tarde no hay rastro alguno; de aquí *guasileus* para la clásica *basileus, wanax* para la clásica *anax*, etcétera.

La grafía de los topónimos y antropónimos griegos modernos plantean otra dificultad. Después de dudarlo mucho, he decidido adoptar una solución de compromiso, con la intención de permitir al lector alcanzar algo similar a la pronunciación correcta, al tiempo que se mantiene una razonable proximidad a la grafía oficial. Pero debo explicar cómo actúa el sistema.

Las vocales y diptongos se pronuncian largos o breves según lleven o no un acento, que siempre se nota por lo tanto. Con frecuencia las guías, que omiten este rasgo indispensable, dejan indefenso al visitante extranjero. Pero, aunque el extranjero que pregunte por *Knósos* en vez de *Knosós* será corregido al instante, es necesario decir que en ocasiones puede oirse más de un acento: *Monemvásia, Monemvasía* y *Monemvasiá* se emplean las tres. Tam-

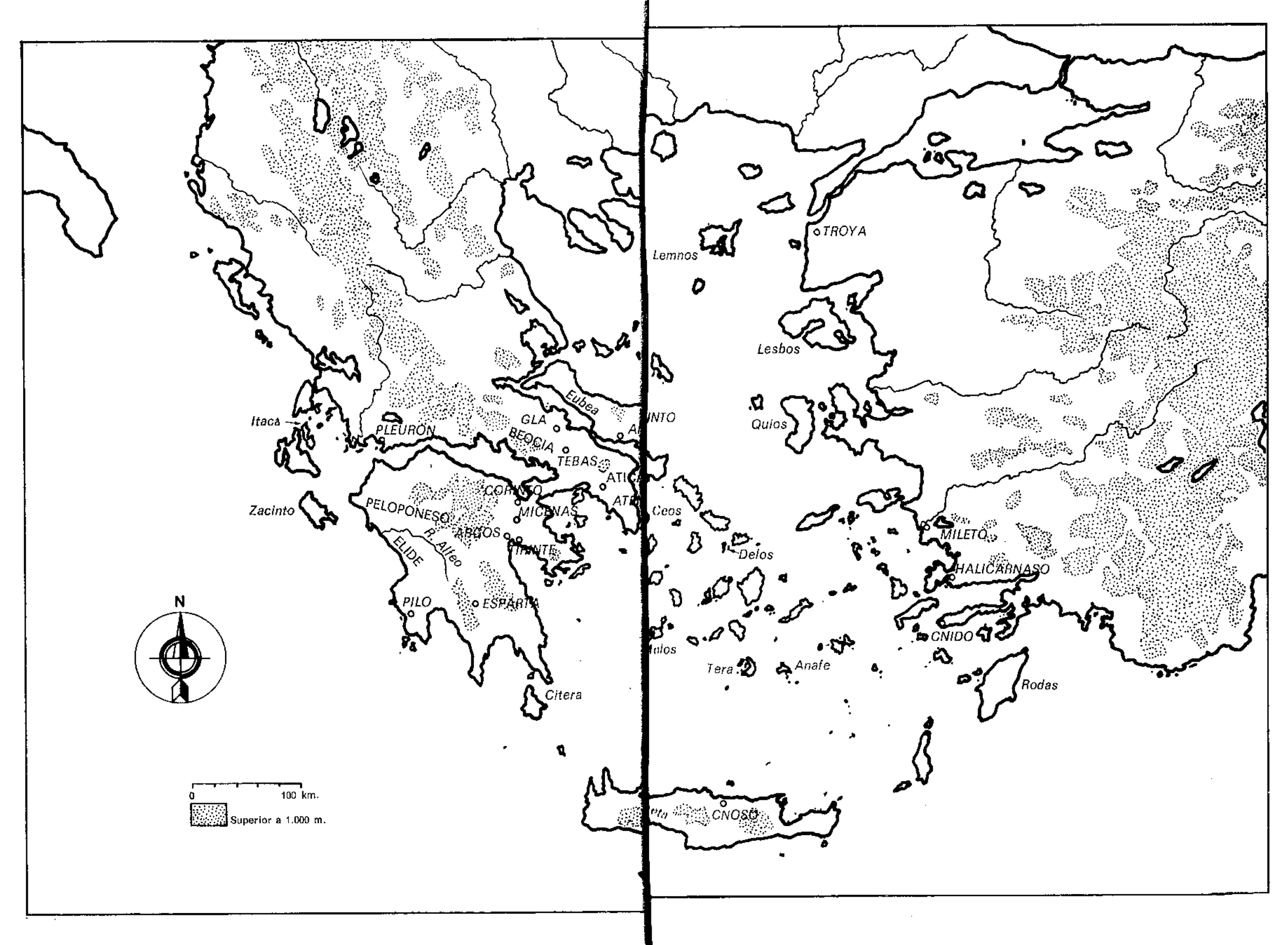


FIGURA 1.—*Mapa de Grecia y del Egeo.*

bién debería señalarse que, al hablar griego, el acento puede cambiar en la declinación: Atenas es (en la forma literaria) *Athíne*, pero «de Atenas» es *Athinón*. Las vocales *a, e, i* y *o* se pronuncian más o menos como en español, pero, cuando son breves, de una forma algo similar a las vocales del inglés *pat, pet, pit, pot*; *ou* se pronuncia como la *u* española.

Las consonantes, tal como se transcriben, son más o menos como en español, excepto en las siguientes combinaciones: *dh* como la *z* del español *hallazgo*, *ph* como la *f* española, *th* como la *c* del español *cero*, *kh* más o menos como la *j* española, *gh* un sonido similar pero sonoro, más bien como *y* ante *e* o *i*. La *h* inicial no se pronuncia; así, el elemento común en los topónimos que significan «San(to)», *Hághios*, se pronuncia algo así como *Áyos*. Hay, desde luego, muchas sutilezas no mencionadas aquí, para las que el lector debe remitirse a obras sobre griego moderno.

No es necesario insistir en que este libro no podría haberse escrito jamás sin la ayuda y consejo de muchos amigos; es un placer, no obstante, recoger aquí los nombres de aquellos que han leído y criticado las versiones previas de toda la obra o de parte de ella: el doctor J. T. Killen, la doctora C. G. Thomas, la señorita C. W. Shelmerdine y la señora C. Murray. La señora B. Black ha realizado la mayor parte de la labor mecanográfica. Estoy en gran deuda con algunas personas e instituciones por el permiso para reproducir fotografías; una lista completa de las mismas aparece de forma independiente. Debo, empero, hacer mención especialmente del señor Henry Hankey, que realizó la ilustración de un escriba micénico manos a la obra. A todos ellos les ofrezco mi agradecimiento.

Tengo la esperanza de que el libro será de interés no sólo para los estudiosos de la fase primitiva de la civilización griega, sino también para el lector más general. Quisiera recordar aquí de forma particular a mis numerosos amigos griegos y ofrecerles esta pequeña contribución a su historia, en contrapartida de las numerosas visitas agradables que he hecho a Grecia y de varios honores recibidos de sus manos. La lengua griega posee una línea de desarrollo continua desde el siglo XIV a. C. hasta hoy, y los ecos del griego de la Edad del Bronce han sido muy bien descritos por un poeta contemporáneo, el señor P. A. Sinopoulos:

> *xekhíthike kambanolálima triandatrión eónon.*
> «Repicó un juego de campanas de hace treinta y tres siglos.»

Cambridge
Junio 1975

J. C.

Capítulo 1

LA HELENIZACION DE GRECIA

Al hablar del pasado, nada más fácil que plantear preguntas sin sentido, que, sin embargo, todavía parecen juiciosas. Si preguntamos: «¿Dónde estaban los ingleses en el momento en que Julio César invadió Inglaterra?», la respuesta no existe; en dicha fecha no existía habitante alguno de Inglaterra que pudiera ser identificado como «inglés». Debemos guardarnos igualmente de plantear cuestiones del estilo de: «¿Cuándo alcanzaron los griegos Grecia?», ya que esto presupone que existían unos griegos fuera de Grecia. Con todo, es esta una cuestión que se han planteado muchas veces y a la que, por lo general, se ha dado respuesta.

En ambos ejemplos, la cuestión vital es el significado de «los griegos» o «los ingleses». Con estos términos pretendo designar a los hablantes de lengua griega o inglesa respectivamente, ya que si se refieren simplemente a los habitantes de Grecia o Inglaterra la cuestión sería superflua. De esta forma, mi pregunta sobre los griegos presupone la existencia de la lengua griega fuera de Grecia, hipótesis esta para la que no hay testimonio alguno. La lengua griega es conocida a partir de documentos escritos en Grecia desde el siglo XIV a. C. en adelante, y, en otras épocas más recientes, también en otras regiones como resultado de movimientos colonizadores; su patria, empero, ha sido siempre, hablando a grandes rasgos, el área ocupada por el actual estado de Grecia, aunque sin extenderse quizá en principio tan al norte como la frontera actual.

Sin embargo, el dominio actual de una lengua no es necesariamente su hogar original; la lengua húngara o la turca, por ejemplo, deben haber alcanzado sus áreas actuales desde una posición mucho más al Este. Todo lo que podemos decir sobre el griego es que parece no haber dejado huellas fuera de Grecia, excepto allí donde se ha difundido en época histórica. Pero la existencia en el mapa de Grecia antigua de docenas de topónimos carentes de significado en griego sugiere tajantemente que en una época determinada allí se habló otra lengua, si bien no tenemos medios para saber qué lengua era ésta. Nombres como *Korinthos, Zakunthos, Athānai* (Atenas), *Mukānai* (Micenas), *Knōsos* (la grafía con doble *s* que se emplea muchas veces es en rigor incorrecta), *Amnisos, Tulisos* se derivan ciertamente de una o más lenguas desconocidas habladas en Grecia.

Es este hecho, el testimonio de una población de habla no griega en la Grecia prehistórica, el que ha llevado a estudiosos serios a preguntarse: «¿Cuándo penetraron los griegos en Grecia?». Sin embargo, las analogías de casos históricos bien conocidos, como «¿cuándo penetraron los españoles en México?», no deben cegarnos a la posibilidad de que la lengua griega no existiera antes de este supuesto acontecimiento, sino que se formó en suelo griego de un modo muy semejante a como el inglés moderno se formó en Inglaterra a partir del anglosajón profundamente contaminado con el francés normando y otros pocos cuerpos extraños. ¿Hay alguna razón por la que no debiera preferirse esta teoría?

La concepción tradicional de unas oleadas de guerreros de habla griega descendiendo a través de los Balcanes para someter a Grecia es una postura antigua, muy bien respaldada por la obra de un eminente lingüista austríaco, Paul Kretschmer, en los ya lejanos finales del siglo XIX. La forma en que esta teoría ha sido mantenida con frecuencia afirma que existieron tres oleadas de invasores, denominados, por lo general, jonios, aqueos y dorios, en un momento posterior a las divisiones clásicas de los dialectos griegos. Fue posible incluso datar arqueológicamente estas invasiones: los jonios serían las gentes que penetraron en Grecia en torno al siglo XX a. C., los aqueos en torno al siglo XVI, los dorios sobre el XII. No obstante, esto sirve para poner de manifiesto un punto flaco en la teoría, dado que ésta implica que los dorios del siglo XII todavía estaban hablando lo que era patentemente la misma lengua, a pesar de diferencias insignificantes, ochocientos años después de perder el contacto con sus primos jónicos. Los paralelos sugieren que las diferencias que surgen en un período tan dilatado habrían sido mucho más acusadas que las que pueden observarse. Aunque la ciencia de la

Glotocronología, que intenta establecer las fechas de acontecimientos lingüísticos prehistóricos a partir de la comparación de dialectos o lenguas emparentadas, no es lo suficientemente exacta como para permitirnos rechazar la postura tradicional sólo por estos motivos, ofrece, sin embargo, un fuerte argumento en contra. Exploremos, por lo tanto, la otra alternativa.

Esta hipótesis sostiene que la lengua no existió antes del siglo XX a. C., sino que se formó en Grecia mediante la fusión de una población indígena con los invasores que hablaban otra lengua (Chadwick, 1963). Es una cuestión ardua saber cuál era esta otra lengua. Sabemos que el griego pertenece a la gran familia de lenguas indoeuropeas, que se extiende desde Islandia e Irlanda hasta el norte de la India, sin tener en cuenta su difusión en época relativamente reciente a las Américas, Africa y Australia. Mediante la comparación de las lenguas documentadas más antiguas de esta familia, es posible reconstruir gran parte de una lengua prehistórica que denominamos protoindoeuropeo, de una forma muy similar a la que sería posible reconstruir el latín, si no lo conociéramos, a partir del italiano, francés, español, portugués y rumano. Es dudoso que los invasores de Grecia hablaran un protoindoeuropeo puro, pero podemos al menos estar seguros de muchas características de su lengua, aun cuando sea difícil predecir el estadio exacto alcanzado en el proceso evolutivo en el momento de su llegada.

Cuando estos protogriegos, como los voy a llamar, alcanzaron Grecia, se mezclaron con los anteriores habitantes, a los que lograron subyugar, y tomaron en préstamo de éstos numerosas palabras para objetos que no les eran familiares; y la pronunciación incorrecta del griego por parte de estos indígenas condujo a cambios permanentes en la fonética de la lengua. Los préstamos son particularmente interesantes, por cuanto incluyen tanto los nombres de numerosas plantas y animales como términos que indican un grado de civilización superior, como por ejemplo la palabra «bañera» o los numerosos términos para distinguir las diferentes clases de cacharrería. Ahora bien, entre las plantas están las palabras para dos árboles, el ciprés y el terebinto. Ninguno de los dos crece en libertad en áreas sujetas a fuertes heladas; de aquí que se encuentren en los Balcanes, al norte de la cuenca del Egeo, sólo en puntos especialmente abrigados. Por lo tanto, no es probable que los protogriegos encontraran estas palabras fuera de esta área; pero, dado que la palabra para «ciprés» muestra una divergencia característica en los dialectos griegos posteriores, es probable que la fragmentación del griego en dialectos, al menos a este respecto, tuviera lugar dentro de Grecia. Tampoco esta teoría encuentra problema alguno

a nivel arqueológico. La entrada de los protogriegos en Grecia puede ser situada no más tarde del siglo XIX a. C. En la actualidad hay algún dato de que el cambio más importante se dio en algunos lugares en una fecha incluso más temprana, sobre el siglo XX, en la que muchas ciudades fueron destruidas y reconstruidas después con nuevos aires. Los cambios visibles, desde el punto de vista arqueológico, del siglo XVI no deben vincularse necesariamente a la llegada de nuevas gentes: el efecto principal parece ser un aumento de la influencia de Creta sobre Grecia.

Los sucesos de finales del período micénico constituyen un problema. Las tradiciones griegas sugieren que en torno a esta época una nueva rama de la estirpe griega, los dorios, se desplazó dentro del Peloponeso. Cierto es que las gentes que ocuparon todo el Peloponeso, excepto la parte central, en época clásica se llamaban a sí mismos dorios, y que hablaban dialectos íntimamente emparentados. No obstante, ha resultado imposible encontrar algún rastro inequívoco de este desplazamiento en los restos arqueológicos, y, si llegaron desde el norte de Grecia, no puede haber sido desde Tesalia, la cual parece haber formado parte de la civilización micénica. La única área desde la que podrían haber partido es el noroeste, y esto armoniza con los fragmentos de información que los griegos clásicos recordaban sobre dicho acontecimiento. Parece, empero, muy poco probable que las escabrosas montañas de Etolia y del Epiro pudieran generar una población lo suficientemente amplia como para colonizar el sur de Grecia en la ecala exigida, por muy débil que fuera la resistencia micénica. Pienso ahora que muy posiblemente tengamos que buscar una solución mucho más fundamental para este problema, pero, dado que éste cae fuera del ámbito de este libro, me propongo reservarlo para una ulterior discusión.

Reconstrucción de la prehistoria

Podemos ahora intentar una breve reconstrucción de la historia de Grecia desde el siglo XXII al XII a. C. El período comienza con la incursión, todavía no sabemos desde dónde, de un pueblo belicoso poseedor del caballo, pero de un tipo más pequeño que los que utilizamos ahora, y con un tipo característico de cerámica. Estas gentes se establecieron primero quizá en la Grecia central y en el norte del Peloponeso y, al mezclarse con las gentes del lugar, crearon la lengua griega, que se extendió al resto de la Grecia continental, excepto probablemente Macedonia. No está claro en qué fecha alcanzó el griego las islas; Tucídides (I.4) habla de la supremacía

cretense en este área y deduce arqueológicamente la presencia de carios (es decir, del pueblo que él conoció como habitante de la parte sudoccidental de Anatolia) en las islas (I.8). Creta fue ocupada hasta el siglo XV por unas gentes que no hablaban griego, ya que poseemos su lengua en forma escrita y, aunque no podemos identificarla con seguridad, no hay duda de que no era griego (Chadwick, 1967*b*, pp. 12-15, 154-156). Se trata de la lengua de las tablillas de arcilla y otras inscripciones en la escritura Lineal A, que se han encontrado en numerosas partes de Creta y fragmentariamente en las islas del Egeo. Los cretenses se establecieron ciertamente fuera de Creta: las islas de Ceos (Kéa a la altura del Atica), Citera (Kíthira, a la altura de Laconia), Melos (Mílos), Rodas y, sobre todo, Tera (Santoríni).

Precisamente a partir de Tera conocemos la mayor parte del período Minoico en las islas, gracias a las inmensas excavaciones arqueológicas de Akrotíri, emprendidas recientemente por los griegos bajo la dirección del difunto profesor S. Marinátos. En el momento de escribir este libro se ha puesto al descubierto sólo la extremidad meridional de lo que puede ser una gran ciudad; con todo, ésta ha revelado vastos complejos de edificaciones, calles y plazas con paredes que permanecen en pie hasta una altura de siete u ocho metros. Aunque ninguno de los edificios hasta ahora explorados presente la planta típica de un palacio minoico, bien conocida ahora a partir de los hallados en Creta, la excelente cantería y las magníficas pinturas murales prueban que estamos tratando con algo más que unas simples casas particulares. Este área al menos debe haber sido habitada por grandes dignatarios, y da más bien la impresión de un complejo estilo Kremlin que de un palacio de Buckingham.

En torno al siglo XVI, la influencia minoica sobre el continente se hace muy acusada. La conquista militar parece improbable; los continentales, que por esta época podrían merecer el apelativo de griegos, fueron siempre belicosos, interesados en las armas y en la caza, mientras que los minoicos vivían en palacios abiertos en lugares que no ofrecían protección natural alguna. Todos los refinamientos de la civilización del continente en las artes y las técnicas parecen haber sido tomados en préstamo de Creta. El más famoso deporte minoico, perpetuado en frescos y en otras muchas obras de arte, estaba claramente relacionado con los toros. Pero no hay nada que sugiera cualquier semejanza con la *corrida de toros* española, ya que todos los participantes humanos están desarmados. Como ha señalado el profesor sir Denys Page, la interpretación tradicional de este deporte debe estar equivocada. Es físicamente imposible



FIGURA 2.—*Deportes taurinos sobre un vaso hallado en Hághia Triádha.*

incluso para el atleta más concienzudamente entrenado realizar una cabriola mortal sobre el lomo de un toro arrancado, menos aún para ser recogido por otro participante situado detrás del toro. Las posiciones aparentes se deben a la incapacidad del artista para representar la perspectiva. El deporte debe haber consistido, para el ejecutante, en excitar al toro para que se le arrancara, y, entonces, en el momento crucial, brincar alto en el aire, haciendo que el toro pase inofensivamente por debajo y plegando sus piernas hacia arriba de forma que no se produzca un contacto, ya que un contacto con un objeto que se mueve a 50 kilómetros por hora es probable que sea catastrófico. Algo similar tiene lugar todavía en el sur de Francia. Debe haber sido un deporte emocionante con un serio riesgo para los competidores, pero confirma la impresión de los minoicos como pueblo civilizado, controlado, al tiempo que no falto de coraje. No es sorprendente que la tradición griega posterior considerara dicho deporte como una especie de sacrificio cruento; las gentes que hicieron que el término para «de habla extranjera» significara «bárbaro» no habrían permitido a los cretenses un deporte honorable.

El arte y la artesanía cretense y también, sin duda, artistas y artesanos cretenses, se encuentran ahora por doquier en el continente. Creo que debemos asignar precisamente a este período la adopción, también a partir de los minoicos, de una escritura como instrumento de contabilidad. Mientras se dirige una finca pequeña, se puede ser capaz de ejercer un control adecuado sin registros escritos; pero, conforme se amplía el área bajo control, la necesidad de un sistema de contabilidad se hace perentoria. Es muy probable que esto sucediera en el continente por esta época (véase el capítulo 5); las pequeñas unidades controladas por un barón local quedaron fusionadas, por medios pacíficos o por uniones impuestas, de modo que los reinos resultantes de las mismas necesitaron un ejército de funcionarios para gobernarlos y dirigir su producción, y de aquí surgió la necesidad de registros contables. Los minoicos habían creado ya hace tiempo un sistema para llevar las cuentas y habían empezado a emplear su escritura también para grabar dedicatorias en los santuarios. Los griegos tomaron de ellos en préstamo el sistema de escritura, adaptándolo a su propia lengua y mejorando la teneduría de libros. Una reforma muy sencilla que introdujeron fue la práctica de comenzar cada asiento en una línea nueva y, por consiguiente, de tener tablillas «confeccionadas a la medida», cuyas dimensiones se adecúan por regla general al texto que tenían que albergar. En esta época hay también un evidente auge de riqueza, y la economía micénica «despegó», como dicen los economistas modernos. Más tarde iremos examinando la base económica de este salto hacia adelante.

Pero no todo era bueno en el mundo micénico. Durante el siglo XVI un grave terremoto produjo un profundo daño en Tera y, simultáneamente al parecer, en Creta, ya que el mismo acontecimiento parece haber dejado constancia en los estratos arqueológicos de Cnoso, Festo y otros centros cretenses. El borde meridional del Egeo está especialmente sujeto a terremotos por una razón que resulta más fácil de comprender ahora que se han confirmado las nuevas teorías del movimiento de la corteza terrestre. Al parecer, Grecia y el Egeo están ubicados sobre una «placa» muy reducida, que está siendo montada en su borde meridional por la enorme placa africana, según se desplaza ésta hacia el norte. El resultado es una profunda fosa en el fondo marino al sur de Creta y terremotos frecuentes en torno a los límites de la placa egea. El

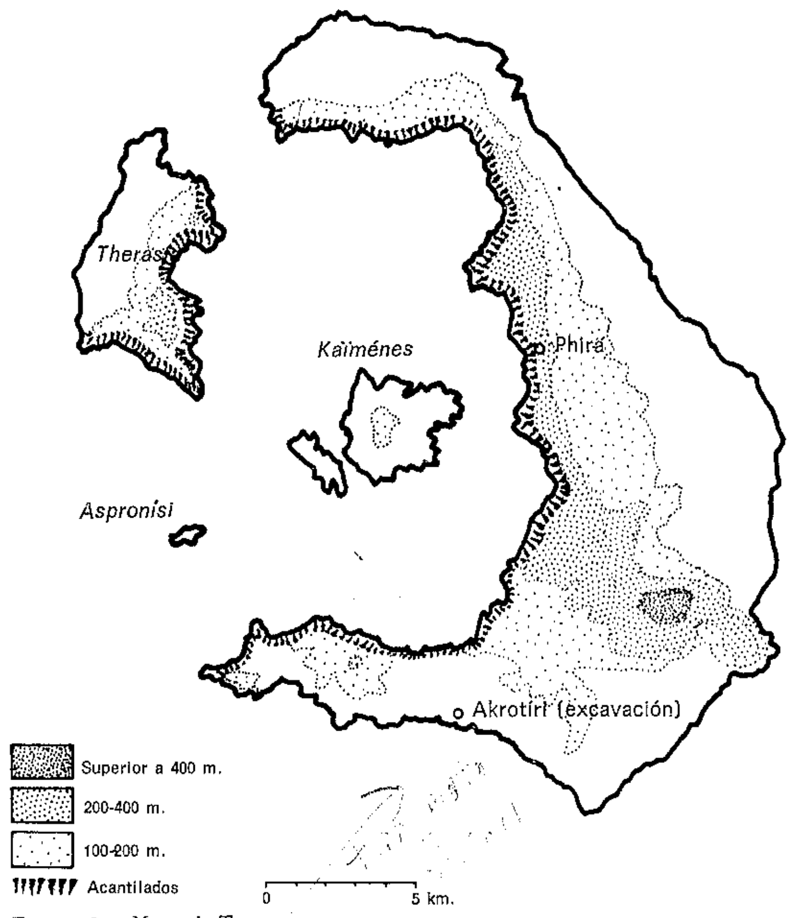


FIGURA 3.—*Mapa de Tera.*

suceso del siglo XVI, que sucedía a otro aproximadamente un siglo anterior, parece haber sido particularmente severo. Con todo, tan pronto como pasó, los minoicos reedificaron inmediatamente sus ciudades, y la vida continuó como antes; desde luego hay signos de un desarrollo y prosperidad crecientes en el período subsiguiente.

Poco tiempo después, en torno al 1500, según el profesor Marinátos, otro terremoto, no tan violento como el anterior, sacudió Tera. Pero debe haber sido acompañado por un suceso más alarmante, una erupción volcánica, ya que Tera era a la sazón una

isla bastante grande, de unos 16 kilómetros de diámetro, más o menos circular y con una enorme montaña cónica en el centro. El volcán, hasta entonces dormido, debe haber presentado signos de iniciar su actividad, por cuanto se abandonaron los edificios elegantes y podemos conjeturar que sus moradores se retiraron a la mayor seguridad de Creta. Por supuesto, sólo la clase superior pudo realizar su fuga; las gentes humildes permanecieron allí y comenzaron a despejar las ruinas del terremoto, de modo que pudieran ocupar la parte no dañada de las antiguas construcciones.

Poco tiempo después, que más bien debe medirse por meses que por años, tuvo lugar el desastre previsto. El volcán comenzó a entrar en erupción en serio y la ciudad fue enterrada en un profundo manto de ceniza, del que está siendo recuperada ahora por los arqueólogos. Al tiempo que la erupción avanzaba, su ferocidad se incrementó hasta que la sólida montaña no fue otra cosa que un hueco cascarón, del que toda la roca fundida había sido proyectada fuera; hasta que, en un paroxismo final, toda la montaña explotó y el mar se abalanzó dentro. Así, todo lo que hoy se conserva es un sector en forma de media luna al este y una isla mucho más pequeña que fue en tiempos parte de la costa occidental. La explosión de un volcán es un acontecimiento raro, pero la erupción de Tera parece haberse reflejado de cerca en la erupción del Cracatoa, en el estrecho entre Java y Sumatra, en el 1883 d. C. Había, sin embargo, una diferencia importante: el volumen de materia perdida de la isla, y por ende la violencia de la erupción fue al menos cuatro veces superior en el caso de Tera y posiblemente hasta unas diez veces mayor. Para otros paralelos debemos retroceder a épocas geológicas cuando, por ejemplo, la isla de Isquia entró en erupción de una forma semejante.

Este acontecimiento, científicamente atestiguado, ha dado lugar a una gran polémica. La pretendida vinculación con la extraña historia de Platón de una tierra sumergida llamada Atlántida puede obviarse con facilidad, ya que la descripción platónica contiene tres errores importantes (tamaño, fecha y situación), por no mencionar otros menos graves, si se refiere a Tera; y, si en realidad se trata de un reflejo distante de este suceso, está demasiado distorsionado para sernos de alguna ayuda en nuestra búsqueda de la verdad, aunque puede servir de entretenimiento a quienes disfruten inventando juegos.

El argumento más importante se refiere a los efectos que dicha explosión debió producir en otros lugares. Podemos estar seguros de que el ruido fue increíblemente estrepitoso y alarmante; Cracatoa fue escuchado en Australia, y todo el Egeo debe haber tenido

conocimiento del destino de Tera gracias a un aterrador estruendo. La nube de ceniza proyectada del volcán habrá oscurecido el cielo en cientos de kilómetros a la redonda, pero el efecto más imprevisible debió haberse producido en el mar. Cuando la pared exterior de la montaña se agrietó en dos puntos y el mar se precipitó en el interior, se generaron inmensas fuerzas de mareas y una ola, conocida por el término japonés de *tsunami* («ola de puerto»), se habría propagado por todo el Egeo. De este raz de marea hay testimonios claros en la isla de Anáphi, 27 kilómetros al este de Tera, en forma de mantos de piedra pómez en alturas superiores a los 250 metros. Se ha señalado la presencia de pómez en otros puntos, por ejemplo, en el yacimiento de Nikhória, en el sur del Peloponeso; pero, aunque puede ser identificado como perteneciente a un estrato de esta época, está claro que llegó a este lugar por acarreo deliberado, ya que está demasiado alto y lejos del mar como para haber sido llevado por una ola. De hecho, la búsqueda de los daños producidos por la ola ha sido descorazonadora. El *tsunami* provocado por el Cracatoa dañó de hecho y motivó la pérdida de vidas en zonas tan alejadas como las de Hawaii; ¿cómo Tera pudo haber dejado de causar daños lejanos en las cerradas aguas del Egeo?

Sin duda, numerosos asentamientos costeros resultaron anegados, pero las huellas arqueológicas de tal inundación son muy difíciles de encontrar. Además, el comportamiento de las olas en el mar es muy complejo. El resultado inmediato en la vecindad del volcán sería un ligero descenso del nivel del mar en un amplia área, tan ligero que los barcos que navegaban cerca de Cracatoa no comunicaron olas anormales. De haberse hecho a la mar la flota minoica, probablemente habría sobrevivido incólume. Pero allí donde la ola encontrara aguas poco profundas se habría elevado a gran altura; la ola generada por el Cracatoa alcanzó en algunos lugares una altura de más de 30 metros. Pero esto no sería así en todas las costas, ya que donde el agua es profunda cerca de la orilla, la ola se refleja hacia atrás y su potencia se disipa así gradualmente. De aquí que no debamos suponer que un asentamiento como el de Gourniá, emplazado sobre una discreta colina a unos pocos cientos de metros del mar en la costa norte de Creta, sería inevitablemente inundado. Nuevos testimonios saldrán probablemente a la luz conforme los arqueólogos comiencen a buscarlos.

No obstante, aun sin pruebas arqueológicas directas, hay aquí un efecto que puede predecirse con seguridad. Los navíos que se encontraran en el mar en aguas profundas podrían sobrevivir sin daño, pero todo navío situado cerca de la costa o dentro de un puerto, aun si estaba sacado a la playa, habría sido arrastrado sin duda por la fuerza de la ola, transportado probablemente alguna distancia tierra adentro y, con toda certeza, hecho pedazos. Si la flota minoica hubiera estado en cualquier puerto de la costa norte de Creta, debió haber sido aniquilada de un solo golpe, y este mismo golpe cayó probablemente sobre las embarcaciones de todos los puertos del Egeo. Sólo en la costa sur de Creta es probable que el efecto haya sido menos devastador. Es razonable suponer que la mayor parte de la flota minoica fuera puesta fuera de acción y siempre se ha supuesto que ésta era precisamente la fuerza que mantuvo Creta tanto tiempo inviolada y que posibilitó a sus moradores el dominio del Egeo. Los dirigentes de los estados griegos ribereños del Egeo pueden haber sufrido desastres similares, pero sus fuerzas navales eran probablemente mucho más reducidas, y las embarcaciones de la costa occidental de Grecia o en el golfo de Corinto habrían escapado con toda seguridad. De aquí que los griegos hayan sido capaces, una vez recuperados de la pérdida inicial, de reequiparse con nuevos navíos y pueden haber sentido perfectamente la necesidad de hacerlo para su propia defensa, una vez que se había quebrado el control minoico del mar. Es precisamente en torno a esta fecha cuando parece comenzar en Grecia la época de las fortificaciones, si bien la mayor parte de los asentamientos permanecieron sin fortificaciones. Si los minoicos hubieran estado en peores condiciones para rehacer su flota, esto explicaría por qué fue posible la invasión griega de Creta, pero sólo después de que los griegos hubieran tenido tiempo para construir nuevas flotas y organizar la enorme empresa conjunta que habría sido necesaria para montar con éxito una invasión.

El tercer efecto es el más difícil de predecir, pero es en potencia el más dañino. La ceniza volcánica proyectada se habría elevado en la atmósfera para descender luego en forma de lluvia sobre las áreas a favor del viento. La labor de dos geólogos americanos, D. Ninkovich y B. C. Heezen (1965), ha mostrado la existencia de este depósito de ceniza en los fondos marinos en derredor de Tera, y su grosor relativo en las distintas direcciones indica que el viento era de componente noroeste. Por lo tanto, la ceniza fue llevada hacia Creta central y oriental y hacia el Dodecaneso. Es difícil establecer qué grosor alcanzó el manto depositado en Creta; su existencia, en cantidades microscópicas, ha sido señalada en el yacimiento de Mírtos, distante más de 80 millas náuticas (146 km.) de Tera, en la costa sur de Creta y al socaire del monte Dicté (Dhíkti). Si la ceniza alcanzó un grosor de 10 centímetros, como se ha sugerido, su efecto sobre la vida vegetal habría sido devastador, por cuanto, aunque en cantidades reducidas puede obrar como fertili-

zante, grandes cantidades acabarán con toda vegetación. Los efectos del viento y de la lluvia dispersarán en su momento el manto de ceniza y la tierra recobrará su fertilidad; esto sucedió con gran rapidez en Cracatoa, pero esto se debe sin duda a que esta isla está situada en una zona de lluvias tropicales. Así que es posible que haya existido un período en el que Creta oriental quedara yerma, pero no hay constancia arqueológica de ello; los palacios continuaron su florecimiento, aparentemente sin interrupción alguna.

El siguiente acontecimiento de importancia tras el desastre es todavía un misterio. La erupción de Tera parece datarse con seguridad a finales del período Minoico Reciente I A, sobre el 1500 a. C. A finales del período I B, quizá en torno al 1450, una catástrofe importante golpeó a los palacios cretenses. Todas las edificaciones minoicas de Creta, aunque quizá con la excepción de Cnoso, fueron presa de las llamas. Ahora bien, es muy fuerte la tentación de forzar la cronología de modo que la destrucción de la Creta minoica pueda atribuirse directamente a los efectos de la erupción de Tera. Pero, aunque es difícil calcular el intervalo de tiempo, parece existir de hecho un hiato demasiado grande como para que podamos relacionar ambos hechos. Además, ¿cómo puede un volcán provocar incendios en un radio de 160 kilómetros? Es muy poco probable incluso que una onda de choque generada en el aire hubiera volcado las lámparas de una forma tan consistente a tal distancia. Se empieza a vislumbrar si los efectos de Tera consistieran en debilitar el poderío minoico en tal medida que los griegos del continente consideraron seguro, al igual que lo hicieron una generación más tarde, el atacar en gran número y destruir todos los centros del poderío minoico salvo uno, Cnoso, en cuyos exuberantes aledaños se instalaron, tras haber remodelado algunas partes del palacio para acomodarlas a su propio gusto.

Una de las secuelas de la conquista de Creta fue, sin duda, el incremento del desplazamiento de artesanos cretenses al continente, y más adelante podremos ver testimonios que sugieren su presencia allí en el período siguiente. Creta disfrutó un período de control fuertemente centralizado, pero esto también duró sólo un breve espacio de tiempo, ya que la destrucción de Cnoso sólo se había retardado, no desviado. De nuevo, por razones inexplicadas, y en una fecha muy discutida, pero probablemente en la primera mitad del siglo XIV, el enorme palacio de Cnoso fue incendiado y ya no fue más la sede de un poder importante. Esto no quiere decir, desde luego, que ya no volviera a existir jamás un rey en Cnoso, sino que, si lo hubo, construyó un nuevo palacio en otro paraje aún sin descubrir y puede haberse tratado sólo de un príncipe de poca

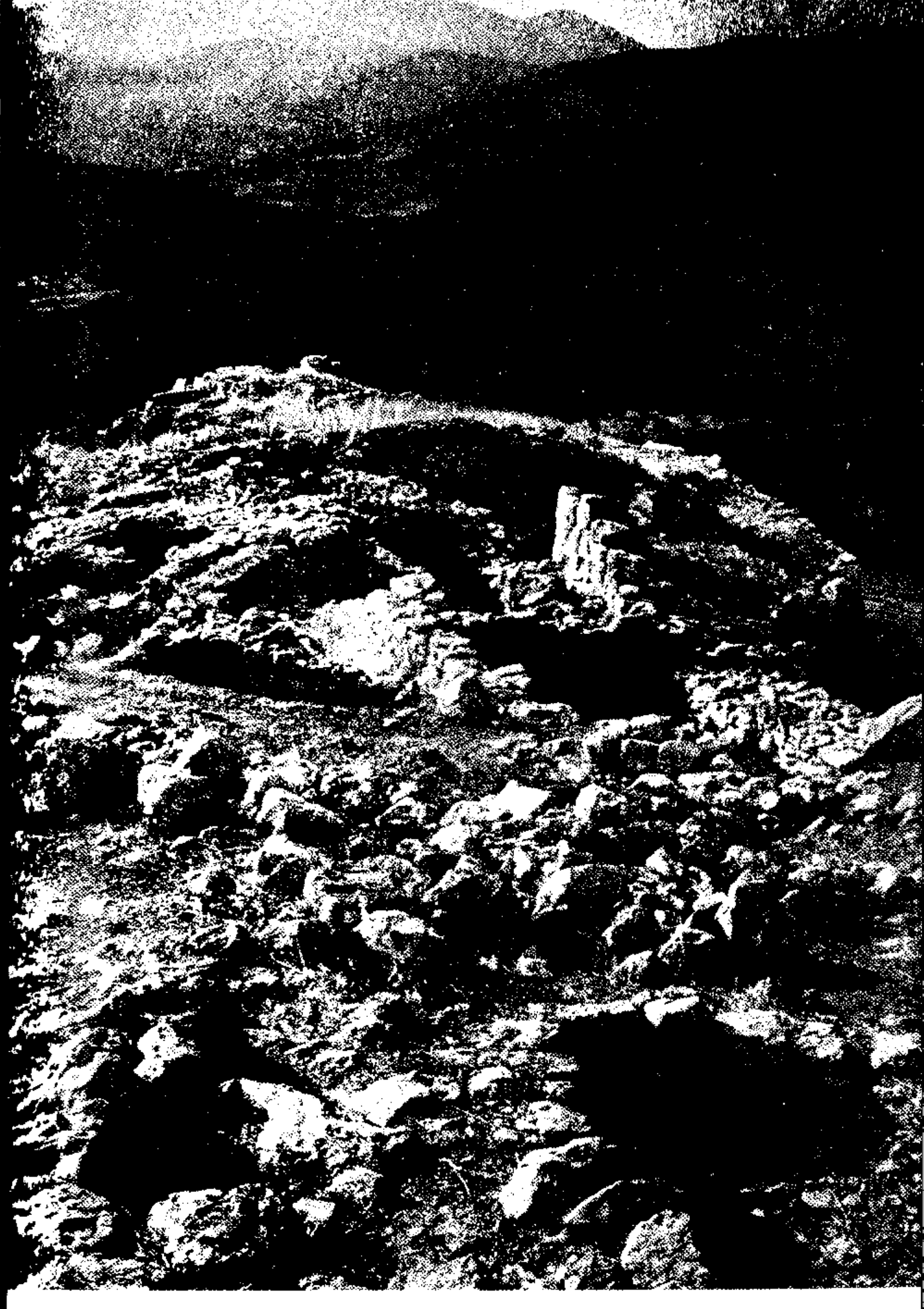


FIGURA 4.—*Micenas: la ciudadela.*

monta, incapaz de imponer su voluntad sobre los otros dirigentes de Creta.

En este período nuestra atención debe volver al continente. Todo el sur de Grecia, hasta Beocia por lo menos como límite norte e incluyendo posiblemente Tesalia, fue el hogar de una sociedad griega avanzada, que calificamos con el nombre de micénica a partir de Micenas, el primer y más importante centro que fue excavado minuciosamente. Podría parecer que el país se dividía en pequeños estados, si bien más grandes, en algunos casos, que las ciudades-estados de la época clásica. Sabemos de la existencia de palacios en Tebas, Atenas, Micenas, Tirinte y Pilo; pero existieron sin duda otros, por ejemplo en Esparta, en la Elide o en el área de Corinto. Sólo cuando han sobrevivido los archivos de tablillas de arcilla, podemos tener la esperanza de delimitar las áreas controladas por estos palacios, y esto apunta a la actual Pilo, por cuanto las tablillas de Micenas y de Tebas son demasiado escasas como para permitirnos trabajar en este sentido con algún provecho. Por el contrario, las dimensiones del reino pilio pueden determinarse con razonable certidumbre y podemos suponer que otros reinos ocuparon áreas semejantes determinadas por factores geográficos. Sería sorprendente que toda Laconia no fuera administrada desde un palacio ubicado en la vecindad de Esparta. Pueden haber existido dos palacios próximos como Micenas y Tirinte (distantes 15 kilómetros entre sí), pero por razones estratégicas es imposible que la llanura argiva estuviera dividida entre ambos; Tirinte debe haber sido, por lo tanto, una posesión de Micenas.

La Grecia micénica parece haber alcanzado su cenit en los albores del siglo XIII. Fue en este siglo cuando el asentamiento de Troya conocido para los arqueólogos como Troya VII A fue destruido, al parecer, por una acción enemiga, si bien no hay testimonios arqueológicos de que los destructores fuesen griegos micénicos. Pero a mediados de siglo la marea había cambiado y encontramos una vez más la letanía familiar de poblaciones incendiadas y lugares abandonados. Es evidente que toda Grecia era un hervidero y, uno tras otro, los magníficos palacios fueron presa de las llamas y aunque la vida continuó, lo hizo en adelante en un nivel de civilización muy inferior. Las artes mayores, como la construcción de sillería, y la escritura se agostaron, y la vida retornó a su fundamento agrícola.

Si pudiéramos situar con certeza las fechas de estas destrucciones, el modelo sería sin duda instructivo; no obstante, la datación arqueológica no puede ser lo bastante precisa, ni los modernos métodos científicos como el radiocarbono pueden proporcionarnos el grado de precisión necesario. En algunos lugares, parecen haberse

producido dos o incluso tres destrucciones; en Micenas, las casas exteriores a las murallas fueron incendiadas mucho antes que las edificaciones dentro de aquéllas y parece haber existido después otro intervalo antes de la destrucción final. No obstante, el panorama general no permite otras deducciones precisas. Todo lo que podemos decir con seguridad es que los reinos micénicos, con su amplia y floreciente población, llegaron a su fin y el siglo siguiente contempla una Grecia habitada desperdigadamente aquí y allá y unos supervivientes que buscan lugares menos expuestos a las incursiones piráticas procedentes del mar.

Capítulo 2

LOS TESTIMONIOS DOCUMENTALES

Las nociones del resumen histórico presentado en el capítulo anterior proceden de la arqueología, de los esfuerzos colectivos de estudiosos de numerosas nacionalidades a lo largo de un período de cien años. Pero después de la hazaña de Michael Ventris en 1952 al descifrar la escritura Lineal B, hemos tenido otro medio con el que investigar la Grecia micénica. El propósito principal de este libro es poner de manifiesto lo que las tablillas, en conexión con otras fuentes, pueden decirnos y cómo se han obtenido dichos resultados.

Los documentos escritos de la Grecia micénica son relativamente escasos. Sólo se han encontrado tablillas en gran cantidad en Cnoso y en Pilo; unas cuantas hasta ahora proceden de Micenas y de Tebas, y Tirinte ha sacado a la luz sólo lo suficiente para mostrar que también existían aquí. Nuestra información es, por lo tanto, extremadamente desigual y, en algunos casos, puede ser arriesgado generalizar a partir de la misma; pero la homogeneidad de la cultura micénica es tan acusada que sería extraño que otras partes de Grecia se comportaran de una forma muy diferente.

Es difícil dar un número exacto de tablillas, ya que la gran mayoría está formada por dos fragmentos por lo menos y con frecuencia por muchos más. Es engañoso contar un pequeño fragmento como una tablilla, pero con todo puede pertenecer a un documento por lo demás desconocido. Es más seguro hablar en cifras redondas de unas 3.000 tablillas en Cnoso y quizás 1.200 en Pilo,

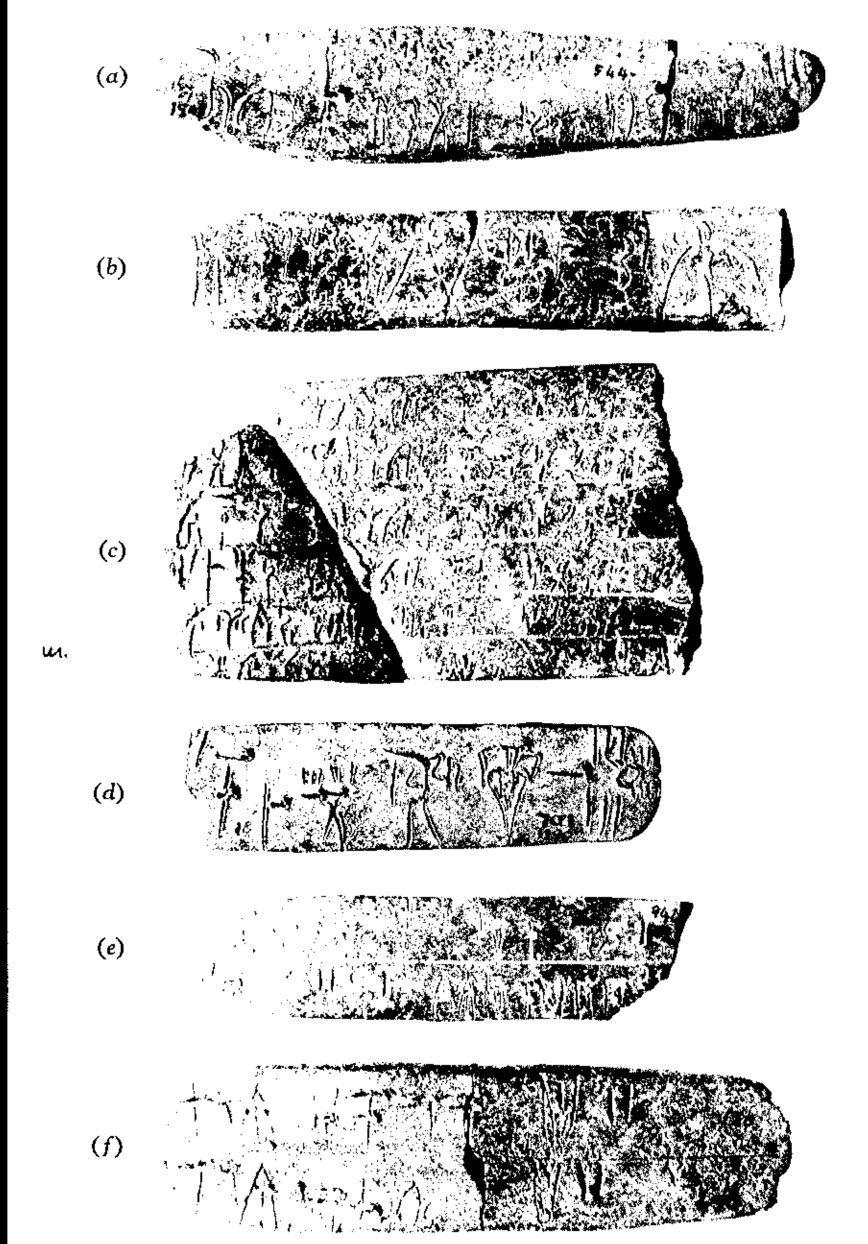


FIGURA 5.—*Tablillas de Cnoso: (a) Ra 1548, (b) Sc 230, (c) K 875, (d) Gg 701, (e) L 693, (f) Od 690.*

pero, como las dimensiones medias son mayores en Pilo, es ésta, de hecho, nuestra fuente principal de información.

Lo que hace tan preciosos estos poco prometedores terrones de arcilla es el hecho de que constituyen una fuente totalmente nueva de información fidedigna sobre la civilización griega más antigua, que sólo sería conocida, por lo demás, por la arqueología y las vagas tradiciones de la época clásica. Es una lástima que no nos digan nada sobre la historia o el pensamiento de las gentes que las escribieron; pero quizá resulte sorprendente para algunos el descubrir cuánto puede deducirse de las mismas. Si los micénicos no consideraron necesario conservar su historia o su correspondencia diplomática, sí dejaron al menos una constancia de la administración de sus reinos y del funcionamiento de algunas parcelas de su economía.

Además de las tablillas, poseemos inscripciones en Lineal B pintadas sobre vasijas que proceden de cierto número de lugares y que siguen encontrándose todavía. Signos aislados, por lo general incisos sobre un cacharro acabado, aparecen con frecuencia, y pueden ser considerados normalmente como marcas que indican la propiedad o quizá, en algunos casos, el fabricante. Muchos de estos signos están tomados del repertorio de la Lineal B, pero casi invariablemente son signos sencillos que sólo requieren unos pocos trazos y, por lo tanto, podían ser reproducidos accidentalmente por personas que no supieran leerlos y escribirlos. Nunca se puede hablar con seguridad de una verdadera inscripción hasta poseer una secuencia de tres signos consecutivos por lo menos.

En este sentido aparecen, de hecho, incripciones sobre vasijas micénicas, por lo general sobre vasijas de almacenamiento; éstas están pintadas antes de la cochura y no pudieron haberse añadido tras la manufactura. Con mucho, el mayor número de estas inscripciones, cuando están completas, consta de una sola palabra y, cuando esta palabra puede ser identificada, parece ser siempre un nombre de persona. Pero existe también un grupo relativamente pequeño de vasijas con inscripciones más largas; la mayor parte procede de las exiguas áreas excavadas hasta la fecha en el palacio micénico de Tebas. Estas presentan típicamente una fórmula de tres palabras y, dado el espaciamiento de las palabras en derredor de la jarra, no siempre es fácil decir dónde comienza la inscripción. No obstante, el modelo parece ser de una forma constante: antropónimo, topónimo y otro antropónimo en genitivo. El topónimo puede aparecer directamente como tal o como adjetivo derivado; en un caso parece estar sustituido por el adjetivo «regio». Sin embargo, se da el hecho curioso de que no menos de cuatro de los topónimos encon-

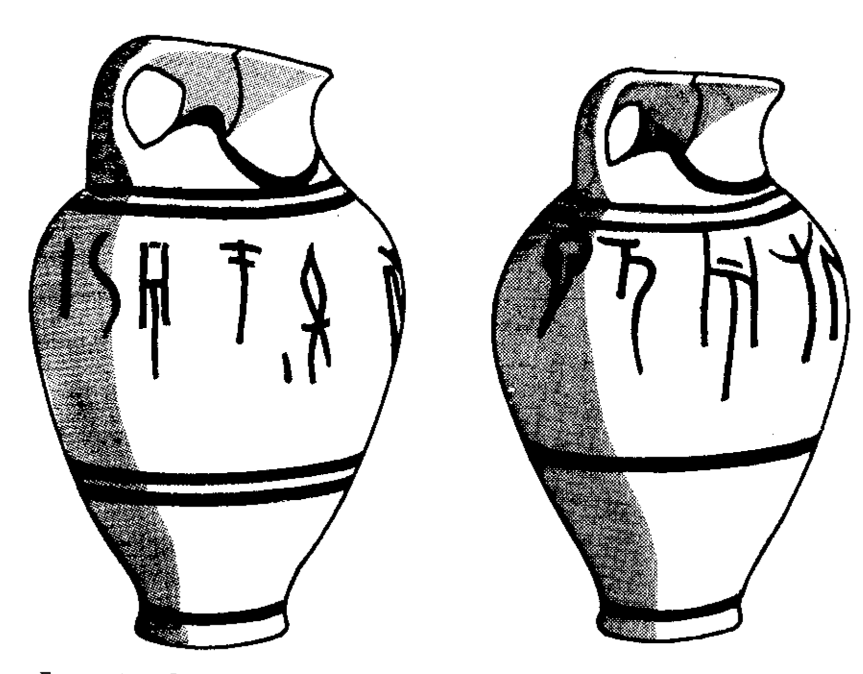


FIGURA 6.—*«Jarras de estribo» inscritas procedentes de Tebas.*

trados en las jarras que proceden del continente son conocidos en las tablillas de Cnoso como pertenecientes a ciudades de Creta. No se ha encontrado todavía jarra alguna en Creta con la fórmula ampliada. Empero, algunas de estas jarras tebanas parecen haber sido fabricadas probablemente en Creta (véase pág. 84); de esta forma parecería que la práctica de registrar el lugar de origen sobre las jarras para exportación era un hábito cretense. Probablemente el propósito de estas inscripciones era servir de una especie de etiqueta o de marca comercial que garantizara el origen del líquido que contenían. Sin duda, los arqueólogos del futuro, cuando se pongan a estudiar los recipientes de vidrio de nuestra sociedad del siglo XX, podrán compilar extensos catálogos de marcas registradas.

Las tablillas se fabricaban de arcilla corriente, formándose en ocasiones en torno a una armadura de pajitas; ésta pereció desde luego, pero el hueco que dejó es claramente visible cuando la tablilla está rota. La escritura se hacía con un cálamo de punta afilada —quizá una espina montada en una especie de mango— y después se dejaba secar. Al cabo de unas pocas horas, quizá un día como

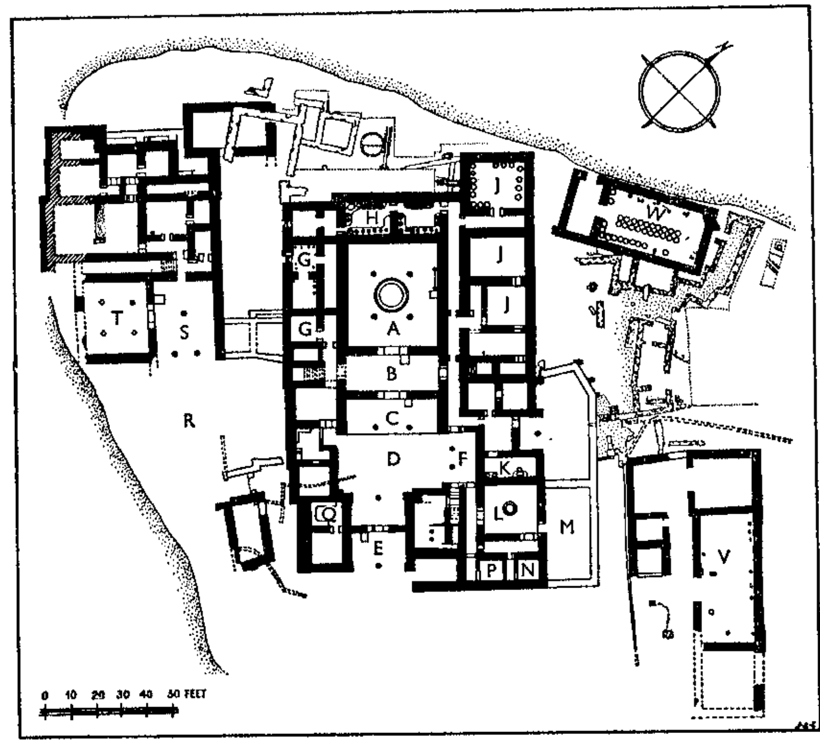


FIGURA 7.—*Plano del Palacio de Ano Englianós.*

máximo, la arcilla quedaba lo suficientemente seca como para que no se pudieran realizar adiciones o supresiones. De aquí que no pudieran corregirse los errores descubiertos tras ese tiempo. En ocasiones, es posible ver que se ha añadido un signo después de que la arcilla hubiera empezado a secarse. A diferencia de las tablillas de arcilla de Asiria, en Grecia nunca se cocieron de una forma deliberada, y se habrían desmenuzado hace ya tiempo a no ser por el hecho accidental de que los edificios donde se guardaban fueron destruidos por un incendio. El incendio, de forma bastante irónica, preservó las tablillas al cocerlas de un modo bastante desigual, de forma que el color varía de unas partes a otras de la tablilla.

Las tablillas, una vez escritas, se almacenaban en canastas y quizá también en cajas de madera, ya que se encontraron algunas charnelas asociadas con las mismas, y, lo que parece probable, se alinea-



FIGURA 8.—*Reconstrucción del anexo de la dependencia de Archivos donde se muestra a un escriba en su trabajo. Ilustración del Hon. Henry Hankey.*

ban en estantes a lo largo de las paredes de las oficinas. Las canastas podían estar identificadas por medio de etiquetas, pequeñas pellas de arcilla húmeda aplicadas sobre el exterior del cestillo; algunas han sobrevivido y son reconocibles por la impresión de cestería en el reverso. Las inscripciones sobre estas etiquetas eran, por regla general, concisas: la de la canasta que contiene una serie de tablillas de Pilo que recogen armaduras de cuerpo entero (Sh) tenía sólo esta única palabra: «coseletes» (Wa 1148).

La figura 8 es un intento de reconstruir la escena en las dependencias de Archivos en Pilo durante su utilización. Estoy en profunda deuda con el Hon. Henry Hankey, quien muy amablemente

realizó está ilustración siguiendo unas pautas trazadas por mí. El escriba está sentado en un taburete (*thrānus* en las tablillas) en la dependencia del Anexo; a través de la puerta del fondo podemos contemplar el interior del Archivo Central donde se encontraron la mayor parte de las tablillas. Las tablillas están archivadas en orden en sus respectivas canastas etiquetadas; unas pocas permanecen expuestas secándose antes de ser guardadas.



FIGURA 9.—*Etiqueta de arcilla de Pilo con marcas de cestería en el dorso.*

El escriba sostiene la tablilla sobre la que está trabajando en su mano izquierda; muchas veces es posible ver las huellas dactilares en el dorso donde descansaba la tablilla, y las grandes tablillas presentan a veces en dicho lugar depresiones correspondientes a la posición del pulgar y de los dedos. A su lado se halla de pie un funcionario que ha regresado de una gira de inspección y está dictando los detalles que desea asentar; ha llevado consigo una tarja para servir de recordatorio de las cifras correctas —una invención gratuita, pero es evidente que se habría necesitado algún tipo de ayuda mnemotécnica temporal para asegurar al funcionario la retención de las cifras correctas. En primer plano, un jovenzuelo está amasando arcilla presto para fabricar la siguiente tablilla para el escriba.

Puede imaginarse fácilmente el resultado de un incendio en una habitación de este tipo. Había material inflamable en las canastas o en las cajas que contienen las tablillas y si estamos en lo cierto al reconstruir los estantes de madera, éstos habrían constituido una buena hoguera; en cualquier caso las paredes contenían vigas de madera. De esta forma, la destrucción de los estantes habría desparramado las tablillas en fragmentos por todo el suelo. En ocasiones los fragmentos se encontraron cerca unos de otros y fueron debidamente encolados por los restauradores de cerámica de la propia

excavación; en otras ocasiones ha costado muchas horas de paciente investigación e inspiradas conjeturas el ver qué fragmentos encajan unos con otros, ya que desgraciadamente, durante la excavación pionera de Evans en Cnoso, no se creyó necesario guardar anotaciones exactas de la situación de cada pieza, y sólo se indicó el área general en los diarios de la excavación; y para muchas de las piezas más pequeñas, falta incluso esta información.

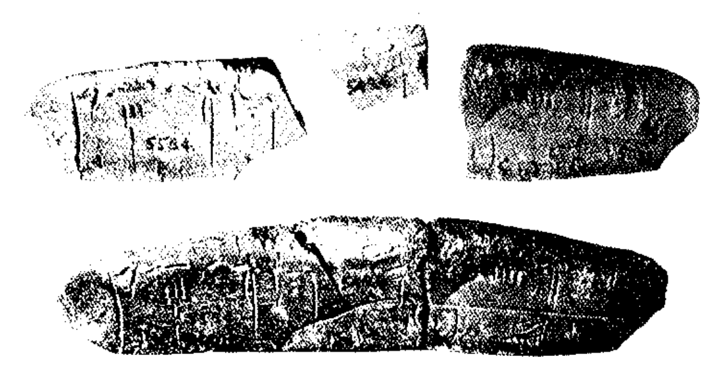


FIGURA 10.—*Tablilla de Cnoso (De 5032) reconstruida a partir de fragmentos.*

Si se hubieran llevado anotaciones más detalladas y precisas, se habría simplificado mucho el cometido de los editores de estos documentos. En vez de ello, mis colegas que han trabajado sobre las tablillas de Cnoso, y yo mismo, hemos tenido que hacer frente a la perspectiva de un gigantesco rompecabezas; mejor dicho, es como hacer unos dos mil o más pequeños rompecabezas simultáneamente, sabiendo además que muchas de las piezas se han perdido. Es ésta una buena oportunidad de rendir tributo a los miembros del equipo que han realizado la mayor parte del trabajo. En primer lugar, se me unió John T. Killen, que vino a Cambridge desde Dublín y que se quedó para emprender su carrera como profesor universitario; después fue un belga, Jean-Pierre Olivier, que mostró no sólo un raro talento para la epigrafía micénica, sino tal celo que era imposible impedirle trabajar catorce horas al día; por intermedio de Olivier se nos agregó finalmente otro belga, Louis Godart, que disfruta ahora de un puesto docente en Italia. Todos ellos, y también otros, han prestado un servicio notable en este deporte de la «caza de la unión», y ha sido un placer dirigir a este brillante equipo internacional. El resultado de sus años de trabajo

en el Museo de Iráklion es que las tablillas de Cnoso están ahora mucho más completas que cuando Evans las dejó. Aun así, la labor no está concluida y quizá no lo esté nunca; pero hemos alcanzado el punto en el que la ley de rendimientos decrecientes está actuando de una forma tan acusada que se puede dudar si merece la pena realizar mucho más trabajo. En ocasiones, aun cuando no puede hallarse una verdadera unión entre fragmentos, es posible demostrar que dos fragmentos pertenecen a la misma tablilla, e incluso conjeturar qué había en la pieza que falta.

Las tablillas de Pilo recibieron mejor trato, y su editor original, el profesor Emmett L. Bennett jr., del Instituto de Investigación de Humanidades de Madison, Wisconsin, U.S.A., trabajó en estrecha relación con el excavador del yacimiento, Carl Blegen, y su equipo. La primera edición en 1951 supuso un paso fundamental hacia el desciframiento de la escritura, ya que estableció con escasísimo margen de error el repertorio de signos de Pilo. Las ediciones posteriores de Bennett han incorporado nuevos textos y han mejorado la lectura de los antiguos; pero la obra original era tan buena que la mejora necesaria era relativamente escasa. Bennett fue también un importante colaborador en el trabajo sobre las tablillas de Cnoso y su temporada pionera en 1950 produjo la primera clasificación satisfactoria de estos textos.

Existe otra tarea fundamental del epigrafista: reconstruir no sólo las tablillas individuales, sino los archivos a los que pertenecieron. Al precipitarse desde un alto estante, un grupo de tablillas se habría desparramado por una amplia zona del suelo, aun cuando no se hubieran alterado en ningún momento los restos antes de que los arqueólogos penetraran hasta ellos. Por supuesto, en la práctica, esta situación deseable es rara, y la interferencia humana —de buscadores de piedra reutilizable más que de tesoros ocultos— o incluso los animales zapadores, por no mencionar las fuerzas de la naturaleza, han contribuido todos ellos a desdibujar la constancia arqueológica. A esto se debe, en parte, el que la datación de las tablillas de Cnoso esté rodeada todavía de tanta polémica.

El agrupamiento de las tablillas en series fue realizado por Bennett con anterioridad al desciframiento mediante el estudio de los ideogramas. Las tablillas que asientan, por ejemplo, hombres y mujeres podían ser distinguidas fácilmente de las que recogen ovejas, paños o carros. Un afinamiento posterior de esta clasificación se echó en falta después del desciframiento, dado que necesitamos conocer, si es posible, los archivos reales en los que fueron almacenadas las tablillas, ya que los contenidos completos de cada fichero

pueden ser considerados como un solo documento. Por lo tanto, propuse el término «juego» como subdivisión de la serie, para designar a un grupo de tablillas que sus autores pretendieron que fueran guardadas juntas y leídas como un solo documento. Como esto implica penetrar en la intención de individuos que llevan ya muertos treinta y dos siglos, es más un objetivo ideal que práctico. Pero hemos alcanzado notables progresos al trabajar en pos de su consecución, y estos «juegos» nos ofrecen útiles instantáneas de la forma en que trabajaban los funcionarios micénicos.

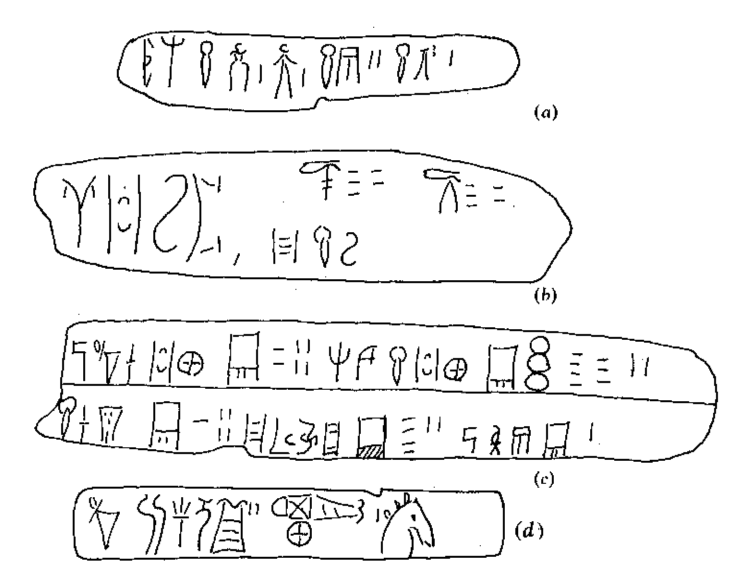


FIGURA 11.—*Tablillas de Cnoso: (a) Ag 88, (b) Db 1227, (c) Ld 587, (d) Sc 103.*

En unos pocos casos, el contexto arqueológico nos ha conservado en realidad no sólo el juego, sino el orden en el que se archivaron las tablillas. El mejor ejemplo se encuentra en la fotografía reproducida en la figura 12. Fue tomada por Evans en el curso de su excavación de Cnoso, y muestra la serie Pp de tablillas tal como fue realmente exhumada. La tablilla de la parte inferior de la fotografía es el documento totalizador que se incluye con frecuencia en un juego de este tipo, y que registra sencillamente el total de todos los demás documentos. No podemos deducir de su posición si aquél era el primero o el último en el archivador, pero lo más probable



FIGURA 12.—*La serie Pp de tabillas de Cnoso tal como fue exhumada.*

es que haya estado en la parte superior de la pila, de modo que el orden original de lectura habrá sido de abajo a arriba de la fotografía. Estos detalles no son meras pedanterías, ya que cuando encontramos topónimos recogidos en un juego de este tipo, tal como

ocurre en la serie Pp, el orden puede ser una clave para su ubicación geográfica.

La tarea de distribuir las tablillas en sus archivadores correctos ha recibido una ingente ayuda del estudio de las manos. Al igual que las grafías modernas difieren unas de otras, así también los escribas micénicos tenían manos características; la forma en que éstos ejecutan algunos de los elementos comunes de los signos nos permite clasificarlos. Por ejemplo, una V invertida forma la base de varios signos, y los escribas pueden ser agrupados según si los lados de la V son rectos o convexos. Mediante un cuidadoso examen de las arrugas formadas al apretar el estilo en la arcilla, podemos determinar el orden en el que se escribieron los trazos. El elemento en forma de cruz, que se encuentra en cierto número de signos (por ejemplo *ka,* véase la fig. 13), puede realizarse con el trazo vertical cruzando el horizontal o viceversa, o los trazos pueden incluso estar

FIGURA 13.—*Variantes de signos empleados por distintos escribas.*

curvados. Igualmente significativo a este nivel es la forma en que los trazos contiguos se espacian, se juntan o se dejan sin juntar, la posición y la forma de elementos menores, la duplicación de líneas. Con estos medios, Bennett (1958) y Olivier (1967) han sido capaces de identificar con seguridad un gran número de los escribas más prolíficos de Pilo y de Cnoso, respectivamente.

Como norma general, todas las tablillas de un solo archivador eran escritas por el mismo escriba, aunque se dan excepciones, y hay casos en los que dos escribas han escrito sobre la misma tablilla, como si cada escribano, por orden, hubiera añadido su propia cuota de información (p. ej. PY Ed 411). El número de distintas manos en cada centro es amplio, probablemente unos 70 en Cnoso y al menos unos 40 en Pilo. Esto quiere decir que los escribas no eran escribanos profesionales, como en el Próximo Oriente, sino que se trataba de funcionarios letrados que podían escribir una tablilla cómo y cuándo se necesitara, pero que también tenían otros cometidos. Algunos funcionarios de rango superior parecen haber escrito en contadas ocasiones una tablilla por ellos mismos, dejando sin duda a sus subordinados hacer la mayor parte del trabajo; pero en ocasiones pudieron tomar el estilo en sus propias manos.

El número total de documentos de cada centro proporciona una producción media por escriba muy reducida; pero de hecho, algunos

escribas son prolíficos, mientras otros hacen muy poco. Sin embargo, no debemos deducir de ello que los escribas micénicos estaban más desocupados que los mecanógrafos actuales; es probable que la mayor parte de los mismos tuviera otras obligaciones aparte de la escritura, dado que un solo escriba podría haber escrito fácilmente todos los documentos conservados en Pilo o Cnoso en unas pocas semanas. Sin duda, el trabajo en las oficinas tenía sus momentos de tedio en los que un escribano daría la vuelta a su tablilla y trazaría un boceto o un motivo. Tenemos la suerte de poseer tres buenos ejemplos de este tipo de garabatos; desde luego, la mayoría debe haber acabado en el «cesto de los papeles». Evans pensó que el ejemplo de Cnoso era el boceto preliminar de un grabador de gemas, pero no es necesario tomar tan en serio este dibujo. El dibujo de Pilo es el más tosco, pero es muy interesante contemplar este ejemplo primitivo del famoso motivo del «laberinto», cuyas formas variables se han encontrado en piedra en zonas tan distantes como Irlanda.

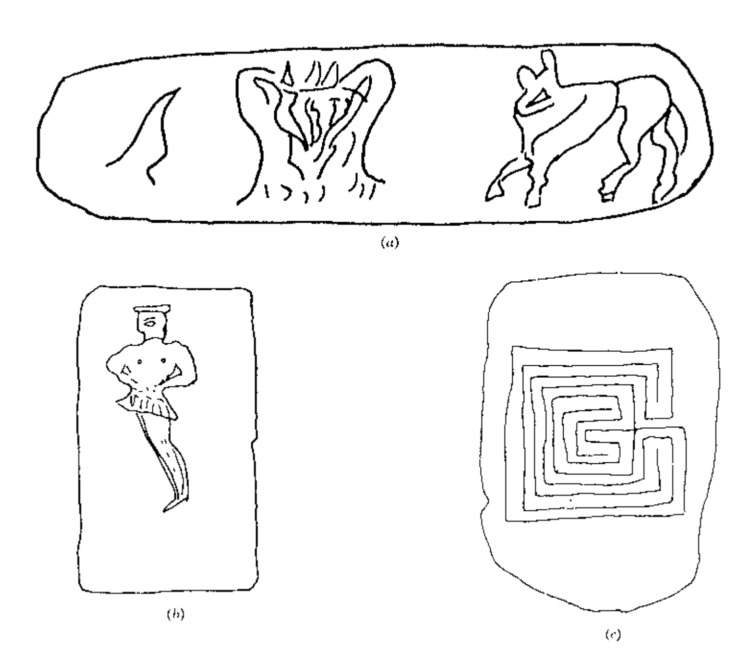


FIGURA 14.—*Ejemplos de garabatos procedentes de: (a) Cnoso, (b) Micenas, (c) Pilo.*

Si cada funcionario estaba a cargo de un determinado departamento, entonces el reunir todas las tablillas que escribió puede permitirnos ver cuál era su responsabilidad particular. En Pilo, por ejemplo, había un funcionario que no parece haber escrito otra cosa que las tablillas que tratan de ruedas de carro (Sa) y una etiqueta (Wa 1148). La etiqueta podría no haberse asociado con este grupo, pero la grafía muestra que pertenece al mismo. En Cnoso encontramos que el mismo funcionario se ocupa de lana, paños y mujeres obreras; es evidente que estaba involucrado en la organización de la industria textil.

Una tablilla, una vez escrita, se seca rápidamente y no pueden hacerse después más asientos. Por ello, una gran tablilla con numerosos asientos no podía haberse utilizado a menos de que toda la información pertinente estuviera disponible al mismo tiempo; si la información llegaba parcialmente, cada elemento en un momento dado, habría sido necesario emplear las pequeñas tablillas individuales para cada pieza de información, que podrían archivarse después en un orden determinado, al igual que un fichero. Una vez que el archivador estuviera completo, la información podría volverse a copiar si era necesario, sobre tablillas grandes. Poseemos ejemplos excelentes de este sistema en las tablillas de «posesión de tierras» procedentes de Pilo: se ha vuelto a copiar un gran juego de pequeñas tablillas individuales (como es la serie Eb) en grupos de asientos sobre tablillas grandes (Ep) para formar un largo documento continuo. Hay leves discrepancias entre las dos versiones, y se han realizado esfuerzos para atribuirla a distintas fechas de redacción. Pero parece mucho más probable que las diferencias sean puramente verbales, mientras los detalles esenciales, las cifras, en la medida en que la integridad de los documentos nos permite juzgarlas, se reproducen aparentemente sin cambios (véanse páginas 148-151).

También hay problemas causados por los errores de los escribas. Los escribanos micénicos no eran más fiables que lo somos nosotros y podían fácilmente dejar fuera un signo de forma accidental, podían escribir el signo equivocado o emplear para el mismo nombre dos grafías distintas. Estos errores difícilmente pueden haber causado muchos problemas a la gente que estaba previsto leyera estos documentos, pero para nosotros constituyen un severo obstáculo. En ocasiones una fórmula que se repite está variada ligeramente; ¿cómo podemos estar seguros de si dicha variación no tenía significación alguna, o si se pretendía transmitir un significado diferente? Estuvimos confundidos por mucho tiempo por una forma *wo-zo-e* hasta que se encontró otra tablilla que contenía la misma fór-

mula, y que demostró que la misteriosa palabra era un error por *wo-ze-e,* «trabajar». Si no hubiera aparecido el texto paralelo, podríamos estar todavía devanándonos los sesos para explicar dicha forma errónea; así, al menos algunas de las palabras que todavía se nos resisten pueden deberse a errores. Cuando se repite lo que es indudablemente la misma palabra, pero con una sílaba de más dentro, ¿tenemos que suponer que una de ellas está equivocada?; y, si lo está, ¿cuál de la dos?

Con frecuencia sucedía que el escriba descubría su error y lo corregía mientras la arcilla estaba todavía húmeda. Podemos vislumbrar a veces lo que subyace a una corrección, u observar que uno o dos signos fueron añadidos como si se tratara de una ocurrencia tardía, después de que las palabras vecinas estaban ya completas. Cuando un escriba agota el espacio, puede comprimir una palabra encima de la línea, continuar sobre el canto derecho e incluso seguir directamente por el dorso de la tablilla (PY Va 1324). Como norma general, no se escribe en el dorso, pero puede ser utilizado si el espacio anverso resulta inadecuado. En ocasiones, empero, parece como si el dorso estuviera inscrito con un texto sin relación alguna con la cara anterior de la tablilla; es difícil ver una conexión entre el catálogo misceláneo de jarras, escudillas y otras vasijas en MY Ue 611 y la anotación de aceitunas, higos y vino en el dorso —aquéllas no podían ser simplemente los recipientes. Existen ocasionalmente asientos en el canto inferior de una tablilla.

No puede subrayarse de forma suficientemente adecuada que lo que más importaba a los usuarios de estos documentos eran las cifras. Los números y las cantidades son los detalles importantes que no pueden confiarse a la memoria; el resto del texto es simplemente una breve nota de aquello a lo que hacen referencia los números, encabezamientos para permitir al lector identificar la persona o el lugar asociado con la cantidad registrada. De esta forma, la interpretación de estos documentos debe comenzar a partir de estas cifras, y cualquier explicación que las ignore lo hace a su propio riesgo. Algunas teorías prometedoras se han ido a pique debido a este escollo, pero en los casos en que las teorías se han levantado sobre el mismo, es probable que permanezcan firmes. Muchas de las deducciones que proporcionan el material para este libro comenzaron a partir de observaciones de las cifras que figuran en las tablillas.

El carácter incompleto del archivo que ha llegado hasta nosotros presenta innumerables problemas, pero hemos encontrado en algunos casos los medios para superar esta deficiencia. Cuando tenemos dos juegos de tablillas que contienen idéntica información,

es desde luego fácil emplear uno para completar los huecos del otro. No obstante, otro método que ha resultado provechoso es la existencia de tablillas que proporcionan los totales: si las cifras conservadas en la serie de tablillas en cuestión suman el setenta por ciento del total expresado, podemos deducir que se ha perdido probablemente el treinta por ciento de los asientos. En otros casos, parece que una serie se conserva intacta; las tablillas *o-ka* de Pilo, que se examinarán detenidamente en el capítulo 9 (pp. 222-226) parecen estar completas, ya que ni un solo fragmento puede ser identificado como perteneciente a un miembro perdido de este juego y existen además otras razones para pensar que está completo.

No obstante, el hueco principal de nuestro conocimiento se debe a otro hecho que sólo podemos deducir: la existencia de asientos sobre algún material escriptorio perecedero, que fue consumido por el incendio que hizo perdurables las tablillas. Es difícil creer que estos pulcros contables no conservaran al menos un resumen de sus operaciones de un año para otro. Con todo, está claro que las tablillas que poseemos son todas del último año de la existencia del palacio, ya que sus referencias a «este año» y el «año pasado» carecerían de significado si los asientos de distintos años se guardaran juntos en la dependencia de Archivos, y la presencia de datación por meses combinada con la ausencia de datación por años lo confirma también. Incluso la propia forma de los signos, con sus elegantes trazos curvos y modelos complicados, sugiere que esta escritura no estaba destinada para escribir sobre arcilla. La pluma y la tinta deben haber estado a la mano del escriba micénico de una forma tan natural como que el estilo y la arcilla eran evidentemente un material escriptorio de segunda clase, que podía tirarse, mojarse, triturarse y volver a emplear. Así, debemos ser precavidos al hacer deducciones a partir de lo que no está en las tablillas, pues sólo son, en ocasiones, importantes las lagunas de nuestra documentación referidas al año en curso.

El material escriptorio superior era evidentemente costoso, mientras que la arcilla era barata. Esto sugiere que, aunque el papiro podría haberse importado desde Egipto, es más probable que fueran pieles de algún tipo. Puede no ser precisamente una coincidencia que en Chipre, donde tantas tradiciones micénicas persistieron en época clásica, un maestro de escuela se denominara *diphtheraloiphos,* literalmente «el que pinta sobre pieles». En las tablillas hay referencias a pieles *(diphtherai),* pero ninguna de ellas aparentemente en conexión con la escritura; existen también individuos descritos como *a-ro-po,* que podrían representar *aloiphoi,* la segunda mitad del compuesto chipriota, pero son demasiado escasos para ser los

escribas normales. La ausencia de un término para escriba en las tablillas apoya la deducción de que se suponía que los escribanos y funcionarios supieran leer y escribir, y el individuo que sabía escribir no tenía, por lo tanto, un nombre especial.

Algunas lagunas de nuestra información pueden deberse al propio accidente de la conservación. En Pilo poseemos asientos de grandes números de ruedas de carro, pero ninguno de cajas de carro, aunque en Cnoso se encuentran ambos elementos. Parece claro que en Pilo simplemente no se recobraron las tablillas en cuestión, probablemente porque se guardaban junto con los carros en una zona no excavada de este centro. Como veremos más adelante, las áreas excavadas de Cnoso y Pilo eran sólo una parte, si bien la parte más importante, de las ciudades a las que pertenecieron. Una razón de la ausencia de determinados asientos es sin duda el momento del año en el que fueron destruidos los palacios (véanse páginas 237-242); al parecer había una liquidación anual de las tablillas de arcilla del año vencido y se comenzaba el nuevo año con nuevos documentos.

La pequeña tablilla normal de forma alargada ha sido comparada con una referencia en un autor antiguo a la escritura sobre hojas, y se les ha dado a estas tablillas el nombre de «hojas de palmera». Es posible que se utilizaran hojas para notas toscas, pero el formato característico de una tablilla de «hoja de palmera» se explica de una forma más sencilla por el modo en que se trabaja la arcilla. Si se hace rodar una plasta de arcilla entre las palmas de las manos, el resultado es un objeto en forma de cigarro puro y, si se lo aplasta a continuación, conseguimos exactamente el formato de este tipo de tablilla. Por lo general, las tablillas se «confeccionan a la medida», adaptadas en sus dimensiones a la extensión del texto que hay que escribir sobre las mismas; a veces se emplea un grupo de tablillas pequeñas (p. ej. la serie Ed de Pilo) con preferencia a una sola tablilla grande, si un resumen tenía que archivarse junto con los documentos sobre los que aquél se basaba. La tablilla más grande conocida mide 16 × 27 cm. y tiene un grueso de unos 3 cm.; pero en su mayor parte son mucho más reducidas.

Una típica tablilla pequeña debe leerse, al igual que una ficha en un sistema de archivación, en conexión con los demás miembros de la serie. Un ejemplo típico se muestra en la figura 15. Los asientos son: 1) el nombre de un pastor, *Aniatos,* en grandes caracteres; esta es la palabra clave mediante la cual se identifica el rebaño; 2) en caracteres más menudos en la línea inferior *Phaistos,* el nombre del distrito donde se guarda el rebaño; 3) encima de éste un nombre de persona, *Werwesios,* aparentemente un dignatario a quien se

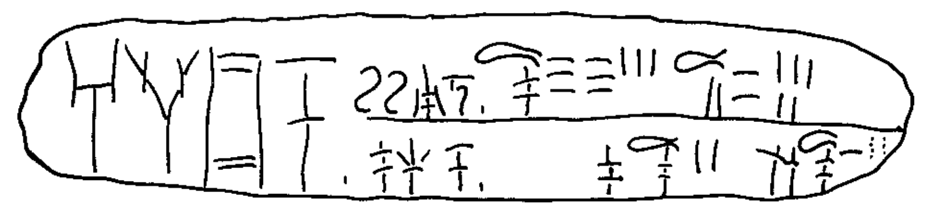


FIGURA 15.—*Una tablilla de ovejas procedente de Cnoso: Dg 1158.*

asigna este rebaño; 4) las cifras de ovejas: 63 machos, 25 hembras, 2 «viejas» (que suman un total que no se asienta de 90 cabezas); 5) el número de ovejas exigido para llevar el rebaño a su potencia nominal: 10 (es decir, el total nominal es de 100 cabezas). Puede observarse que la última cifra fue corregida a partir de 12; en algún momento el escriba había olvidado las dos ovejas «viejas». Sólo gracias a la comparación de ésta con las demás tablillas similares podemos interpretar los asientos como lo hemos hecho arriba. La indicación del sexo de los animales se muestra por medio de marcas añadidas al ideograma de oveja; las palabras para «viejo» y «que ha de proveerse» están reducidas a abreviaturas; y el resto del texto, aparte de las cifras, corresponde a los tres nombres. Es evidente a partir de aquí, que cuando tenemos que interpretar un documento aislado por regla general es poco lo que podemos hacer; sólo cuando está colocado en su contexto correcto en los archivos, podemos alcanzar su significado.

Los otros elementos del sistema de escritura son los numerales y los ideogramas. Los numerales no presentan problema alguno, salvo el de que con frecuencia están dañados e incompletos. Ideograma es nombre que se da a los signos que están delante de los numerales y que indican el género que se está inventariando. Estos son muchas veces pictóricos, y es fácil reconocer a hombres, mujeres, caballos, carros, ruedas, espadas, copas y vasijas de distintos tipos. Otros signos están tan estilizados que es difícil adivinarlos a partir de su apariencia y debemos limitarnos a deducir su significado a partir del contexto; ejemplos de esta clase son ovejas, cabras, toros, aceitunas, trigo, cebada, arcos, paños. En ocasiones no existía un signo convencional, sino que se empleaba a modo de abreviatura un signo silábico, pero desgraciadamente la abreviatura es a veces de una palabra desconocida para nosotros: por ejemplo, lino se escribe *SA,* aunque la palabra griega para «lino» es *linon*; pero, dado que ésta se emplea una sola vez como descripción de *SA,*

podemos deducir que es éste su significado efectivo. La misma abreviatura puede utilizarse para significados distintos en contextos diferentes. Así, no es sorprendente que haya todavía cierto número de estos signos que no podemos interpretar, o que lo hacemos al menos sólo de una forma especulativa.

HOMBRE RUEDA
MUJER DAGA
CABALLO ANFORA
CARRO CUBO

FIGURA 16.—*Ideogramas reconocibles.*

OVEJA TRIGO
CABRA CEBADA
BUEY ARCO
ACEITUNAS PAÑO

FIGURA 17.—*Ideogramas convencionales.*

Las grandes tablillas de «formato de página» no siguen un modelo muy regular. Una gran tablilla puede ser un documento completo en sí misma (p. ej. KN U 4478, PY Tn 316) o puede formar parte de un juego de tablillas. Uno de los mejores ejemplos de un juego de este tipo lo constituyen las tablillas de la «defensa de costas» de Pilo, juego de cinco grandes tablillas que conforman un documento único y extenso. Un documento de esta suerte comienza con frecuencia con un encabezamiento, por lo general sólo de una línea (p. ej. PY An 654.1) pero a veces hasta de tres líneas (p. ej. PY Jn 829), que especifica en términos generales el tema, que después se recoge en detalle en una serie de asientos. El documento se divide a veces en parágrafos mediante la inserción de una o dos líneas en blanco; un indicio claro de una continuación del tema en un nuevo parágrafo, bien sobre la misma tablilla, bien sobre la siguiente del juego, es la forma *o-da-a*$_2$, que debe querer decir aproximadamente «y también como sigue»; esta forma no sólo vincula el nuevo parágrafo con lo expresado anteriormente, sino que ahorra tener que repetir la fórmula introductoria en cada ocasión.

Con demasiada frecuencia resulta que las grandes tablillas no contienen más que listas de nombres propios y el encabezamiento es sólo una concisa fórmula que resulta oscura debido a nuestra ignorancia de las circunstancias. Con demasiada frecuencia el borde superior de la tablilla está dañado y las palabras introductorias, que

nos podrían haber especificado el sentido del documento, se han perdido o son fragmentarias. Una lista de nombres de mujeres procedentes de Micenas (V 658) tiene como encabezamiento aparentemente sólo la palabra *demnia*, «lechos»; y una lista de Pilo en cierto modo similar (Vn 851) ha perdido todo su encabezamiento, salvo esta misma palabra. ¿Debemos suponer que estas personas eran invitados que estaban siendo acomodados, a los que se les había provisto de sendas mantas para la noche? La tablilla de Micenas, incidentalmente, agrupa las mujeres por pares; en dos casos no se nombra la segunda mujer, sino que sólo se especifica como «e hija». ¿Nos arriesgaríamos a suponer que estas parejas tenían que compartir el mismo lecho?

El sistema gráfico es tosco, pero adecuado para el tipo de material que los archivos contienen. Los nombres y los términos de vocabulario se escriben por medio de signos silábicos, y éstos se transcriben convencionalmente por medio de sílabas separadas con guiones (p. ej. *de-do-me-na, i-je-re-ja, a-re-ku-tu-ru-wo*). Estas transcripciones dan sólo una pista para las interpretaciones posibles, que tienen que deducirse según un complicado conjunto de reglas; a partir de las posibilidades tenemos que reconstruir nuevamente una forma del término que se corresponda con nuestro conocimiento del vocabulario griego. Así, *de-do-me-na* puede reconstruirse sin dificultad como *dedomena,* «aportadas», «entregadas»; *i-je-re-ja* corresponde a *hiereia* «sacerdotisa»; *a-re-ku-tu-ru-wo* al nombre propio *Alektruōn*. En algunos casos, la reconstrucción tiene que tener en cuenta los rasgos dialectales ausentes de la lengua clásica (p. ej. *qa-si-re-u* se reconstruye como *guasileus,* donde la forma clásica es *basileus*), y el significado puede ser ligeramente diferente, como en el caso de la palabra citada que en micénico significa «jefe», «capataz», pero que en el griego del primer milenio se ha convertido en la forma regular para «rey». En algunos casos, en especial en términos técnicos, la palabra desapareció del griego entre la época micénica y la clásica, de forma que es imposible reconstruir ahora la forma; incluso así, a veces puede ser posible deducir su significado aproximado por su empleo. En los casos en que se citan palabras micénicas en este libro, se dará la forma reconstruida cuando sea posible; cuando se da una transcripción directa de los signos de la Lineal B, se separarán éstos por medio de guiones, como se hizo arriba.

El sistema numérico tan simple es adecuado para recoger cifras y tenemos ejemplos de numerales superiores a cinco cifras. Pero al igual que en todos los sistemas conocidos del mundo antiguo, falta la notación por posición de los dígitos que hace el cálculo

aritmético tan fácil para nosotros y además no existe un signo para cero. Podemos suponer que se empleó algún tipo de ábaco en las sumas aritméticas que podemos ver que se realizaban. Grandes cantidades de géneros como grano o vino, eran medidas en unidades de dimensiones decrecientes, de forma semejante a las antiguas medidas castellanas *fanega, celemín* y *cuartillo* para los áridos, *azumbre, cuartillo* y *copa* para los líquidos, ya que, a diferencia de los correlatos métricos, las unidades micénicas están implicadas en un complicado sistema de relaciones que muestra huellas de estar basado en el sistema sexagesimal empleado por los asirios. De esta forma, la unidad básica de la medida de capacidad de áridos se divide en décimos, que se dividen posteriormente en sextos (10 × × 6 = 60) y éstos nuevamente en cuartos. Igualmente, la unidad de peso principal se divide en treinta unidades dobles, y éstas de nuevo en cuartos (véanse pp. 136 ss.). Al parecer, no se experimentaba dificultad alguna en las sumas, cuando era necesario reducir un gran número de unidades menores a la unidad del sistema inmediato superior, aunque existe un solo caso claro (PY Jn 658.11) de un error en esta fase y en otros casos podemos dudar de la suma.



FIGURA 18.—*Cálculo con palotes en el dorso de una tablilla de Pilo: Ea 59.*

Un método de sumar era el empleo de palotes, es decir, de tarjas. Encontramos tablillas empleadas para el trabajo en sucio, y una tablilla reveladora (PY Ea 59) presenta en su dorso un ejemplo claro de cómo se efectuaban a veces las sumas: se escribía un palote para cada unidad, y se disponían éstos en grupos de diez, escribiéndose cada uno de estos dieces como dos cincos uno encima del otro. Desgraciadamente el texto está incompleto a causa del pésimo

estado de la tablilla, pero lo que parece ser el total ha sido escrito en el estilo acostumbrado debajo: 137.

Con todo, a pesar de todas las complicaciones y problemas sin resolver, nos encontramos ahora en disposición de leer una tablilla casi por completo, aun cuando no podamos asignar un valor a cada signo. Los signos silábicos de valor incierto son sólo unos pocos y éstos son los más raros y para algunos de ellos existen valores experimentales que todavía no podemos probar por falta de datos. La mayor parte de los ideogramas están identificados, aunque unos pocos permanecen oscuros o discutidos. Los elementos más problemáticos son las abreviaturas; por ejemplo, una caja cuadrada con el signo silábico para *ke* metido dentro de ella probablemente pretende representar una palabra de la que *ke* sería la sílaba inicial en la grafía micénica, pero a falta de otras pistas, ha sido imposible hasta ahora imaginar cuál de las muchas palabras posibles se quería representar.

La dificultad principal en la actualidad no es la «lectura» de los documentos, sino la comprensión de lo que se pretendía que transmitieran éstos; no las palabras, sino las operaciones físicas que aquéllas recogen. Poco a poco se están haciendo progresos en la comprensión del mundo en el que llegaron a escribirse documentos de este tipo. Este libro es un intento de reconstruir lo que nos permite nuestro conocimiento actual de ese mundo.

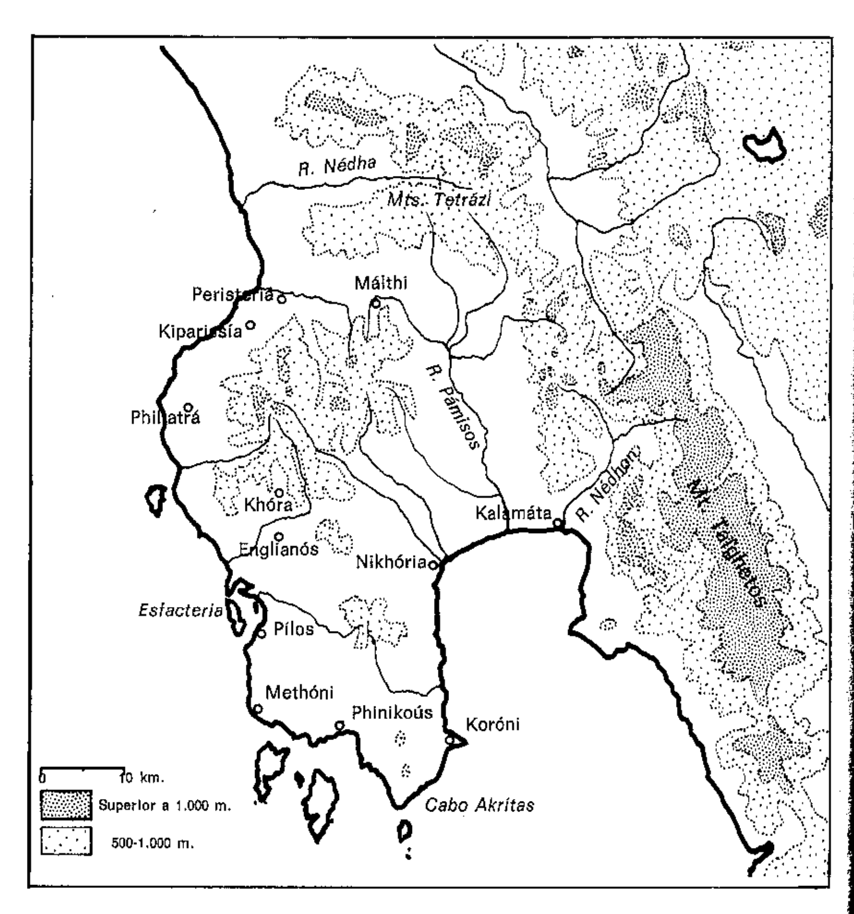


FIGURA 19.—*Mapa de Mesenia.*

Capítulo 3

LA GEOGRAFIA MICENICA

Mesenia

De haberse encaramado al tejado de su palacio el rey de Pilo habría disfrutado de la hermosa vista de una amplia extensión del paisaje que se extiende hasta la parte sur de la costa occidental del Peloponeso. A lo lejos, hacia el noroeste, su contemplación estaba interrumpida por la dentada sierra llamada en la actualidad Haghiá, que alcanza los 1.218 metros. Esta sierra corre aproximadamente de norte a sur y, tras reducirse gradualmente en altura, lleva más adelante a las bajas colinas por las que la carretera moderna serpentea hacia Kalamáta. Hacia el sur podía haber visto la montaña, llamada hoy Likódhimos, que está más allá y hacia el interior de la moderna ciudad de Pílos, al sur de la bahía de Navaríno; también habría alcanzado a ver gran parte de la bahía. Esta constituye un excelente puerto, protegido del mar abierto por la barrera rocosa de la isla de Esfacteria, donde una fuerza espartana fue aislada por la flota ateniense en el 425 a. C. La bocana principal de la bahía se abre al sudoeste y, aunque la parte cercana a la playa es muy poco profunda, ofrece un excelente fondeadero incluso para grandes navíos. Desde luego, los barcos antiguos, cuando no estaban en uso, se sacaban a la playa. Al norte de la bahía existe un estrecho freo entre Esfacteria y tierra firme, oculto desde el observatorio regio por un gran acantilado que domina la albufera, ahora desecada, en el extremo norte de la rada. El litoral puede haber su-



FIGURA 20.—*La sierra de Haghiá desde Englianós.*

frido aquí alteraciones desde la antigüedad, pero la opinión cualificada se inclina por la hipótesis de que la obstrucción con sedimentos de la albufera ha ido probablemente al mismo ritmo que el ligero aumento del nivel del mar, de forma que la situación no habría sido muy distinta. Precisamente hacia el norte se abre una curiosa pequeña ensenada, llamada en la actualidad Voïdhokiliá o «Panza de Buey», formada por una barra de arena que se extiende en media luna hasta más de la tres cuartas partes de un círculo. Si esta ensenada existió ya en época micénica, habría proporcionado un puerto excelente para los barcos antiguos, con su playa de arena para halarlos fuera, y la bocana roqueña no habría sido difícil de franquear. Por los alrededores se han encontrado restos de ocupación micénica y una tumba de *tholos* (en forma de colmena), en un promontorio al norte, apunta hacia la existencia de un asentamiento en la vecindad. Es muy probable que el rey de Pilo tuviera aquí su puerto, a unos 6 kilómetros del palacio.

Hacia el oeste el mar no es visible, oculto tras las moderadas, pero accidentadas colinas que constituyen una serie de obstáculos en esta dirección. ¿Estaba toda esa franja de territorio, unos 20 kilómetros por 10 kilómetros, bajo el control del rey y, si lo estaba, hasta dónde se extendía su autoridad? Es esta la primera cuestión que debemos intentar responder.

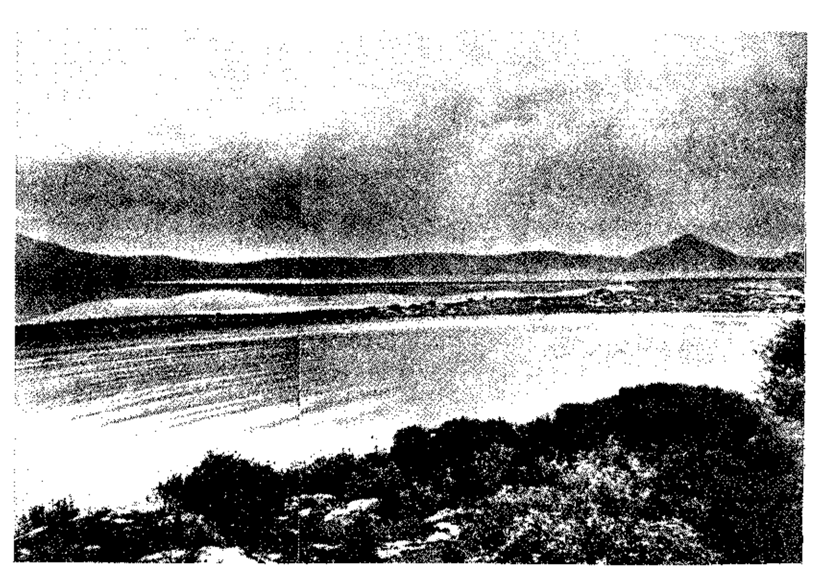


FIGURA 21.—*Rada de Voïdhokiliá.*

Podemos comenzar con algunas consideraciones geográficas generales. El palacio era claramente, como su archivo implica, el centro administrativo de una extensa área. Estos centros están localizados normalmente en un lugar conveniente para las comunicaciones y, como norma general, en un lugar no muy excéntrico por razones físicas obvias. Todas las comunicaciones en esta zona costera deben correr más o menos de norte a sur, ya que la sierra montañosa sólo puede ser salvada con facilidad por las carreteras en dos puntos: más allá de Kiparissía, unos 30 kilómetros al norte, donde un amplio valle fluvial da acceso al interior, y por los collados del sur, frente a la bahía de Navaríno. En sí mismo esto sugiere que el reino se extendía, al menos, por el norte hasta Kiparissía, ya que no hay línea defensiva alguna que proporcione una frontera satisfactoria al sur de este punto estratégico, donde las montañas se acercan al mar. Al sur no hay tampoco una barrera hasta que pasamos la moderna Pílos, y más allá sólo hay una pequeña península, en su mayor parte de terreno abrupto y elevado, que conduce después a la pelada punta del cabo Akrítas. Seguramente el reino se extendía por toda la franja costera desde Kiparissía a Methóni.

FIGURA 22.—*Mapa de la región de Pilo (Englianós).*

Pero, aunque Kiparissía ofrece una línea de defensa, sabemos que el amplio valle que queda al norte estaba densamente poblado en época micénica; tanto el valle principal como los valles transversales que desembocan en aquél de norte a sur han proporcionado una gran cosecha de yacimientos a la paciente investigación de los arqueólogos. Además, estos centros presentan la curiosa característica de ser «intervisibles» —desde cualquiera de ellos puede verse al menos otro, y muchas veces varios— y todo el sistema parece estar dominado por la elevada colina de Kiparissía, coronada por un castillo medieval, y sin duda por los restos de fortificaciones más antiguas que yacen bajo aquél. Este valle ofrece la otra única ruta practicable hacia el gran valle interior de Mesenia, el valle que se extiende hacia el norte desde el fondo del golfo de Mesenia. Necesitamos proseguir nuestra búsqueda todavía más, pero no muy lejos, ya que el límite septentrional del valle fluvial de Kiparissía está formado por una agreste región montañosa, si bien de escasa altura, que estrecha la llanura costera en un paso precisamente al sur del río Nédha. Este valle fluvial, a diferencia del que queda al sur, está en apariencia desprovisto de centros micénicos, aunque éstos comienzan de nuevo un poco más al norte. Incluso hoy este área está habitada de una forma desperdigada y parece ser de forma natural una tierra de nadie. Aquí hay al fin una frontera norteña idónea. Si proseguimos todavía más hacia el norte, tendremos que hacer frente a la dificultad de que el palacio ocuparía entonces una posición excéntrica y habrían existido argumentos de peso para construirlo más al norte, dado que la frontera estaría entonces a más de un día de marcha. ¿Podemos confirmar este panorama del reino a partir de los documentos escritos?

La confirmación está lejos de ser fácil. Los documentos no contienen mapas y, si bien no hay dificultad alguna para deducir qué formas son topónimos, no hay manera de identificarlos con centros conocidos. Un nombre que aparece repetidamente y que por su empleo debe indicar seguramente la ciudad principal es *Puro,* que sería la grafía micénica normal para *Pulos* o Pilo. Esta puede equipararse con toda confianza con el palacio, ya que un antiguo geógrafo nos transmite la noticia de que este nombre, que en su tiempo se aplicaba a un paraje al norte de la bahía de Navarino, se había trasladado desde un lugar anterior «al pie del monte Aigaleon», sin duda el moderno Haghiá. Dicho nombre se ha trasladado en la actualidad incluso más al sur, y su forma moderna se transcribe aquí como Pílos.

No obstante, cuando examinamos las listas de topónimos, éstos no parecen armonizar con la geografía clásica, o incluso con la

sucinta lista de ciudades que Homero cita para el reino de Néstor. Reconocemos unos pocos nombres, como *Leuktron*; pero si buscamos éste en el mapa, lo encontramos tres veces en la Grecia continental, estando el lugar más próximo en el Máni, el saliente central de los tres que se prolongan hacia el sur en el Peloponeso. Otros lugares parecen ser denominados *Erkhomenos* (el posterior *Orkhomenos,* cuyo ejemplo más cercano está en Arcadia) e incluso *Korinthos,* que difícilmente puede ser la famosa Corinto emplazada en el istmo. Al igual que en todos los países y en todas las épocas, los mismos topónimos se repetían una vez y otra en el mapa de la Grecia micénica.

En los primeros días del desciframiento, los estudiosos estaban dispuestos a extender el reino de Pilo casi indefinidamente, aunque la mayor parte trazó la divisoria casi en Corinto. Debo confesar que contribuí yo mismo a esta postura exagerada, por cuanto en 1955 Ventris y yo llamamos la atención sobre dos nombres asociados en los documentos: *O-ru-ma-to* y *U-ru-pi-ja-jo.* Estos nombres podían reconstruirse lingüísticamente como *Orumanthos* y *Ulumpiaioi,* que comparábamos con el monte *Erumanthos* al norte del río Alfeo y *Olumpiaioi,* los habitantes de Olimpia, a orillas del mismo río. Nuestro entusiasmo parece ahora infundado: otras reconstrucciones de estos nombres son posibles y en vista de la probabilidad de que el reino no se extendiera tan al norte, es evidente que debemos abandonar las identificaciones que ahora nos parecen menos tentadoras, ya que los cambios vocálicos que teníamos que suponer no se han visto apoyados por otros ejemplos. Desgraciadamente, otro importante topónimo de las tablillas parecía añadir color a esta teoría. El nombre presenta la grafía *Pi-*82,* en la que el segundo signo no puede identificarse con certeza. Algunos estudiosos apoyaron *Pi-sa₂* y la identificaron con la Pisa clásica de la vecindad de Olimpia; algún otro prefirió *Pi-ja₂* y sugirió identificarlo con el nombre antiguo *Pheiai,* cerca de la moderna Katákolo, todavía más al norte. Ahora pienso que el signo en cuestión es en realidad *swa,* pero, aunque acepto el nombre *Piswa* como antecedente de la Pisa clásica, ya que *w* se perdió ya desde el griego clásico, pienso que debemos considerarlo como otro ejemplo más de nombre duplicado. Efectivamente, no parece imposible que algunos de los nombres micénicos conocidos posteriormente en lugares más distantes del Peloponeso, pudieran haber sido llevados hasta allí por emigrantes que abandonaron el suroeste en las épocas turbulentas que siguieron a la caída de Pilo.

Entre los demás nombres, hay algunos que son palabras griegas ordinarias para características geográficas como *Rhion* «promontorio», *Kharadros* «torrentera» y *Helos* «pantano». El primero de estos nombres, sin embargo, está atestiguado como el antiguo nombre de un asentamiento conocido más tarde como *Asine* (y, para hacer las cosas más difíciles, en la época medieval y moderna como Koróni, una famosa fortaleza veneciana). Esta está emplazada en la parte más alejada del cabo Akrítas, en el litoral occidental del golfo de Mesenia, lo suficientemente cerca, por tanto, de Pilo como para ser tomada en consideración si podemos hallar otras pruebas de que el reino se extendía más allá de los montes visibles desde el palacio. Y esta prueba procede del nombre *Nedwōn* de las tablillas, que difícilmente puede ser otra cosa que el nombre *Nedōn* que pervive como hidrónimo de un río en la parte oriental del valle de Mesenia, que desemboca en el mar en lo que ahora es Kalamáta. Aquí parece que estamos obteniendo por fin una localización.

Hay otro topónimo que es necesario mencionar aquí: *Kuparissos,* el nombre griego del ciprés. Ya he hecho mención del nombre moderno Kiparissía y la ciudad antigua situada en este lugar llevaba un nombre idéntico o similar; en efecto, Homero menciona otra forma del mismo nombre (*Kyparissēeis*) como una de las principales ciudades del reino de Néstor. No obstante, como ocurre con otros nombres geográficos, quizá sea arriesgado suponer que éste puede atribuirse a un lugar determinado. Es cierto que todavía crecen cipreses en abundancia en el área de Kiparissía, en especial un poco más al sur, cerca de Philiatrá. Hay, pues, una razonable probabilidad de que este topónimo deba localizarse en algún punto de este área.

En este punto, sin embargo, nuestras pistas se agotan. Debemos encontrar otros medios de reconstruir el mapa de la Mesenia micénica; debemos ver qué pueden decirnos las tablillas sobre la localización de los topónimos. En primer lugar, podemos hacer un recuento de los mismos. En algunos casos es, en efecto, dudoso si se trata o no de topónimos; una estimación acertada eleva el número a unos doscientos. Los reconocimientos arqueológicos, que han sido especialmente meticulosos en esta zona, sitúan el número de centros micénicos en la misma cifra. No debemos suponer, sin embargo, que se han encontrado todos los centros, ni que todos los lugares mencionados en las tablillas están dentro del reino. Por ejemplo, leemos en un lugar (An 1) la anotación de unos «remeros enviados a Pleurón»; ¿no podría tratarse de un barco en travesía a parajes extranjeros? Más adelante encontraremos otros testimonios de nombres extranjeros.

En segundo lugar, poseemos algunos indicios internos para la distribución de los topónimos. Tenemos en tres ocasiones (Jn 829, Cn 608, Vn 20), por no mencionar ejemplos fragmentarios, una

lista de nueve topónimos dispuestos siempre en el mismo orden. Esta lista es como sigue (con las desinencias casuales reales empleadas en las distintas listas adaptadas y con la cita de la cifras —referidas a ganado y a vino, respectivamente— aplicadas a cada nombre en dos de las listas):

		Cn 608	Vn 20
1	*Pi-swa*	3	50
2	*Me-ta-pa*	3	50
3	*Pe-to-no*	6	100
4	*Pa-ki-ja-ne*	2	35
5	*A-pu₂*	2	35
6	*A-ke-re-wa*	2	30
7	*E-ra-to/Ro-u-so*	3	50
8	*Ka-ra-do-ro*	2	40
9	*Ri-jo*	2	20

En un caso (Jn 829) el séptimo nombre aparece como *Ro-u-so*, y debemos suponer que es éste un nombre alternante para *E-ra-to*; su forma recuerda a la ciudad arcadia posterior *Lousoi*, que puede constituir otro ejemplo de un nombre viajero. Es evidente que éstas son las nueve ciudades principales y los distritos administrativos de una parte del reino, dado que, como veremos más tarde, cada una tiene un administrador o gobernador local.

Ahora bien, el orden coherente podría surgir de varias formas: podría tratarse de un orden de importancia, pero las cifras citadas en la tabla precedente muestran que la ciudad con las cifras más elevadas (6 y 100) no es la primera, y que no existe ningún tipo de gradación por magnitud. Podría ser también un orden «alfabético», si suponemos que los micénicos habían tenido un orden estándar, aunque arbitrario, para los signos silábicos, al igual que nuestro ABC... etc. Los japoneses tienen un orden similar para su silabario: *i ro ha...*, etc. Las dos ciudades que comienzan con el mismo signo (*a*) están juntas, pero la teoría se viene abajo en Jn 829, donde la lista aparece continuada con siete nombres más y dos de esta segunda lista comienzan con *e*, pero no están juntos. La única solución probable, por lo tanto, es que el orden sea geográfico; pero, como es evidente, las ciudades están situadas en la realidad en dos dimensiones y han tenido que reducirse a una sola dimensión para construir una lista, de modo que inevitablemente debe haberse permitido cierta libertad.

En este momento debemos considerar los siete nombres adicionales de Jn 829; éstos también son distritos o ciudades importantes y vuelven a aparecer en otros lugares, aunque no en un orden fijo, dado que están por lo general en tablillas aisladas, cuyo orden original se desconoce. Pero, a partir de un documento estropeado (On 300), que conserva la línea superior, parece que los siete nombres pertenecen a la provincia llamada *Pe-ra-a-ko-ra-i-ja* o algo similar, y este nombre se encuentra en otro lugar en unión de *De-we-ro-a₃-ko-ra-i-ja*. Estas formas pueden ser compuestos de un elemento *a₍₃₎-ko-ra-i-ja* con los prefijos *pera-* «más allá» y *deuro-* «a este lado de». De aquí que podamos deducir que el reino está dividido en dos provincias separadas por algún accidente geográfico significativo. Sólo tenemos que ponernos en el lugar del palacio y dirigir nuestros ojos en derredor para ver cuál es éste: la gran cadena de montañas mencionadas al comienzo de este capítulo que corre más o menos de norte a sur hacia la península y que separa la franja costera occidental del gran valle de Mesenia. Es una prima añadida descubrir que el nombre clásico de esta sierra era *Aigaleon* y la grafía micénica puede representar algo como *Aigolaïa*, que no es una correspondencia perfecta pero sí sospechosamente afín. De aquí se desprende ahora que las nueve ciudades están en la franja costera occidental, y las otras siete más allá de las montañas, en el valle de Mesenia. Este valle, una de las áreas más ricas del Peloponeso, será descrito más adelante; por el momento debemos concentrarnos en la Provincia Cismontana.

La franja costera facilita la reducción de la distribución en dos dimensiones de las ciudades a la única dimensión de una lista; en principio, podemos estar seguros de que la lista debe ir a lo largo de la línea de la costa: de norte a sur o de sur a norte, o quizá comenzando desde el palacio hacia el norte y hacia el sur. Queda por ver cuál de estas posibilidades encaja mejor. Nuestro primer indicio procede del nombre *Pa-ki-ja-ne*, que está íntimamente asociado con Pilo *(Pu-ro)* en Tn 316 y que parece ser también la localización de distintos artesanos «reales»; por ejemplo, el batanero real tiene allí una finca (En 74.3), y no es probable que los individuos que servían al rey tuvieran sus fincas muy lejos del palacio. De esta forma podemos situar el cuarto distrito como el próximo al palacio (incluyéndolo quizá), ya que la propia Pilo tiene un rango especial y no figura en las listas de ciudades contribuyentes.

Otro indicio lo proporciona *Ri-jo* (*Rhion*, «el promontorio»), que, como se ha sugerido más arriba (p. 65), es probable que esté en el lugar de la moderna Koróni; es decir, la lista parece acabar en el sur con un nombre que nos lleva más allá de la punta

meridional de la península al litoral sudoccidental del golfo de Mesenia. Por lo tanto, parece ser que el orden es probablemente de norte a sur, y podemos confirmar que los dos primeros nombres de la lista, *Piswa* y *Metapa*, están en contacto con la Provincia Transmontana. Esto tendría sentido si los situamos en el norte, ya que hay una buena comunicación a través del valle fluvial de Kiparissía hacia el valle de Mesenia. Pero, ¿hasta dónde alcanza el reino por el norte? Una proporción sencilla sugiere que si el palacio está en el distrito cuarto, hay menos territorio al norte que al sur del mismo. Esto debería disuadir al menos a aquellos que quieren extender el reino de cualquier modo hasta el río Alfeo, tratando, lo que es posible, de equiparar *Piswa* con la posterior *Pisa* en las inmediaciones de Olimpia. Los reinos antiguos, en los tiempos anteriores a la existencia de mapas, estaban casi siempre delimitados por accidentes naturales: cadenas de montañas, ríos importantes u otros obstáculos; y, como hemos podido ver, hay una excelente barrera de este tipo a lo largo del valle del río Nédha y los montes Tetrázi, inmediatamente al sur de aquél. No puede haber duda de que el Nédha marca la frontera norte, y podemos señalar aquí que el nombre micénico del río era con certeza casi el mismo, dado que uno de los personajes importantes del área septentrional lleva un nombre derivado de aquél, *Nedwātās*.

Hemos definido así los límites septentrional y meridional de la Provincia Cismontana, como podemos llamar a la franja costera en la que está situado el palacio. No obstante, el sencillo orden de norte a sur es, por supuesto, una falsificación de la realidad, ya que no todas las ciudades van a estar en la costa o en cualquier otra línea recta continua; al mismo tiempo, la geografía determina que la difusión de este a oeste debe estar constreñida, salvo en dos puntos. En el borde septentrional, el río Kiparissía (conocido también como Peristéri) conducía a través del valle Soúlima al monte Ithómi y la llanura alta mesenia. Por lo tanto, es probable que los dos primeros distritos, que manifiestan contactos con la Provincia Transmontana, estén alejados del mar en este valle; *Piswa* en particular es un área rica en ovejas, lo que se compadece bien la naturaleza del terreno, en especial en la parte alta del valle. Igualmente, al sur del palacio, a la altura de la bahía de Navaríno, el país se abre de nuevo hacia el este y podemos esperar que algunos de los distritos estén en el interior.

Ahora bien, sucede que poseemos otra lista de ciudades que, sobre el testimonio de la lista que acabamos de examinar, debe ir también de norte a sur, pero en este caso todos los lugares mencionados deben estar en la costa o en sus proximidades; este docu-

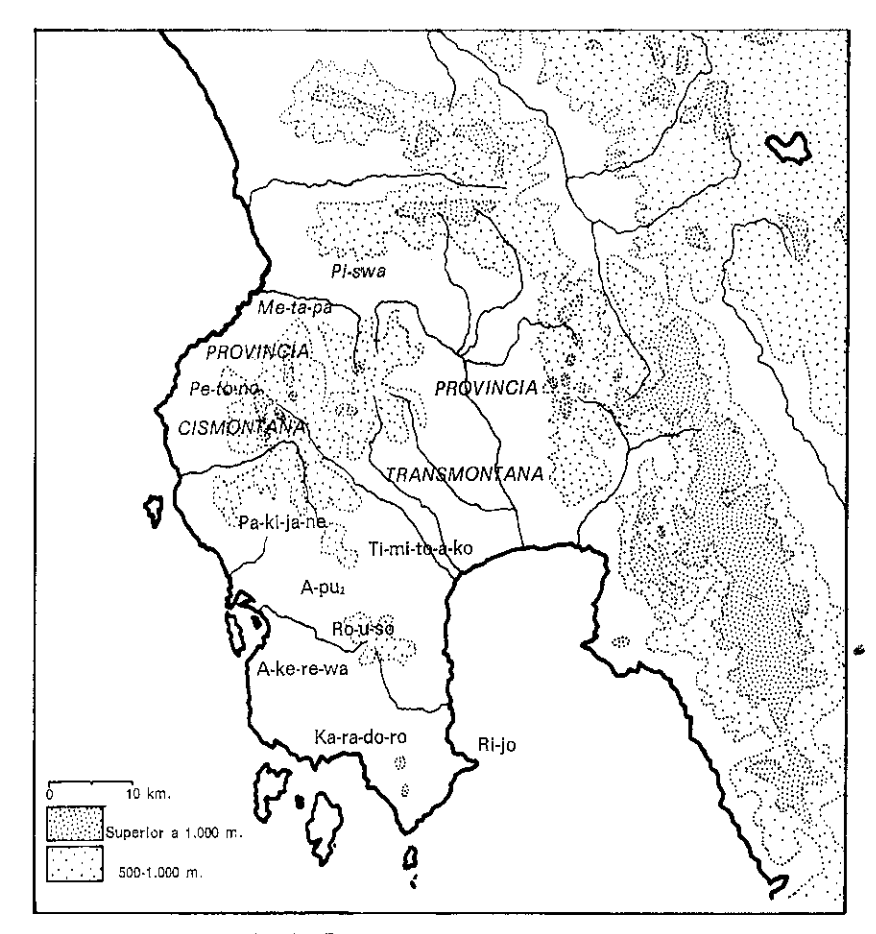


FIGURA 23.—*Mapa de las dos Provincias.*

mento será examinado con mayor detalle en el capítulo 9 (páginas 202 ss.). Por el momento, sólo hay que señalar que no hay razón alguna para pensar que cualquiera de estas ciudades era costera hasta que llegamos a la sexta de la lista estándar, *A-ke-re-wa.* Podemos demostrar también que *Ka-ra-do-ro* y *Ri-jo* estaban en la costa.

Por lo tanto, ¿podemos empezar a trazar ya un mapa aproximado de la Provincia Cismontana? Si situamos *Pi-swa* bien arriba, hacia el valle Soúlima, y *Me-ta-pa* más cerca de la costa a su oeste, esto satisfará todos los detalles que conocemos sobre estos lugares. *Pe-to-no*, un gran distrito, a juzgar por la escala de sus contribuciones al palacio, debe estar entre Kiparissía y el palacio, y un importante centro ha sido localizado en Hághios Khristóphoros precisamente en el interior, partiendo de Philiatrá (McDonald y Rapp, 1972, p. 276). *Pa-ki-ja-ne* designa el área en la que radica el palacio, y sabemos que es un centro importante de culto religioso; puede ser significativo el hecho de que en una época posterior se otorgaban honores divinos a las tumbas micénicas de Volimídhia, en las afueras de Khóra, a sólo 3 km al norte del palacio.

En el sur *A-pu₂* es el lugar más problemático. En tiempos comenzamos a pensar que podría tratarse de la homérica *Aipu,* topónimo para el que no hay una localización firme; significa «escarpado». Pero ahora que entendemos mejor las reglas que rigen el sistema de escritura, podemos afirmar que *pu₂* no se usa nunca en lugar del signo normal para *pu* para representar *pu* del griego, sino que tiene por lo general el valor de *phu.* Este lugar, que no está en la costa, está probablemente situado tierra adentro a la altura de la bahía de Navaríno. *A-ke-re-wa* es un puerto de cierta importancia. La localización evidente para el mismo es a orillas de la bahía, no, sin embargo, en el extremo norte, ya que en apariencia no es el puerto del palacio. Por lo tanto, parece más probable una localización de la moderna Pílos, en el sur de la bahía; no se ha descubierto aquí un buen emplazamiento, aunque hay leves huellas de ocupación micénica. La razón estriba probablemente en que dicho lugar fue sepultado bajo construcciones posteriores en la época medieval y la moderna, de forma que es imposible demostrar su uso primitivo sin una excavación. Situaciones parejas se dan en Kiparissía y en Kalamáta, donde los indicios en superficie son también débiles para las dimensiones probables del emplazamiento. *E-ra-to,* también llamada *Ro-u-so,* no es costera, sino que es la patria chica de los leñadores; por lo tanto, debe tratarse de un área boscosa (los bosques, por desgracia, hace tiempo que desaparecieron), probablemente en el interior, al sudeste de la bahía. Sólo nos queda por situar *Ka-ra-do-ro* antes de alcanzar *Ri-jo*; se trata también de una localidad costera, y sólo hay dos lugares apropiados en la costa para dicho lugar en esta franja del litoral, Methóni y Phinikoús. Ahora bien, el nombre *Ka-ra-do-ro* es inmediatamente reconocible como una palabra griega de uso común, *kharadros,* que significa «barranca» o «torrentera». Methóni está en un pequeño promontorio en el ángulo sudoeste de la península y no tiene torrenteras en sus inmediaciones. En cambio, el emplazamiento de Phinikoús, más al este, está dominado por dos grandes torrenteras, que se juntan casi encima del yacimiento micénico, y esto me lleva a sugerir que el nombre puede ser en realidad (dado que la escritura es ambigua) la forma de dual de la palabra citada: *Kharadrō,* «Dos Torrenteras».

Cuando pasamos a la Provincia Transmontana, al este de las montañas, es más difícil tratar de su geografía. Esto se debe, en parte, a que existe menos información en las tablillas, probablemente como resultado de una medida de descentralización de la administración. Un archivo subsidiario relacionado con los asuntos locales puede muy bien haber existido en la capital de provincia, que, como sabemos, se llamaba *Re-u-ko-to-ro* o Leuctron. Es éste un nombre corriente en la geografía griega posterior, pero la ciudad clásica de este nombre más próxima está fuera de los límites probables de la provincia. Es una lástima que no tengamos medios de localizar el lugar, ya que podría merecer una excavación.

Plantea un problema adicional la naturaleza del terreno. El valle de Mesenia es una amplia y fértil llanura, abundantemente irrigada y rodeada de montes por tres de sus lados. Al oeste se levanta la sierra que se divisa de una forma tan notable desde el emplazamiento del palacio en la costa occidental, pero que demuestra tener más penetración en la otra vertiente, donde la aislada cumbre del monte Ithómi (798 m) se proyecta dentro del valle. Al norte se extiende la altiplanicie de Arcadia, mientras que en el costado oriental el valle se ve interrumpido por la ingente pared del Taïghetos, la roquiza espina dorsal del Peloponeso con picos de una altura de 2.400 metros. Al sudeste, más allá de Kalamáta, se extiende una costa muy escabrosa, a lo largo de la cual la comunicación ha sido siempre difícil por tierra, y sólo hace pocos años se ha construido una carretera. Hasta tiempos muy recientes, los habitantes de las aldeas a lo largo de esta costa encontraron más fácil transportar sus productos por mar a los mercados de la orilla opuesta del golfo.

En las tablillas de defensa costera poseemos una valiosa indicación de la longitud del litoral de la Provincia Transmontana. Nueve de los diez sectores están en la Provincia Cismontana, que, como

vimos, se extiende dentro del litoral occidental del golfo al menos hasta Koróni. Sólo una de las siete ciudades importantes de la Provincia Transmontana se sabe que está en la costa o cerca del mar, y el otro topónimo mencionado en este contexto es, por fortuna, identificable: *Nedwōn,* que debe ser el nombre posterior (y moderno) *Nedōn,* el río a cuya orilla se levanta Kalamáta. Este río parece constituir la frontera oriental del reino, por lo que se deduce que el litoral oriental del golfo, a pesar de la presencia de asentamientos micénicos en el mismo, no estaba bajo el control de Pilo. La frontera entre las Provincias Cismontana y Transmontana se encuentra probablemente en alguna parte de la costa occidental del golfo, entre Koróni y el asentamiento micénico de Nikhória, que ha sido excavado por un equipo americano bajo la dirección de W. A. McDonald entre 1969 y 1973. Es tentador equiparar este lugar con la ciudad costera conocida en las tablillas como *Ti-mi-to-a-ko.*

De esta forma, la Provincia Transmotana se encuentra localizada básicamente en el amplio valle de Mesenia, y durante mucho tiempo no pude hallar la forma de asignar los siete distritos a su lugar correcto en el mapa. Debo la solución de este problema a la labor de una joven y brillante estudiosa americana, la señorita C. W. Shelmerdine. Mientras estaba estudiando con nosotros en Cambridge, esta joven presentó un artículo en nuestro Seminario Micénico, cuyo contenido esencial fue publicado posteriormente, junto con un apéndice redactado por mí (Shelmerdine, 1973). En dicho artículo, la autora demostraba cómo una teoría propuesta anteriormente por otro americano, W. F. Wyatt, jr. (Wyatt, 1962) podía modificarse de forma que demostrara convincentemente el esquema administrativo en que se dividían estos siete distritos. Estos forman cuatro grupos: a) *Ra-wa-ra-ta₂*; b) *E-sa-re-wi-ja, Za-ma-e-wi-ja*; c) *A-sja-ta₂, Sa-ma-ra, Timi-to-a-ko*; d) *E-ra-te-re-we, A-te-re-wi-ja.* Los grupos a) y b) están emparejados e igualmente c) y d). El principio sobre el que están asociados difícilmente puede ser otro que la contigüidad geográfica; no se reunirían con fines impositivos dos áreas muy alejadas entre sí. Por lo tanto, debemos buscar una cuádruple división similar del territorio.

Como sucede con frecuencia, los mapas resultan inútiles, aunque muestren, eso sí, que el río principal, el Pámisos, con su afluente el Mavrozoúmenos, forma una división que discurre aproximadamente de norte a sur; pero contemplado desde el terreno, hay también una clara línea de este a oeste formada por una sucesión de colinas poco elevadas en las inmediaciones de Skála. Las dos líneas secantes compartimentan claramente la provincia en cuatro regiones; por ello, sólo tenemos que determinar qué grupo corresponde a cada

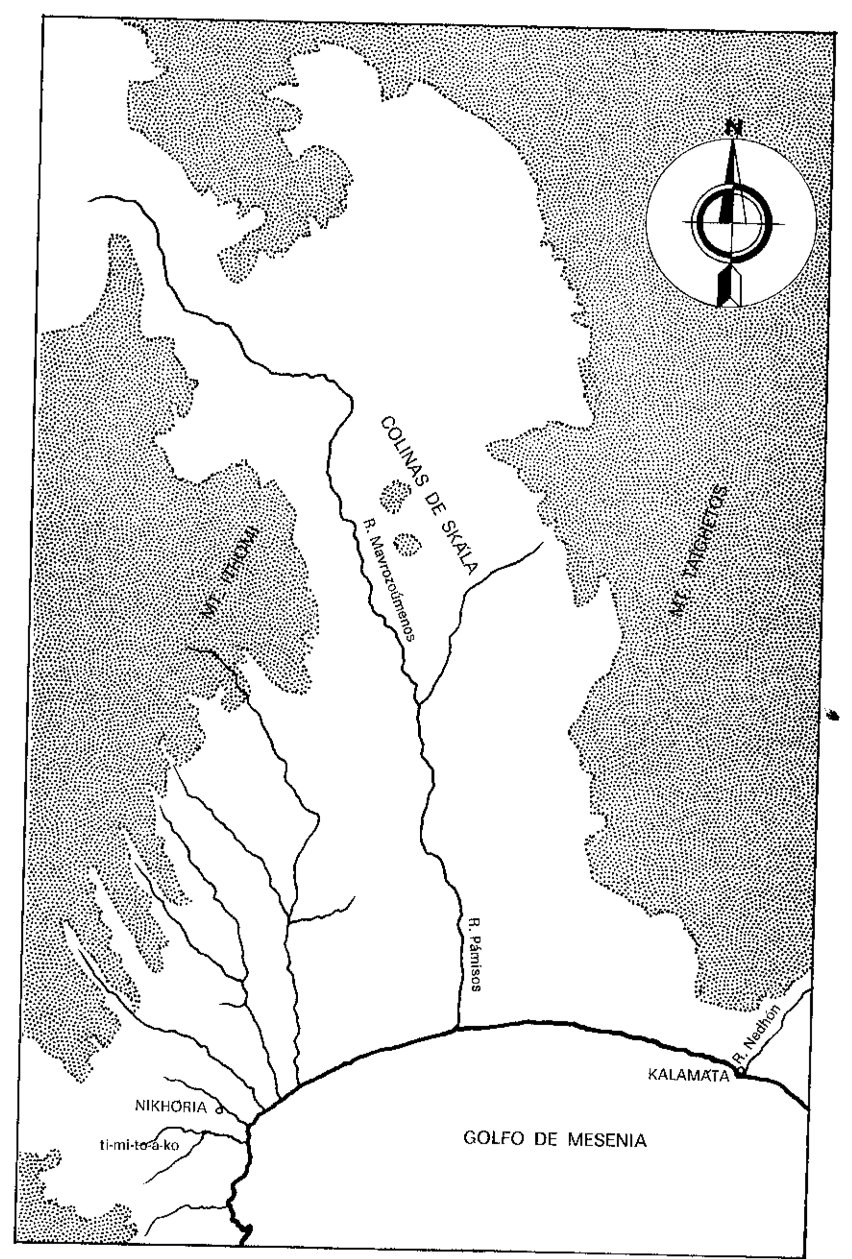


FIGURA 24.—*Mapa de la Provincia Transmontana.*

región. Sabemos que la *Ti-mi-to-ako* del grupo c) está cerca de la costa, y es probable que esté cerca del límite con la otra provincia; por lo tanto, la mejor elección para el grupo c) es la sudoccidental. La misma lista (Jn 829) que establece esto, proporciona también una lista lineal que debe ir de sur a norte, ya que se sabe que el primer nombre está cerca de la costa, aunque debemos conceder que los nombres se desperdiguen al este y al oeste del Pámisos. Puede ponerse de manifiesto que *A-te-re-wi-ja* y *E-ra-te-re-we* tienen puntos de contacto con la otra provincia; el grupo d) debería, por lo tanto, corresponder a la región noroccidental, donde existe una línea de comunicación practicable entre las provincias. De aquí resulta que a) debe corresponder al sureste y b) al noreste. El emparejamiento de las regiones está determinado por la más prominente de las fronteras naturales, el sistema fluvial.

Hasta ahora parece arriesgado forzar más la identificación de estos nombres con emplazamientos reales. Pero *Ti-mi-to-a-ko,* en el extremo sudoccidental de la provincia, puede muy bien ser el nombre micénico del yacimiento de Nikhória, como hemos mencionado más arriba. El panorama que surge de esta forma de la geografía pilia en la época de las tablillas nos proporciona un firme fundamento sobre el que asentar los hechos económicos, sociales y militares obtenidos de los documentos.

Creta

El rey de Cnoso no disfrutaba tan buen panorama de su dominio como su colega de Pilo. Su palacio estaba construido sobre una colina, pero más baja que las del entorno, de modo que su visión se limitaba al valle en el que estaba situado. Sólo si se hubiera subido al tejado podría haber entrevisto el mar, a lo lejos al norte, a través de un pequeño hueco en las colinas. Es ésta una diferencia sorprendente entre los emplazamientos micénicos y los minoicos; los micénicos se instalaban en posiciones dominantes, sin duda por razones estratégicas. Los minoicos de Creta habían escogido simplemente emplazamientos agradables y accesibles, sin preocuparse de su importancia estratégica y, desde luego, los micénicos del continente se asentaron en Cnoso, con cierta dosis de remodelamiento, sólo porque ya estaba allí.

Como Creta es una isla, la primera cuestión que tenemos que plantearnos es si hay algo que sugiera que los dominios del rey se extendieron fuera de la misma. La respuesta parece ser negativa, ya que no existen topónimos que puedan identificarse como situados

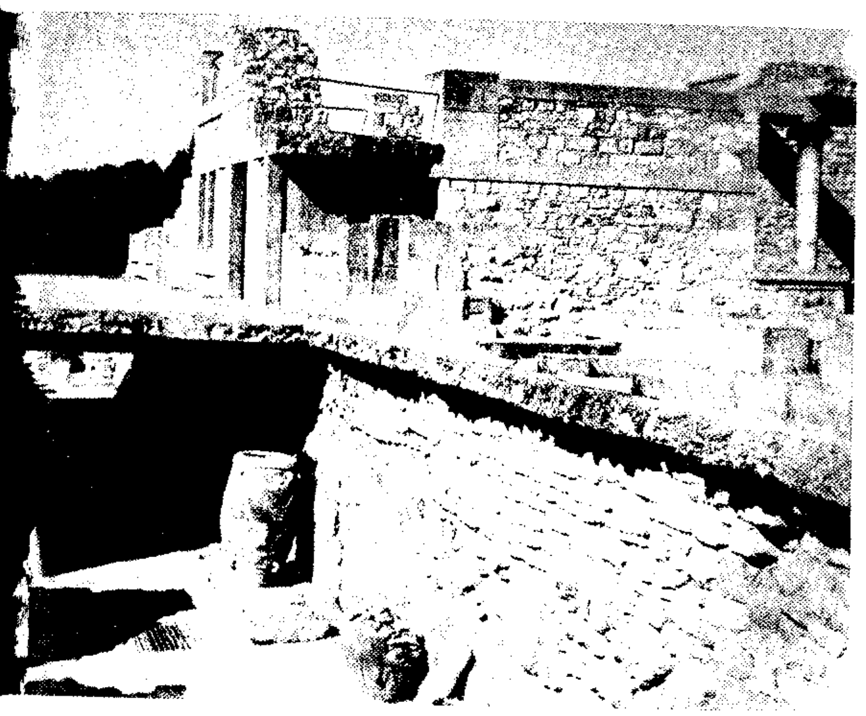


FIGURA 25.—*El Palacio de Cnoso.*

al otro lado del mar. Sólo hay una referencia a un rebaño de cabras (C 914) que se está enviando a *Akhaiwia* o Acaya, nombre que no aparece en otro lugar en las tablillas, pero que evoca el nombre hitita para un reino con el que éstos estaban en contacto (*Aḫḫijawā*). Existe todavía gran polémica sobre su localización, considerando muchos estudiosos que está situado en la costa turca o cerca de la misma; parece improbable que Cnoso estuviera enviando cabras allende los mares y, por lo tanto, podemos sospechar que es, en realidad, un lugar de la propia Creta.

Los testimonios arqueológicos para colonias minoicas en las islas del Egeo datan todos de una época anterior, y no hay razón alguna para suponer que a fines del siglo XV cualquiera de ellas fuera controlada por Cnoso. La sustitución de las importaciones minoicas por las micénicas, que está documentada para varios lugares, prueba desde luego sólo que Grecia reemplazó a Creta como poder domi-

FIGURA 26.—*Mapa de Creta.*

nante en el Egeo en esta época, un hecho atestiguado también en apariencia por los monumentos egipcios contemporáneos.

La segunda cuestión, por tanto, es qué partes de la isla controlaba el rey de Cnoso. Tenemos más nombres en Cnoso que en Pilo que podemos reconocer: la propia Cnoso, su puerto Amniso y el lugar vecino de Tiliso jugaron todos un papel en el desciframiento (Chadwick, 1958, p. 63) y varios más eran claramente reconocibles. A primera vista parecen abarcar la mayor parte de la isla, y en tiempos sugerimos que Cnoso era, en este período, la capital de toda la isla. Pero nuevas reflexiones me han llevado a reconsiderar la cuestión.

Creta es una gran isla de hasta 260 km de este a oeste, pero no más de 55 km de ancho en su parte más dilatada. Estas cifras se hallan fácilmente en un mapa, pero son bastante equívocas sobre el terreno. Gran parte de la superficie del terreno está por encima de los 300 metros, y hay tres grandes cadenas montañosas con cumbres entre los 2.000 y los 2.500 metros. Por ello, las comunicaciones no han sido nunca fáciles entre las distintas áreas, y sólo en la actualidad la era de las aplanadoras y de los barrenos han hecho posible la creación de un buen sistema viario. Quienes han visitado recientemente Creta sabrán que este sistema es todavía un proyecto sin concluir, pero el progreso ha sido rápido y se han acabado partes del mismo, mientras otras partes están sin acabar, pero en uso, y otras aún en embrión. Si nos retrotraemos a la Edad del Bronce, sin más equipos de construcción de carreteras que los instrumentos primitivos y la fuerza de trabajo humano, Creta aparece dividida fácilmente en pequeñas áreas.

Si comenzamos desde Cnoso, situada centralmente cerca de la costa norte, nos encontramos en una amplia y fértil área, limitada por una zona de colinas moderadamente elevadas, pero practicables, al sur, y por las cordilleras del Dicté y del Ida al sudeste y sudoeste, respectivamente. Hacia el este, a lo largo de la costa, no existe un obstáculo digno de este nombre, si bien las colinas poco elevadas llegan hasta el mar, abriéndose de nuevo en una llanada en torno a Mállia, que es el emplazamiento del tercer palacio minoico en tamaño. Más allá de Mállia se extiende otra región ondulada. Todo este territorio debe haber estado sometido seguramente a Cnoso; los nombres de Tiliso y Amniso pertenecen a esta franja costera, pero no conocemos aún el nombre clásico, por no mencionar el micénico, de Mállia.

Al sur de esta cuenca está la única gran llanura de Creta, la única área idónea para haber producido un excedente de grano. Esta llanura, denominada en la actualidad la Messará, está circun-

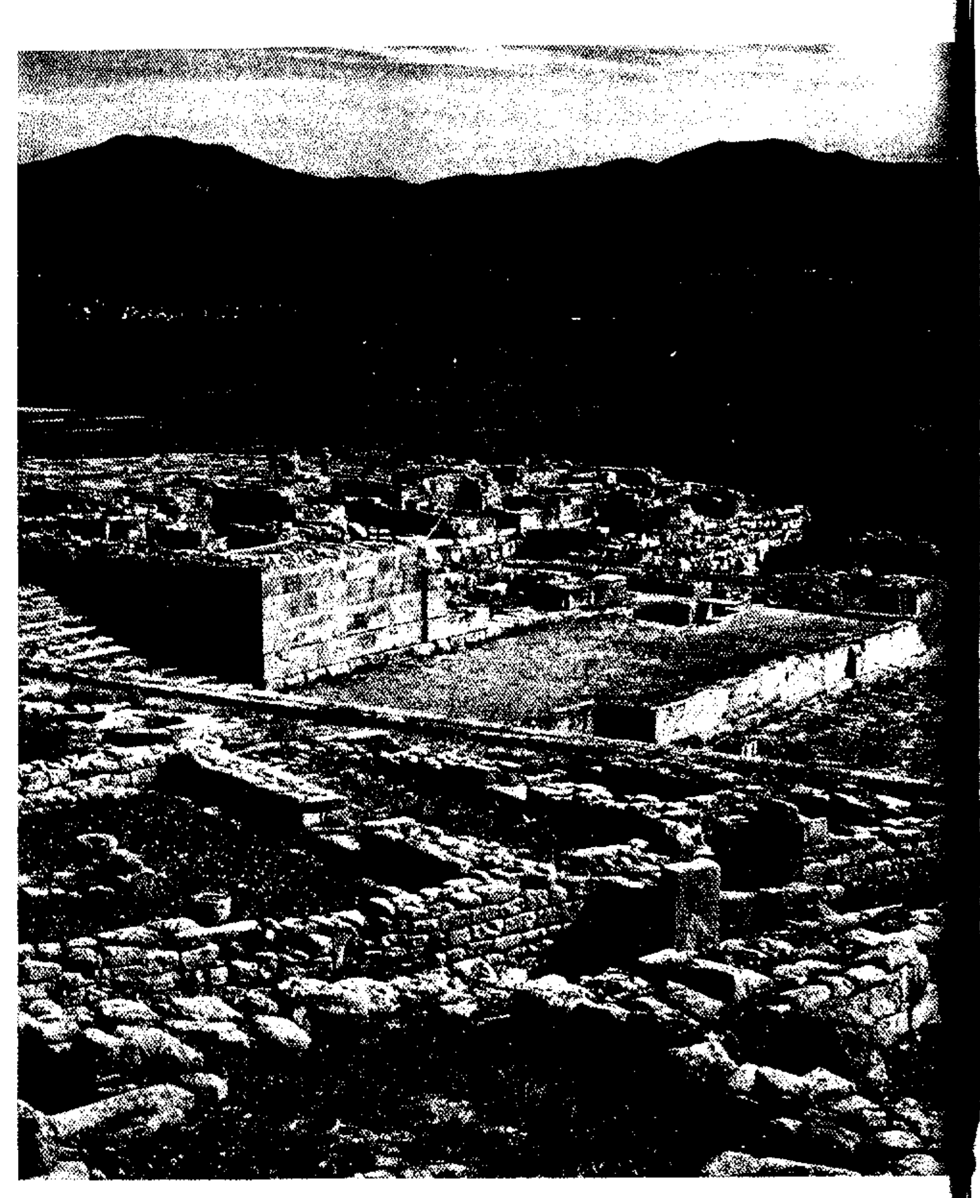


FIGURA 27.—*Festo: el Palacio minoico.*

dada por elevadas colinas o montes bajos, tanto al norte como al sur. Los montes del sur acaban de forma abrupta en el mar y ofrecen pobre abrigo para los navíos, como descubrió san Pablo cuando su barco fue obligado a arribar al diminuto puerto de Kalí Liménes o Puertos Seguros. Hacia el este hay una región de terreno abrupto, pero no impracticable; la costa occidental ofrece una buena playa para los barcos antiguos en las inmediaciones de la moderna Timbáki, donde el mar puede haberse retirado, y una aprovechable rada en Mátala.

Este área está dominada por el gran palacio minoico de Festo (Phestós en pronunciación griega moderna), nombre que figura de forma prominente en las tablillas de Cnoso. No puede haber duda de que Cnoso controlaba Festo, no sólo como poder superior, sino en todos los detalles insignificantes de la administración, y el gobernador de Festo era un mero delegado del rey de Cnoso. No es fácil reconciliar esta situación con el panorama arqueológico. El palacio minoico de Festo parece haber sido destruido, en unión de todos los demás centros minoicos, al final del Minoico Reciente I B (en torno al 1450 a. C.). No está claro exactamente qué partes, si es que lo fue alguna, se reocuparon en el MR II, la fecha de las tablillas de Cnoso. No obstante, debe haber existido una ciudad, grande y floreciente, aledaña a dicho centro en esta fecha. En una fecha ligeramente posterior tenemos buenos testimonios de una ocupación micénica en Hághia Triádha, el emplazamiento mucho más pequeño que está situado sólo a tres kilómetros en el otro extremo de la misma colina, e incluso es posible que el nombre de Festo se aplicara también a dicho lugar, cuyo nombre antiguo desconocemos. Su sola existencia ha sumido en un mar de dudas a los arqueólogos: ¿Por qué el rey minoico de Festo había construido una mansión real tan cerca de su palacio? La sugerencia más probable es que en esta fecha el mar llegara más cerca de la colina y Hághia Triádha fuera en principio la ciudad portuaria de Festo.

No obstante, antes de dejar la Messará debemos considerar otro nombre que ocupa un lugar notable en las tablillas de Cnoso. Su grafía es *Da-wo* y no se corresponde con ningún nombre conocido en la época clásica, si bien evoca el nombre de persona *Daos* (latinizado como *Dauus*, de modo que contenía en origen un sonido *w*), que se aplica con frecuencia a esclavos. Este topónimo está íntimamente asociado en las tablillas a Festo, y en concreto se sabe que era un gran productor de trigo: tenemos su nombre (F 852.1), seguido de una cifra incompleta que no es inferior a 10.000 unidades de trigo. Dado que la unidad (véase p. 141) está cerca de los 100 li-

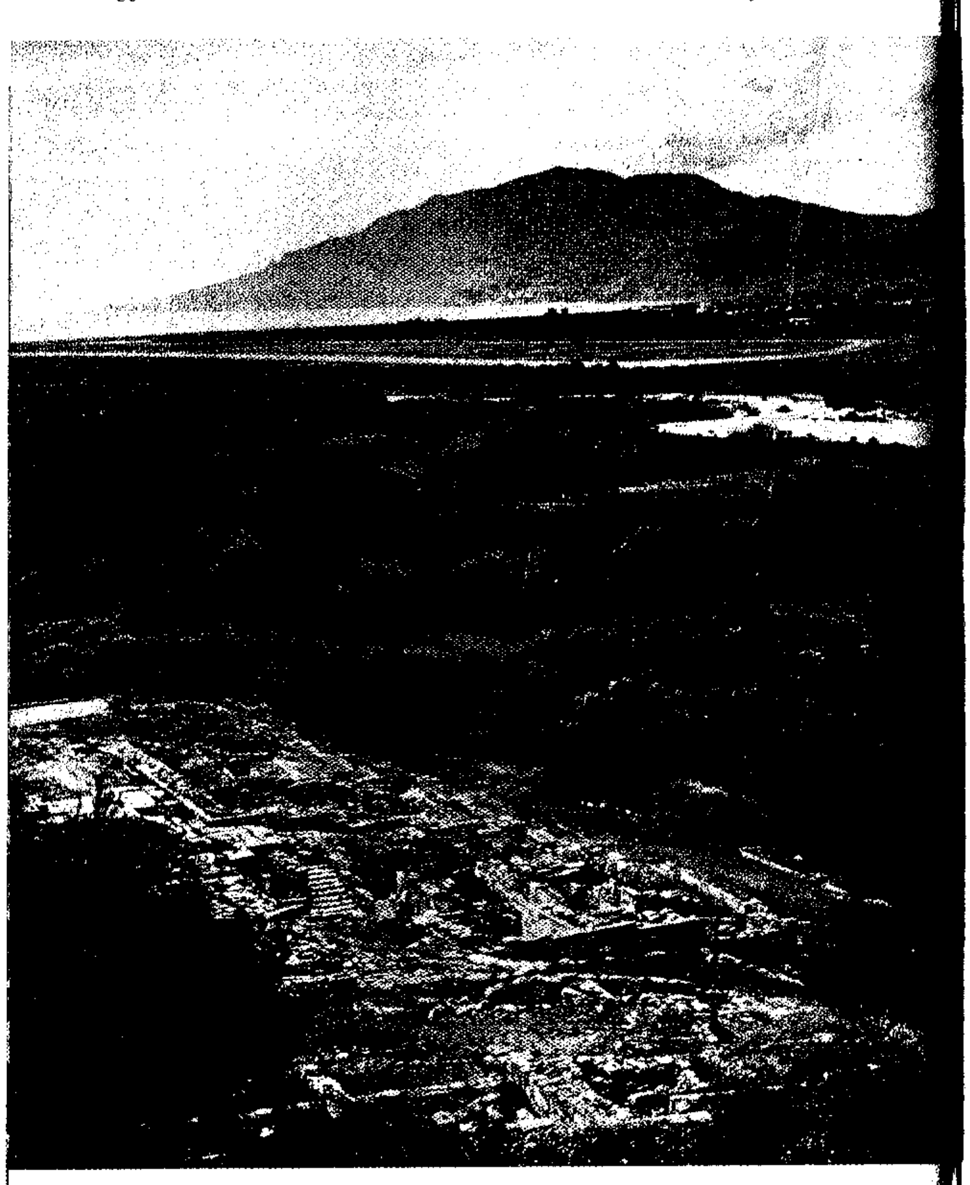


FIGURA 28.—*Hághia Triádha: la villa real.*

tros, resulta la cifra colosal de un millón de litros, o unas 775 toneladas de trigo como mínimo. En Creta sólo hay una zona que haya producido probablemente esta inmensa cantidad de trigo y ésta es la llanura de la Messará. Dado que *Da-wo* es un distrito independiente de Festo, aquél debe situarse seguramente en la muy fértil mitad oriental de la llanura, ya que, aunque no existe una divisoria sobre el terreno, el extremo oriental está en realidad drenado hacia el este por un pequeño río, que en la actualidad es el afortunado poseedor del nombre de Anapodháris o río «Retrógrado», ya que discurre en la dirección contraria al drenaje principal del área y vierte sus aguas (cuando lleva alguna) en el mar de Libia, a través de una garganta en las montañas del sur.

No es difícil viajar hacia el noroeste desde la Messará a través de uno de los dos valles que llevan hacia la costa norte a la altura de Réthimnon. Las cabeceras norteñas de estos valles se elevan en colinas altas, pero franqueables, que ofrecen una ruta practicable para las carreteras. En el extremo superior del más oriental de estos valles, el de Amári, está el emplazamiento clásico de una ciudad llamada alternativamente Sybrita o Sybritos, situado en la aldea actual de Thrónos: éste es otro nombre idóneo, ya que está magníficamente entronizado en una posición dominante. Se ha comunicado la existencia de tejuelos minoicos en dicho lugar, que no ha sido excavado nunca, y es poco probable que los minoicos hubieran despreciado este rico valle. Nuestro interés en este paraje se debe a la existencia en las tablillas de Cnoso de un nombre que evoca curiosamente Sybrita, *Su-ki-ri-ta,* que podría estar por *Sugrita.* Hay dificultades lingüísticas, pero en modo alguno son insuperables, para aceptar esta identificación. Alternancias semejantes de *b* y *g* se dan esporádicamente en otros nombres de origen no griego.

Si queremos salvar las colinas al norte de Sybrita, es posible hacerlo por una vía moderadamente difícil e ir a parar a la estrecha llanura aledaña de la costa norte en las inmediaciones de Réthimnon. Desde Réthimnon hacia el este, toda esta área parece haber estado bien poblada, al menos en el período MR III, aunque el MR I está aún muy pobremente atestiguado. Esto sugiere que deberíamos proseguir nuestra jornada desde Cnoso hacia el oeste, cruzando por Tiliso y franqueando un puerto bastante duro, para alcanzar el valle interior dominado en la actualidad por Anóghia y que incluye el lugar clásico de Axos, donde se ha indicado la existencia de cerámica del MR III. El nombre de Axos encierra un problema, ya que tiene un extraño parecido con el micénico *E-ko-so,* grafía silábica para *Exos,* dado que su adjetivo derivado es *E-ki-si-jo*=*Exios.* No obstante, aunque podríamos descartar con facilidad la variación en

la vocal, existe un obstáculo más serio, pues las primeras inscripciones alfabéticas cretenses muestran que *Axos* era con anterioridad *Waxos* y, aunque la pérdida de la *w* es regular en griego posterior, si pervivió hasta el siglo v a. C. en Creta, debe haber estado presente en la forma micénica. Pensé que esto solventaba la cuestión, y que la semejanza de nombre era una mera coincidencia, aun cuando sabemos que *Exos* encaja bien con la ubicación de *Axos*; posee 2.250 ovejas (Dn 1092) y está emparejada con *Sugrita*. Sin embargo, una visita al lugar me sugirió otra posibilidad. La mayor parte de los topónimos griegos carecen de significado en griego, y cuando se da el caso de que un pueblo vive en un área cubierta de topónimos ininteligibles, hay una tendencia a que dichos nombres se modifiquen para adaptarse a la lengua de los habitantes. En Devonshire el topónimo córnico *Pen-y-cum-gwik* («Arroyo cabecera del Valle») se ha modificado en *Pennycomequick*, del mismo modo que la colonia griega de Italia *Malowenta*, «Rica en ovejas», fue mal interpretada por los romanos como *Maleuentum*, «Malvenido», y transformado por lo tanto en *Beneuentum*, «Bienvenido» (Tito Livio 9.27.14). Por el mismo principio, el topónimo *Exos* que carece de sentido y que, de sugerir algo, sugiere «Exterior», quizá fue transformado, no por los micénicos, sino por sus sucesores dorios, en *Waxos*, que puede haber sido en realidad —ciertamente sugiere conexiones con ella— una palabra que significa «grieta», «quebrada» o «hendedura», ya que el lugar está situado de forma bastante incómoda en lo alto de una quebrada de la montaña. Si la responsabilidad de esta deformación puede ser depositada sobre las anchas espaldas de los dorios, no hay nada que nos impida localizar la micénica *Exos* en *Axos*. Sus asociaciones en las tablillas ciertamente sugieren que *Exos* se encuentra por esta zona.

Al norte de esta ruta, el país es muy ondulado hasta llegar a la costa. También nos encontramos aquí con otro problema lingüístico. Un lugar cerca de la costa, no muy lejos, al oeste de Iráklion, se llamaba en la época clásica *Kutaion*; está en una región apropiada para el pastoreo, pero no muy productiva por lo demás. Las tablillas muestran un lugar que es notable por sus ovejas, pero poco más, situado en el área general de Cnoso, con el nombre de *Ku-ta-to* o *Ku-ta-i-to*; las grafías variantes apuntan hacia una forma como *Kutaiton*. Nuevamente debemos preguntarnos si es posible que éste sea el mismo lugar que la posterior *Kutaion*. No existe aquí una explicación fácil para el cambio, dado que ninguna de las dos formas tiene significado; pero existe una tendencia general a reducir las palabras de articulación difícil omitiendo uno de los dos

sonidos similares, del mismo modo que *Connecticut* pierde en la pronunciación una de sus ces.

Al este de Cnoso debe haber existido un asentamiento en Mállia, aun cuando el palacio minoico no fue reconstruido jamás. Viajando más hacia el este, cruzamos un paso bastante difícil para alcanzar el golfo de Merambéllou, en la actualidad bien conocido para los turistas que acuden en tropel al moderno punto de veraneo de Hághios Nikólaos. En lo alto, sobre las colinas que dominan esta bahía, está el emplazamiento clásico de *Lātō* (en apariencia el mismo nombre de la madre de Apolo y Artemis, aunque aquélla es más conocida en su ropaje jónico como *Lētō*). Las tablillas de Cnoso nos hablan de un lugar que tiene idéntico nombre, pero no se ha encontrado todavía un asentamiento minoico en su vecindad, y el topónimo de las tablillas puede hacer referencia a un paraje diferente.

Tenemos una sola mención de *Winatos*, la posterior *Inatos*, una pequeña ciudad de la costa meridional, en la actualidad Tsóudsouro. No obstante, muchos lugares importantes que conocemos arqueológicamente se echan de menos en esta lista, muy probablemente porque sus nombres micénicos y minoicos no han pervivido en el período clásico, de modo que hasta ahora no hemos podido identificarlos con los topónimos por ubicar de las tablillas.

Hasta aquí he excluido deliberadamente los dos extremos de la isla, el lejano oriente y el lejano oeste, ya que en ambos casos los asentamientos de ambos extremos habrían estado muy lejos de Cnoso, y la geografía hace difícil una comunicación por tierra. Existen barreras naturales al oeste de Réthimnon y al este de Sitía. El contacto con estas áreas habrá sido más fácil por mar. Ahora bien, existe un reducido grupo de topónimos que se dan sólo en ciertos grupos limitados de tablillas; el mejor ejemplo es la serie Co, que recoge para cada lugar sendos números de ovejas, cabras, cerdos y ganado mayor. Las ovejas son significativas, ya que tenemos un enorme juego de documentos por medio del cual Cnoso controlaba vastos rebaños por toda Creta central. La ausencia en estos documentos de este grupo especial de topónimos prueba, por lo tanto, que estas áreas no estaban bajo el control inmediato de Cnoso, aunque, por supuesto, es posible que existiera un control menos directo.

Dos de los topónimos de este grupo son fácilmente identificables. Uno es *Kudōniā*, bien conocido como nombre antiguo de la que es hoy la segunda ciudad en importancia de Creta, Khaniá. Este nombre aparece mencionado indirectamente por Homero, ya que el poeta hace referencia a sus habitantes, *Kudōnes*, al tener la propia ciudad un nombre reñido con el metro. Hasta hace muy

poco no se ha sabido casi nada de Khaniá desde el punto de vista arqueológico, pues se trata de otro de aquellos casos desesperantes en los que una ciudad moderna se superpone sobre un emplazamiento antiguo, de modo que la exploración se ha restringido forzosamente a unos pocos espacios abiertos y a catas precipitadas de lugares construidos. Uno de éstos fue explorado en octubre de 1973 por el arqueólogo griego I. Papapostólou, y resultó que contenía el archivo de lo que debe haber sido un palacio minoico, dado que un buen número de tablillas escritas en Lineal A y una gran colección de precintos y etiquetas inscritas se sacaron de allí. Otra exploración había revelado ya jarras con breves inscripciones en Lineal B, por lo que está claro que fue una ciudad importante en las épocas minoica y micénica.

El otro nombre conocido es *Aptarwā*, que en época clásica era conocido como Aptara o Aptera, siendo este segundo nombre un ejemplo excelente de la deformación de un nombre no familiar en una palabra parlante, ya que Aptera significa «sin alas» y recuerda el título de la diosa Victoria (*Nikē Apteros*), para la que los atenienses construyeron un pequeño templo en la acrópolis. El emplazamiento de la posterior Aptara es bien conocido, en lo alto de las colinas que dominan la bocana de la bahía de Soúdha.

Ninguno de los otros cuatro nombres de este grupo de tablillas puede ser identificado con nombres posteriores. No obstante, existe un hecho muy curioso en torno a dos de ellos. Estos aparecen de nuevo sobre algunas de las jarras con inscripciones en Lineal B halladas en Tebas, en la Grecia continental, en un caso al menos seis veces. Evidentemente, podían ofrecerse dos explicaciones: los nombres podrían ser una simple coincidencia, ya que hemos visto cómo se repiten los topónimos en el mapa de la Grecia micénica, o las jarras en cuestión podrían haberse importado desde Creta, probablemente como recipientes para algún líquido. Podríamos haber descartado la explicación de la mera coincidencia, a no ser por el hecho de que otras jarras, encontradas en otros lugares del continente, tenían también pintadas palabras que vuelven a aparecer como topónimos en las tablillas. Una, hallada en Eleusis del Atica, presenta un topónimo cretense que aparece frecuentemente en Cnoso: *Da-*22-to* (el valor fonético del signo intermedio se desconoce aún, de modo que tiene que transcribirse mediante una referencia numérica).

Pero en esta cuestión la arqueología científica ha empezado a arrimar el hombro. El doctor H. Catling, que estaba por entonces en el Museo Ashmole de Oxford, emprendió un análisis de la arcilla de algunas de las vasijas micénicas. Su método consiste en someter a análisis espectroscópico diminutas muestras de la fábrica de la vasija para determinar qué impurezas estaban presentes en la arcilla de la que estaba hecha. Todas las arcillas contienen rastros de otros elementos, por lo general metálicos, y puede demostrarse que la arcilla de una región determinada presenta un patrón característico de impurezas. De esta forma, el análisis produce una especie de huella dactilar que puede determinar el lugar de origen del cacharro. El método necesita sin duda mayor desarrollo, pero se ha puesto de manifiesto que funciona en los casos en los que el origen no es dudoso. Por ello, su aplicación a las jarras inscritas procedentes de Tebas podría mostrar si eran o no de manufactura local. Los resultados muestran que no encajan con las arcillas locales y, lo que es más notable, de hecho, parecen encajar con muestras procedentes de Creta. No obstante, este método no está todavía suficientemente afinado para proporcionar una respuesta clara. Sin embargo, el hecho de que dos líneas de investigación independientes condujeran ambas a Creta es una coincidencia muy notable, y nos anima a suponer que en un período bastante posterior a la caída de Cnoso, vasijas inscritas en Lineal B estaban siendo exportadas desde localidades cretenses al continente. Una futura investigación podrá definir las áreas de Creta de las que procedían; el primer trabajo (Catling y Millet, 1965) apuntaba hacia el extremo oriental de la isla. Las conexiones de las tablillas de Cnoso apuntan, empero, más bien hacia la región occidental más alejada, lo que puede resultar coherente con el análisis de la arcilla. De esta forma, se concluiría que el extremo occidental de Creta, la provincia de Khaniá, puede haber estado al margen del control directo de Cnoso, aunque sometida en cierto sentido a su gobierno. El extremo oriental de la isla puede haber gozado también de una relación similar, ya que la geografía sugiere que habría sido difícil una comunicación con él por tierra.

En cierto momento pensamos haber identificado una ciudad en el extremo oriental; las tablillas mencionan con frecuencia un lugar llamado *Se-to-i-ja* y resultaba tentador equipararlo con la *Sētaia* clásica, la moderna Sitía. Se reconocieron siempre las dificultades lingüísticas, y no ha surgido nada nuevo que confirme dicha conjetura; por otro lado, un buen número de datos sugiere ahora que dicho lugar estaba situado en la parte central de Creta, por lo que debemos abandonar nuestra primera conjetura.

Tenemos, por tanto, un panorama de Creta en esta época como una poderosa monarquía, con una administración muy centralizada en Cnoso, que controla la isla desde Réthimnon a Ierápetra, pero que deja los dos extremos en una dependencia distinta,

bien como estados autónomos pero aliados, bien como posesiones con cierto grado de autonomía. Será interesante ver si nuevos descubrimientos confirman este panorama. Al menos es evidente a partir de la existencia de tan numerosos archivos de tablillas en Lineal A, que en la época minoica la administración de la isla estaba descentralizada, aunque tampoco podemos decir si se trataba de estados dependientes o autónomos fuera del área inmediata de Cnoso. Está claro que el gobernante de Cnoso fue siempre el poder dominante de la isla. Después de la caída del palacio de Cnoso, es probable que la isla se fragmentara de nuevo en numerosos pequeños estados, situación ésta en la que encontramos la isla en los comienzos del período histórico.

Capítulo 4

LAS GENTES DE LAS TABLILLAS

Pese a unas pocas vacilaciones, no puede haber una duda seria de que la lengua de las tablillas en Lineal B era griego; pero, ¿eran griegas las gentes que las escribieron? En esta época, griego sólo puede tener, desde luego, un significado: de habla griega, ya que el concepto de nacionalidad es un anacronismo en el mundo antiguo. Es muy poco probable que hablantes de otra lengua hubieran redactado sus documentos en griego; seguramente no tenemos una situación paralela al latín de los documentos medievales de Inglaterra, donde la lengua vernácula era considerada inadecuada para un asunto tan serio como la redacción de documentos oficiales. Esta situación sólo pudo surgir donde la lengua empleada había alcanzado un enorme prestigio por su historia y había pervivido como medio de comunicación entre las gentes educadas. No podemos prever una situación semejante en las cortes de la Grecia micénica, ya que la lengua de prestigio habría sido seguramente el cretense notado mediante la Lineal A; la Lineal B era una creación relativamente nueva ingeniada para subvenir a las necesidades de la lengua griega.

Por lo tanto, parece razonable a primera vista considerar a los micénicos como gentes de habla griega y podemos ofrecer una incontestable confirmación de este hecho: el gran número de hombres y mujeres de las tablillas que llevan nombres griegos, es decir, nombres parlantes en griego. Jóvenes de muchas nacionalidades, y por ende hablantes de muchas lenguas, podrían llamarse hoy Ale-

jandra (*Alexandra*), pero cuando encontramos este nombre, que en griego es parlante, aplicado a una mujer de Micenas en el siglo XIII, es muy difícil que sus padres puedan haber sido ignorantes de su significado. El significado literal es bastante sorprendente: «La Espantahombres», pero debemos recordar que, si se me puede disculpar esta estrecha opinión, los nombres de las mujeres son muchas veces derivados de modelos masculinos, y que *Alexandrā* es simplemente el femenino de *Alexandros* (nuestro Alejandro), «El Espantahombres», apelativo éste convenientemente marcial.

El sistema griego de nombres de persona, tanto en la época clásica como en la micénica, difiere radicalmente del nuestro. Cada individuo tiene un solo nombre, escogido de un repertorio mucho más amplio que el acostumbrado primer nombre de los españoles. Si es necesario distinguirlo de otros individuos de idéntico nombre, se hace habitualmente aplicándole también el nombre del padre. Me hizo gracia ver que, con fines oficiales, en Grecia todavía existe la práctica de calificar el primer nombre tanto con el primer nombre del padre como con el apellido; de esta forma, cuando abrí una cuenta bancaria me encontré denominado «John *tou* Fred», donde *tou* significa «de», esto es «hijo de». En algunos dialectos griegos arcaicos y en micénico se da el nombre del padre, no en genitivo sino en forma de adjetivo, como *Kusamenios* «hijo de Kusamenos». Sin embargo, esta práctica no se emplea con frecuencia en nuestros documentos y parece limitarse a los sujetos de familias aristocráticas. A otros es posible diferenciarlos mediante la especificación de la ciudad natal del individuo o de su ocupación. No tenemos ejemplos claros de mujeres especificadas de esta forma; hay una lista de nombres de mujeres (PY Vn 1191) en la que cada nombre está precedido de un nombre de hombre en genitivo. Es muy probable que tengamos aquí los nombres de sus maridos, aunque los individuos podrían ser sus padres o, si se trataba de esclavas, sus amos. En el sistema griego, una mujer lleva el nombre de su padre si es soltera, y el de su marido si está casada; todavía hoy la costumbre en Grecia para un apedo de mujer es que esté en genitivo.

No sería sorprendente encontrar que durante la última parte del segundo milenio a. C. la población de Grecia no era exclusivamente de habla griega. Tal como sugiere la reconstrucción de la historia que he bosquejado en el capítulo 1, la conquista de Grecia y la absorción de los hablantes de otras lenguas habrá sido un proceso lento. Sólo necesitamos recordar que hoy, seiscientos años después de la unión de Gales con Inglaterra, hay todavía muchos



FIGURA 29.—*Fresco de guerreros procedente de Pilo.*

miles de hablantes de gaélico en Gales, aunque la mayoría del principado es de habla inglesa. Así, simplemente por hipótesis apriorísticas, esperaríamos encontrar rastros de otras lenguas distintas a la griega entre la población de la época micénica.

Incluso en la época clásica existen algunas referencias en los historiadores a hablantes de otras lenguas como el pelasgo, que para nosotros sólo es un nombre, y en partes de Creta oriental, en una fecha tan tardía como el siglo IV a. C., todavía se estaban grabando inscripciones en otra lengua. En varias partes de Grecia tenemos noticias de clases sometidas que representarán con toda probabilidad los descendientes de las gentes subyugadas por los antepasados de los dirigentes posteriores. Aunque no se nos dice que cualquiera de ellos hablara todavía otra lengua, algunos eran indudablemente descendientes de gentes no griegas. En Esparta existían, de hecho, dos de estas clases inferiores. Un grupo de ciudadanos libres pero de segunda clase, sin derechos políticos, denominados *perioikoi,* «los que moran en derredor», eran muy probablemente los griegos predóricos de Laconia, los descendientes de la población micénica. Otra población de siervos trabajaba la tierra para sus amos espartanos y eran conocidos como *heilōtes,* nombre que posiblemente significa «cautivos», y se trataba presumiblemente de la clase sometida de la época micénica, gentes de origen no griego. Incluso cuando se adopta una nueva lengua, la gente es muy tenaz con respecto a los nombres de persona, como lo testimonian los nombres celtas muy queridos todavía por los galeses, escoceses e irlandeses de habla inglesa.

Al menos el setenta por ciento de las palabras asentadas en los documentos micénicos son nombres de persona. De esta forma, debía ser posible utilizar este material para calcular qué porcentaje de población tenía nombres griegos, aunque esto no es en sí mismo un testimonio concluyente de que todos ellos no hablaban más que griego. No obstante, debido a las ambigüedades inherentes al sistema gráfico, y al hecho de que no hay modo de poder verificar el significado de un nombre, nunca es seguro descartar un nombre como no griego, precisamente porque no podemos ver un nombre griego adecuado tras la forma silábica. Pero al menos podemos sentirnos confiados en que algunos son tan transparentemente griegos que sería absurdo ponerlos en duda. El nombre de mujer *Alexandrā* ya citado es un buen ejemplo , y la misma tablilla nos ofrece *Theodōrā.* Entre los nombres de varón podemos citar como ejemplos *Amphimēdēs, Eumenēs, Euruptolemos, Opilimnios, Philowergos.* Todos ellos no sólo son fácilmente reconocibles como griegos, sino que son también de un tipo especial

conocido como nombres compuestos, de forma que cada nombre puede ser analizado en dos elementos significativos. Este tipo está tan extendido en las lenguas indoeuropeas que resulta difícil creer que no sea una herencia común. No obstante, también se encuentra en otras partes y muchos apellidos japoneses son bastante similares. Por otro lado, los romanos inventaron o tomaron en préstamo un sistema totalmente diferente. Así, la aparición de nombres compuestos en griego micénico es una prueba de una larga tradición, aun cuando muchos de los elementos de los que están compuestos no se encuentran fuera del griego. Es difícil creer que la gente que escogió estos nombres para sus hijos estuviera haciendo otra cosa que seguir una costumbre tradicional griega y, por consiguiente, debemos considerarlas como de habla griega. No hay nada especialmente aristocrático en estos nombres, ya que las listas de pastores de Cnoso incluyen ejemplos y es presumible que no fueran sujetos del más elevado estrato social.

Muchos nombres más son de otro tipo griego conocido, derivados de nombres comunes. A veces un término de vocabulario puede emplearse también como nombre: *Glaucos,* «Ojosgrises», es un nombre que nos es familiar ya desde Homero; hay también un pastor llamado *Ekhinos,* «Erizo (de mar)» (¿era de carácter punzante?), e incluso otro llamado *Poimēn,* «Pastor», del mismo modo que hay un broncista que disfruta del nombre *Khalkeus,* «Herrero». En estos casos podría demostrarse, desde luego, la falsedad de la argumentación; estos nombres transparentes podrían haberse aplicado no por los padres a sus hijos, sino por los amos de habla griega que no podían articular a derechas un ininteligible nombre extranjero. Ciertamente podemos sospechar la existencia de este proceso en los casos en que tenemos unos simples nombres descriptivos como *Eruthros,* «Bermejo», o *Poliwos,* «Cano». Unos pocos nombres parecen ser manifiestamente poco lisonjeros, si no francamente obscenos. Es difícil, sin embargo, juzgar los límites de lo que es aceptable como nombre; en la época clásica conocemos también nombres poco halagüeños, y podemos suponer que comenzaron como apodos, y, una vez que se aceptaron, llegaron a emplearse por las generaciones posteriores sin consideración de su significado.

Con mucha frecuencia el apelativo se distingue del nombre común por medio de la adición de un sufijo. Un ejemplo clásico bien conocido es el nombre *Sīmōn,* derivado de *sīmos,* «chato», pero que al parecer nunca fue considerado como un baldón. En griego micénico tenemos numerosos ejemplos: *Tripodiskos* presenta el sufijo de diminutivo *-iskos* aplicado al nombre de la caldera

con trébede, «Tripodito» (o «Pequeño Trespatas»); *Makhāwōn* está formado sobre *makhā*, «lucha», *Argurios* a partir de *arguros*, «plata»; *Pomnios* de *poimnā*, «rebaño»; *Plouteus* de *ploutos*, «riqueza». Algunos de estos sufijos se encuentran también con el tipo compuesto: *Opilimnios* es un adjetivo en una forma derivada de *opi* (clásico *epi*), «sobre», y *limnā*, «lago», o *Guowaxeus* a partir de *guous* (el *bous* posterior), «buey», y *agō*, «llevo».

Uno de los medios más corrientes de formar un nombre derivado en griego clásico es mediante el sufijo *-idēs* o *-adēs* que significa «hijo», exactamente del mismo modo que los patronímicos castellanos en *-ez* e *-iz*. Este procedimiento parece estar ausente por entero de los nombres micénicos, y no es tan sorprendente ver que tampoco Homero presenta nombres propios de este tipo, aunque emplea esta formación como adjetivos con el significado de «el hijo de».

Si imaginamos la situación en la que una reducida clase dirigente griega domina a una población más amplia no griega y consigue imponer su lengua, podríamos esperar que los descendientes de las gentes no griegas continuaran usando sus antiguos nombres, aunque algunos padres pueden haber querido tratar de congraciarse con los señores adoptando nombres griegos para sus hijos. De esta forma, no sería sorprendente encontrar un buen número de nombres no griegos junto con los griegos, en especial entre las cepas más humildes. Con todo, no debemos olvidar que el griego debe haber sido hablado en el área de Pilo durante siglos antes de la fecha de las tablillas, de modo que el testimonio de un nombre extranjero no debe tomarse como prueba de que todavía se hablaba allí una lengua extranjera. También nos enfrentamos con la dificultad de que, mientras un nombre griego es muchas veces evidente por sí mismo, incluso en su grafía ambigua, en cambio no tenemos medio de reconocer uno extranjero, ya que no sabemos a qué lengua puede pertenecer. No obstante, algunos nombres micénicos, en especial en Cnoso, presentan un aspecto grosero para ojos griegos, y es difícil creer que no son otra cosa que nombres extranjeros. En unos pocos casos es posible añadir una prueba menos subjetiva: en las tablillas de Cnoso aparecen ciertos nombres que se repiten más o menos exactamente en las tablillas en Lineal A de Creta anteriores a la invasión griega. Por ejemplo, es muy probable que *Di-de-ro y A-ra-na-ro* sean formas helenizadas de los nombres *Di-de-ru* y *A-ra-na-re* hallados en las tablillas en Lineal A procedentes de Hághia Triádha. Un pequeño grupo de nombres de Cnoso comienzan por *Piya-*, un elemento común que significa «dador» en los nombres hititas; pero, sorprendentemente, nadie hasta ahora ha sido capaz de identificar una lengua que pueda justificar un número amplio de estos nombres no griegos.

Resulta difícil decidir dónde clasificamos los nombres derivados de topónimos griegos. Si un sujeto tiene el nombre de *Lampsakos*, conocido mucho más tarde como el de una colonia griega próxima a los Dardanelos, ¿debe clasificarse como griego o no? *Tulisios*, el adjetivo de la ciudad cretense *Tulisos*, aparece como nombre propio de Pilo; igualmente tenemos una mujer llamada *Korinsiā*, a partir de *Korinthos*, Corinto, pero parece haber sido otro lugar de este nombre dentro del territorio de Pilo. Sin embargo, algunos nombres sugieren de hecho contactos con tierras alejadas: *Aiguptios* en Cnoso debe ser «Egipcio», de modo que quizás *Lukios* sea el individuo procedente de Licia (en la parte sudoccidental de Anatolia), y *Turios* el procedente de Tiro (en el actual Líbano).

Una teoría que podemos rechazar con bastante certeza es la de que los griegos no eran el pueblo dominante de la Grecia micénica, sino sólo una casta de escribas empleados por señores no griegos para llevar sus cuentas. Es de lamentar que no se mencionen nunca de una forma directa los nombres de los soberanos de Pilo o de Cnoso (pero véase más adelante, p. 99), ya que si tuvieran nombres inconfundiblemente griegos, la cuestión quedaría zanjada. Hay en cambio listas de dignatarios importantes, por ejemplo los «Seguidores», *e-qe-ta*, del rey de Pilo, que deben pertenecer a la clase dirigente y se puede demostrar que estas listas contienen nombres típicamente griegos, como *Alektruōn* hijo de *Etewoklewēs*, el posterior Eteocles (An 654.8). Su hermano tiene uno de los numerosos nombres en *-eus*, que son típicos de las leyendas arcaicas, como *Akhilleus*, *Odysseus*; en algunos casos parece que éstos representan un acortamiento de un nombre más largo.

Aunque ni uno solo de los personajes de la épica homérica puede identificarse en las tablillas, es bastante claro que muchos individuos de las tablillas poseen nombres homéricos. Si un funcionario subordinado de Pilo (An 657.3) tiene el nombre del hijo de Agamenón *Orestes*, ¿significa que el contenido de la épica era ya conocido para los micénicos de Pilo? Si tanto en Pilo como en Cnoso hay un sujeto de nombre *Akhilleus*, Aquiles, ¿supone que la saga de la *Ilíada* era ya famosa? La respuesta a esta pregunta está surgiendo a medida que conseguimos saber más sobre los nombres de los micénicos, ya que está quedando en claro que el número de nombres en uso no era ilimitado. No sólo es posible mostrar que el mismo nombre en el mismo lugar puede hacer re-

ferencias a dos personas distintas, sino que el número de nombres hallados en dos o más lugares es en la actualidad considerable. Cada nuevo aporte de material parece aumentar estos ejemplos. Por lo tanto, es probable que Homero haya podido inspirarse en una tradición que contenía nombres micénicos genuinos. No obstante, surge el hecho extraño de que muchos de estos nombres micénicos son los que en la épica se aplican a los troyanos. Hace ya tiempo se inventó la ingeniosa teoría de que el otro nombre del príncipe troyano Paris, *Alexandros,* que es claramente griego, no era más que una corrupción griega de un nombre que aparece en los documentos hititas como *Alakshandush.* El testimonio de que la forma femenina *Alexandrā* estaba ya en uso en el siglo XIII prueba al menos que *Alexandros* podía ser un genuino nombre micénico, y que puede ser la forma hitita la que está corrupta, si es que se trata de todos modos del mismo nombre. Pero, dado que no sólo *Hektōr,* sino incluso el mítico fundador de Troya, *Trōs,* aparecen como nombres en Pilo, es difícil resistirse a la conclusión de que los nombres troyanos están tomados también del común acervo micénico. Por supuesto, no se deduce de esta conclusión que los troyanos fueran de habla griega; Homero puede ignorar los problemas lingüísticos y permitir que griegos y troyanos conversen libremente en griego, del mismo modo que los de la industria cinematográfica hoy en día hacen que propios y extraños conversen también en la lengua de producción.

El acervo de nombres homéricos cuadra de esta forma con el muestreo de nombres micénicos que nos ha llegado casualmente. Homero no emplea en apariencia tipos que fueran desconocidos en la Grecia micénica, y la frecuencia de nombres en *-eus* resulta que es un elemento correcto de arcaísmo. No hay datos para confirmar cualquiera de los nombres de la tradición homérica, pero al menos podemos estar seguros de que Homero emplea nombres que podrían haber estado en uso en la época micénica.

Aparte de la gran riqueza de nombres propios, hay unos pocos nombres que describen grupos de personas que no parecen ser las simples formaciones adjetivas sobre las ciudades donde vivían. Hay en particular un grupo de ocho nombres que describen individuos ocupados en misiones de defensa de costas en Pilo (véase página 222). A uno o dos de estos nombres podría aplicarse una etimología griega, pero el resto es probablemente de origen no griego; con todo, no hay nunca una mención de lugar que pudiera corresponder a su ciudad natal. Por lo tanto, parece posible que éstos sean los nombres de tribus que mantienen su identidad hasta la época de las tablillas. Sus nombres sugieren un origen no griego,

y habría sido prudente emplear a esta gente sólo en misiones no beligerantes para proporcionar una fuerza de vigilancia costera al mando de oficiales griegos. Esta teoría puede explicar también por qué algunos de sus nombres vuelven a aparecer en los asientos de producción de lino (véase el capítulo 8).

Población

Evidentemente sería muy interesante conocer las dimensiones de la población de un reino micénico y, dado que los documentos contienen tanta información numérica, es tentador tratar de ingeniar un método de calcularla. Pero las tablillas están muy lejos de ser una estadística del censo; sólo se recogen cifras de interés directo para el palacio, y el número de bocas que alimentar sólo tiene interés para quienes deben proporcionar el alimento. La cifra de aproximadamente 750 esclavas controladas directamente por el palacio de Pilo, junto con un número similar de niños, impone al menos cierta especie de patrón. El millar de mujeres y niños ubicados en realidad en Pilo implica que la población total de la ciudad, en oposición al palacio excavado, no era inferior a 2.500 y muy bien puede haber sido mucho mayor.

El número de topónimos en las tablillas de Pilo alcanza la cifra de unos doscientos, y la exploración arqueológica de Mesenia localizó un número similar de asentamientos. Algunos de estos eran quizás minúsculos caseríos, pero otros, como los centros administrativos de los distintos lugares, habrían sido pequeñas ciudades. Si suponemos una dimensión media de unas 250 personas por asentamiento, nos daría una cifra de 50.000 para la totalidad del reino. McDonald y Hope Simpson (McDonald y Rapp, 1972, p. 141) hicieron estimaciones muy cautas en este sentido, llegando a la conclusión de que 50.000 era la cifra mínima.

Sólo hay un lugar para el que la información de las tablillas ofrece una oportunidad de cálculo. Conocemos dos hechos del centro regional de la Provincia Transmontana llamado Asiatia: los herreros están eximidos de una contribución que es una doceava parte del gravamen total de la región (Ma 397); y puede demostrarse que los herreros son veintiuno, aunque esta cifra incluye cuatro sin asignación de bronce. Si suponemos que los herreros contribuían por lo general en proporción a su potencia numérica, entonces la población contribuyente total debe ser de 252 personas, o 204 si no se cuentan a los que carecen de asignación. Si suponemos además que la fuerza laboral productiva es una cuarta parte de la

población total, la dimensión de esta ciudad se situaría en 800 a 1.000 personas. No obstante, aquí hay una ambigüedad suplementaria: el documento que recoge el descuento para los herreros probablemente no se refiere sólo a la ciudad, sino al distrito del que aquélla es el centro. Pero es probable que la lista de herreros sea más específica, y podrían haber existido otros herreros ubicados dentro de la región, aunque no en su ciudad principal. Por ello, no debe suponerse que podemos extrapolar sin riesgos a partir de estas cifras, si bien éstas pueden proporcionar una buena estimación del tamaño de la ciudad-mercado por término medio.

Capítulo 5

LA ESTRUCTURA SOCIAL Y EL SISTEMA ADMINISTRATIVO

Cuando los arqueólogos descubren un gran edificio construido de sillería bien trabajada y decorado con frescos, con numerosas habitaciones, algunas de ellas espaciosas, y rodeadas de numerosos almacenes y depósitos, hablan justificadamente de un palacio. Suponen con razón que el acceso a la riqueza necesaria para crear una estructura de este tipo implica que su propietario era capaz de controlar una población bastante grande para soportar dicho lujo. De aquí que ni Evans en Cnoso ni Blegen en Pilo vacilaran en hablar de palacios, aunque podría haber sido más científico resistir la tentación de darles nombres románticos, como «el Palacio de Minos» o «el Palacio de Néstor». Si bien los grandes palacios se distinguen con facilidad, y podemos con confianza llamar así a los importantes complejos de edificaciones de Cnoso, Festo o Mállia, de Micenas, Tirinte o Pilo, no está tan claro cuáles pueden ser las dimensiones mínimas de un palacio. Káto Zákros posee ciertamente un palacio; pero ¿tiene Hághia Triádha un palacio, o sólo la mansión de un noble?; ¿qué pasa con el edificio principal de Gourniá?; ¿son o no un palacio las estructuras de Gla en Beocia?

Es muy difícil responder a estas cuestiones sólo sobre la base de los testimonios arqueológicos. Lo que podemos deducir de los edificios palaciegos es que éstos son centros administrativos y, en el período micénico, la administración requería documentos escritos. La existencia de un archivo prueba la existencia de un palacio en el sentido de un importante centro administrativo. El

reciente (1973) descubrimiento de tablillas en Lineal A en Khaniá prueba, sin otros hallazgos arqueológicos, la existencia de un palacio, ya que en ninguna otra parte es probable que haya habido este amplio grupo de documentos administrativos. En este sentido también el archivo de tablillas en Lineal A de Hághia Triádha prueba que éste figura como centro de administración.

Todo administrador necesita una oficina desde la que actuar, y en una sociedad no sofisticada es probable que su oficina fuera también su residencia permanente. Así, cada centro de administración implica un administrador, bien sea un monarca independiente, un príncipe semiautónomo o un barón local que debe lealtad a un señor superior. Estos detalles escapan a la pala del arqueólogo, pero los documentos pueden arrojar cierta luz sobre los procesos de administración.

No fue sorpresa encontrar que el señor de un estado micénico fuera llamado *wanax,* ya que esta palabra, con la omisión regular de la *w,* es una de las homéricas para «rey». Lo que fue más sorprendente fue el hecho de que *guasileus,* la forma originaria de *basileus,* la otra palabra para «rey» en Homero y el único término clásico, tuviera un significado menos elevado para los micénicos y parece haberse empleado para el «jefe» de cualquier grupo, incluso el capataz de un grupo de herreros. Restos de este empleo pueden encontrarse todavía en Homero, ya que tenemos noticia de muchos *basilēes* en Ítaca (*Od.* 1.394-5), y Alcínoo, el rey feacio, menciona doce *basilēes,* además de él mismo, entre su gente (*Odisea* 8.390-1).

Pero existe un problema con respecto al empleo de *wanax* en las tablillas. Nadie puede dudar seriamente de que, en la mayor parte de los casos, el término se refiere al gobernante humano; cuando, por ejemplo, leemos una lista realizada «cuando el rey designó a Augewas para ser *da-mo-ko-ro* (un título oficial)», se trata claramente de una acción humana. Con todo, en otros casos nos quedamos sin saber si no se aplica «rey» como título divino, ya que en esta acepción la palabra continuó empleándose en griego clásico. El ejemplo más claro está en una serie de tablillas de Pilo (Fr), que recoge diversas cantidades de aceite y de ungüento perfumados distribuidas a distintas divinidades. Sería un poco singular encontrar al «rey» incluido aquí entre las divinidades. Pero también se echa de ver que el asiento no es nunca sólo «para el rey»; el término aparece combinado con otro nombre que funciona como dirección. Esto era quizá suficiente para poner de manifiesto que aquí no se quería designar al gobernante humano.

El único documento que nos proporciona una información real sobre el rey es uno de Pilo (Er 312), que recoge las dimensiones de distintas fincas. Tenemos aquí inventariadas «la finca del rey», «la finca del *Lāwāgetās*» y las tierras de tres dignatarios llamados *telestai.* Aquí el hecho interesante es el tamaño de estos predios: el del rey es tres veces el del *Lāwāgetās,* y los tres *telestai* juntos tienen el mismo monto de tierras que el rey. Esto parecería diferenciarlo como un sujeto privilegiado, pero la tablilla hace referencia presumiblemente a su hacienda de un lugar determinado y debe haber detentando también la posesión de más tierras. El adjetivo que significa «del rey», «regio», se aplica a artesanos: encontramos en Pilo un batanero regio (En 74.3), un alfarero regio (Eo 371) y otros cuya ocupación es oscura (En 609.5). En Cnoso unos paños son descritos como «regios», presumiblemente adornados o teñidos de una forma peculiar a la realeza, al igual que la púrpura imperial en épocas posteriores. Fuera de esto, es poco lo que puede decirse sobre el rey. Su título no ha sido todavía mencionado en ninguno de los escasos documentos procedentes de Micenas; en Tebas podemos confirmar únicamente la existencia de la palabra.

No obstante, aunque no aparece nunca expreso el nombre del rey de Pilo, existe un individuo de nombre *E-ke-ra₂-wo* (quizá algo como Enkhelyāwōn, pero no podemos estar seguros de la reconstrucción), cuya posición en la jerarquía parece tan elevada que es difícil creer que no sea el *wanax.* Una tablilla que inventaría ofrendas a Posidón (Un 718) muestra, al igual que la lista de fincas arriba mencionada, cuatro donantes: dos se asientan con el mismo título, pero *E-ke-ra₂-wo* aparece en lugar del rey y el *dāmos* en lugar de los *telestai.* Si suponemos que *E-ke-ra₂-wo* es el rey, entonces la adición de los hechos que se conocen sobre el mismo nos permite completar un poco su retrato. Tiene cuarenta hombres que sirven como remeros en la flota (An 610), y parece poseer un extenso predio con un total de 94 unidades (Er 880), es decir, más de tres veces el tamaño del *temenos* del rey; está plantado con más de mil vides y un número similar de higueras. Resulta difícil ver cómo podría encajarse este importante personaje dentro de la sociedad pilia a menos de que se encuentre a su cabeza. Tenemos testimonios en otros lugares de que un mismo individuo puede ser mencionado por su nombre o por su título; combinando los dos, obtenemos un panorama más satisfactorio de las posesiones del rey.

El título de *Lāwāgetās* se encuentra en Pilo y en Cnoso, y significa literalmente «el conductor del pueblo». Dado que la palabra traducida por «pueblo», hace referencia en griego posterior, y en

especial en la *Ilíada,* al «pueblo aprestado para la lucha, la tropa o la hueste», algunos han supuesto que el título micénico designa al comandante del ejército. Pero esto no puede ser confirmado por nada de lo que las tablillas nos dicen sobre aquél. Sabemos que en Pilo su finca era un tercio del tamaño de la del rey, pero que no era mayor que la media de los tres *telestai.* Su contribución a Posidón (Un 718) consiste en dos carneros y cantidades de harina y vino. Por el contrario, el rey *E-ke-ra₂-wo* contribuye con seis veces más grano, cuatro veces y media más vino, una cantidad de miel, diez quesos, un buey y una pelliza. Al igual que el rey, el *Lāwāgetās* tiene asignados a su servicio artesanos: quizá un ruedero (Ea 421) y otro cuyo oficio es oscuro (Na 245); y otros dos hombres son descritos como pertenecientes al mismo, pero no podemos explicitar en qué sentido. El título vuelve a aparecer en su forma derivada en Cnoso, pero en unos contextos fragmentarios tales que es poco lo que puede aprenderse de los mismos; una tablilla (E 1569) puede darnos el tamaño de su finca, ya que cuadra de cerca con la del *Lāwāgetās* de Pilo, pero podría referirse igualmente a una determinada cantidad de grano.

Una estudiosa sueca, la doctora Margareta Lindgren (1973, II, páginas 134-136), propuso la ingeniosa sugerencia de que el nombre del *Lāwāgetās* de Pilo es *Wedaneus.* Ciertamente Wedaneus es un personaje de gran importancia, que recibe ofrendas de grano en el mismo contexto que Posidón (Es), que tiene veinte hombres sirviendo como remeros en la flota (An 610) y que parece ser el propietario de numerosos rebaños de ovejas.

En sociedades de este tipo, el rey necesita que un grupo de nobles actúen como delegados suyos y le permitan imponer su control por todo su reino. Por lo general, esta necesidad se satisface gracias a una clase de aristócratas, muchas veces parientes de la Casa Real, quienes proporcionan los oficiales de categoría superior de la administración, forman también las tropas de elite del ejército y están al mando de las levas de infantería. Esta clase está representada en la sociedad micénica por los *hequetai* o «Seguidores». Este nombre no debe tomarse tampoco literalmente, ya que las cortes reales han estado siempre plagadas de dignatarios, cuyas misiones no correspondían a sus peregrinos títulos; sin embargo, una de sus misiones debe haber sido seguramente el seguir al rey y servirlo tanto en paz como en guerra. Hay un paralelo evidente del «Seguidor» en los términos para «compañero», empleados frecuentemente por los comensales del rey y sus amigos íntimos; el latín

comes presenta el mismo significado, y de esta palabra se deriva el español *conde.*

La confirmación de la elevada condición de los Seguidores procede de ciertos indicios. Un Seguidor puede poseer esclavos (PY Ed 847), y uno de los importantes terratenientes registrados en Pilo, Amphimēdēs, ha sido agudamente identificado por Lejeune (1966, p. 260) como el Seguidor mencionado en la recapitulación de dicha serie (Ed 317). Muchos de los seguidores mencionados en las tablillas de la defensa de costas de Pilo (véanse pp 218-226) son conocidos por el nombre de sus padres, además de sus propios nombres, una especie de timbre aristocrático que al parecer no se confiere al pueblo más llano, aunque el estilo telegráfico de las tablillos puede ser siempre el responsable de la omisión de títulos honoríficos. En Cnoso hay una lista muy dañada encabezada por «Seguidor(es) de Cnoso» (B 1055), y encontramos a un Seguidor que procede de una de las otras ciudades del reino (de Exos, Am 821).

Tres cosas distintas aparecen descritas mediante el adjetivo derivado del título de Seguidor: esclavos, paños y ruedas. La existencia de esclavos pertenecientes a individuos particulares está garantizada en otros lugares de las tablillas, aunque esto es raro, excepto en el caso de los broncistas. Probablemente su aparente escasez se debe al hecho de que normalmente no están registrados. La mención de telas en Cnoso (tablillas Ld) indica que los Seguidores portaban una forma de vestimenta característica, sin duda un uniforme (que puede haber tenido bordes o mechones blancos). Como las ruedas se destinan a los carros, podemos suponer que los Seguidores poseían carros y, presumiblemente, con unas ruedas de un modelo distintivo. Todo esto encaja con su elevado rango, pero los carros sugieren que pueden haber tenido también funciones militares. Dado que hay pruebas de que Cnoso poseía una fuerza de unos doscientos carros, mientras que la de Pilo puede haber sido bastante más reducida (pp. 212-215), podemos especular sobre si los Seguidores constituían de hecho las únicas tropas que iban en carro a la batalla. Su función principal habrá sido presumiblemente la de actuar como oficiales de la infantería; como se sugiere más adelante (p. 223), el ejército pilio puede haber tenido once regimientos, cada uno al mando de un Seguidor. No obstante, podrían haberse empleado también como tropas de elite, capaces de desplazarse rápidamente dondequiera que el terreno o los caminos lo permitieran y, apoyándose en su pesada armadura, capaces de mantener a raya a una fuerza más grande de tropas armadas a la ligera.

La administración local

Junto con los nobles que constituyen la corte y la administración regias, es normal encontrar una segunda clase de grandes, que incluye a los grandes terratenientes. Aunque los nobles deben poseer también tierras, bien en virtud de su cargo, bien por pertenecerles particularmente, hay por lo común una clase mucho más amplia de terratenientes que proporcionan la administración local fuera de la capital. Estas dos clases superiores sirven también al útil propósito de constituir un control mutuo. Todo intento por parte de la clase superior local de segregarse de la autoridad central puede ser contrarrestado por el empleo de los Seguidores, mientras que todo Seguidor que esté tentado de usurpar la prerrogativa real puede ser controlado por el poderío de la nobleza territorial.

Puede ser objeto de controversia hasta qué punto estamos justificados al encajar los títulos micénicos dentro de este armazón; no obstante, propongo por mi parte dejar aquí que se imponga un modelo que, por lo demás, falta en los títulos micénicos. El reino de Pilo se dividía en dieciséis distritos administrativos, cada uno de los cuales estaba controlado por un gobernador denominado *ko-re-te* y un subgobernador llamado *po-ro-ko-re-te* (Jn 829). La reconstrucción de estos títulos es incierta y se los conocerá aquí como *koretēr* y *prokoretēr*, sin que esto implique que se trata de las equivalencias exactas. Hay un problema en el largo encabezamiento de la lista de contribuciones impuestas sobre estos funcionarios, ya que, aunque el cuerpo principal del texto especifica sólo un *koretēr* y un *prokoretēr* por cada distrito, otros cuatro títulos aparecen en unión con éstos en el encabezamiento. La solución más probable para este problema es que los otros son títulos alternativos que pueden ser subsumidos todos bajo las dos categorías de *koretēr* y *prokoretēr*; en otras palabras, el *koretēr* de un distrito puede haber sido llamado *dumar*, palabra que en otros textos significa «superintendente» o algo similar. Los otros títulos para el funcionario inferior son curiosos. Uno es *klāwiphoros* o «clavero (portador de la llave)», título que se atestigua en otras partes; hay una mujer con este título llamada Karpathia en las tablillas de las tierras de Sphagiānes, quien de una forma excepcional tiene dos parcelas (Eb 338, Ep 704.7) y vuelve a aparecer junto a una sacerdotisa en una tablilla dañada (Un 6) que trata de ofrendas religiosas. La impresión es que el título es principalmente religioso y puede, si no debe, estar en manos de una mujer. La combinación de un cargo secular y de uno religioso no provocaría sorpresa; en épocas posteriores, la misma persona era con frecuencia magistrado y sacerdote, y la separación del poder religioso del secular es un fenómeno relativamente moderno. No obstante, sería muy sorprendente que el gobernador delegado de un distrito pudiera ser una mujer. Dado que la palabra griega para «clavero» puede utilizarse igualmente para hombres y para mujeres, no hay dificultad en suponer que el título puede ser detentado por uno u otro sexo. En la Grecia clásica, el «portador de la llave» se convierte cada vez con más frecuencia en «tenedor de la llave» (*kleidoukhos*); pero la palabra continúa siendo un sinónimo de sacerdotisa, si bien sabemos por inscripciones que el título podía estar también en manos de los hombres.

Por el mismo texto está claro que el *koretēr* y su delegado en cada distrito eran los responsables de las contribuciones extraordinarias de bronce, que se examinarán más adelante, en el capítulo 8 (página 182). Encontramos idénticos títulos en una tablilla en mal estado procedente de Pilo (Jo 438), que recoge contribuciones de oro (véase p. 185). Aquí los contribuyentes son a veces asentados por medio de sus títulos de *koretēr* y *prokoretēr*; en otros casos tenemos sólo el nombre del distrito o el nombre del funcionario mismo. Esto hace probable que los individuos que se nombran aquí son de dicho rango.

Un panorama muy similar surge de otro importante documento que consta de dos tablillas (Aq 64 y 218). También hay aquí una desesperante laguna, en la que se nos ha perdido toda la fórmula introductoria, salvo el final de la última palabra; pero ésta sugiere que se trata de una lista de gente que cumple determinado tipo de función oficial. A dos de los individuos nombrados se les da también el título de *koretēr* de un distrito; uno de los distritos pertenece a los siete de la Provincia Transmontana (p. 74), pero el otro es desconocido excepto por su aparición en la lista de las contribuciones de oro discutida arriba. No obstante, encontramos aquí un nuevo título, *mo-ro-qa*, que ha sido interpretado como *moroqquās*, «aparcero»; pero, como siempre, es arriesgado intentar conjeturar la función de un título a partir de su etimología. Este documento demuestra que el *moroqquās* es más una categoría que un cargo como el *koretēr*, ya que un mismo individuo aparece descrito como ambos: Klumenos el *moroqquās*, *koretēr* de Iterewa, quien también es conocido como comandante de un sector de la defensa de costas. Al lugarteniente de otro sector de dicha defensa (An 519.2) se le da también este título. No obstante, otros tres individuos de la lista en cuestión (Aq 64) tienen el título de *moroqquās* sin más especificación. Podría parecer que se trata de una categoría elevada, aunque no hay razón alguna para relacionarla

con la corte real. La palabra aparece también en Cnoso, pero podría tratarse de un mero antropónimo.

Para explicar esta lista se han propuesto distintas teorías, pero, aunque ciertos hechos salen a la luz, el panorama general está lejos de resultar claro. El segundo parágrafo (Aq 64.12-6) recoge propietarios de parcelas de tierras; el tercero (Aq 218.1-6) individuos en obligación de hacer algo que no está claro; el cuarto (Aq 218.9-16) individuos sin parcelas de tierra. Todos estos individuos, salvo los del tercer parágrafo, tienen una partida de «un par», pero queda sin especificar de qué es este par, si bien se podría evitar esta dificultad suponiendo que el documento está en relación con una futura distribución de tierras. Debería añadirse también que dondequiera que se registran tierras, éstas se miden por un sistema diferente, que se examinará en el capítulo 7. Hay también un asiento subsidiario en los dos primeros parágrafos: un ideograma oscuro y una cifra entre 3 y 12, y siempre un múltiplo de 3; y este asiento está en correlación con una locución en el texto que se traduce: «este año recogerá (o recogió) como sigue». Los dos asientos sin el oscuro ideograma tienen las palabras: «y no recogerá (recogió)». El verbo que he traducido por «recoger» tiene probablemente un significado más específico. En principio parece haber significado «capturar», y está asociado con la palabra para caza; pero en algunos dialectos adquirió un significado más general. Es de lamentar también que el imperfecto sistema de grafía no nos permita distinguir en este caso entre un pasado y un futuro; la ambigüedad no habría sido obstáculo para los funcionarios que manejaron estos documentos, pero para nosotros constituye un problema más.

Los cinco individuos del tercer parágrafo, que no tienen el asiento «un par», son interesantes, porque tres de ellos son Seguidores nombrados en las tablillas de defensa de costas, aunque aquí no se les da este título. No puede haber duda alguna de que se trata de los mismos individuos, ya que se les da nuevamente el nombre de sus padres como identificación suplementaria. Los otros dos sujetos de este parágrafo aparecen mencionados simplemente como «el sacerdote» de tal y cual lugar; uno presenta una acotación adicional, que es probablemente un título de alguna especie.

En este punto podemos encarar otro problema muy discutido: el rango del título *telestās*. El documento que recoge las fincas del rey y del *Lāwāgetās* (Er 312, p. 99) hace referencia también a las fincas de los tres *telestai,* que son en conjunto idénticas en tamaño a la del rey. Estos son claramente propietarios de tierras importantes, pero no está claro exactamente cómo encajan dentro de la jerarquía. Pienso ahora que la solución más fácil es suponer que

estaban en la misma relación con el gobernador del distrito que los Seguidores con el rey, es decir, que eran las personas más importantes de los distritos locales después del gobernador y su delegado, quienes pueden haber sido elegidos de entre sus filas.

Al proponer esto, estoy volviendo en parte a una postura que mantuve hace tiempo, según la cual, dado que la palabra *telestēs* en griego posterior tenía asociaciones con el culto y el ritual, su significado en época micénica podría haberse encontrado también en la esfera religiosa. Si en la actualidad no mantengo esta postura, no es simplemente que pienso que estuvieran ausentes las asociaciones religiosas, sino que, como ya se explicó arriba, la separación del cargo religioso y secular no se había adoptado en esta época. En cambio, el modelo teórico que he seguido requiere una clase de terratenientes locales y existe una buena razón para verlos en los *telestai,* cualquiera que sea la otra función que éstos pueden haber tenido que desempeñar.

El título aparece casi exclusivamente en documentos que tratan de posesiones de tierras. Sus cifras son relativamente grandes; el distrito de Sphagiānes en Pilo tenía en principio catorce, si bien la posesión de uno de ellos parece haber sido suprimida. Conocemos su existencia en cuatro lugares de Creta, y en uno de ellos (Aptarwa, en la parte occidental de la isla) su número no es inferior a cuarenta y cinco. El tamaño de sus posesiones es con frecuencia grande, y el término *ktoinookhos,* «poseedor de un terreno», puede emplearse como sinónimo. El título parece derivarse de un verbo que expresa su función: se nos dice (PY Eb 149) que «un *telestās* está en la obligación de —, pero no —,», donde la raya es el verbo emparentado con *telestās*. Ello sugiere que el título puede ser no tanto una etiqueta permanente como una descripción de la función de un individuo en un contexto determinado, como un médico, un abogado o un maestro de escuela pueden ser todos descritos como «cabezas de familia» en un contexto apropiado.

En Pilo tenemos también referencias al *dāmos,* la palabra que en su forma del griego posterior *dēmos* es el término ordinario para las personas como colectividad (de aquí procede nuestra *democracia*). Pero en el Atica tiene también la acepción especial de un distrito local del mismo tipo de dimensiones que la parroquia gallega o la *parish* inglesa. Dado que sabemos que el reino pilio estaba dividido con fines administrativos en dieciséis distritos, es tentador suponer que éstos se llamaban de hecho «demos» y que el término podía ser empleado de esta forma para las gentes de este distrito colectivamente. Entonces esto explicará por qué una lista de puercos (PY Cn 608), que están siendo cebados por los *opidāmioi* u ofi-

ciales de los demos, son enumerados bajo los nombres de los nueve distritos de la Provincia Cismontana.

En Sphagiānes y en otros lugares, la tierra comunal está explotada por las manos del *dāmos* o por cesión del mismo. En un pasaje (Ep. 704.5), el *dāmos* hace una declaración impugnando la propiedad de determinadas tierras reclamadas por la sacerdotisa Eritha en representación de su dios (p. 151). La cuestión de interés aquí es que esto procede de la versión editada, pero el borrador preliminar que poseemos también (Eb 297) parece sustituir en lugar del *dāmos* «los poseedores de terrenos». Esto implica que la voz colectiva del distrito se expresaba por medio de los propietarios de tierras importantes. Esto parece confirmarse por el paralelo ya examinado entre la lista de fincas (Er 312) y las ofrendas a Posidón (Un 718), ya que el *dāmos* ocupa el lugar de los tres *telestai.* De esta forma podremos establecer que estos tres términos son en la práctica sinónimos.

Debemos mencionar también aquí al funcionario denominado *da-mo-ko-ro,* que se atestigua tanto en Cnoso como en Pilo. La larga descripción del valioso mobiliario de Pilo (p. 188) fue escrita «cuando el rey hizo a Augewās *dāmokoros*». De esta forma sabemos que éste era un nombramiento real. Es probable que sea un compuesto de *dāmos,* quizá con la misma raíz que produjo *koretēr.* Pero no es fácil de ver cuál era la distinción. Augewās es mencionado al final de una lista mutilada de *koreterēs* (PY On 300.7) de la Provincia Cismontana, pero de aquí no puede sacarse deducción alguna: como ocurre con tanta frecuencia, el encabezamiento se ha perdido.

Las clases inferiores

Es muy difícil, a partir de nuestros documentos, establecer un panorama de la gente común e imaginar qué tipo de vida llevaban. Se tiene la impresión de que la administración real se interesaba principalmente por los nobles y terratenientes por un lado y por sus subordinados y esclavos, por el otro. Entre estas dos clases debe haberse situado la gran masa de la población trabajadora. En el distrito de Sphagiānes tenemos registrados tanto los arrendatarios como los terratenientes importantes; unos pocos son artesanos reales, pero la mayoría están calificados de «servidor del dios», aunque no está todavía claro qué implica exactamente este título. Cuando se necesitaran obras, debe haberse aplicado algún sistema de trabajo del tipo *corvée.* No obstante, no hay nada en nuestros documentos que pueda ser interpretado de esta forma. Los grupos más grandes de hombres registrados en Pilo son los ochocientos y pico que forman las patrullas de costa (p. 222) y los 500-600 que aparentemente están sirviendo de remeros en la flota (An 610). Hay una tablilla de Cnoso (B 807) que hace referencia a 237 individuos de la ciudad de Utanos; tiene todo el aspecto de un censo de varones adultos disponibles.

Existe una lista de albañiles en cuatro lugares distintos, pero las cifras son pequeñas y presumiblemente se trata de artesanos, no de peonaje (véase p. 177). La segunda mitad de esta tablilla parece recoger una transacción comercial para la adquisición de un trueque de alumbre, y resulta difícil ver qué relación podría tener esto con la lista de albañiles. Con más frecuencia tenemos tablillas que recogen pagos en cebada a los distintos grupos de artesanos, pero no se especifican las proporciones de estos grupos y sólo en unos pocos casos pueden deducirse éstas (véase p. 156).

Los nombres de ocupaciones especiales inventariadas implican una impresionante división del trabajo; no estamos en el período tosco en el que cualquier sujeto podía ser sucesivamente granjero, constructor, carpintero, etc. Es este un período en el que se tenía un experto a mano, tanto si se deseaba una copa corriente o una pieza de mobiliario taraceada con materiales preciosos. Un oficio como el de «fabricante de pasta de vidrio azul» indica un grado de lujo, ya que, ni aun derrochando imaginación, podría considerárselo necesario. Es quizá significativo que dicha ocupación sólo se conozca en Micenas. En este caso, uno de nuestros problemas consiste en que muchos nombres de oficio no pervivieron en la Grecia clásica, y por ello nos resulta imposible interpretarlos. Hay ausencias notables de la lista de ocupaciones: así la palabra para «granjero» (o cualquier otra actividad agrícola más especializada) o «escriba» (o quizá deberíamos decir «escribano, oficinista»).

En el extremo inferior de la escala social se encuentran los esclavos. Debe recordarse que la dicotomía clásica de los seres humanos entre esclavo y libre no siempre estaba tan definida como pretendían los antiguos y, en cualquier caso, sólo tiene pleno sentido en una sociedad en la que los individuos libres son, en alguna medida, y por reducido que sea su número, los dueños de su propio destino. En la Atenas clásica los ciudadanos libres tenían derechos y obligaciones políticas, mientras los esclavos no tenían ninguna. No obstante, en una sociedad autocrática regida por un monarca, resulta difícil decir que un individuo, a no ser el rey, es verdaderamente libre. La libertad y la esclavitud son, entonces, conceptos relativos, y la palabra que en griego clásico significa «esclavo» debería quizás

traducirse en micénico por «siervo». Lo que está claro es que esclavos, al menos los del sexo femenino, existían en cierto número y que su condición era muy baja, cualquiera que sea su exacta posición social o sus derechos políticos.

Los individuos particulares podían poseer esclavos, si bien presumiblemente los propietarios de esclavos eran de una clase relativamente elevada. Ya nos hemos encontrado con esclavos del Seguidor, y otros pocos individuos mencionados en las tablillas poseen esclavos. Los esclavos de propiedad privada más numerosos de los que tenemos noticia son los que pertenecen a los herreros de Pilo, que trabajaban también como artesanos junto con sus dueños. Al menos trece aparecen mencionados en las tablillas conservadas (serie Jn), y una sección en mal estado (Jn 431.25-26) parece implicar la catalogación de 36 sujetos como esclavos. Teniendo en cuenta el hecho de que casi un tercio de las tablillas de esta serie parece haberse perdido, podría pensarse que el total real es algo mayor.

En Cnoso, la palabra que significa «compró» (*qi-ri-ja-to*) aparece cuatro veces en las tablillas que recogen hombres y mujeres y, en algunos casos, aparece en el mismo contexto el término para «esclavo». Parece probable que pequeños contingentes de esclavos fueran adquiridos mediante compra, aunque debe permanecer oscuro de donde se adquirieron. También aquí los particulares pueden poseer esclavos (Ap 628.1, Ai 824).

No obstante, la mayoría de los esclavos que aparecen en las tablillas no se denominan específicamente así y, aunque su condición era sin duda humilde, puede discutirse si estaban en una situación casi idéntica a la de los esclavos de la Grecia clásica. Las tablillas de Cnoso muestran grandes grupos de mujeres ocupadas en la producción textil en cierto número de ciudades importantes (p. 192), y una gran serie de documentos paralelos procedentes de Pilo muestra que la razón para este censo es la distribución de raciones. En ambos casos, las mujeres aparecen acompañadas por los niños, pero no tienen maridos. Las muchachas superan en número a los muchachos, pero en Pilo hay una serie independiente de tablillas que enumera los grupos de individos que se describen simplemente como «los hijos de tal o cual grupo de mujeres». Puede presumirse que estos jóvenes eran ya demasiado mayorcitos como para ser clasificados como muchachos y permitírseles seguir con sus madres; unos pocos muchachos se agregan a veces a estos grupos, probablemente muchachos de más edad que estaban acercándose a la edad en la que podían ser clasificados como adultos.

Resulta difícil imaginar a mujeres y niños en esta situación, alimentados y presumiblemente alojados a cuenta del palacio, a menos

de que su condición fuera efectivamente la de esclavos. La situación en Creta puede haber sido ligeramente distinta, ya que aquí las mujeres aparecen descritas con mayor frecuencia como «mujeres de Festo», «mujeres de Dawos», etc., y puede mostrarse que en realidad estaban viviendo en estas ciudades, y que no eran mujeres procedentes de estas ciudades que habían sido llevadas a Cnoso. El hecho de que en todos los casos tengan a sus hijos consigo, va en contra de un sistema de trabajo por prestación personal (*corvée*), ya que si las mujeres fueran requeridas para realizar un trabajo de duración de todo un año para el palacio, y fueran alimentadas por el palacio sólo para este período, es seguramente increíble que hubieran llevado a sus hijos y obtenido raciones también para ellos. Una comunidad asegurará siempre que las ancianas cuiden de los niños en ausencia de sus madres, excepto las criaturas de pecho. De esta forma, es muy probable que estas mujeres dependieran del palacio de una forma permanente, e importa poco entonces si en realidad se las consideraba como «esclavas» o no. Los grupos de jóvenes mencionados arriba difícilmente habrían tenido esta curiosa descripción, a menos de que fueran los hijos de las esclavas.

La ausencia de esclavos varones, aparte de éstos, constituye una confirmación de su condición. Uno de los hechos de la vida antigua que requiere un alto grado de organización social es mantener a los hombres en un estado de esclavitud permanente. De esta forma, al capturar una ciudad o al dirigir una correría en busca de esclavos, se acostumbraba a dar muerte a todos los varones adultos y a tomar en cautiverio sólo a las mujeres y los niños. Con el tiempo, los niños varones crecerán, y si su número es grande, será difícil mantenerlos en estado de esclavitud. La especial designación de los jóvenes refleja, sin duda, la situación insólita en la que esclavos varones adultos existen en un número cualquiera. En un caso (Ad 684) hay una anotación críptica adicional de que cinco jóvenes y un muchacho son hijos de algunos remeros del mismo modo que de un grupo de tejedoras, pero es difícil averiguar qué quiere decir esta frase.

Los grupos de mujeres de Pilo se encuentran descritos de dos formas: mediante un nombre de oficio, como moledoras de grano, mozas de baños, lineras, hilanderas, etc., o mediante un término geográfico que, dado que su ubicación se indica independientemente, debe hacer referencia a su lugar de origen. Las ocupaciones enumeradas, hasta donde se comprenden los términos, son todas humildes; algunas son obreras domésticas, pero el mayor número aparece vinculado a la manufactura de tejidos, como examinaremos con detalle en el capítulo 8 (p. 193).

Los términos geográficos son muy sorprendentes, ya que tres de los lugares son nombres conocidos, pero todos ellos están en la costa al otro lado del Egeo, y aunque, como hemos visto, los topónimos se repetían con frecuencia en distintas áreas, sería una extraña coincidencia que los tres pertenecieran a la misma zona. Las «mujeres de Milātos» no probarían nada, ya que en época clásica había una ciudad de este nombre en Creta, pero la más famosa es la de Jonia, conocida más tarde como *Milētos* (Mileto). Se ha sabido desde hace tiempo que Mileto fue un asentamiento micénico importante y puede ser la ciudad mencionada por los hititas bajo el nombre de Millawanda, aunque esta identificación implica algunas dificultades lingüísticas. No obstante, tenemos también las «mujeres de Cnido», otra ciudad jónica unos 100 km al sur de Mileto, y las «mujeres de Lāmnos (Lēmnos)», una gran isla en el noreste del Egeo. Además de éstas, encontramos mujeres que son llamadas *A-swi-ja* (*Aswiai*), a partir de Asia, probablemente el área conocida más tarde como Lidia, pero a la que se hace referencia en los documentos hititas como *Assuva*; y las mujeres de Céfiro, donde Cefiria está documentada como nombre antiguo del área de Halicarnaso. Cuatro de los cinco nombres están en la costa asiática del Egeo, y el otro es una isla a poca distancia de la costa. Parece ineludible concluir que estas mujeres proceden de una región alejada del mundo micénico.

Pero ¿cómo fueron trasladadas a Pilo estas mujeres procedentes de un área tan distante? Podrían ser el producto de correrías piráticas por parte de los navíos de Pilo; pero uno de los grupos aparece calificado específicamente como «cautivas», lo que implica que el resto no lo eran. Además, resulta muy poco probable que los griegos micénicos hubieran efectuado incursiones sobre otros asentamientos micénicos, y sabemos que al menos Mileto era uno de ellos. El testimonio de la cerámica micénica en un cementerio cerca de Halicarnaso sugiere también que estos lugares eran factorías micénicas, a través de las cuales los artículos suntuarios producidos en Grecia se intercambiaban por productos anatólicos como esclavos. Podría ser interesante explorar la península de Cnido (llamada en la actualidad Resadiye Yarimadasi en turco) y la isla de Lemnos en busca de huellas de actividad comercial micénica. Muy poco es lo que se conoce todavía sobre los asentamientos de la Edad del Bronce situados en la costa turca, aunque las colonias griegas de la Edad del Hierro son bien conocidas. Es interesante el hecho de que los griegos juzgaran útil el mantener juntos a estos grupos de mujeres extranjeras y sus niños, probablemente no tanto por razones humanitarias como para explotar las habilidades especiales que éstas pueden haber poseído y para que se conformaran más con su suerte. Uno de los rasgos más repugnantes de la trata de esclavos africanos del siglo XVIII fue la forma en la que los niños eran arrancados de sus madres a su llegada al Nuevo Mundo.

Toda vez que cada grupo de mujeres puede ser mencionado en tres ocasiones, es posible hacer cierto cálculo del grado de conservación de los documentos. La mejor relación es la serie Aa, que se divide en dos partes, cada una escrita por un escriba distinto; estas partes corresponden a las dos Provincias. La serie Ab no contiene tablillas para la Provincia Transmontana y está, por tanto, incompleta, posiblemente porque la información para la misma no había llegado todavía a Pilo. Así, los grupos de la Provincia Cismontana estarían representados cada uno en tres tablillas (Aa, Ab, Ad); y los procedentes de la Provincia Transmontana solamente en dos (Aa, Ad). Nos son conocidos cuarenta y nueve grupos, y no es probable que alguno de la Provincia Cismontana no esté representado por una u otra de las tres fuentes, aunque existe la probabilidad de que entre los documentos de la Provincia Transmontana podrían haberse perdido por completo uno o incluso dos grupos.

Cada tablilla de la serie Aa recoge un número de mujeres, un número de muchachas y un número de muchachos. Les sigue facultativamente uno u otro de los asientos *DA* 1 y *TA* 1, o los dos; de estas abreviaturas hablaremos más adelante. La serie Ab es como la Aa, pero no hay cifras tras *DA* o *TA*, y el texto acaba con un asiento de una cantidad de trigo y otra idéntica de higos, presumiblemente sus raciones. La serie Ad recoge hombres y muchachos, cuyo único calificativo es que son los hijos de uno de los grupos de mujeres conocidos por las otras series; evidentemente a los hombres adultos se les habría dado una designación independiente, de modo que deben ser jóvenes precisamente lo bastante crecidos como para ser clasificados como hombres (quizá desde la edad de quince años en adelante), y los muchachos serán los muchachos de más edad que puedan agregarse con provecho a los grupos de trabajo de hombres jóvenes más que a los grupos en los que trabajan sus madres. El número de muchachos enumerados en los grupos de mujeres es menor que el de muchachas, y esta ausencia podrá explicarse por medio de dicha transferencia.

El número de mujeres de cada grupo oscila entre uno y treinta y ocho. Los muchachos aparecen, por término medio, en un número aproximadamente igual a las mujeres, lo que no es tan sorprendente cuando recordamos que algunas de las clasificadas como mujeres serían demasiado mayores para tener hijos, y hay más muchachas que muchachos por la razón adelantada arriba. El número

total de mujeres, teniendo en cuenta las tablillas perdidas, es del orden de 750, con poco más o menos el mismo número de niños. De éstos, unos 450 están en Pilo, lo que demuestra que el nombre hace referencia a todo el área, no sólo al palacio excavado, ya que quienes lo excavaron probaron la existencia de un vasto complejo de edificios en el terreno más bajo que rodea a la colina sobre la que se levantó el palacio. Otras 100 mujeres, aproximadamente, están en otros lugares de la Provincia Cismontana, unas 200 en la Provincia Transmontana, y más de la mitad de éstas en Leuctron, el importante establecimiento real que puede haber funcionado como capital de la Provincia Transmontana. Los grupos de trabajo de hombres jóvenes alcanzan unos 275, teniendo en cuenta las cifras perdidas, más 100 muchachos; de nuevo los dos tercios del total más o menos están ubicados en Pilo.

La determinación de las raciones de las mujeres esclavas de Pilo constituye una historia interesante. Era evidente que la cantidad de la ración era proporcional en líneas generales al número de mujeres y niños, pero no parecía operar una fórmula simple, aunque parece muy poco probable que se utilizaran escalas arbitrarias para distintos grupos. La primera brecha dentro del sistema provino de mi descubrimiento de que, si suponíamos una ración básica de dos décimas partes de una unidad para cada mujer, y una décima parte para cada niño, ningún grupo recibía menos de este mínimo básico. No obstante, la mayor parte de los grupos recibía un poco más y parecía como si los misteriosos *DA* y *TA* estuvieran de alguna forma relacionados con los suplementos.

Uno de los obstáculos para una ulterior investigación era la inexactitud de algunas de las lecturas de las cifras de las tablillas, y éstas fueron corregidas por una versión revisada de su principal editor (Bennett, 1957). Esto permitió a dos estudiosos dar el siguiente paso de una forma independiente: L. R. Palmer (1959) y H. Ota (1959), en un artículo publicado en japonés y no conocido en Europa hasta más tarde, propusieron ambos el siguiente modelo de correlaciones (todas las cifras deben entenderse como décimas partes de una unidad superior): *TA*=2, *DA*=5, *TA DA*=7 ó 9. Esto implica que *TA DA* puede corresponder a 1 *TA*+1 *DA*=7 o a 2 *TA*+1 *DA*=9; y aunque este 2 no se especifica nunca, una serie de tablillas notablemente similares de Cnoso (Ak) muestra de hecho las anotaciones esperadas *DA* 1 *TA* 2, si bien aquí no se calculan las raciones. Palmer explicó las misteriosas abreviaturas *TA* y *DA* como personal de supervisión, siendo *TA* una mujer para la que postulaba la misma ración que para una mujer obrera, *DA* un hombre pagado en una escala mucho mayor. Presentó entonces

datos que pretendían mostrar que los hombres tenían una ración equivalente a 2 y 1/2 veces la de las mujeres. La falsedad de esta argumentación se examinará en el capítulo 7.

Por lo tanto, propuse por mi parte una ligera modificación en la idea: sería notable que no se utilizaran los ideogramas para hombre y mujer, si la potencia total del grupo era de hecho una, dos o tres personas más de lo que aparecía anotado. Además, una sola mujer (Ab 388, cf. Aa 785) parecería tener una supervisora sólo para ella misma. Pero, si suponemos que los supervisores son todos femeninos y que están contados de hecho en el total expresado, sólo tenemos que corregir la teoría haciendo que los supervisores subalternos sean pagados en una proporción de cuatro décimas partes (en lugar de dos), y los supervisores de categoría superior en una proporción de siete décimas partes. Entonces, todas las cifras tienen sentido, ya que esperaríamos que el equipo de supervisión obtuviera más que sus subordinados, e incluso podemos lanzarnos a la conjetura de que *DA* es una abreviatura de la palabra que se escribe *da-ma* o *du-ma,* que ya sabemos que significa superintendente (¿de uno u otro sexo?), y que *TA* está por la palabra *tamiā,* que se encuentra posteriormente en Homero para el «ama de llaves».

Hay una fisura en la teoría final, una tablilla (Ab 555) que presenta un suplemento de 45 décimas partes en lugar del máximo de nueve observado en otros lugares. En la actualidad, no puede haber duda alguna de que se trata simplemente de un error, y Palmer (1963, p. 117) sugirió ingeniosamente cómo puede haberse producido dicho error: el escriba, en algun momento de su labor, puede haber omitido simplemente el signo para «décimas partes», que debería haber precedido a los cuatro últimos trazos de las unidades de modo que escribió 16 en lugar de 12,4. Cualquiera que fuera la causa del error, sería interesante saber si el error contable se tradujo en hechos y si este grupo afortunado recibió raciones adicionales. La proporción real de las raciones es una cuestión que debemos dejar para un examen posterior (p. 143).

Un documento procedente de Pilo (An 607) sería de la mayor importancia para nuestra comprensión de la esclavitud micénica, sólo si pudiéramos estar seguros de su interpretación. Recoge un total de trece mujeres, pero incluso este dato no es totalmente seguro, dada la incompetencia de que hacía gala su autor. Este parece haber cambiado su intención sobre el número a mitad de la redacción, y en cualquier caso ha sido incapaz de observar la práctica normal de comenzar cada asiento en una línea nueva. Pero el hecho interesante es que la tablilla registra sus respectivos padres

y madres. Las mujeres se dividen en cuatro grupos, que son presumiblemente familias: una está compuesta por seis mujeres, dos por tres y un asiento incluye sólo a una mujer. Dado que su parentesco se expresa con la misma fórmula empleada para cualquiera de las demás familias, no había razón alguna para hacer de ella un asiento independiente, a menos de que su padre y madre fueran personas distintas. No se dan los nombres de los progenitores, pero su condición se describe de distinta forma. Podría parecer que en cada familia uno u otro de los progenitores es un esclavo y que las trece mujeres aparecen denominadas colectivamente como esclavas. De esta forma, sería fácil juzgar al buen tuntún que el vástago de una unión entre un esclavo y una persona libre era esclavo; hay, en cambio, demasiados factores desconocidos para permitirnos considerar esta cuestión como algo más que una conjetura probable.

Lo que motiva parte de la dificultad es que uno de los progenitores es el esclavo de una divinidad. Esclavos (o siervos) de una divinidad se encuentran con frecuencia en Pilo, y es evidente que no se trata de esclavos en el sentido normal del término.

Capítulo 6
RELIGION

La dificultad de interpretar los mudos hallazgos de los arqueólogos es más grande en el campo de la religión que en cualquier otro. En cualquier museo interesado en la Edad del Bronce no faltan objetos a los que se les da un carácter religioso. Es fácil interpretar cualquier figura humana como una imagen divina; es probable que cualquier vasija de apariencia difícil sea adjetivada de «ritual», y un rasgo arquitectónico inexplicable siempre puede ser etiquetado de templo o dependencia de ceremonia.

Ahora bien, es perfectamente cierto que las religiones del mundo han producido un vasto número de representaciones de figuras divinas de apariencia humana, muchos artefactos peculiares, cuyo uso sería difícil conjeturar a partir de su aspecto externo, y formas muy especializadas de edificaciones. En tanto que se conoce a partir de otras fuentes la religión que los produjo, no hay problema alguno en interpretar los restos materiales. No obstante, supongamos que tuviéramos que colegir el contenido del cristianismo a partir de la escultura, decoración, mobiliario y plano de unas pocas iglesias, sin ayuda en absoluto de los textos escritos; al momento aparece con toda evidencia cuán peligroso es intentarlo únicamente a partir de los restos materiales. Con todo, hasta hace pocos años ésta ha sido la única forma de aproximación al tema de la religión micénica. El otro acercamiento ha correspondido al intento de recobrar la prehistoria de la religión griega clásica haciendo conjeturas

sobre sus orígenes y tratando de adivinar el significado de sus mitos.

No sería en realidad necesario subrayar el riesgo de tratar los mitos como historia, a no ser por los numerosos intentos de esta clase que todavía se realizan. Uno de los más lastimosos puede encontrarse en las notas añadidas por Robert Graves (1958) a su admirable narración de *The Greek Myths.* No obstante, es difícil de eliminar la idea de que el mito es un tipo primitivo de historia. El problema surge en parte por la incapacidad de definir lo que es un mito; este nombre se aplica indiscriminadamente a historias sobre los dioses y los hombres, a explicaciones del origen del mundo y a explicaciones de fenómenos naturales. La única cosa que todos ellos tienen en común es que no pueden ser considerados como literalmente ciertos. Sin embargo, la comprobación aplicada es, al parecer, la plausibilidad. Si las murallas de Troya fueron erigidas por un trabajo suprahumano, esta afirmación se descarta como ficción o al menos como una burda exageración; pero si Troya fue saqueada por hombres, el dato debe aceptarse como un hecho histórico. No parece habérsele ocurrido a nadie que no tenemos derecho a seleccionar y escoger a qué mitos dar crédito y cuáles rechazar, ni quizá pueda ayudar con mi impresión de que la función de los mitos tiene poco que ver con la historia; pero es éste un asunto en el que no debo profundizar ahora.

Una de las consecuencias evidentes y casi inevitables del acercamiento arqueológico a la religión ha sido la confusión de minoico y micénico; de hecho, un libro famoso se titulaba *The Minoan-Mycenaean Religion* (Nilsson, 1927). Con todo, contemplado a la luz de lo que ahora sabemos sobre la historia del mundo egeo en el segundo milenio a. C., es evidente que, aunque el producto final fue una fusión, existían en principio dos tradiciones independientes que podemos caracterizar como la minoica de Creta y la micénica del continente. Incluso es muy poco probable que la micénica haya sido homogénea. Los pueblos primitivos rara vez se sintieron bastante confiados, a diferencia de los judíos, para rechazar de plano los dioses de sus vecinos; casi siempre asumieron y absorbieron dentro de su propio sistema otros sistemas religiosos con los que entraron en contacto, bien sincretizando la deidad extranjera con una propia de atributos similares, bien introduciendo al recién llegado en la nómina de divinidades existente. Si pudiéramos saber con certeza que los habitantes prehelénicos de Grecia y Creta practicaban cada uno una sola religión uniforme, entonces la fusión sería sólo de dos elementos; pero, de hecho, debemos estar dispuestos a reconocer la posibilidad de un triple origen de los datos clásicos.

El análisis de la religión clásica ha producido fácilmente la separación de dos ramales: junto a las llamadas divinidades olímpicas, que se localizan no tanto en la cima del monte Olimpo real, al norte de Grecia, cuanto en una remota región del cielo, se alinea otro grupo menos atractivo, conocido por los especialistas como ctónico, al que se consideraba situado dentro de o bajo la superficie de la tierra; su nombre técnico quiere decir simplemente «terrenos». Una hipótesis razonable consiste en que el elemento ctónico representa la religión de la población prehelénica, y el elemento olímpico la religión de los protogriegos advenedizos. Pero incluso este punto de vista es una simplificación excesiva y existe al respecto una pieza vital de testimonio lingüístico que se desprecia con demasiada frecuencia.

Tradicionalmente había doce deidades olímpicas: Zeus, Posidón, Hermes, Ares, Apolo, Hefesto, Dioniso, Hera Afrodita, Atena, Deméter. De estas últimas, Deméter es probablemente una recién llegada a este grupo, siendo en su origen una realización de la diosa Tierra, y se había considerado siempre que Dioniso era una introducción muy tardía, hasta que la revelación de este nombre en dos tablillas de Pilo dió al traste con esta cómoda creencia. El hecho lingüístico tiene que ver con los nombres de esas divinidades. Si estos cultos se retrotrajeran a una época antes de que las poblaciones indoeuropeas se hubieran fragmentado, deberíamos confiar en descubrir que los nombres de los dioses se reflejaban en otras lenguas.

De hecho, sólo se encuentra un nombre en otras partes. Zeus es un tratamiento griego regular de una forma que podemos reconstruir como **Dyēus,* y las conexiones de su nombre muestran que éste era concebido como el dios del cielo diáfano. Es conocido en los Vedas como *Dyaus pitar,* exactamente como *Iuppiter* en latín, que incorpora la palabra para «padre». No puede haber duda alguna de que este nombre fue llevado a Grecia por los antepasados de los griegos; Zeus tiene una ascendencia impecable. Es casi una conmoción hallar que ningún otro de los demás Olímpicos comparte esta respetabilidad, ya que, dondequiera que sus nombres reaparecen fuera del griego, puede deberse a un préstamo.

Por supuesto, se han realizado enormes esfuerzos por parte de estudiosos preocupados por proveer a los demás nombres de etimologías. Todo manual sobre religión griega dedica gran parte del espacio a explicar los nombres; pero una menguada investigación muestra en seguida que existen para cada uno varias explicaciones

distintas y mutuamente contradictorias. Por alguna razón, este hecho no levantó las sospechas de los expertos en religión, que todavía fundan alegremente sus teorías sobre el pretendido significado original del nombre. Sin embargo, el lingüista experto es bien consciente de un defecto que invalida cualquier conclusión de este tipo. Una etimología no es precisamente una conjetura en el sentido de que dos palabras semejantes en superficie tienen un origen común; un principio cardinal es que las palabras comparadas deben tener idénticos significados, o al menos significados lo suficientemente cercanos para que se pueda mostrar plausiblemente cómo ha evolucionado uno a partir del otro. No obstante, un nombre propio no tiene *ipso facto* significado alguno, aparte de su referencia específica. De este modo, no existe medio alguno por el que puedan ser contrastadas las pretendidas etimologías de los nombres divinos, si no son, como Zeus, heredadas por cierto número de lenguas emparentadas. Todo lo que podemos hacer es juzgar si el pretendido significado es plausible; si no lo es, podemos rechazar la explicación propuesta; pero, si lo es, ello no prueba que sea correcta. Toda descripción de un dios que comience con una explicación del significado de su nombre debe ser manejada con extrema cautela.

Examinemos brevemente el nombre de Posidón, el dios del mar, de los terremotos y de los caballos, ya que es el único que presenta la más fundada pretensión de un origen indoeuropeo. La forma del nombre varía en los dialectos griegos antiguos. Homero presenta *Poseidāōn,* que, según sabemos ahora, es la forma micénica; en otros dialectos es con frecuencia del tipo *Poteidān* y esto nos permite postular un original **Poteidōn.* Podemos analizarlo después como un compuesto de **potis* (griego clásico *posis,* «esposo»; cf. sánscrito *patis,* «señor», latín, *potis,* adjetivo que significa «capaz»). La segunda sílaba ofrece un diptongo sorprendente, pero esto puede explicarse como vocativo (*Potei,* «¡Oh Señor!»), ya que dichas formas se tratan en ocasiones posteriormente como invariables; probablemente éste es el caso del latín *Iuppiter.* El segundo elemento se encontró en la sílaba *dā,* siendo *-ōn* una terminación común de nombres de hombres. Se pretendió que este *dā* es una palabra para «tierra», de modo que todo el nombre significaba «el Señor (o Esposo) de la Tierra». Con todo, esta palabra se atestigua en toda la literatura griega sólo en jaculatorias, como en el famoso pasaje de la obra de Esquilo, *Agamenón,* donde Casandra rompe un prolongado mutismo con el grito alarmante de *¡otototototoi popoi da!* Ninguna de las dos primeras palabras son conocidas para el vocabulario griego; son, evidentemente, gritos carentes de significado,

al igual que el *op-op-op-op-op* que todavía se oye en Grecia hoy como grito de sorpresa. Es curioso que se diga que Esquilo pretendió que *da* fuera una invocación de la Tierra, ya que Casandra era la sacerdotisa del dios olímpico Apolo.

Hay, empero, otra fuente para esta misteriosa palabra, otro nombre del mismo grupo, *Dēmētēr* o, en su forma primitiva, *Dāmātēr.* Dado que Deméter es indudablemente la diosa de la tierra, y *mātēr* es la palabra griega para «madre», *dā* debe significar «tierra», que era lo que se trataba de demostrar. Este es, desde luego, un argumento circular, aunque ha sido empleado por la mayor parte de los expertos en religión griega. No se puede defender un análisis de un nombre divino fragmentando otro para sacar a la luz la confirmación. Todo griego era consciente de las funciones maternales de Deméter; si su nombre tuvo la más ligera semejanza con la palabra griega para «madre» inevitablemente se habría deformado para recalcar tal semejanza. Con todo, si se pensaba que el primer elemento significaba «tierra», ¿cómo es que se escapó a la transformación en **Gāmātēr,* un nombre transparente para cualquier hablante griego?

Algunos lectores pueden preguntarse por qué no encuentro convincentes este par de etimologías. Por mi parte, sólo puedo contestar que mi experiencia de la forma en que las lenguas actúan me hace muy cauteloso, ya que las palabras que no se comprenden se deforman constantemente para darles significados. La mera semejanza es, desde luego, casi siempre decepcionante; la historia lingüística está llena de paralelos pasmosos, como latín *habeo* y alemán *habe,* de significado idéntico, pero que no pueden ser emparentadas.

Los demás nombres divinos son menos reducibles incluso a etimología. Algunas teorías pueden ser invalidadas con facilidad; Hermes no tiene nada que ver con los mojones (*hermata*), ya que esta palabra tiene en principio una *w-* inicial, mientras que Hermes (micénico *Hermahās*) no la tiene. Hera no es la Salvadora (cf. latín *seruāre*) por una razón similar; su nombre puede estar en relación con *hērōs,* «héroe», pero esto no supone ayuda alguna, ya que ésta es también una palabra de etimología oscura. Apolo no es el Destructor, aunque los griegos gustaban de jugar con el verbo *apollūmi,* «yo destruyo». Afrodita carece probablemente de conexión con *aphros,* «espuma», a pesar de las románticas representaciones de la diosa saliendo de las espumosas rompientes. Dioniso es probable que contenga el nombre de su padre, Zeus (genitivo *Dios*), ya que el micénico confirma ahora la esperada *w, Diwo-*; pero el segundo miembro del compuesto permanece opaco.

Nombres como *Hēphaistos* y *Athēnā* muestran pautas observables en topónimos de origen pregriego.

No debemos olvidar que transcurrieron al menos 600 años entre la llegada de los antepasados de los griegos a Grecia y el más antiguo de nuestros textos micénicos. No es extraño que, cualesquiera que sean las creencias religiosas que trajeron consigo, éstas hubieran sido transformadas al margen de todo reconocimiento en la época en que podemos percibir unas pocas facetas de su vida religiosa; ni es sorprendente tampoco que cambiaran mucho también en los 600 años siguientes, antes de que obtengamos el panorama más completo de la religión clásica.

Cuando volvemos a los documentos para ilustración sobre los dioses, nos enfrentamos con un contratiempo importante. No existen textos teológicos ni tampoco himnos, ni dedicaciones de templos, ni incluso las breves inscripciones que los minoicos colocaban en ocasiones sobre objetos votivos. Los dioses aparecen solamente como receptores de algo de los almacenes librado por los administradores palaciegos. Estos no escriben tampoco el nombre de un dios de una forma especial, de modo que en ocasiones dudamos si un nombre pertenece a un mortal o a un dios. Todo lo que podemos hacer es identificar algunos de estos nombres como correspondientes a los nombres divinos clásicos y después, procediendo por analogía, identificar algunos de los no familiares como también divinos.

Uno de los primeros textos que atrajo mi atención en 1952, cuando comencé a aplicar los valores experimentales de Ventris para los signos de la Lineal B a las tablillas de Cnoso, fue la tablilla V 52. Se trataba de una tablilla pequeña, de dos líneas (figura 30), rota a la derecha, pero con un pequeño fragmento que



FIGURA 30.—*Tablilla de Cnoso V 52 con los nombres de cuatro deidades griegas.*

ofrece la continuación de la línea inferior. Una vez transcrita, su texto es:

a-ta-na-po-ti-ni-ja 1 [
e-nu-wa-ri-jo 1 *pa-ja-wo*[ ]*po-se-da*[

Ningún estudioso del griego podría leer la primera palabra sin dividirla como *Athānā potnia,* «Señora Atena», que es un eco fiel de la forma homérica *potni(a) Athēnaiē.* Con todo, todavía subsiste la duda de si es ésta en realidad la interpretación correcta, como podrá verse con mayor claridad cuando examinemos *Potnia* con más detalle. *E-nu-wa-ri-jo* es claramente el nombre *Enualios,* que se emplea con frecuencia en la literatura griega como un nombre alternativo de Ares, el dios de la guerra, si bien en algunos casos se da este nombre a una deidad independiente, de la que se dice que es hijo de Ares. *Pa-ja-wo* sugería el homérico *Paiēōn,* que anteriormente habría sido *Paiāwōn,* luego *Paiān,* nombre alternativo de Apolo, si no nuevamente un dios independiente. *Po-se-da*[podría completarse como *po-se-da-o,* una forma ya conocida por las tablillas de Pilo, que se transcribe como *Poseidāōn.* Había, entonces, en esta tablilla cuatro famosos dioses griegos. Uno solo podría haber sido una ilusión; pero cuatro en una sola lista era demasiado para tratarse de una coincidencia.

Posteriormente se encontró un pequeño fragmento que une las dos piezas y colma la laguna de la línea inferior. Dicho fragmento revela que *pa-ja-wo*[es en realidad *pa-ja-wo-ne,* el dativo, y los otros asientos pueden estar en el mismo caso. De esta forma, la tablilla parecía ser un registro de algo librado, una unidad para cada una de estas cuatro deidades. No existe, empero, indicación alguna en la tablilla sobre a qué hace referencia la cifra 1; quizá se especificaba esto en la porción que falta, pero no parece probable. Quizá sea más significativo el hecho de que la tablilla pertenezca a un curioso grupo que puede representar ejercicios de escribas más que verdaderos documentos (véase p. 214).

Otro documento (Tn 316), que era claramente de carácter religioso, apareció pronto entre los textos de Pilo, ya que contenía los nombres de Zeus y Hera y lo que debe ser la forma micénica de Hermes, es decir, tres olímpicos más. No obstante, ha llevado mucho tiempo llegar a una explicación probable del mismo, y todavía queda una serie de problemas por resolver. No sólo se trata de un documento aislado, sin otros semejantes para su comparación, sino que es también la pieza de caligrafía más vergonzosa que ha llegado hasta nosotros. Es una gran tablilla con escri-

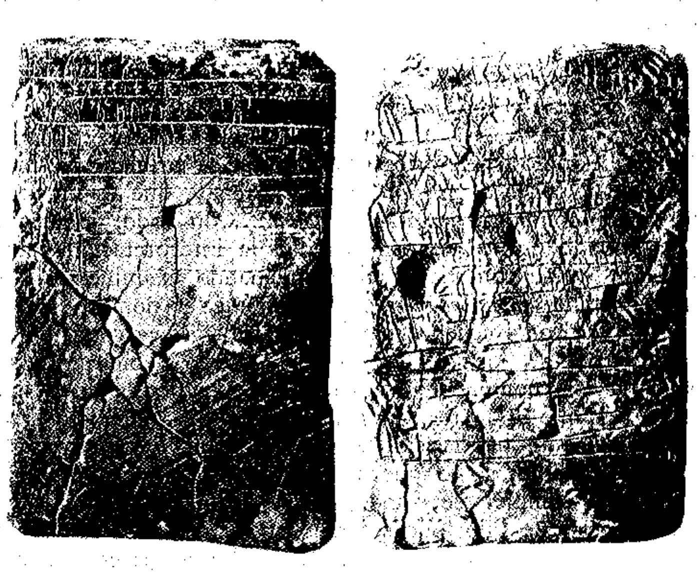


FIGURA 31.—*Registro de un importante rito religioso en Pilo: Tn 316.*

tura en ambas caras, aunque cada una acaba con líneas en blanco; presenta muchas huellas de raspaduras y reescritura; los signos están realizados con precipitación; en dos lugares al menos, el escriba ha omitido, por error, un signo; en otros lugares el texto resultante está tan confuso que resulta ilegible. Lejos de distribuir cuidadosamente la superficie de su tablilla con líneas que corresponden a los días del mes, como se ha sugerido, parecería que el autor no tenía una idea clara de su texto cuando empezó a escribir. Parece como si hubiera empezado en una cara, quedara insatisfecho, rasurara todo lo que había escrito y diera la vuelta a la tablilla, empezando a escribir de nuevo en el dorso. Tras completar menos de la mitad del texto, aunque había trazado las pautas para el parágrafo siguiente, dio la vuelta de nuevo a la tablilla y continuó en la otra cara (ahora raspada). Esta acaba también con líneas en blanco como si hubiera que proseguir más. La explicación más sencilla de este desorden es que el escriba estaba tratando de recoger las decisiones de una reunión insólitamente tormentosa. Pero, ¿por qué no realizó a continuación una copia en limpio para almacenarla en los archivos y sepultar en el olvido este borrador chapucero? La respuesta más probable es que no

tuvo tiempo para ello, lo que tendría sentido si la tablilla fue escrita en los últimos días, quizá en las últimas horas, de la existencia del palacio. Como veremos más tarde, esta suposición encaja bien con lo poco que sabemos de la caída de Pilo.

El texto comienza con lo que puede muy bien ser el nombre de un mes: *po-ro-wi-to-jo*. Tenemos otras tablillas, y éstas son con frecuencia de naturaleza religiosa, que recogen la fecha por medio de un nombre de mes en genitivo; desgraciadamente, la palabra para «mes» no la acompaña aquí y, aunque su uso en otras partes encaja con la teoría, no es enteramente cierto que ésta sea la interpretación correcta. L. R. Palmer (1955, p. 11) ofreció una sugerencia excelente en el sentido de que el mes se llamaba *Plowistos,* que significaría «el mes de la navegación». Los griegos rehuían la navegación en los tormentosos meses invernales y la reemprendían hacia finales de marzo, de modo que un mes así llamado caería por esa fecha en nuestro calendario. Los meses griegos eran, desde luego, lunares —fueron los romanos los que con el tiempo disociaron el mes de la Luna— y el signo de una luna en cuarto creciente se emplea en las tablillas para designar al mes.

Sigue después a la izquierda de cada parágrafo los dos signos para el nombre de PILO escritos en signos unas tres veces superiores al tamaño normal. No puede haber duda alguna de que el texto concierne a la capital. No obstante, se menciona otro topónimo en el texto contiguo; la acción del primer parágrafo tiene lugar en uno de los distritos principales, *Pa-ki-ja-ne.* Este nombre no puede reconstruirse con certeza, pero en este libro se ha transcrito como Sphagiānes. La contradicción aparente se explica por el hecho de que Pilo no es, en sí misma, la ciudad principal de uno de los nueve distritos, sino que hay otros indicios de que Sphagiānes era el nombre del distrito en el que se encuentra el palacio (véase p. 170). Resulta tentador situarlo cerca de la actual ciudad de Khóra, al norte precisamente del palacio, ya que el descubrimiento en dicho lugar de tumbas micénicas, que se convirtieron en el centro de un culto religioso en fecha posterior, sugiere que su reputación como centro religioso sobrevivió al colapso micénico.

La fórmula que comienza cada parágrafo ha sido objeto de disputa, y la primera palabra no puede interpretarse satisfactoriamente basándonos en el griego del primer milenio; pero la mejor sugerencia (Palmer, 1963, p. 265) es que hace referencia a determinada ceremonia religiosa. La fórmula continúa con una referencia al transporte de ofrendas y a la conducción de *po-re-na.* Es-

ta última palabra falta también en el vocabulario griego posterior, pero el verbo traducido como «conducir» implica que significa algo que podía andar. Sigue después el asiento: «(para) Potnia: una vasija de oro, una mujer». Después de esto vienen cuatro nombres más, presumiblemente también deidades, que reciben sendas vasijas de oro y en dos casos una mujer. Este modelo se repite en los demás párrafos con diferentes nombres de divinidades; en dos casos, en los que la divinidad es masculina, aparece un hombre en lugar de una mujer.

Resulta imposible resistirse a la conclusión de que la oscura forma *po-re-na* de la fórmula introductoria hace referencia a los seres humanos y, pese a la reluctancia inicial a aceptar un hecho poco grato, que esta infortunada gente iba a convertirse en víctimas sacrificiales. La misma forma ha aparecido ahora de nuevo, en dativo plural, sobre una nueva tablilla procedente de Tebas (Of 26) como indicación de los destinatarios de lana, pero en un contexto religioso. Dado que las víctimas sacrificiales en el ritual griego eran engalanadas con frecuencia con lana, la nueva tablilla constituye una leve confirmación del significado de dicho término.

Algunos hallazgos de huesos humanos en el exterior de tumbas micénicas han sido interpretados como que implican sacrificios humanos, si bien los testimonios no son al parecer enteramente inequívocos. Con todo, a la vista de la extendida tradición griega no existe razón alguna para rechazar tal idea y, aunque los griegos de la época clásica no aprobaban esta práctica, les era familiar desde Homero y constituye un elemento esencial en la trama de numerosas tragedias. Si esta interpretación de la tablilla de Pilo es correcta, es una confirmación adicional de que la ocasión de esta ceremonia fue muy especial, por cuanto es improbable que el sacrificio humano haya sido una característica regular del calendario religioso micénico. Tampoco es muy probable la existencia de un rey boyante que haya dedicado trece vasijas de oro a propósitos religiosos como una cuestión de rito anual.

Debemos dirigir ahora nuestra atención a las divinidades recogidas en este documento único. En el primer parágrafo, ubicado en el lugar Sphagiānes, tenemos a *Potnia,* título que ya hemos encontrado en Cnoso aparentemente con Atena. Pero aquí se trata de una diosa por derecho propio. El título es una palabra griega heredada que significa «Señora», empleada con frecuencia para las reinas, y se corresponde exactamente en forma y significado con el sánscrito *patnī.* Por ello, posee un origen indoeuropeo y no es un préstamo pregriego. No obstante, aunque la palabra es genuinamente griega, su empleo como título divino puede ser muy bien

una traducción de un término pregriego de significado similar, como en español «Nuestra Señora» constituye un apelativo familiar para los cristianos y en otros países está traducido por nombres de significado semejante.

Cuando reunimos todas las demás referencias de las tablillas a la Potnia surge un hecho notable. En todas, salvo en dos o tres casos, la palabra no está sola como aquí, sino que aparece calificada por una palabra que la precede o la sigue. Con frecuencia se trata de un genitivo, en ocasiones escrito en realidad como una sola palabra con *potnia*; por ejemplo, en Pilo encontramos tres veces la forma *u-po-jo po-ti-ni-ja.* Claramente *u-po-jo* es un genitivo, pero no está claro de qué forma lo es. En Cnoso tenemos *da-pu*$_2$*-ri-to-jo po-ti-ni-ja* (Cg 702), y *da-pu*$_2$*-ri-to* tiene un acusado parecido con *laburinthos,* nuestro «laberinto»; ahora bien, ésta no es una genuina palabra griega sino un préstamo pregriego, como lo demuestra el sufijo *-nthos*, y *d* y *l* se confunden a veces en palabras de este tipo; un caso paralelo puede ser *Oluseus* que se encuentra en dialectos griegos en lugar de *Odusseus* y con otras modificaciones en la forma en la que el latín tomó en préstamo el nombre, *Ulixes* o *Ulysses*, nuestro Ulises. En otros casos, *Potnia* aparece acompañada de epítetos: *Aswia* (PY Fr 1206) «de Asia», *i-qe-ja* (PY An 1281), «caballuna»; o bien otro tipo de palabras como *wa-na-so-i* (PY Fr 1235) o *di-pi-si-jo-i* (Fr 1231), que parecen ser lugares o festivales, pueden añadirse para caracterizar a Potnia. Se trata de algo muy similar al hábito católico de calificar a «Nuestra Señora» mediante un epíteto de lugar o de función. De esta forma, la mención del lugar Sphagiānes en Tn 316 puede servir para definir qué «Señora» es la que se designa. Una nueva tablilla de Tebas habla de una ofrenda «a la casa de la Potnia» sin más calificación; aquí puede ser significativo el hecho de que en épocas posteriores existiera un distrito precisamente fuera de Tebas, denominado *Potniai,* «Señoras» en plural.

Estas *Potniai* fueron interpretadas por los griegos clásicos como Deméter y su hija Perséfone, que llegó a ser la Reina del Hades; es decir, ambas diosas continuaban en diferentes aspectos el culto prehelénico de la Madre Tierra que aparece atestiguado de una forma tan abundante por figurillas y representaciones de todo tipo durante toda la Edad del Bronce. No puede haber duda alguna de que a partir de la época heládica primitiva el culto de la Madre Tierra dominó la vida religiosa por todo el mundo egeo, y continuó en el período clásico bajo una variedad de nombres. La conclusión de que *Potnia* era el nombre micénico para esta figura es ineludible. Es seguro que su nombre aparecería de forma prominente en las listas de ofrendas

de las tablillas, y ninguna otra divinidad femenina está siquiera la mitad de bien atestiguada.

Uno de los rasgos interesantes de la Potnia micénica es que un adjetivo derivado de su nombre se emplea para describir rebaños de ovejas en Cnoso y broncistas en Pilo. Las ovejas se asignaban, sin duda, a la diosa para proporcionarle un ingreso para sus santuarios y servidores. Pero la asociación con los herreros merece un comentario. En este aspecto, la Potnia es probablemente la predecesora de Atena, aunque Hefesto puede pretender también una parte como herrero de los dioses. El profesor Marinátos excavó varias grutas cretenses que se veneraban en época minoica, y en Arkalokhóri, el sur de Cnoso, observó que los hallazgos indicaban que la cueva se utilizó tanto como taller por parte de broncistas como con fines culturales. El vínculo no es tan sorprendente si recordamos la base religiosa de numerosos gremios de artesanos medievales. Una confirmación interesante de esta situación vino de la casa del interior de la ciudadela de Micenas excavada por lord William Taylour en 1968, donde, en una habitación contigua a un taller metalúrgico, se encontró un fresco de una figura femenina. Creo que ésta no puede ser otra que la propia Potnia. Podría parecer probable que las comunidades de herreros dedicados a esta diosa se dispersaran por Grecia tras el colapso minoico del siglo XV. Sus descendientes podrían muy bien haber mantenido su culto, aunque se helenizaran mucho.

El asiento siguiente es una vasija de oro y una mujer para *Ma-na-sa.* Este nombre no aparece en ninguna otra parte, y no puede reconstruirse de forma que cuadre con una diosa griega conocida. Le sigue inmediatamente un asiento similar para *Po-si-da-e-ja,* y aunque esta diosa no es conocida en época clásica, está claro que se trata de *Posidaeia,* un derivado femenino de Posidón. Es curioso que, aunque el parágrafo siguiente hace mención de un recinto de Posidón, ninguna ofrenda de esta tablilla está dirigida al propio Posidón, si bien, como veremos, Posidón era evidentemente una deidad importante en Pilo.

La última línea de este parágrafo contiene ofrendas de vasijas de oro, pero no de seres humanos; los dos destinatarios se llaman *Tris-hērōs* y *Do-po-ta.* El primer nombre es un compuesto del conocido *hērōs,* término empleado en griego del primer milenio para semidioses y divinidades locales, y *tris,* «tres veces»; pero no se conoce en el léxico del griego un compuesto semejante. Vuelve a aparecer en una lista de destinatarios de aceite perfumado (véase más adelante página 129). *Do-po-ta* podría ser una forma dialectal de la palabra griega para «amo, señor» (clásico *despotēs*), pero esto es muy incierto. La conclusión a partir de estos cinco asientos es clara: los cultos

de Sphagiānes eran de origen local y muy probablemente pregriego, ya que, aun cuando los nombres son griegos, suenan a traducciones.



FIGURA 32.—*Fresco con una gran figura femenina, quizá Potnia, procedente de la Casa de la Ciudadela de Micenas.*

El segundo parágrafo, el primero del reverso, hace referencia a un lugar *Posidaïon,* que quiere decir «perteneciente a Posidón»; como de nuevo PILO precede, probablemente no se trata de un término geográfico, sino de un edificio o recinto en las proximidades de la capital. El primer asiento especifica una vasija de oro y dos mujeres, pero aquí el nombre de la divinidad falta de su lugar usual en la fórmula. En vez de ello, se han insertado detrás de la fórmula dos nombres, y aquí la pésima grafía nos causa problemas, ya que alguna palabra puede haberlas separado; empero, los nombres son *Qo-wi-ja* (*Guōwiā,* «Vaquera») y *Komāwenteia* (nombre en apariencia forma-

do como derivado femenino de un nombre masculino que significa «Melenudo»). Las dos víctimas femeninas presuponen dos diosas, de modo que a pesar de la irregularidad en el orden de asiento, éstos deben ser seguramente sus nombres. «La de mirada vacuna» es un epíteto homérico de uso regular para Hera y también para otras diosas y mujeres; desde luego, no es insultante. *Komāwenteia* ha vuelto a aparecer ahora en las tablillas tebanas (Of 35), donde de nuevo podría tratarse de una diosa, aunque no hay prueba de ello.

El parágrafo siguiente se refiere a «los recintos (?) de *Pe-re-swa, Iphemedeia* y *Diwya*», y cada una de estas diosas recibe una ofrenda. *Iphemedeia* sólo recibe una vasija de oro, mientras las otras dos reciben sendas vasijas de oro y mujeres. *Pe-re-swa* aparece mencionada en otra tablilla de Pilo (Un 6), donde recibe, junto con Posidón, la ofrenda de una vaca, una oveja, un jabalí y una puerca, las tres mismas especies de animales sacrificadas en el antiguo ritual romano de la *Suouetaurilia*. Su nombre podría reconstruirse como *Preswā*, que vagamente recuerda el primer elemento de Perséfone, la Reina del Hades. *Iphimedeia*, con una grafía ligeramente diferente debida probablemente a una etimología popular («la que gobierna por la fuerza») es conocida desde Homero (*Od.* 11.305) como una figura mítica que tuvo dos hijos de Posidón; pero es notable encontrarla venerada como diosa en Pilo. *Diwya* es otra diosa cuyo nombre se encuentra en otras partes en las tablillas. En Pilo tiene servidores masculinos y femeninos (Cn 1287, An 607) y su nombre se menciona en Cnoso (Xd 97). Podría parecer que se trata de un correlato femenino de Zeus, como Posidaeia lo es de Posidón, quizá como diosa celeste. Al final de este parágrafo viene la primera ofrenda de un hombre a Hermes Areias. El significado de Areias es desconocido, aunque recuerda el nombre de Ares, el dios de la guerra; sin embargo, Areias se emplea como título cultual de Zeus, Enialio y Atena en una inscripción arcadia del siglo IV.

El último parágrafo trata del «recinto (?) de Zeus». Aquí las ofrendas son para Zeus y Hera y un cierto *di-ri-mi-jo* (*¿Drimios?*), desconocido por lo demás, que es llamado «el (palabra incierta) de Zeus». Hay razones para pensar que la palabra incierta puede significar «hijo», aunque no es la palabra clásica; si esto es así, tenemos otro dios desconocido. Es posible también que la palabra esté erróneamente escrita y que falte una sílaba, como sucede en otros lugares de este escandalosamente mal escrito documento; esto nos permitiría leerla como «sacerdote». La ofrenda consiste esta vez en un vaso de oro y, como todas las otras figuras serían, al parecer, divinas, quizá sea más seguro situar también a este Drimios en la misma categoría,

aunque los servidores humanos de los dioses aparecen en otros lugares como destinatarios de ofrendas.

En resumen, el documento es un registro, compilado precipitadamente, de un grupo de ofrendas sin precedentes, trece vasijas de oro y diez seres humanos destinados a tres grupos de divinidades. Zeus, Hera y Hermes son los únicos nombres que son reconocibles al instante como figuras principales del panteón clásico, a menos que admitamos la ecuación de Potnia con la posterior Deméter. ¿Se ocultan tras los nombres extraños figuras conocidas, o eran los dioses de la Grecia micénica muy diferentes de sus sucesores? La tentación estriba en centrarse sobre lo que reconocemos y descartar los otros nombres como representantes de los cultos locales. No obstante, este documento prueba, al menos, la importancia asignada a estas figuras locales.

Quizá la omisión más extraordinaria sea el nombre de Posidón, aunque su correlato femenino está representado y se menciona su recinto, ocupado en apariencia por dos dioses menores. Con todo, en otros lugares de las tablillas de Pilo este dios es una figura importante; de hecho, deberíamos concluir, aun sin la referencia homérica a un festival del soberano Posidón en Pilo (*Od.* 3.43), que Posidón era el más importante de los dioses del país. Es el único dios principal enumerado como receptor de contribuciones anuales de grano; en las tablillas Es un grupo de trece terratenientes aparecen gravados con contribuciones de trigo para Posidón y otras tres figuras oscuras, pero las cantidades asignadas a Posidón son con mucho las más amplias, alcanzando los 1.075 litros (véase p. 153). Es el destinatario también de largas listas de ofrendas que incluyen bueyes, ovejas, cabras, cerdos, trigo, vino, miel, ungüento, lana y paños. (Un 718, 853, cf. Un 6). Está también representado de una forma notable en otra serie importante de tablillas (Fr) que tratan de cupos de aceite perfumado, a veces ungüentos; como los destinatarios parecen ser en su mayor parte divinidades, esta serie necesita una discusión en detalle.

Las figuras, que con certeza son divinas, son Posidón, que aparece tres veces, en cada ocasión con un epíteto o anotación diferentes; Potnia, cuatro veces, con tres epítetos diferentes y, donde el epíteto se repite, se da una ubicación para distinguir el asiento. Dos veces tenemos simplemente «los dioses», aunque en el único texto completo esto está calificado mediante una ubicación. De los siguientes contamos con sendas apariciones: la «Madre Divina» (que quizá deba entenderse como «Madre de los dioses», título dado a Rea, otra de las manifestaciones de la Diosa Madre); el Tres-veces-Héroe, que ya ha sido tratado en la tablilla de los sacrificos hu-

manos; y los Servidores, que deber ser divinidades sirvientes o, quizá probablemente, los servidores humanos del dios. Más difíciles de analizar son las cuatro referencias al «Rey»; éste presenta cada vez un epíteto, que probablemente lo distingue del rey humano de Pilo, que no tiene ninguno. En tres ocasiones el epíteto es el mismo, aunque ligeramente diferente en la forma; en una ocasión es distinto. Dado que Potnia es una palabra para «Señora», pero indudablemente se refiere a diosas particularizadas de distinta forma, podría parecer que «Rey» es también aquí un título divino, aunque por mi parte pienso que sería aventurado deducir del uso homérico de «Soberano Posidón» que se trataba del mismo; pero esta posibilidad permanece abierta.

Esta lista, sin embargo, no agota los destinatarios del aceite perfumado, ya que en ciertos casos no se menciona específicamente deidad alguna, sustituyéndola el nombre de un lugar (p. ej. el recinto de Zeus, Fr 1230) o de un festival. Dos festivales tienen nombres inteligibles, aunque como es habitual existen ambigüedades. Uno, que aparece asociado en una ocasión con el nombre de Posidón, es «la Disposición de los Lechos»; se ha interpretado como una «hierogamia», pero podría referirse también a un banquete divino en el que las imágenes de los dioses se colocaban sobre lechos y se les servía alimento. El otro lo más probable es que signifique «la Tenencia de los Tronos», aunque es posible extraer otros significados de este compuesto, dado un motivo. Las ubicaciones especificadas son con frecuencia en Sphagiānes (cinco veces), pero, evidentemente, cuando una deidad tenía un solo santuario, era innecesario especificar el lugar del mismo. Hay dos referencias al «Territorio Lousio», que puede ser el área oriental de la bahía de Navarino. Ninguna de las ofrendas se envía al parecer a las partes más alejadas del reino.

Ahora bien, esta serie de tablillas es muy paralela a la serie Fp de Cnoso. También en este caso el género es aceite de oliva, aunque no se nos dice concretamente que estaba perfumado. La mayor parte de estas tablillas llevan un nombre de mes; están representados seis o posiblemente siete nombres de meses, lo que puede indicar que el palacio fue destruido en el séptimo mes del año en curso, aunque desgraciadamente en los calendarios griegos el año no siempre comenzaba en el solsticio de invierno. Los nombres de los meses en los calendarios griegos posteriores variaban de una ciudad a otra, y parece ocurrir lo mismo en el caso de Cnoso y Pilo, ya que ninguno de los nombres de meses conocidos vuelve a aparecer en el otro centro.

La mayoría de las tablillas son breves, pero la única grande (Fp 1) servirá de espécimen de discusión. Tras la línea inicial en que se lee «en el mes de Deukios», cada asiento ocupa una sola línea. El primero es un nombre conocido: «para Zeus Dicteo». Es éste un famoso título de Zeus en época clásica; se cree normalmente que es el resultado de mezclar el Zeus griego con una divinidad cretense pregriega de características bastante diferentes. Dicté es la gran cadena montañosa al sudeste de Cnoso, y en esta área se conocen varias cuevas empleadas como lugares de culto. El segundo asiento es «para el Dedaleo»; la historia de Dédalo, ingeniero en jefe del rey Minos, es demasiado conocida para que sea necesario repetirla. No tenemos medios para saber qué era este Dedaleo, pero no debe deducirse que Dédalo fuera venerado como dios; el derivado podría no significar otra cosa que la estructura erigida por Dédalo. Dado que tradicionalmente esta estructura era un laberinto, y que de hecho nos hemos encontrado con la Señora del Laberinto (p. 125), éste puede ser posiblemente otro nombre para su santuario. El asiento siguiente, *pa-de*, es oscuro; se parece a la palabra griega para «niño», pero es bastante cierto que se trata de una ilusión. Tenemos después «para todos los dioses», un asiento repetido con frecuencia en esta serie de tablillas. Nuevamente tenemos un tipo de dedicación poco familiar para el ritual griego. Después, otro nombre extraño, *qe-ra-si-ja*. En este punto se introduce un nuevo encabezamiento y quizá se aplica a todos los asientos que siguen; es la ciudad de Amniso, precisamente el puerto situado al norte de Cnoso. El asiento aquí es nuevamente «para todos los dioses», de modo que está claro que había al menos dos santuarios con esta advocación. Viene después una figura sorprendente, *Erinus*, el nombre posterior, usualmente en plural, para las Furias o Espíritus Vengadores, que se creía que perseguían a los asesinos. El mismo nombre ha sido descifrado ahora en el canto de la famosa lista de dioses griegos de Cnoso (V 52) con la que comencé este capítulo. Después, tras otro asiento oscuro, en apariencia otro lugar, viene «para la sacerdotisa de los vientos»; de nuevo en este caso los cultos de los vientos eran poco conocidos en la Grecia del primer milenio y no puede citarse paralelo alguno. Otras tablillas de esta serie mencionan a la sacerdotisa de los vientos; una de ellas la sitúa en la ciudad de *U-ta-no*.

Algunas otras tablillas que tratan de aceite de oliva pueden contener nombres divinos, pero aquí tenemos claramente también seres humanos y grupos artesanales, de modo que es arriesgado hacer deducciones sobre nombres desconocidos. Tenemos aquí otra referencia a la *Erinus* (Fh 390) y un asiento «al Dicté» escri-

to sobre una palabra fragmentaria que quizá sea «santuario» (Fh 5467).

Otro grupo de documentos de Cnoso con asociaciones religiosas son las tablillas de miel (Gg). No se conservan en buen estado, pero no podemos dejar de reconocer a la «Señora del Laberinto» (Gg 702, véase arriba), «todos los dioses» (Gg 702, 705, 717), y en Amniso a *Eleuthia* (Gg 705), que recibe también lana (Od 714, 715, 716). Ahora bien, *Eleuthia* es una forma dialectal conocida de un nombre que se escribe de distintas formas en griego alfabético, pero que es más conocido en su forma homérica, *Eileithuia,* Ilitía, la diosa del parto; dado que Homero (*Od.* 19.188) habla de «Amniso donde se encuentra la gruta de Ilitía» y dicho lugar, situado en la cima de la colina, detrás del puerto, ha sido excavado. Fue utilizado de forma continuada desde la época minoica hasta la romana.

Recientemente se ha demostrado que otro asiento de esta serie tiene asociaciones religiosas. Gg 713 se lee «para Marineus, (para) la sierva», que podría ser apropiado aun cuando Marineus (si es ésta la reconstrucción correcta de su nombre) fuera un individuo. No obstante, una lista de sujetos (As 1519, lectura corregida) finaliza con la nota «a la casa de Marineus, tantos individuos: 10», y

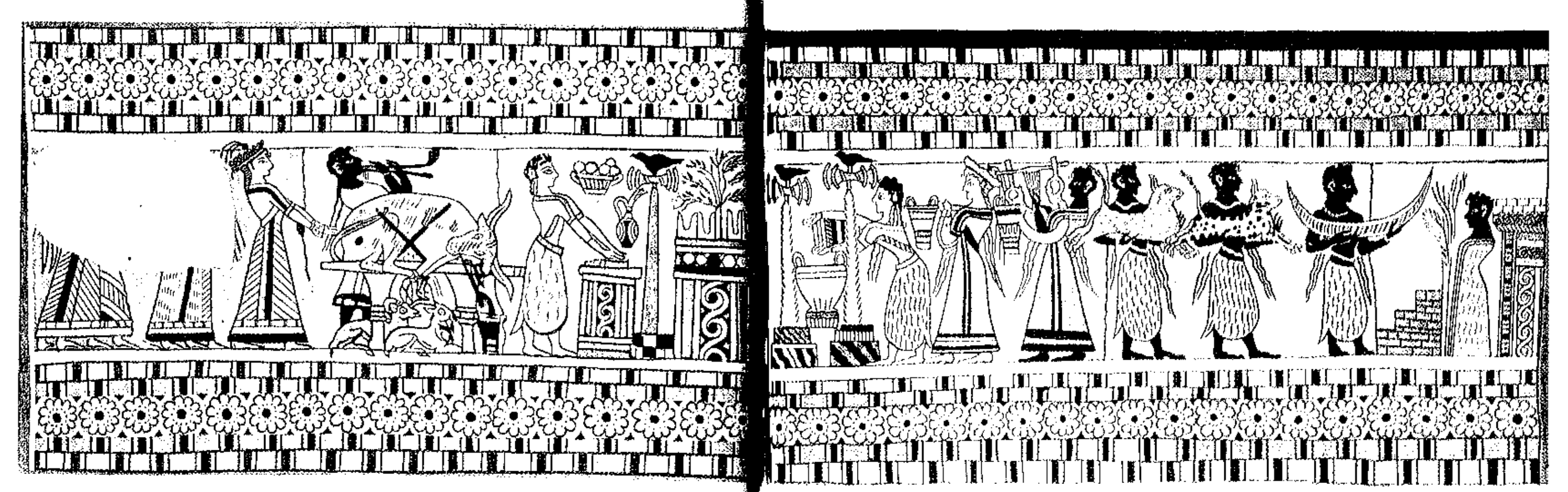


FIGURA 33.—*Escenas de sacrificios y ofrenda funeraria procedentes del sarcófago de Hághia Triádha.*

la misma palabra para «casa» se emplea en Tebas (Of 36) para «la casa (esto es, el santuario) de Potnia»; y un grupo de mujeres aquí (Of 25, 35) aparecen denominadas por un derivado del mismo nombre de Marineus. Sería una coincidencia singular que individuos de este nombre en ambos lugares tuvieran estas claras conexiones religiosas, que se explicarían más fácilmente si Marineus fuera un dios.

Un vínculo interesante con la religión posterior surge de este grupo de tablillas de Tebas que recogen libramientos de lana. Una consignación (Of 25) se destina a *Amarynthos.* En la época clásica se conoce una ciudad Amarinto en la costa occidental de la isla de Eubea, de forma que, aunque no está en Beocia, no está con todo demasiado alejada de Tebas; por otro lado, como hemos visto en otros casos, es posible que hubiera otra ciudad de este nombre en Beocia. No obstante, sabemos que la clásica Amarinto tenía un famoso templo de Artemis y el lugar estaba ya ocupado con seguridad en época micénica. Dado que al menos algunas de las consignaciones de esta serie tienen un trasfondo religioso, parece razonable suponer que el culto de Artemis en Amarinto puede haber estado ya establecido. Artemis aparece mencionada concretamente por su nombre en Pilo (Eb 650.5), donde un individuo

está escrito como «siervo de Artemis» (*a-te-mi-to do-e-ro*). Es menos seguro si la grafía *a-ti-mi-te* de PY Un 219.5 es el dativo «para Artemis»; pero, a la vista de la presencia de Potnia y Hermes en la misma lista, podría ser probable. La fluctuación de la grafía entre *e* e *i* se encuentra en otras palabras y nombres que probablemente se han tomado en préstamo de una lengua pregriega, y puede ser relevante que la diosa aparezca en una inscripción lidia como *Artimul*.

Ares ha aparecido ya bajo el nombre de Enialio, si efectivamente debe considerárselo como el mismo dios. Hay, sin embargo, dos ejemplos en Cnoso de la grafía *a-re*, una de las cuales se encuentra en un contexto religioso (Fp 14); se parece mucho a *Arēs*. La dificultad real es que esperaríamos aquí un dativo, probablemente por lo tanto *a-re-i*, pero esto no es un obstáculo insuperable. Al menos los nombres de persona *Areios* y *Areimenēs* deben derivarse de *Ares*, de modo que podemos añadir este dios a la lista de los dioses micénicos.

Una deducción similar es posible en el caso de *Hēphaistos*, el herrero de los dioses. Hay un antropónimo *A-pa-i-ti-jo* en Cnoso que es probable que sea *Hāphaistios* o *Hāphaistiōn*. Apolo sólo aparece mencionado si se lo puede identificar con *Paiāwōn*. No hay rastro de Afrodita; Dioniso, en cambio, aparece sorprendentemente dos veces en Pilo en la forma *Diwonusos*, en ambas ocasiones, de una forma bastante irritante, en fragmentos, de modo que no tenemos medio de verificar su divinidad. Uno de éstos (Xa 1419) presenta en el dorso una palabra oscura que puede ser un compuesto de la palabra para «vino»; se ha saludado este dato como prueba de que la conexión de Dioniso con el vino está ya establecida en época micénica. No obstante, la prudencia exige que nos reservemos aquí nuestro juicio.

Finalmente, además de los ya mencionados, quedan un buen número de nombres oscuros que son probablemente divinidades de alguna clase. Nombres como *qe-ra-si-ja, pi-pi-tu-na, a-ju-ma-na-ke, a-ro-do-ro-o*, en Cnoso entran dentro de esta clase. Se ha señalado que *pi-pi-tu-na* puede tener el mismo sufijo que la diosa cretense *Diktunnā*, pero sigue siendo totalmente desconocida. Podemos concluir que, como era de esperar, la conquista griega de Creta dejó intactos los antiguos dioses minoicos y esto está confirmado por algunos santuarios religiosos minoicos que presentan una continuidad desde la época minoica hasta el período MR III.

Una tablilla de Pilo (Un 2) tiene un encabezamiento intrigante que puede interpretarse como un documento de una ceremonia de iniciación. Como es habitual, acontecimientos de este tipo no se

registran directamente, pero el libramiento de efectos para su empleo como ofrendas requiere un asiento en los libros de cuentas. La escena es de nuevo Sphagiānes, que, como sabemos, era el más importante centro cultural. La locución clave no es en modo alguno segura, pero podría significar «en ocasión de la iniciación del rey». La palabra para «iniciar» no es exactamente la forma clásica, pero existen paralelos para el tratamiento supuesto. El orden de palabras es también sorprendente, pero sigue siendo la interpretación más plausible. La lista de artículos es sorprendente: 1.574 litros de cebada, 14 y 1/2 litros de cipero, 115 litros de harina, 307 litros de aceitunas, 19 litros de miel, 96 litros de higos, 1 buey, 26 moruecos, 6 ovejas, 2 machos cabríos, 2 cabras, 1 cebón, 6 puercas, 585 y 1/2 litros de vino, por no mencionar tres géneros que están asentados mediante tres abreviaturas o ideogramas desconocidos. Sólo la cebada proporcionaría raciones para 43 personas durante un mes. Pero, si la ceremonia era realmente una iniciación real, estas ofrendas no eran en modo alguno excesivas.

Este modelo de ofrendas mixtas se repite en otras tablillas; ya hemos mencionado (p. 129) la destinada a Posidón (Un 718, cf. Un 853). Desgraciadamente, a menos que se conserve el encabezamiento de una gran tablilla, es imposible juzgar si la lista se destina o no a fines religiosos. Igualmente en Cnoso un grupo de tablillas (Fs), que pueden muy bien ser ofrendas religiosas, ya que una se dirige a *pa-de* (véase p. 131), recoge cantidades de cebada, higos, aceite de oliva, harina y vino; pero aquí las cantidades son mucho más reducidas, por cuanto sólo una vez la cantidad de cebada pasa de los 10 litros.

Las ofrendas de artículos sueltos parecen ser aceite de oliva (con frecuencia, si no siempre, perfumado), miel, cereal y lana. El ritual clásico también hacía uso de la lana, pero hay indicios de que parte de la lana era tejida en paños y éstos aparecen en listas que pueden ser ofrendas. Resulta difícil juzgar si los dioses micénicos, al igual que los clásicos, estaban adornados con ropas, pero podría ser probable. Las esculturas de piedra como figuras de culto son desconocidas, pero hay varios casos de figuras de terracota de una escala considerable. No obstante, con seguridad las imágenes de culto estaban por lo común hechas de madera y, por lo tanto, no han sobrevivido. En época clásica hay numerosas referencias a estatuas de madera de una antigüedad muy grande conocidas como *xoana*; ¿es imposible que algunas de éstas no fueran, como por lo general se ha supuesto, del período clásico, sino en realidad micénicas? No es en modo alguno imposible que la madera, si se la cuida con esmero, dure mil años.

Capítulo 7

AGRICULTURA

Pesos y medidas

Antes de proseguir debemos volver al tema de los pesos y las medidas. Como se explicó en el prefacio (p. 17), las unidades de los sistemas métricos, para las que existían indudablemente las palabras correspondientes, están representadas en la escritura por medio de signos especiales. En algunos casos, podemos imaginar qué términos eran éstos, pero dado que no están nunca expresados silábicamente no tenemos medio de verificar estas conjeturas. La forma en que se emplean estos signos difiere de la encontrada en la escritura Lineal A minoica, ya que las cantidades inferiores a las unidades enteras se anotan por medio de un complicado sistema de signos fraccionarios. En la Lineal B los signos (en algunos casos claramente los mismos signos) representan unidades inferiores que son, desde luego, fracciones determinadas de la unidad principal. No obstante, a pesar de la diferencia de empleo, no sería sorprendente averiguar que las unidades básicas eran idénticas, y más adelante podremos ver un notable punto de acuerdo.

Los pesos son relativamente sencillos, aunque también tenemos pocos testimonios para completar el extremo inferior de la escala. El peso más grande, empleado para géneros como el bronce, es un signo que representa una balanza y que se transcribe convencionalmente como L (véase figura 34). La unidad mayor de peso en uso en el período clásico se llamaba *talanton* (latín *talen-*

tum, de donde nuestro *talento)* y, dado que este nombre significa también una balanza, puede haber poca duda de que éste era también el nombre de la unidad micénica. Dicha unidad está dividida en 30 M, mientras que el talento clásico lo está en 60 minas; no obstante, dado que el signo micénico es con claridad un signo doble, podemos con seguridad llamarlo *mina doble* (*dimnaion*, palabra que permaneció en uso como unidad monetaria en Chipre en época clásica). La palabra *mna* (latinizada como *mina*) es semítica y el sistema sexagesimal, basado en 60 partes correspondientes a una unidad, es también claramente originario de Oriente Próximo.

= L

= M = $\frac{1}{30}$ L

= N = $\frac{1}{4}$ M

FIGURA 34.—*Los signos micénicos para pesos.*

La mina doble se dividía después en cuartos (N), y éstos a su vez probablemente en doceavos (P); la duda se debe al hecho de que encontramos 12 P y 20 P, pero quizá estas cifras no están reducidas a la unidad superior (como con frecuencia nos ocurre cuando citamos un peso en kilogramos y no en tantos quintales, toneladas, etc.). Existe al menos un peso inferior, empleado para asentar cantidades de azafrán, que no puede encajarse con certeza dentro del sistema. También se emplean las unidades de peso inferiores para asentar el oro. Las unidades inferiores del sistema de peso clásico no parecen cuadrar con aquéllas: la *dracma* es una centésima parte de la *mina,* y el *óbolo* una sexta parte de la *dracma.*

Las unidades de peso clásicas son muy difíciles de comparar porque existían dos patrones bastante diferentes : en uno el talento pesaba 25,86 kg., mientras en el otro alcanzaba los 37,80 kg. No existe una forma clara de discernir si el talento micénico se aproximaba a uno u otro de estos patrones o si se situaba entre ambos; pero estas cifras determinan al menos unos límites razonables para nuestro estudio. Una colección de lingotes de bronce procedentes de Hághia Triádha tiene un peso medio de unos 29 kg.,

precisamente, si bien es probable que dicho peso sea un poco inferior a los valores originales. Esta media podría muy bien aproximarse al talento.

La forma ideal de resolver el problema sería identificar una serie de pesas contemporáneas, aunque en este punto debemos andar también con pies de plomo, ya que las pesas de metal tienden a hacerse más ligeras gracias a la corrosión, la reacción química o al daño mecánico. Evans ideó un método para compensar estas pérdidas, haciendo un vaciado que restauró después, y, de esta forma, calculó el volumen perdido. No obstante, las pesas procedentes de este período son todavía muy escasas y la mayor parte de las mismas proceden de Creta o al menos de la esfera de influencia minoica en el Egeo.

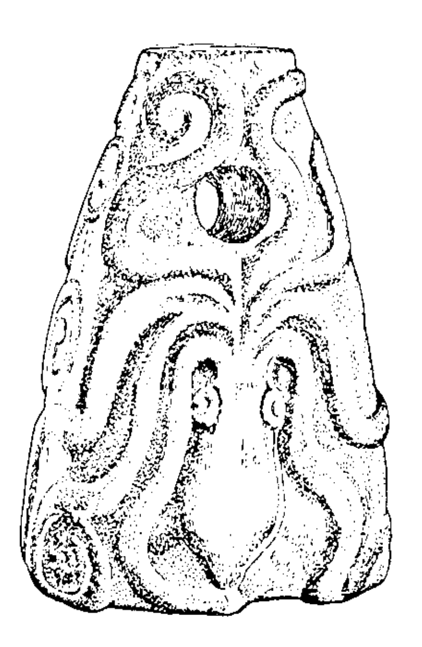


Figura 35.—*Bloque de piedra decorado con un pulpo procedente de Cnoso.*

Evans (1935, pp. 550-656) encontró en Cnoso cierto número de pesas, la mayor de las cuales es un bloque de yeso con un pulpo como motivo decorativo. Se ha discutido mucho sobre si es en realidad una pesa; si lo es, su peso, establecido por Evans en 29 kg. debe corresponder a un talento. Los ejemplos más seguros son unos cilindros aplastados, a veces con marcas en la parte superior. Uno grande está marcado con dos grandes círculos flanqueados a cada lado por dos pequeños, y Evans sugirió plausiblemente que dichas marcas eran una notación para 24 unidades. Esto proporcionó una unidad de aproximadamente unos 65,5 gr., y podía mostrarse entonces que otras pesas cuadraban con este cálculo: una de ellas, con unas marcas que, según se pretende, son probablemente cinco círculos, pesa 327,02 gr. (65,5 × 5 = 327,5) y otra, que pesa 68 gr., no queda lejos de la supuesta unidad.

J. L. Caskey (1970), en su tan instructiva excavación de Ceos (o Kéa) en las Cíclades, encontró, de nuevo en un contexto minoico, algunas pesas de plomo. Estas parecen encajar con la unidad de Cnoso: una con dos puntos pesa 121,3 gr. (si su peso original era de 131 gr. representaría dos unidades), otra con ocho puntos pesa 517 gr. (65,5 × 8 = 524) y hay un ejemplo carente de marcas que pesa 648,5 gr., es decir, casi diez veces la unidad.

La dificultad surge cuando intentamos encajar esta unidad de 65,5 gr. en algún lugar de la escala micénica. El único valor plausible para la misma tendría que ser P 3, dado que ésta es la cuatrocientas ochentava parte de un talento: así 65,5 × 480 = = 31.440 gr. En este caso, los múltiplos representarían los pesos siguientes en unidades micénicas

1 = P 3
2 = P 6
5 = N 1 P 3 (es decir, N 1 1/4)
8 = N 2
10 = N 2 P 6 (es decir, N 2 1/2)
24 = M 1 N 2 (es decir, M 1 1/2)

Si buscamos ejemplos de P 1 y P 2 (21,8 y 43,6 gr.), podemos encontrar ciertamente ejemplos plausibles en Ceos; pero, cuanto menor es la pesa, mayores son las dudas debidas a las pérdidas, y es cierto que muchas de las pesas encontradas en los centros minoicos no encajan en absoluto dentro de esta serie. Es difícil resistirse a la conclusión de que la unidad de 65,5 gr. es sólo una de

un número de sistemas concurrentes en uso en el mundo minoico, y puede no haber sido el elegido por los micénicos como su patrón. Como muestra la diferencia entre la Lineal A y la Lineal B en el método de expresar el peso, las unidades del sistema fueron probablemente reordenadas aun cuando la base permaneciera constante, lo mismo que, cuando Inglaterra adoptó la moneda decimal en 1972, se mantuvo la libra, pero se modificó su relación con el penique.

Cualquier género que pudiera verterse, no sólo líquidos, sino determinados sólidos como granos o semillas, no se medía por peso sino por capacidad. No es tan fácil equiparar estos dos sistemas, ya que el volumen ocupado por un peso dado de trigo o cebada dependerá no sólo de la condición del grano (bien esté descascarillado o completamente aventado), sino también de su sazón, variedad, etc.

= TRIGO

= T=1/10 de la unidad superior

= V=1/6 T

= Z=1/4 V

FIGURA 36.—*Los signos micénicos para áridos.*

La unidad básica de volumen es la copa, ya que no hay en la actualidad duda alguna de que es ella la representada por el signo transcrito como Z en la figura 36. Es bastante seguro que la palabra clásica estaba ya en uso como nombre de esta unidad: *kotylē.* Desde luego, la palabra no está aún muerta en griego, ya que, aunque sólo es ahora un cultismo, el profesor Marinátos me describió en cierta ocasión cómo, cuando en su excavación de Tera se encontró un cazo o achicador, su capataz lo identificó inmediatamente como el objeto que en su hogar de Arcadia él llamaba *koutoúli,* claramente una forma dialectal de la misma palabra.

En el sistema clásico, cuatro *kotylai* hacen un *khoinix,* quénice, y como esto concuerda exactamente con la proporción entre Z y V, parece probable que V = *khoinix.* Sin embargo, por encima de este nivel el sistema difiere: ocho *khoinikes* hacen un *modios,* y seis *modioi* un *medimnos.* De esta forma, el quénice es 1/48 de la unidad clásica superior, pero 1/60 de la unidad micénica superior.

Como en el caso de los pesos, los valores clásicos pueden ofrecernos al menos una pista sobre los límites dentro de los cuales deberíamos situar la unidad micénica. De nuevo existen dos patrones, de modo que la *kotylē* se sitúa desde 270 a 388 cc., el *medimnos* de 51,84 a 74,5 litros. Si la *kotylē* continúa más de cerca que el *medimnos* una tradición antigua, la unidad superior micénica resultará un veinticinco por ciento superior al *medimnos* clásico (es decir, hasta 93,1 litros).

El sistema para las medidas de líquidos es en parte el mismo y en parte diferente. Ocurre algo parecido al sistema «Imperial» británico, en el que la *pinta* y el *cuarto* son comunes para líquidos y áridos, pero después distingue entre el *galón* (líquidos) y el *búsel* (áridos). Los signos transcritos como V y Z en la figura 37 son

= VINO

= S=1/3 de la unidad superior

= V=1/6 S

= Z=1/4 V

FIGURA 37.—*Los signos micénicos para líquidos.*

idénticos a los de la figura 36, y debe presumirse que tienen el mismo valor. Por lo tanto, resulta que la unidad superior de la medida de líquidos tiene sólo el treinta por ciento de la capacidad de la unidad superior de áridos: contiene 72 Z, en vez de 240 Z. La razón de esta discrepancia debe buscarse, sin duda, en los pesos

relativos: un litro de agua pesa 1 kg., mientras un litro de grano sólo pesa unos 650 gr. En otras palabras, el peso que por término medio puede transportar un individuo representará vez y media más grano que líquido, y podemos aventurar la conjetura de que si el talento (L) es una carga conveniente, las unidades superiores de los sistemas de líquidos y áridos también se basan probablemente en el mismo patrón humano.

De hecho, ha sido muy difícil el intento de dar valores explícitos a estos signos métricos. No hay, hasta la fecha, vasijas de medida reconocibles que se hayan encontrado en yacimientos micénicos; no es imposible que emplearan vasos de madera para este menester, ya que es más fácil ahuecar una vasija de madera hasta el volumen exacto exigido, mientras que es imposible modelar un cacharro de una forma tan precisa. El profesor Marinátos, sin embargo, halló en Tera lo que consideró como vasos de medida, en asociación con molinos. Puede resultar arriesgado argumentar sobre unidades micénicas a partir de las minoicas, pero se afirma que estos vasos tienen volúmenes de unos 200 y 800 cc.

Pese a la inevitable falta de exactitud de la cerámica manual, en especial cuando depende de un torno de alfarero, es probable que los alfareros tendieran a concentrarse en tamaños apropiados a las unidades del sistema de medida, al menos para las vasijas grandes. La profesora Mabel Lang (1964) midió cuidadosamente la capacidad de todas las vasijas intactas recuperadas en la excavación de Pilo para ver si surgía alguna regularidad. Los resultados no son muy convincentes, pero, entre las vasijas más grandes, hay algún indicio de agrupamiento en torno a los valores de 2,4 litros y 3,2 litros. Si esto no se debe a accidente, podría parecer que una cifra de 0,8 litros (= 800 cc.) juega algún papel en el sistema de medidas. La coincidencia con las cifras de Tera es tan íntima que parece improbable que sea fortuita.

No es probable que la unidad más pequeña del sistema sea mayor de 500, ni tampoco menor de 200 cc. Esta variación está dictada tanto por consideraciones prácticas como por el paralelo de sistemas semejantes con valores conocidos. Si 800 cc. representa un punto relevante, puede, por lo tanto, ser encajado en dos niveles: 800 cc. = V 1, y entonces Z = 200 cc., o 800 cc. = = Z 2, y Z 1 = 400 cc. Ambas soluciones han sido propuestas, la primera por la Srta. Lang y defendida por el profesor L. R. Palmer; la segunda se trata de mi propia modificación del valor Z 1 = 500 cc., propuesto en principio por Ventris y por mí mismo como guía muy aproximativa en 1955. La elección entre ambas no es todavía fácil.

Hay una útil pieza de información interna: una tablilla de Pilo (Fr 1184) que especifica que Eumedes recibió de Cócalo 18 unidades de aceite de oliva, y de Ipsewas 38 jarras. La palabra para jarra es con bastante seguridad, en vista del dibujo que le acompaña en otros lugares, el término micénico para lo que los arqueólogos denominan «jarra de estribo» (o jarra de cuello falso), el recipiente estándar para el aceite de oliva. Parece difícil resistirse a la conclusión de que se pretendía que las 38 jarras contuvieran las 18 unidades de aceite. De esta forma, el contenido por término medio de una jarra de estribo debe estar precisamente por debajo de la mitad de la unidad.

Las teorías rivales, si la deducción realizada arriba es correcta, dan el volumen de la jarra de estribo por término medio en unos 6,8 litros (Srta. Lang) o 13,6 litros (la mía propia). No obstante, la elección todavía no es fácil, por cuanto las jarras de estribo aparecen en tamaños variables; las grandes, consideradas usualmente como recipientes para aceite, tienen frecuentemente un volumen entre los 12 y 14 litros, pero existe un tipo menor, con una capacidad de 6 a 7 litros, cuyos ejemplos fueron exhumados en Pilo. Pero pienso que mi cifra es, sobre esta base, ligeramente más probable.

El otro argumento que puede emplearse se basa en las cifras de las raciones (véanse pp. 113-114). La ración básica, que con frecuencia se sobrepasa pero que jamás se reduce, es de 2 T de trigo o 3 3/4 T de cebada al mes. Calculando sobre un mes de 30 días (aproximación razonable al valor real de 29 1/2 días de un mes lunar), la ración de cebada se pone exactamente en 3 Z al día; la ración de trigo no es un entero reducido a unidades Z, sino que corresponde a 1,6 Z al día. Si convertimos estas cifras según las dos teorías, tenemos que elegir entre 1,2 litros de cebada, equivalentes a 0,64 litros de trigo, como propongo, o bien, en cifras de la Srta. Lang, 0,6 litros de cebada o 0,32 litros de trigo. Ahora bien, es muy difícil calcular cuántas calorías contiene cada una de estas raciones, ya que depende mucho del tipo de trigo y de cómo se prepare el grano para su ingestión. Pero tengo serias dudas de que un tercio de litro de trigo constituya una ración diaria adecuada para un obrero, aunque de nuevo no podemos estar seguros en este caso de si era éste el único alimento disponible. En el caso de las esclavas de Pilo, la ración de cereal se completaba con una cantidad idéntica de higos.

Existe otro problema referente a las dimensiones de las parcelas de tierra, que se miden por medio de un volumen de simiente de trigo (véase p. 146). También aquí, las cifras más

elevadas parecen dar una respuesta más idónea, aunque incluso proporcionan terrenos ridículamente pequeños, si la base de nuestro cálculo es correcta; las cifras más bajas aumentarían mucho esta dificultad. Contra todo esto, debe admitirse que las medidas procedentes de Tera representan, muy probablemente, más bien 1 z que 1/2 z, y 1 v que 1/2 v. Pero, en este punto, el hecho de que pertenezcan a la civilización minoica de Creta y no a la Grecia continental debería quizá ser tenido en cuenta. No se podrá dar una respuesta definitiva hasta que se encuentre en el continente un juego de medidas reconocible, pero hasta ahora, parece preferible aceptar las cifras más altas, aun teniendo presente la posibilidad de que podrían reducirse a la mitad.

Si la sugerencia hecha arriba, según la cual la unidad superior de cada sistema es una carga conveniente para un hombre, es correcta, entonces la cifra de 28,8 litros para la medida superior de líquidos será equivalente a idéntico número de kilogramos, que teniendo en cuenta el recipiente, nos acerca a la cifra de unos 30 kg. para el talento. Desgraciadamente, el grano no pesa tan poco como un tercio del agua, de modo que la unidad superior de áridos (96 litros) debe alcanzar un peso considerablemente superior a 30 kg. Quizá esto se deba al hecho de que un saco lleno de grano es más fácil de transportar que un recipiente mucho más pequeño lleno de líquido, y no resulta imposible manejar sacos de un quintal de peso (= 51 kg. inglés, 46 kg. español), si contienen algo que les permita adaptarse a la espalda del portador.

A lo largo de este libro se han adoptado los valores más altos.

Cereales

Es evidente que una sociedad de cualquier época anterior a la Revolución Industrial se basaba en la agricultura. Pero, cuando vamos a preguntarnos qué tipo de agricultura practicaron los micénicos, debemos recordar que lo que poseemos no son los libros de cuentas de una pequeña granja, sino los registros administrativos de un palacio real. No debemos esperar encontrarnos con registros de cada cosecha, sino sólo de aquéllas que eran de interés especial para el rey. Tampoco aprendemos de hecho nada de cómo se producían las cosechas; el rey estaba interesado en las contribuciones de sus posesiones, pero no, al parecer, en cómo se producían éstas.

Podemos completar desde luego nuestra magra información documental por medio de la arqueología. Huesos de animales y semillas carbonizadas pueden testimoniar la dieta con la que vivía una población; pero estos hallazgos son relativamente raros, y el testimonio es desigual.

Las tablillas demuestran que tanto en Cnoso como en Pilo había dos granos alimenticios principales. Parecía evidente que se trataba del trigo y la cebada, que fueron los alimentos corrientes de la Grecia clásica. No obstante, es curioso que, durante la época clásica, el cultivo del trigo parece haber ido en aumento a expensas del de la cebada, de modo que, si extrapolamos a partir de esta tendencia, deberíamos esperar encontrarnos con que la cebada era la cosecha principal de la Edad del Bronce. Por el contrario, el testimonio micénico muestra que los dos granos eran poco más o menos igual de abundantes, aunque no se trata de sumar todas las cifras disponibles, como se verá dentro de poco.

La identidad de los dos granos fue conjeturada en una fase temprana, pero la confirmación ha sido lenta. Estos se asientan invariablemente por medio de ideogramas (véase figura 38), y sólo aparecen descritos mediante el término genérico *sītos* «grano», nunca por los términos específicos para «trigo» y «cebada». Se han esgrimido argumentos basados en la figura de los ideogramas, ya que, aunque en sus formas de la Lineal B han quedado estilizados, sus formas originarias de la Lineal A tienen un poco más de parecido con las plantas; pero aun así es difícil escoger entre ambos.

TRIGO

CEBADA

FIGURA 38.—*Los ideogramas para granos.*

La solución a este problema provino del descubrimiento de que una ración en un grano es casi el doble que en el otro grano. Hay un texto (PY An 128) en el que una suma en uno parece haber sido convertida en el otro multiplicándola por dos, aunque desgraciadamente los detalles son oscuros y se pueden dar otras interpretaciones. Pero es bastante cierto que la ración básica es de dos unidades T al mes en uno, y 3 3/4 unidades T en el otro. Esto tiene consecuencias importantes, ya que debemos suponer que el valor nutritivo de estas dos raciones es aproximadamente el

mismo. Dado que, por lo tanto, uno es casi dos veces más nutritivo que el otro, aquél debe ser el trigo; y lo que es más importante, este trigo era presumiblemente del tipo de «trilla libre», si por un volumen dado de grano produce más harina que la cebada. Por lo tanto, podemos considerar estos valores como seguros, aunque no se sigue necesariamente que, porque una ración se calculase en trigo, siempre se pagara en dicho grano, dado que puede haber existido la convención de que dos medidas de cebada podrían reemplazar siempre a una de trigo. Se conocen provisiones similares para raciones mucho después en el ejército romano.

El problema principal que queda por estudiar con relación al grano es el uso del ideograma para «trigo» en contextos que claramente se refieren a tierras. A lo largo de la extensa serie de documentos de Pilo que recogen las fincas de las personas enumeradas, sus dimensiones en cada caso se citan como: «tanta simiente: X unidades de trigo», Es evidente que no se trata de hecho de una entrega de simiente por algunos contextos: como, por ejemplo, cuando se nos dan las cifras de la posesión real (Er 312), o donde la tierra en cuestión parece contener vides e higueras (Er 880).

La práctica de medir la tierra por medio de la cantidad de semilla requerida para la sementera es bien conocida en la antigüedad, y se ha conservado hasta el presente en algunos países mediterráneos; tengo noticias de un individuo de la isla griega de Naxos que poseía «fanega y media de vides», esto es, un lote de tierra cubierto de vides que habría necesitado fanega y media de simiente si se convirtiera a cereal. La ventaja de esta medida estriba en que tiene en cuenta la diferencia de productividad de los diferentes tipos de tierra. Un lienzo pedregoso en la falda de una colina será menos productivo, y por ello sembrado en una proporción menor, que el fondo de un fértil valle; de aquí que no exista probablemente constante alguna por la que las medidas de simiente puedan ser convertidas en áreas de superficie, excepto por vía de media. Igualmente, el campesino griego mide todavía hoy la distancia en términos del tiempo necesitado para cubrir el camino; una marcha de dos horas puede representar una distancia corta sobre el mapa, si encierra muchos senderos montañosos de subida y descenso, pero una distancia mucho mayor por una llanura.

Cuando nos ponemos a examinar el tamaño real de los predios descritos, encontramos que varían entre la finca del rey de 30 unidades completas (= 2.880 litros de trigo) y una unidad v (= 1/60 de la unidad superior = 1,6 litros). En una *ratio* normal de sementera, este terreno mínimo no debe ser mayor que el tamaño de un huerto, y debemos tener presente que incluso esta cifra podría

reducirse a la mitad, si se adoptara el valor bajo de las unidades métricas que ha sido propuesto (véase p. 142). Por otro lado, si adoptamos una *ratio* de siembra muy baja, entonces la finca real será muy grande; en todo caso, la relación entre máximo y mínimo se fija en una proporción de 1.800 : 1. Sin embargo, no es necesario concluir que el tamaño mínimo del terreno es idéntico a la posesión total del individuo en cuestión. Sabemos de casos en los que un individuo posee dos o más terrenos.

La única área para la que nuestros documentos están probablemente completos es el distrito de Sphagiānes, al parecer el distrito dentro del que está situado el palacio. Para este distrito no sólo tenemos un completo registro de tierras, sino que poseemos la misma información en dos redacciones independientes. No obstante, el área en cuestión no es grande, y quizá debamos distinguir entre el distrito administrativo más amplio llamado Sphagiānes y las tierras inmediatamente contiguas al asentamiento de este nombre. El primer juego de documentos fue compilado poco a poco, según llegaba la información; después se copió en tablillas más grandes con cierta preparación del texto, pero, afortunadamente para nosotros, la primera versión no fue destruida a continuación, y las lagunas de una versión pueden repararse con frecuencia a partir de la otra. La tierra nunca aparece descrita, y no tenemos constancia de su localización exacta; el registro se ocupa de arrendatarios y subarrendatarios.

Esta terminología está tomada en préstamo del sistema feudal de la Europa medieval, y en adelante voy a utilizar como paralelo la famosa encuesta sobre las tierras inglesas, denominada *Domesday Book,* que fue compilada en el año 1086 de nuestra Era por el rey Guillermo I. No debemos forzar demasiado el paralelo. No tenemos medio alguno para decir qué tipo de obligaciones se imponían en contrapartida de las concesiones de tierra, ni sabemos cuál era su propietario en última instancia. Pero, el listado de las fincas de nobles importantes seguido de las listas de sus arrendatarios sigue tan de cerca el modelo de los documentos micénicos que las condiciones no pueden haber sido totalmente diferentes. El paralelo se discutirá con mayor detalle más adelante (p. 151).

La tierra es básicamente de dos tipos representados por los términos *ko-to-na ki-ti-me-na* y *ko-to-na ke-ke-me-na*; *ko-to-na* es *ktoinā,* un término para una parcela de tierra que estaba más o menos obsoleto en la Grecia clásica, aunque pervivió con asociaciones religiosas en Rodas. El término *ktimenā* está emparentado con palabras que en griego clásico significan «residir en» o «ocupar (una tierra)», y este valor etimológico se compadece bien con el

hecho de que esta tierra es detentada en parte por importantes terratenientes por derecho propio, y en parte por arrendatarios. Por tanto, el valor real del término es «de propiedad privada», aunque debemos tener en cuenta la posibilidad de que, como ocurre en la Inglaterra normanda, el rey fuera el propietario real y que los aparentes propietarios de tierras detenten sus feudos por la gracia regia. El otro término, *ke-ke-me-na,* es más oscuro; es posible que etimológicamente signifique «abandonadas», «dejadas fuera de la distribución», y esto encajaría con su sentido real, que, por oposición, debe ser el de «públicas». En todo los casos, las tierras *ke-ke-me-na* son de propiedad del *dāmos* y son arrendadas a arrendatarios individuales. La palabra *dēmos* (*dēmos* en griego clásico) parece significar en este contexto un cuerpo colectivo de individuos que representa al distrito local; *hundred* y *shire* aparecen utilizados de la misma forma en el *Domesday Book.*

Los sectores público y privado son tratados de la misma forma en cuanto que se redactó una serie de pequeños documentos preparatorios recogiendo las posesiones individuales; estos documentos fueron utilizados después como base de una versión revisada escrita en dos series de tablillas grandes. El sector privado está representado por los documentos de la tabla siguiente:

Propietario de fincas	*Tablilla preparatoria*	*T. final*
Wa-na-ta-jo	Eo 211	En 609
A-ma-ru-ta	Eo 224	
*Ru-*83*	Eo 276	En 74
A_3-ti-jo-qo	Eo 247	
Pi-ke-re-u	Eo 160	
Qe-re-qo-ta	Eo 444	En 659
A-da-ma-jo	Eo 351	
A-i-qe-u	Eo 471	
Ra-ku-ro	Eo 281	
A-ka-ta-jo	Eo 269	
Ti-qa-jo	Eo 278	En 467
Po-te-u	Eo 268	
Pi-ri-ta-wo	Eo 371	

De esta forma, los trece documentos que presentan en cada caso el arrendatario y sus subarrendatarios (si es que hay alguno),

fueron sustituidos por los cuatro documentos largos. Estos no son copias exactas, aunque, hasta donde se nos han conservado, las cifras se reproducen con exactitud; pero las grafías de los nombres se han modificado a veces, y las fórmulas se han regularizado. Por ejemplo,en la finca de *Qe-re-qo-ta* Eo 444 recoge cinco subarriendos, mientras que En 659 sólo cuatro; probablemente Eo 444 recogía dos posesiones de un solo individuo por separado, y éstas aparecen combinadas en un único asiento en la versión revisada. En 609 debe ser la primera tablilla de la segunda versión, ya que se ha añadido un encabezamiento general: «Sphagiāniā: tantos *da-ma-te*: *DA* 40, y tantos *telestai* están incluidos: 14 individuos». La dificultad estriba en que, como demuestra la tabla de arriba, realmente sólo hay trece arrendatarios. O falta un documento de cada serie que recoja el decimocuarto, o los documentos fragmentarios han sido casados incorrectamente. No obstante, si la decimocuarta tablilla Eo hubiera sido suprimida deliberadamente antes de que se completara la segunda versión, esto explicaría la situación de una forma más natural. Lo extraordinario de esta modificación de catorce a trece es que en otra serie de documentos que recogen las tenencias de tierras y las cargas sobre las mismas, parece haber sucedido exactamente lo mismo: Es 650 recoge catorce nombres, Es 644 y las otras trece tablillas Es presentan sólo trece. Por supuesto, se puede pensar que en el curso de un año un miembro de un grupo de catorce hubiera fallecido; pero que ocurriera lo mismo en dos grupos distintos es una extraña coincidencia. Además, ¿por qué el número de catorce en ambos casos?

Sin embargo, existe otra complicación. En cada una de las tablillas preparatorias (Eo), el arrendatario aparece especificado como detentador de su tenencia de manos del terrateniente nombrado en el encabezamiento de la tablilla. Toda esta palabrería superflua fue eliminada por el compilador de la versión revisada. No obstante, en Eo 224, la finca de *A-ma-ru-ta*, sólo cuatro de los arrendatarios detentan su tierra de manos de aquél; dos la tienen de parte de *Pa-ra-ko,* uno de *Ta-ta-ro,* y estos datos no aparecen en la versión revisada. *Pa-ra-ko* vuelve a aparecer en el otro grupo de documentos que tratan de la tierra «pública» y en un lugar (Ep 613.11) se le describe como terrateniente. *Ta-ta-ro* reaparece igualmente como arrendatario de tierra «pública» (Ep 301.6). No obstante, si contamos ambos, el total llega a quince; quizá sólo se tuvo en cuenta a *Pa-ra-ko,* ya que éste era el único «terrateniente».

El asiento «tantos *da-ma-te*: *DA* 40» es también problemático. Si no contamos subarriendos, sino los subarrendatarios, parece que hay veintisiete, pero de ellos uno se cuenta de hecho como arren-

datario; de esta forma, el número total de personas que detentan tierras en esta serie de documentos es de treinta y nueve, y como acabamos de ver que los trece *telestai* aparecen de hecho contados como catorce, esto proporciona el total de cuarenta. Pero, ¿por qué se cuentan los subarrendatarios como *DA,* y no como personas? La forma *da-ma-te* parece como si fuera un nombre plural y, si esto es así, la palabra para «tantos» es femenina: sólo hay un nombre femenino conocido para el griego del primer milenio que en el plural encajaría con esta grafía: es *damartes,* pero desgraciadamente no significa «parcelas de tierra», sino «esposas». Este parece un desarrollo de sentido improbable, aunque quizá no haya que excluirlo por completo.

El segundo juego de documentos (Ep, textos preparatorios Eb) está en relación con la tierra «pública», y se dice que esta tierra está detentada «de parte de la comunidad (*dāmos*)». El tamaño de las propiedades individuales es pequeño, aunque algunas fincas mayores están recogidas bajo el título de *ka-ma.* Esta palabra está relacionada evidentemente con una clase especial de tenencia de tierras, pero tanto su forma exacta como su significado permanecen oscuros. Sus detentadores, que incluyen a personas de cierta importancia, están aparentemente en la obligación de realizar cierto tipo de servicio, y, aunque no se establece expresamente, es razonable suponer que dicho servicio constituye la contrapartida de su tenencia de tierras. Desgraciadamente, la naturaleza del servicio es una cuestión muy discutida, y no se ha propuesto todavía una solución satisfactoria. Se emplean tres verbos para describirlo, uno de los cuales es al parecer el término genérico para todos estos actos; se trata de *wo-ze,* cuyo significado etimológico es más o menos «trabaja», pero que evidentemente no hace referencia al cultivo de la tierra. Las palabras clásicas que proceden de esta raíz (*rezō, erdō*) tienen también el significado especializado de «sacrificar», y el nombre emparentado *orgas* se empleó para una parcela de tierra sagrada. Por lo tanto, resulta tentador suponer que las obligaciones impuestas a estos terratenientes eran de naturaleza religiosa; en la Grecia clásica se conocen disfrutes similares de tierras relacionadas con deberes religiosos.

Hay una lista de usufructuarios de tierras públicas (Ep 301), que son llamados concretamente «tenentes de terrenos», y que incluye a algunos de los «arrendatarios» de las tierras privadas. No obstante, la mayoría de los tenentes de esta clase son «siervos de la divinidad», tanto hombres como mujeres, quienes parecen constituir la clase dominante en esta área de Sphagiānes. De las personas de las que se especifica su título, la gran mayoría son religiosos,

aunque incluyen uno o dos artesanos y algunos sirvientes de Anfimedes, que al parecer es un Seguidor. Una de las fincas más grandes está en manos de la sacerdotisa Erithā y es de un interés particular, dado que constituye el tema de una disputa.

El asiento, como es habitual existe en dos versiones que se diferencian ligeramente en su redacción. El texto preparatorio (Eb 297) dice: «La sacerdotisa tiene y asegura que la divinidad tiene la (palabra oscura), pero los tenentes de terrenos (afirman) que él (o ella) tiene arriendos de tierras públicas». La versión final (Ep 704.5-6) reza: «Erithā la sacerdotisa tiene y asegura que la divinidad tiene la (palabra oscura), pero la comunidad dice que él (o ella) tiene un arriendo de tierras públicas». No hay forma de decir si la divinidad es masculina o femenina, pero existe en la Grecia del primer milenio una regla general por la que los dioses son servidos en principio por sacerdotes, y las diosas por sacerdotisas; de aquí que podamos suponer que la divinidad en cuestión es una diosa. La palabra oscura es claramente una forma especial de derecho de propiedad, que también es disfrutada por el Seguidor Anfimedes; resulta tentador proseguir con el paralelo moderno, y sugerir un significado de «feudo franco». No obstante, no debe olvidarse que estas traducciones son, en el mejor de los casos, aproximaciones muy vagas a los valores reales, y que tenemos escasos medios para precisarlas más. Sin embargo, el asunto en litigio es si la tierra está sujeta a un «arriendo» o no, y el término de «arriendo» sugiere también, aunque no podamos definirlo con precisión, que la tierra así disfrutada traía consigo para el beneficiario cierta obligación.

No obstante, no se ha realizado al parecer ningún intento para resolver el litigio; el agente del rey responsable de compilar el documento se contenta con registrar el hecho. Ahora bien, podemos obtener cierta luz si comparamos todo este juego de documentos micénicos con el *Domesday Book* inglés, compilado por los agentes del rey Guillermo I poco después de su conquista de Inglaterra. En el año 1086 de nuestra Era, el rey envió comisionados por todo lo largo y ancho de Inglaterra para preparar un informe detallado de la cantidad de tierra de cada localidad, cómo era trabajada y quién la detentaba. Estudios de estos documentos extensos y detallados muestran que fue compilado por una serie de comisiones itinerantes, que celebraban sesiones en todas las ciudades principales y que recogían en latín los datos ofrecidos por los propietarios de las tierras. Se redactó al menos una serie de documentos preparatorios, y después éstos fueron editados y copiados en libros mayores por los oficiales de la corte en Winchester. No estaremos muy

errados al ver en los documentos micénicos la obra de un comisionado regio que ejecuta un servicio muy similar en Sphagianes. Desde luego, algunas peculiaridades lingüísticas de la versión preliminar, tal como un «y» aparentemente redundante a continuación del nombre del propietario, puede reflejar muy bien la deposición original por parte del propietario en personal: «Soy fulano de tal, el tal o cual, *y* tengo...». Esto aparece en el documento como: «Fulano de tal, el tal o cual, *y* tiene...». Sin embargo, en el momento de la redacción final, este detalle se ha modificado, y el «*y*» aparece eliminado de la fórmula, excepto para algunos casos en los que se ha trasladado por descuido desde la versión preliminar.

Ahora bien, no es de ningún modo insólito que el *Domesday Book* recoja litigios sobre la propiedad, y en un lenguaje sorprendentemente similar. Por ejemplo, en un sitio leemos, traduciendo el latín: «Los oficiales del Vizconde afirman que este medio *hide* (medida de tierra) pertenece a la propiedad del rey, pero el *Hundred* (la comunidad local) y el *Shire* (la comunidad superior) afirman que el rey Eduardo se lo otorgó a este individuo y que ellos tienen su sello en el otorgo». Otra cita ilustrará aún mejor los procesos implícitos en la confección de este registro: «El conde Godwin lo compró de Azor y lo dio a su mujer de modo que ésta pudiera disfrutarlo en tanto que permaneciera en Berkeley, ya que él no deseaba consumir nada del señorío (*manor*) para evitar la destrucción de la abadía. Eduardo tiene esta tierra en la finca de Wiltshire sin derecho a ello, tal como alega el Condado, ya que no pertenece a ninguna finca. Nadie dio una descripción de este señorío a los comisionados del rey, y ninguno de ellos se presentó a esta sesión». Aquí tenemos también la lengua técnica de la tenencia feudal de tierras con términos como *hide* (latín *hida*), finca (*firma*), señorío (*manerium*), *Hundred* (*hundreda*), *Shire* (*scira*) y Condado (*comitatus*). Si tuviéramos unos datos adicionales tan pobres como los documentos micénicos, estaríamos sin duda argumentando sobre el significado exacto de estos términos, como nos ocurre con los micénicos. Las tenencias de *e-to-ni-jo* (¿feudo franco?), *ka-ma*, *ko-to-na* (parcela, terreno), *o-na-to* (arriendo), etc., tenían ciertamente significados específicos para los funcionarios micénicos, por difícil que nos sea reconstruirlos. Igualmente el *Domesday Book* recoge individuos de varias categorías diferentes, y la tarea de establecer su condición y funciones ha derrotado hasta ahora a los estudiosos.

Hay otras series de tablillas que tratan de tierras, pero en estos casos los escribas proporcionaron aún menos información sobre el área de la que están tratando. Una de éstas (Ea) parece haberse dividido en dos partes para su archivación, pero ambas se ocupan

al parecer de las mismas personas y, por lo tanto, de un área probablemente idéntica. Las personas recogidas aquí son predominantemente artesanos: encontramos cosedores (¿sastres o guarnicioneros?), un mensajero, un ruedero y un fabricante de ungüentos, un sacerdote y hombres al servicio del *Lāwāgetās*. De aquí podría desprenderse, al parecer, que estas fincas deben haber estado próximas al palacio. Es curioso que, mientras muchas de las fincas de Sphagiānes eran usufructuadas por mujeres con titulaciones religiosas, aquí no puede mostrarse que ninguno de los propietarios haya sido una mujer, y muy probablemente todos eran hombres. Podría parecer que sólo en la esfera de la religión habían alcanzado las mujeres una condición independiente.

Otro tipo de registro catastral se ocupa de nuevo de la religión (Es). No hay indicación alguna del lugar, y la mayor parte de los nombres no aparecen en otras partes; si el *Alektruōn* de esta lista es el Seguidor del mismo nombre hijo de *Etewoklewēs*, aparece agregado a uno de los sectores norteños de la defensa de costas (véase p. 222), y hay otro nombre en la lista que parece tener asociaciones con las áreas septentrionales. No obstante, ni uno ni otro de ellos constituyen una prueba firme. La lista básica de tenencias (Es 650) enumera catorce fincas, de tamaños muy diferentes; la mayor tiene más de veinte veces el tamaño de la más pequeña.

En las listas restantes, el total de catorce terratenientes se reduce a trece por la omisión del último nombre de la lista; el alcance de su tenencia ha sido eliminado en la lista básica. Cada lista especifica contribuciones: en una de ellas se dice que son anuales, pero no se nombra el destinatario; en la otra no se da una indicación de la frecuencia, pero se recogen los mismos cuatro destinatarios de la contribución. De los cuatro destinatarios, Posidón obtiene la parte del león; los otros tres obtienen partes iguales que nunca son más de un octavo de la de Posidón, y normalmente son mucho menos. De estos tres, dos eran indudablemente dignatarios; el tercero es un grupo, dado que está en plural, y podría tratarse de hombres o de dioses. Dado que viene antes de los dos dignatarios, quizá sea un grupo de servidores del culto, posiblemente del culto a Posidón. En relación a estas distintas imposiciones lo curioso es que, aunque los propietarios de las fincas grandes contribuyen más que los pequeños propietarios, no existe una regularidad que pueda observarse en las cifras. Parece más bien como una lista de donativos para obras de beneficencia; los ricos, en efecto, dan más, pero algunos de los pobres son en proporción más generosos. Dado que los recaudadores de impuestos micénicos eran ciertamente capaces de

realizar complicadas sumas para distribuir los totales de acuerdo con un modelo regular de proporciones, es extraño que no lo hicieran así aquí.

El hecho de que cierta tierra esté registrada en los archivos palaciegos significa presumiblemente que el rey tenía algún tipo de interés en la misma, pero no se cita nunca al rey como propietario, aunque en una sociedad monárquica toda propiedad es detentada en última instancia por otros mediante concesión graciosa del rey. No obstante, tenemos un documento (Er 312) que recoge «la reserva regia», empleando para ello un término diferente para «finca» (*temenos*) que para los griegos clásicos se restringía para las fincas de propiedad de una divinidad. El tamaño es grande (30 unidades), pero aún más interesante es lo que sigue. A continuación se recoge la reserva del *Lāwāgetās* con 10 unidades, y después la tierra de los *telestai* con 30 unidades, con la indicación de que hay tres *telestai*, por lo que cada uno tiene una finca del mismo orden de magnitud que el *Lāwāgetās*, que es una tercera parte del tamaño de la del rey. Finalmente, tenemos la tierra baldía (¿no cultivada?) llamada *Wo-ro-ki-jo-ne-jo* (¿topónimo?), que alcanza las 6 unidades.

Este documento debe leerse evidentemente junto a otro (Un 718), que es una lista de ofrendas a Posidón y que ya ha sido examinado en el capítulo 5 (véase p. 99). Los cuatro contribuyentes de esta tablilla son *E-ke-ra₂-wo*, la comunidad (*dāmos*), el *Lāwāgetās* y el *ka-ma Wo-ro-ki-jo-ne-jo*, que difícilmente puede ser otra cosa que la «tierra baldía» del otro documento. Los tres *telestai* pueden muy bien constituir la comunidad de este distrito y, como se mostró en el capítulo 5 (véase p. 99), *E-ke-ra₂-wo* puede ser el nombre del propio rey. Si esto es así, tenemos las cuatro partes implicadas en una contribución a Posidón en una escala en cierto modo similar a los terratenientes de la serie Es examinados arriba.

Una segunda tablilla (Er 880) está tremendamente dañada, pero el encabezamiento puede ser reconstruido plausiblemente para traducirlo: «*E-ke-ra₂-wo* tiene como propiedad privada la finca arbolada de *Sa-ra-pe-do*». Este topónimo es el mismo que el citado en la tablilla de ofrendas Un 718. Siguen después dos líneas que dan el tamaño de dos fincas muy grandes, pero sus descripciones se han perdido y las cifras están incompletas; afortunadamente al final tenemos el asiento «total 94 unidades», que debe ser la suma de estas dos fincas. Los dos asientos intermedios presentan al parecer el número de plantas, en un caso posiblemente vides, en el otro con toda certeza higueras. Los números están incompletos, pero ninguno de los dos es inferior a 1.100. Es curioso que el total fuera

de 94 unidades, ya que sale la misma cifra si se suman las cinco fincas inspeccionadas al parecer por un alto funcionario en Eq 213. A modo de comparación, el total de Sphagiānes parece situarse en torno a las 102 unidades.

En Cnoso no hay nada semejante a las tablillas de Pilo de la serie E, que hemos estado examinando, aunque la parte de la terminología de la tenencia de tierras reaparece allí; puede decirse ahora lo mismo de Tirinte, basándonos en dos fragmentos descubiertos recientemente. Así, mientras sin duda existía alguna razón especial para los apeos de determinadas áreas de Pilo, es bastante probable que la situación no registrada de Cnoso fuera similar. Hay una lista de individuos (Uf) que aparentemente están registrados como tenentes de fincas en distintos lugares de Creta, y algunas de ellas pueden ser huertos o explotaciones similares.

No obstante, sí tenemos algunos documentos que deben estar en relación con la cosecha de grano, aunque la serie es tan fragmentaria que no podemos formarnos una idea clara a partir de la misma. Una de las pocas tablillas completas reza: «Hombres de Lito 246,7 unidades de trigo; hombres de Tiliso 261 unidades de trigo; hombres de Lato 30,5 unidades de trigo». Suponiendo que la dimensión de la unidad esté calculada correctamente en el examen realizado a comienzos del presente capítulo, esto representaría una cifra de unas 19 toneladas para Tiliso; resulta imposible calcular con precisión la tierra requerida para esta cosecha, pero dicha cantidad podría producirse en menos de 10 hectáreas; aun cuando la mitad de la tierra estuviera en barbecho cada año en un cultivo de año y vez, el total es todavía perfectamente razonable. Otras ciudades aparecen registradas como productoras de aceitunas y grano; esta combinación puede reflejar la práctica, que todavía se ve en Grecia, de sembrar grano en tierra de olivos. No obstante, la cifra más extraordinaria para trigo la tiene el área de nombre *Dawos*, la cual tenemos buenas razones para pensar que se encontraba en la fértil llanura de la Messará, en la parte meridional de la isla. Aquí la tablilla está rota, de modo que la cifra queda incompleta; pero ésta comenzaba incuestionablemente con 10.000 unidades. Aun suponiendo que no siguieran más cifras, la conservada alcanzaría una suma de unas 775 toneladas. En la época actual, el área de Creta, que incluye todos los lugares que estamos examinando, produce más de 10.000 toneladas de trigo, de modo que estas cifras, aunque elevadas, no son en modo alguno sorprendentes.

La ausencia total de documentos de la cosecha de grano de Pilo se debe sin duda a la época del año en la que se produjo la destrucción de los archivos (véase p. 241). No obstante, podemos inferir

algo sobre la escala de producción a partir de las raciones libradas a las eclavas (p. 112). Una tablilla rota (Fg 253) contiene probablemente un total de las raciones libradas cada mes a estas mujeres; proporciona una cifra de 192,7 unidades de trigo, es decir, unas 14 toneladas. Ello implica la necesidad de una producción anual de 170 toneladas sólo para este fin. La cifra actual para trigo en Mesenia, que es aproximadamente la misma área del reino de Pilo, llega a unas 22.000 toneladas.

Existe también cierto número de documentos que ofrecen raciones, o quizá mejor pagos en cebada. En Cnoso se anotan raciones (Am 819) para un grupo de trabajo integrado por 18 adultos y ocho muchachos en una cantidad de 97,5 unidades de cebada. Ahora bien, por supuesto es imposible solucionar una ecuación con dos incógnitas sobre la base de una sola suma como ésta. Pero en la práctica pueden preverse algunas limitaciones: cada una de las raciones debe ser un entero cuando se expresa en la unidad más pequeña del sistema métrico (z = 1/240 de la unidad superior); la proporción entre la ración de un adulto y la de un muchacho debe ser razonable (por ejemplo, la ración de un adulto difícilmente será más de cinco veces la del muchacho), y la del muchacho no debe ser mayor de la del adulto. El resultado de algunos cálculos sencillos muestra que sólo existe una solución plausible: todo el grupo recibe idéntica ración, es decir, z 90 = T 3 3/4. Esto tiene la ventaja de que permite el libramiento de las raciones sobre una base diaria (z 3), dado que el mes lunar de 29 1/2 días se contará para este fin presumiblemente como treinta días.

Algunas de las listas de cebada de Pilo parecen implicar raciones pequeñas de z 3, de modo que se trata presumiblemente de raciones diarias. Otras presentan cantidades mayores: algunas exigen v 1 (= z 4), mientras que otras pueden alcanzar los v 5, pero no se nos dice el período para el que se calculan. Si los documentos se conservaran mejor, sería más fácil de apreciar la base del cálculo. La ración de v 5 procede de las cifras de Fn 79, y es probable que otros tres fragmentos pertenezcan a una o más listas de este tipo. Las raciones, cuando se convierten a unidades v, caen todas dentro de la siguiente serie: 5, 10, 15, 30, 40, 105; el único factor común es 5. Sólo hay una excepción aparente en la que T 5 y v 1 proporcionaría v 31; pero un examen más detallado muestra que el último trazo del 5 es dudoso, y T 4 v 1 daría 25, otro múltiplo de 5. Si v 5 fuera una ración diaria, supondría una ración mensual de T 25, lo cual es muy poco probable, si la ración básica puede ser tan exigua como T 3 3/4. Es difícil ver otra solución que aquélla

que supone que a dicho grupo se le conceden raciones para un período de cinco días en una escala de v 1 (= z 4) al día.

Especias

La dieta de cereal que constituía el alimento usual de los micénicos habría resultado muy insípida, a no ser que pudiera sazonarse con la adición de condimento. Por lo tanto, no es sorprendente que los documentos hagan referencia con frecuencia a sustancias que parecen ser básicamente especias, es decir, ingredientes condimentarios añadidos a la comida. Sin embargo, debemos señalar que algunos de ellos son también aromáticos, y pueden haberse empleado también por su perfume. Es éste uno de los pocos temas que está recogido en nuestro reducido archivo de tablillas procedentes de Micenas, y puede resultar conveniente recorrer la lista recogida allí, añadiendo algunos comentarios sobre el uso de estas sustancias en otros centros.

Algunos de estos nombres nos son familiares por el griego clásico; otros nos resultan dudosos o completamente oscuros. En varios casos, es bastante fácil identificar la palabra griega, pero es imposible tener la seguridad de cuál de las muchas variedades, incluso con frecuencia especies, abarcadas por la palabra en el griego posterior es la que se pretende asentar aquí. Es posible que algunas hayan sido importadas de ultramar; pero cuando las cantidades son elevadas, con seguridad deben haberse cultivado en la localidad. En Creta, una cantidad considerable de tierras parece haber sido dedicada al cultivo de estos artículos de lujo.

Una de las especias más corrientes es el cilantro, esto es, las semillas de una planta umbelífera que todavía hoy se emplea en cocina. La forma micénica del nombre difiere ligeramente de la clásica, pero no puede existir duda alguna de que se trata de la misma palabra; si dicha forma debe reconstruirse como *koriadnon,* presenta curiosamente un aspecto similar al nombre de la hija de Minos *Ariadnē,* y está claro el proceso por el que dicha forma podría corromperse más tarde a *koriannon* o *koriandron.* En Micenas (si esta es la interpretación correcta de la serie Ge) parece que el cilantro se exige en cantidades de unos 19 litros por persona. Cifras mucho más altas aparecen en Cnoso, y el total de cilantro librado alcanza más de 7.500 litros; los ingresos registrados son mucho más reducidos que aquéllos, y no podemos decir cómo se equilibraban los libros. Si se exigían estas grandes cantidades, debe haberse cultivado en una escala considerable. La única referencia clara

en Pilo recoge 6 unidades, es decir, 576 litros, entre una lista de productos entregados por un alto funcionario a un fabricante de perfumes; presumiblemente se empleaba el cilantro por su propiedad aromática, aunque, en la actualidad, el aroma del cilantro no nos resulte nada atrayente. Probablemente hay otras cantidades recogidas bajo la abreviatura *ko*.

El comino se reconoce con facilidad, ya que aparece inalterado como en la forma clásica; se supone que la palabra es semítica. Las cantidades son mucho más reducidas, y no aparece mencionado en ninguno de los dos centros principales.

El hinojo es también claro, ya que se diferencia de una de las formas clásicas sólo por la adición de una *w* (*marathwon*); es la planta que dio su nombre a la llanura de Maratón en el Atica, aunque no he visto hinojo alguno que crezca allí ahora. En Micenas se abrevia en *ma,* y el mismo signo se emplea en Cnoso en un contexto que sugiere que estamos tratando posiblemente con una especia (Ga 953); pero hay una complicación, ya que el signo *ma* es casi idéntico al signo para «lana», y en ocasiones ambos se confunden. Aparece de nuevo en Pilo (Un 219), pero en un contexto inverificable.

El sésamo es una planta bien conocida en la Grecia actual, ya que sus semillas molidas se emplean para hacer el dulce llamado *halvá.* El nombre del sésamo es otra palabra semítica.

El apio está bastante claro, pero, dado que las cantidades se miden por peso, debe tratarse de las semillas; se registran unos dos kilogramos.

La menta se cuenta por medio de una abreviatura, de modo que es difícil conjeturar en qué forma se empleaba.

El berro parece tener una mención; las semillas de esta planta se empleaban también como condimento.

Una mención del poleo parece en la actualidad deberse a una lectura errónea, y quizá debiera eliminarse, aunque no sería sorprendente en una lista de este tipo.

La palabra griega para el cártamo o alazor aparece algunas veces, y se distinguen dos clases del mismo: una blanca, que está medida, y una roja, que está pesada. La explicación radica en que hay dos partes de la planta que pueden emplearse: las semillas pálidas y las inflorescencias rojas. Las inflorescencias se han utilizado para fabricar un tinte, de donde viene el nombre latino de *Carthamus tinctorius*; pero existen testimonios antiguos de que también se empleaban como condimento. También se sabe que el aceite que se extrae de las semillas ha sido empleado con fines culinarios.

Más problemática es la mención del cálamo o junco, ya que existe un cierto número de plantas que se conocen por este nombre, y en un lugar (MY Ge 602.5) el asiento se refiere a «juncos de ambas clases», lo que sugiere que había dos variedades incluso para los micénicos. Otro epíteto que se aplica al mismo no puede ser identificado con certeza. La mejor sugerencia es que se trata del cálamo aromático o del jengibre.

Deben añadirse algunas plantas que no se encuentran en las listas de Micenas. Tanto en Cnoso como en Pilo tenemos referencias a un fitónimo que continúa en uso en la forma *cipero,* pero éste es un término genérico que abarca botánicamente cierto número de plantas; probablemente se trata del aromático *Cyperus rotundus,* la juncia avellanada, dado que su empleo principal, al menos en Pilo, es como esencia para la fabricación de aceite perfumado.

Otra planta llamada *ki-ta-no* era oscura hasta que un joven estudioso español, J. L. Melena, llamó la atención sobre una entrada de un léxico antiguo que mostraba que *kritanos* era otro nombre para el terebinto, y que la grafía micénica podía representar una forma variante de dicha palabra. Este árbol es en rigor la *Pistacia terebinthus,* pero el nombre puede cubrir a otras especies de la familia *Pistacia*; un miembro de esta familia (*Pistacia Vera*) es el que produce los pistachos o alfóncigos que todavía se consumen generosamente en Grecia. Si las enormes cantidades de *ki-ta-no* mencionadas en las tablillas de Cnoso hacen referencia a las nueces enteras de los pistachos y no sólo a las almendras comestibles, dicho volumen sería fácilmente comprensible.

Finalmente, hay un elemento asentado de nuevo sólo en Cnoso que puede reconstruirse como la palabra griega *phoinikion.* No obstante, su significado no es fácil de adivinar. Un significado posible es «Fenicio»; pero ¿se llamaban ya así los fenicios de Siria, estos comerciantes aventureros de épocas posteriores? Y ¿cuál era este producto que los cretenses llamaron con su nombre? Difícilmente puede haber sido importado desde Fenicia, ya que los documentos muestran que se producía en determinadas áreas de Creta. La misma palabra se empleaba también para significar «cobrizo», pero esto tampoco lleva a parte alguna. El nombre *phoinix* significa también palmera, y parece haberse utilizado con este significado en la descripción de mobiliario (véase p. 190). Por lo tanto, parecía que los dátiles podían ser una posible identificación del producto, pero desgraciadamente, aunque pueden crecer en Creta palmeras datileras, el clima no permite que el fruto madure, de forma que *phoinikion* sigue siendo un misterio.

Aceitunas

El olivo domesticado es todavía hoy uno de los productos principales de la agricultura griega. Sus orígenes son desconocidos, pero se identificó polen de olivo en muestras procedentes del Peloponeso occidental en la temprana fecha del siglo XX a. C. Sorprendentemente, los testimonios paleobotánicos mostraron un gran incremento en la proporción de polen de olivo después de dicha fecha, alcanzando su culmen en torno al siglo X. Se ha argumentado mucho sobre la interpretación de este hecho, pero no debe olvidarse que estos análisis se han realizado sobre una base porcentual. Durante el período micénico, el polen de las malas hierbas asociadas con el cultivo de grano estuvo aumentando; desgraciadamente, los propios granos no dejan huella en el testimonio de polen. El repetino descenso de población después del siglo XIII habrá reducido automáticamente la cantidad de tierra en cultivo anual, de modo que estas malas hierbas habrán perecido al tiempo que la tierra volvía a su vegetación natural. Sin embargo, el olivo es muy longevo, y de este modo los olivares habrán continuado produciendo fruto durante algunos siglos con un mínimo de atención, ya que este árbol tiene la ventaja de que su exigencia de cuidados es muy reducida, con excepción de la breve temporada de la recogida de la cosecha.

La desventaja principal del olivo radica en que las dimensiones de la cosecha varían mucho de un año para otro, de forma que no sólo un árbol produce una gran cosecha únicamente en años alternados, sino que los árboles de todo un distrito parecen estar regularmente en fases. Por otro lado, el fruto puede almacenarse fácilmente en jarras, y el aceite exprimido se conserva bien; puede emplearse en la cocina, la iluminación y para el lavado. Hay ciertos datos arqueológicos para las lámparas, y podemos suponer un uso culinario. Sin embargo, en ausencia del jabón el mundo antiguo hacía gran uso del aceite de oliva para el aseo, y constituía una práctica normal el ungirse el cuerpo con aceite después del ejercicio.

Hay dos tipos distintos de aceitunas registrados en las tablillas de Cnoso, donde las abreviaturas *a* y *ti* se aplican al ideograma de la aceituna. Es tentadora la sugerencia de que éstas representan palabras griegas para «silvestre» (*agrios*) y «cultivado» (*tithasos*), pero el fruto del acebuche es de tan pobre calidad que parece poco probable que se haya cosechado en cantidad, y el tipo *a* responde a la mayoría de las aceitunas registradas. Cualesquiera que sean las palabras abreviadas, deben hacer referencia a distintas clases de aceitunas, o posiblemente a aceitunas cosechadas en fases de madurez diferentes. *Dawos*, el área de Creta meridional que produce grandes cantidades de trigo, produce también unos 9.000 litros de aceitunas en la proporción de 7 del tipo *a* frente a 2 del tipo *ti*. En ocasiones, se recogen aceitunas junto con higos o cebada, lo que sugiere nuevamente que se destinan al consumo.

Higos

El higo es otro producto popular de Grecia, y tenemos abundantes testimonios de su importancia en la dieta micénica. Las raciones de las esclavas de Pilo incluyen una cantidad de higos idéntica a la de trigo y, dado que los higos frescos sólo habrían sido disponibles en una corta temporada, mientras que las raciones están calculadas sobre una base mensual, parece probable que estos higos fueran higos secos que se empleaban durante todo el año. En Cnoso se libran pequeñas cantidades de higos para lo que aparentemente son ofrendas religiosas, junto con cebada, aceite de oliva y vino (Fs). Cantidades más grandes, como 7.200 litros, deben representar entregas de fruto. Una tablilla muy dañada (Gv 862) hace referencia a 1.770 higueras. Un funcionario de Pilo parece tener un título (*opisukos*), que debe significar algo así como «superintendente de higos», pero los contextos en los que dicho título aparece no sugieren que sus cometidos se redujeran a estos frutos. Con mucha frecuencia, los títulos oficiales ocultan la función real de su portador.

Vino

La vid es una planta nativa de la cuenca del Egeo, aunque la fecha de su domesticación no pueda ser fijada fácilmente, ya que resulta difícil distinguir la variedad cultivada de la silvestre, basándose en los especímenes botánicos que se conocen. El nombre griego, en micénico *woinos*, es un miembro de un grupo de palabras para el «vino» ampliamente extendidas por el Mediterráneo y el Oriente Próximo; se cree también que el nombre para la vid, *ampelos*, no atestiguado directamente en micénico, aunque un antropónimo parece derivarse del mismo, es un préstamo procedente



FIGURA 39.—*El ideograma para vino.*

de una lengua mediterránea. Por lo general, el vino está representado por un ideograma (véase figura 39), que representa, según se cree, una vid que crece sobre un entramado de madera. Hay otra palabra en micénico para las vides, que no habríamos comprendido jamás a no ser por el hecho de que está citada por un diccionario antiguo. Una tablilla de Cnoso (Gv 863) hace referencia a 420 vides y 104 higueras, y un ideograma especial asociado a las vides aparece en otras partes. Una tablilla dañada de Pilo (Er 880) hace referencia también por lo menos a 1.100 vides, y de nuevo el asiento contiguo se refiere a higueras.

El vino no figura en las listas de raciones ordinarias y puede haber sido un artículo de lujo. No obstante, tenemos de hecho un documento de Pilo (Gn 428) que recoge el libramiento de pequeñas cantidades; la cifra más alta es de 48 litros librada a un individuo, aunque éste puede ser, desde luego, el representante de un grupo. Los otros dos grupos reciben cantidades pequeñas de 9,6 litros cada uno. Un gran edificio del complejo del palacio de Ano Englianós que contenía grandes jarras fue identificado por los excavadores como almacén de vino y esto se confirmó después por la presencia de sellos con el ideograma para vino; uno de ellos lleva también la palabra «enmelado».

En Cnoso, una tablilla fragmentaria (Gm 840) ofrece probablemente almacenamientos o ingresos procedentes de la pasada vendimia, ya que las cifras son elevadas: la más alta llega a unos 4.800 litros, y el total de las cuatro partidas alcanza más de los 14.000 litros. Estas cifras no habrían experimentado una reducción acusada por los libramientos de vino de las tablillas Fs, donde las cantidades son pequeñas. Podemos suponer que gran parte del vino se bebía en la propia Cnoso. El área sur de Cnoso es hoy una de las principales regiones vinícolas de Creta.

Apicultura

Uno de los panoramas familiares de Grecia lo constituyen los conjuntos de colmenas, pintadas las más de las veces de azul celeste, que se encuentran en las laderas incultas de los montes, dondequiera que haya una abundancia de tomillo o de otras plantas silvestres que puedan proporcionar néctar. La miel del Himeto es justamente famosa. Por lo tanto, no supone una sorpresa el encontrar testimonios de apicultura entre los micénicos. El título de «colmenero, apicultor» aparece entre los documentos catastrales de Pilo (serie Ea), y se dice que varias personas detentan arriendos de parte de

aquél. Su descripción no corresponde exactamente a la forma clásica, ya que se deriva de la palabra para «miel» y no de la palabra para «abeja»; pero no hay razón alguna para dudar de que se trataba de una persona de cierta importancia, quizá en realidad un funcionario que tenía a su cargo la producción de miel. Un significado similar debe expresarse mediante otro título *(me-ri-da-ma-te)*, que combina la palabra para «miel» con otra que significa algo así como «jefe», «superintendente»; unos cinco de estos funcionarios aparecen mencionados en un solo lugar, de modo que no puede tratarse de un rango elevado.

Un contexto importante en el que aparece la miel en nuestros documentos es el religioso. Una serie de Cnoso (Gg) muestra grandes jarras de miel que se están enviando como ofrendas a distintas divinidades, entre las que se encuentra Ilitía de Amniso (véase página 132). Otra serie (Fs), que muy bien puede tener un fin religioso, recoge pequeñas cantidades de cebada, higos, aceite, harina y vino y, después en el dorso muchas tablillas presentan una partida de miel, por regla general en cantidades muy escasas. La asociación religiosa está confirmada por la única tablilla de Pilo que menciona directamente la miel (Un 718); en ella figura una cantidad de 4,8 litros de miel entre las ofrendas de *E-ke-ra₂-wo* a Posidón. El vino «enmelado» de Pilo ya había sido mencionado (p. 162).

Ganadería

El caballo parece haber sido una de las innovaciones introducidas en Grecia por los protogriegos, pero debe recordarse que era una raza menuda más parecida a un poney actual. Nuestro conocimiento de los caballos deriva casi por entero de su aparición en documentos que tratan de carros (véanse pp. 208-216). No hay datos de los lugares de donde se obtenían estos caballos, aunque una pequeña tablilla de Cnoso (Ca 895) muestra potros en asociación con yeguas y sementales, y los equivalentes para asnos. En Pilo tenemos noticia de un sujeto que tenía varias grandes parcelas de tierra, una de ellas «a causa del caballo» (Ea 59.5); no obstante, se nos deja en una total ignorancia de la conexión existente entre el caballo y la propiedad y sólo podemos especular en el sentido de que se trataba de un funcionario que tenía a su cargo la cría de caballos. Se asigna también una cantidad de cipero al «caballo» (Fa 16); quizá en este contexto el cipero haga referencia a la juncia larga, que es pasto de caballos en Homero. No parece necesario seguir la



FIGURA 40.—*Tablilla de Cnoso (Ca 895) con caballos, asnos y sus respectivos potros.*

sugerencia de L. R. Palmer en el sentido de que «Caballo» es aquí el nombre de un dios.

No se registra en las tablillas ganado vacuno en grandes números, aunque una referencia casual en Pilo a 90 vaqueros puede proporcionar una idea mejor que los propios números. Dado que constituían los únicos animales domésticos que podían utilizarse en labores pesadas como la arada, probablemente estamos justificados al suponer que cada comunidad tenía una reserva adecuada, pero que ésta no aparecía en los archivos reales. Es posible hacer una estimación indirecta del número en el reino de Pilo, si nos percatamos de que cada uno de los dieciséis distritos administrativos fueron gravados con una contribución de pieles vacunas (tablillas Ma). El número total requerido anualmente por el palacio es de 234 pieles, de donde se desprende que el reino debe haber dado cabida a unas 1.200 cabezas de ganado vacuno por lo menos para permitir este tributo y el número bien puede haber sido mucho mayor, ya que seguramente deben haber quedado en manos privadas algunas pieles para la provisión de cuero.

En Cnoso encontramos bueyes de labor, y en Pilo unos individuos denominados «yunteros», que presumiblemente son los conductores de las yuntas de bueyes. Sin embargo, en una serie verdaderamente notable de documentos (Ch) procedentes de Cnoso se recogen los nombres de yunteros individuales y los nombres de sus dos bueyes. En este caso, lo importante es que la mayor parte de los nombres son claramente inteligibles como palabras griegas: Moteado, Oscuro, Ruidoso, Patalbo, son equivalentes aproximados de algunos de los apelativos empleados. Este hecho establece fuera de toda duda seria que los granjeros comunes de la Creta micénica hablaban griego, por cuanto, aunque en las tablillas de Cnoso hay muchos nombres de persona que no parecen ser de tipo griego, como podría esperarse si pervivía una considerable población de origen minoico, el hecho de que los bueyes se nombren en griego

prueba que los griegos de Creta no constituían sólo una pequeña aristocracia que dominaba a un campesinado no griego.

Al final de la década de los cincuenta, J. T. Killen (véase página 43) comenzó a trabajar como colaborador de investigación en Cambridge bajo mi dirección. El tema que abordó era enorme, aunque no aprecié cuán importante resultaría su labor hasta que estuvo bastante adelantada. Killen decidió estudiar el gran conjunto de tablillas de Cnoso que se ocupan de ovejas; hay más de 800 tablillas en esta serie, aunque cada una trata sólo de un único rebaño. Con todo, es evidente a partir de un estudio aún superficial que el total de ovejas inventariadas se acerca a las 100.000 cabezas.

Desde hacía ya tiempo habíamos establecido que las ovejas se dividían en carneros y ovejas, dado que el ideograma para oveja se ofrece normalmente con las marcas especiales que indican el sexo masculino o femenino. No obstante, nos alarmamos por la preponderancia de carneros que, como podrá explicar cualquier granjero,

CARNERO

OVEJA

FIGURA 41.—*Los ideogramas para ovejas.*

es algo sin sentido para unos rebaños que corresponden a la realidad. Había también otros tipos de ovejas inventariados que no podíamos identificar. Es mérito de Killen el haber descubierto la solución de este problema y, al hacerlo así, haber revelado una de las importante fuentes de riqueza del reino micénico de Creta.

El problema de los excesivos carneros era en realidad muy sencillo, una vez que se sabe algo sobre cómo se practicaba el pastoreo antes de la época moderna. Sólo se conservaban los carneros para fines de reproducción, y para ello no necesitaban ser numerosos; sin embargo, para la producción de lana los machos se castraban y estos castrones o carneros llanos, como se denominan entonces, constituían el grueso de los rebaños. Estaba claro que los escribas micénicos no tenían un signo independiente para el castrón y la marca de masculinidad se aplicaba también a los carneros llanos, del mismo modo que se aplica a los toros de los que se dice que son «de labor» —esto es, bueyes—. Otro desequilibrio entre los sexos estaba motivado también por el hábito de totalizar machos y hembras como machos: una práctica muy común a nivel gramatical, en

el que se utiliza con frecuencia «hombres» para incluir a mujeres; pero no estábamos preparados para entender su aplicación a los ideogramas.

Sobre esta base, Killen (1964) fue capaz de construir una explicación racional de los documentos. Si los principales rebaños productores de lana eran carneros llanos, existiría la necesidad de que se separasen los rebaños de cría para proporcionar las oportunas reposiciones. Killen identificó éstas en listas de ovejas hembras acompañadas de ovejas calificadas por medio de una abreviatura *ki;* cualquiera que sea la palabra abreviada como *ki,* sus cifras y la forma en que aparecen subordinadas a las partidas de ovejas hembras prueban que las ovejas *ki* deben ser, de hecho, corderos. Además, para administrar los rebaños de castrones con eficacia, la autoridad central debe estar informada anualmente de las cifras necesarias para llevar el rebaño hasta su potencia teórica, y resulta útil tener una idea de la edad de las ovejas de rebaño; en particular, el administrador necesita saber cuántas ovejas viejas hay, y cuántos son los animales jóvenes del año en curso o del anterior. Las misteriosas abreviaturas fueron resueltas así por Killen como palabras que significan «viejo», «joven», «de este año», «del año pasado». Al igual que todas las soluciones convincentes, parece muy fácil cuando se la contempla; pero llegar a este resultado representó un brillante ejercicio de deducción.

Ahora bien, entre el vasto juego de documentos, mediante el cual la administración de Cnoso controlaba sus rebaños desperdigados por gran parte de la Creta central, hay una serie de tablillas que se refieren a ovejas y lana. La lana se mide por medio de una unidad especial, pero afortunadamente la unidad se divide en tres subunidades y la subunidad se nota con el signo de la serie de peso (M), que tiene el valor aproximado de 1 kg, por lo tanto, la unidad tiene un valor de unos 3 kg. Las tablillas recogen tanto la cifra prevista para el rebaño como el rendimiento real. La previsión es de una unidad de lana por cada cuatro ovejas, es decir, unos 750 gramos por oveja; esto se compadece bien con la cantidad esperada de las ovejas en época medieval, cuando las condiciones del pastoreo eran semejantes. No obstante, los rebaños de cría también producían lana, aunque aquí la proporción es muy diferente, en concreto una unidad de lana por cada diez ovejas, y esto también encajará bien con la producción real, ya que los corderos no producirán lana en su primera primavera, de modo que la proporción real es más próxima a una unidad por cada cinco ovejas hembras. El déficit en la cantidad enviada en realidad está recogido también con cuidado, si bien no sabemos qué acción administrativa se emprendía en el caso de que un rebaño fuera incapaz de cumplir su previsión.

No se ha resuelto todavía por completo otro de los problemas presentados por estas tablillas. Unos dos tercios de las tablillas recogen simplemente el nombre del individuo responsable del ganado —quizás sea prematuro denominarlo «pastor» en el sentido que para nosotros tiene esta palabra— y el área administrativa en la que estaba ubicado. No debemos suponer que todos los rebaños atribuidos, por ejemplo, a Festo, estaban realmente en la colina donde se construyó la ciudad o en sus alrededores; el área administrativa de Festo probablemente abarcaba gran parte del extremo occidental de la llanura de la Messará. En cambio, aproximadamente un tercio de las tablillas tienen un asiento más en la línea superior que se concreta en un nombre de hombre, habitualmente —aunque no siempre— en genitivo. Hay también asientos en este lugar que parecen ser adjetivos en sustitución del genitivo.

Habría sido fácil conjeturar que estos sujetos eran los funcionarios responsables de supervisar la administración de los rebaños o de recoger la lana; pero esto dejaría el número mayor de rebaños sin administrador alguno y, lo que es más inquietante, los rebaños atribuidos a la misma persona no se agrupan todos en la misma área, sino que se distribuyen ampliamente por todo el reino. Las investigaciones de Killen han mostrado que los rebaños que carecen del nombre adicional deben ser de propiedad real; por ello el resto es en algún sentido no regio, aunque el mero hecho de su inclusión en los archivos del palacio muestra que el rey tenía un interés en su administración. La mejor teoría hasta la fecha sostiene que estos individuos representaban personas, presumiblemente miembros importantes de la corte, para las que el rey necesitaba proporcionar un ingreso, y lo hizo asignándoles el producto de determinados rebaños. Como podremos ver más adelante, esta concesión privada se aplicaba no sólo a los rebaños, sino igualmente a su lana y a los tejidos fabricados con la misma. Al menos uno de los beneficiarios de esta concesión parece haber sido la diosa Potnia (véase p. 126), pero la condición exacta del reducido número de nombres de individuos de esta categoría es todavía oscura.

Los documentos de ovejas procedentes de Pilo se diferencian de distintas formas. La más evidente es que las pequeñas tablillas para cada rebaño, si es que la información fue reunida en ambos centros de una forma idéntica, han sido copiadas ya en grandes tablillas que inventarían hasta 25 rebaños por tablilla. Después, no existen detalles de cría, ni si el rebaño está dividido por edades, como ocurre en Cnoso. No obstante, lo que resulta quizá más relevante

es el hecho de que no existen registros de lana. Esto sólo puede significar una cosa: que el esquileo de primavera, que suele ser en abril, no había tenido lugar. Tal como tenemos estas tablillas, es probable que sean un resumen del estado de los rebaños en el año anterior y la información de los acontecimientos del año en curso no se había recibido todavía. Esto concuerda con la deducción (véase p. 241) de que Pilo fue destruida a comienzos de la primavera.

Dos hechos están bastante bien establecidos. Los grandes centros de cría ovina están en el norte de la Provincia Cismontana, especialmente en el valle del río Kiparissía y en la franja oeste del valle de Mesenia en la Provincia Transmontana. Estas áreas son particularmente idóneas para grandes números de rebaños, y hay razones para pensar que las ovejas se criaban probablemente en la Provincia Transmontana, y que se empleaban como reposiciones para los rebaños de la Provincia Cismontana. En segundo lugar, la proporción de asientos que incluyen un segundo antropónimo en genitivo es mucho más elevada que en Cnoso. Los individuos que se nombran en esta conexión sólo son cuatro: *We-da-ne-u, A-ko-so-ta, A-ke-o* y *A-pi-me-de*. De éstos, los dos primeros son indudablemente importantes dignatarios de la administración, el primero quizá sea el nombre del *Lāwāgetās* (véase p. 100); los otros dos se conocen peor, pero el último es ciertamente un importante terrateniente. Por lo tanto, podría parecer que éstos no son precisamente funcionarios a cargo de la administración de los rebaños, sino que son, como en Cnoso, personajes de elevada condición a quienes se les asigna la producción de lana procedente de algunos de los rebaños regios.

Las cabras en Pilo están inventariadas en la misma serie de tablillas que las ovejas. Eran mantenidas de una forma en gran parte idéntica en grandes rebaños y, aunque parece que no tenemos ningún documento, debemos suponer que el pelo de las cabras se utilizaba del mismo modo que la lana; a modo de comparación, en los años cincuenta, Grecia estaba produciendo unas 2.000 toneladas anuales de pelo de cabra.

En Cnoso, las cabras son mucho menos numerosas que las ovejas, aunque los rebaños individuales son con frecuencia grandes; se menciona uno de 230 cabras hembras (C 911.4), también hay huellas de rebaños de cría (p. ej. C 7088). Las cabras constituyen también una de las especies inventariadas en las tablillas que se ocupan de las áreas remotas de Creta. Sin embargo, la posibilidad más interesante estriba en que la cabra montesa nativa de Creta, la *agrími*, era objeto de caza. Un grupo de tablillas (Mc) recoge distintos lugares de Creta que contribuyen con cabras, cuernos y un

género no identificado. Las cabras se distinguen en cabras-*ra* y cabras hembras, siendo las primeras mucho más numerosas. Dado que las cabras-*ra* se oponen a las hembras, se trata presumiblemente de machos; pero la abreviatura debe estar destinada a distinguir algún otro rasgo, dado que los machos cabríos se indican mediante una variante distinta del signo (véase fig. 42). Una unión de fragmentos

FIGURA 42.—*Los ideogramas para cabras.*

(C 7064) nos ha ofrecido la palabra *agria*, «salvaje», aplicada a cabras y machos cabríos; aparentemente no está en el género masculino como podría esperarse. No obstante, no está seguida de la forma especial del signo de cabra con la abreviatura *ra*.

Los problemas de la serie Mc permanecen sin resolver. Sería posible considerarla como si recogiera el producto de la caza de estas cabras, pero las propias cabras podrían ser de hecho sólo sus pieles y los cuernos que se registran son claramente un producto. La cabra montesa tiene cuernos curvados extremadamente grandes, que con frecuencia miden unos 70 cm. de longitud. Pero el número de cuernos encierra un problema: esperaríamos que cada pieza, macho o hembra, diera dos cuernos, pero el número total de cuernos nunca es mayor, y usualmente es un diez por ciento menor que el número de piezas «*ra*». Quizá podamos justificar cierta disminución diciendo que podría esperarse que algunos animales tuvieran los cuernos estropeados, y quizá los cuernos de la hembra no fueran idóneos para cualquiera que fuera el fin previsto. No obstante, todavía sigue siendo verdad que cada animal tiene dos cuernos de forma que, mirando sólo eso, las cifras son demasiado bajas en relación con un factor de dos. Posiblemente el propósito para el que se requerían era tal que sólo los cuernos derechos o los izquierdos, que tendrían la curvatura opuesta, eran aceptables.

Evans (1935, pp. 832-836) especuló en el sentido de que el fin de estos productos caprinos era la manufactura del arco compuesto. Hay algún dato arqueológico para estas armas, que están hechas de tiras encoladas de cuerno entre capas de madera para proporcionar una elasticidad mucho mayor al arco. Se conocen especímenes reales procedentes de Egipto en una fecha contemporánea de las tablillas.

Por lo tanto, los cuernos de la cabra montesa habrían sido muy buscados para este fin. Evans explicó el género desconocido de la misma forma; todo lo que podemos decir sobre el mismo es que está representado por medio de un ideograma circular con una especie de oreja que sale del mismo y que se medía por peso. El peso en kilogramos es siempre la mitad del número de cuernos, excepto para una tablilla totalizadora (Mc 4457) donde el escriba parece haber cometido un error, al repetir la cifra de 345 de la línea superior en lugar de la previsible de 308; dado que está inmediatamente debajo la cifra de 208, es fácil ver por qué el escriba pensó que se trataba también en este caso de un error y así copió una cifra errónea en dicho lugar. Se ha sugerido que se trataba de tripa empleada para cuerdas de arco. Aun siendo ingeniosa esta teoría, no explica satisfactoriamente todos los datos; no puede justificar el inventario de las propias cabras, bien sean las piezas o bien sean sólo las pieles. Se ha realizado un ingenioso intento (Melena, 1972) para explicar los productos como necesarios para la manufactura de las cajas de los carros; éstas hacían uso de correas de cuero para proporcionar un suelo que mitigara un poco el traqueteo transmitido desde las ruedas. No obstante, todavía no hay una forma fácil de explicar las curiosas cifras, y el intento de ver en éstas la operación de un proceso fiscal (Olivier, 1974) incluso deja más cuestiones sin respuesta.

CUERNO

género desconocido

FIGURA 43.—*Productos de la cabra montesa cretense.*

Tal como era de esperar aparecen en las tablillas los cerdos, distribuidos ampliamente, pero nunca en números muy grandes. Hay en Cnoso restos de documentos sobre asignaciones de sendos cerdos a funcionarios, pues es menos probable que se trate de contribuciones de éstos. En Pilo tenemos reducidas piaras de cerdos inventariados junto con ovejas y cabras y una interesante lista de *sialoi*, «cebones», que en apariencia están siendo cebados en distintos distritos de la Provincia Cismontana. Aquí también su número es reducido, ya que la lista totaliza sólo 25 animales. Sabemos que se empleaban cerdos para sacrificios (véase p. 129) de modo que quizá el propósito de estos documentos sea el de recoger el libramiento de pequeños números de animales a los funcionarios locales para permitirles llevar a cabo algún rito religioso.

Productos animales

Podemos suponer que se consumía carne, aunque como en la Grecia del primer milenio, probablemente sólo en ocasiones especiales, al menos entre las clases sociales inferiores como, por ejemplo, cuando tenía lugar un sacrificio. Podemos estar seguros de la existencia de sacrificios por la presencia de animales domésticos en las listas de ofrendas religiosas y existen ilustraciones como la del famoso sarcófago de Hághia Triádha, que muestra un becerro atado presto para el cuchillo.

Se dispondría de leche de vaca, de cabra y de oveja; la mayor parte de la misma sería transformada en queso, y tenemos también menciones de quesos en una lista de ofrendas (PY Un 718). Ya hemos tratado del pelo de cabra y de la lana de oveja.

No obstante, el principal producto animal habrían sido las pieles de los animales. La exacción de 234 pieles vacunas ya ha sido mencionada y tenemos referencias de lo que parece ser vellones. Sin embargo, tenemos también algún indicio del uso que se hacía de estas pieles en una larga tablilla de Pilo (Ub 1318). Esta utiliza dos palabras para las pieles, una *(wrinos)* que significa probablemente «piel en verde», y la otra *(diphthera)* que significa «cuero curtido». La primera jamás está calificada por el nombre del animal en cuestión y probablemente se utiliza de forma exclusiva para la piel de vaca. La otra se emplea sola, de la misma forma que en español *cuero,* sin más calificativo, quiere decir cuero de vaca, o con una serie de epítetos que designan a la cabra, al cerdo o al gamo. Algún espécimen de cuero vacuno aparece descrito como rojo; y es interesante señalar que se ha exhumado de un enterramiento micénico un fragmento de cuero rojo. Se empleaba para bridas, ronzales y demás arreos para los carros; para albardas, correas y broches y para calzado —la palabra en época clásica significaba sandalias, pero probablemente es más general. Se utilizaba piel en verde para cordones para el calzado y para «forros para tres pares» —¿de zapatos? En Cnoso tenemos noticia de anteojeras de caballo que están fabricadas de piel en verde. También se empleaba para el calzado piel de cabra; para dicho fin, el cuero de gamo sería demasiado suave y sólo podemos imaginar para qué podría haberse empleado. Hay algunas anotaciones de gamos en Pilo que presumiblemente

son animales salvajes cazados y encontramos una leve confirmación en el término «cazadores», que en griego significa literalmente «conductores de perros». De esta forma, a través de esta vía indirecta, podemos deducir que criaban perros. A los amantes de los gatos les descorazonará saber que hasta ahora no encontramos rastro alguno de este indispensable animal.

Capítulo 8

ARTESANIA, INDUSTRIA Y COMERCIO

Industria es un título conveniente bajo el cual reunir todos los procesos productivos que proveían a la economía micénica de artículos manufacturados. Quizá sea un término demasiado grandioso para describir las actividades de los carpinteros o de los orfebres, pero, como podremos ver, algunos de los servicios productivos estaban organizados en una escala que justifica plenamente el título industrial.

Construcción

Todo visitante de Micenas no dejará de impresionarse por las enormes murallas, que todavía permanecen en su sitio después de treinta y tres siglos, si bien se han reconstruido en parte. El circuito de murallas mide más de 1.100 metros y es tal el tamaño de los bloques de sillería que los griegos posteriores llegaron a la comprensible conclusión de que las murallas habían sido construidas por gigantes. El sillar que hace de dintel de acceso a la gran tumba circular conocida como el «Tesoro de Atreo» pesa unas 100 toneladas. Sólo puede especularse sobre cómo con un equipo primitivo y una potencia proporcionada sólo por la mano de obra y por bueyes se colocaron estos enormes bloques en su sitio, aunque debería observarse que los constructores de Stonehenge en Inglaterra realizaron una proeza similar y por la misma época. Pero la pericia

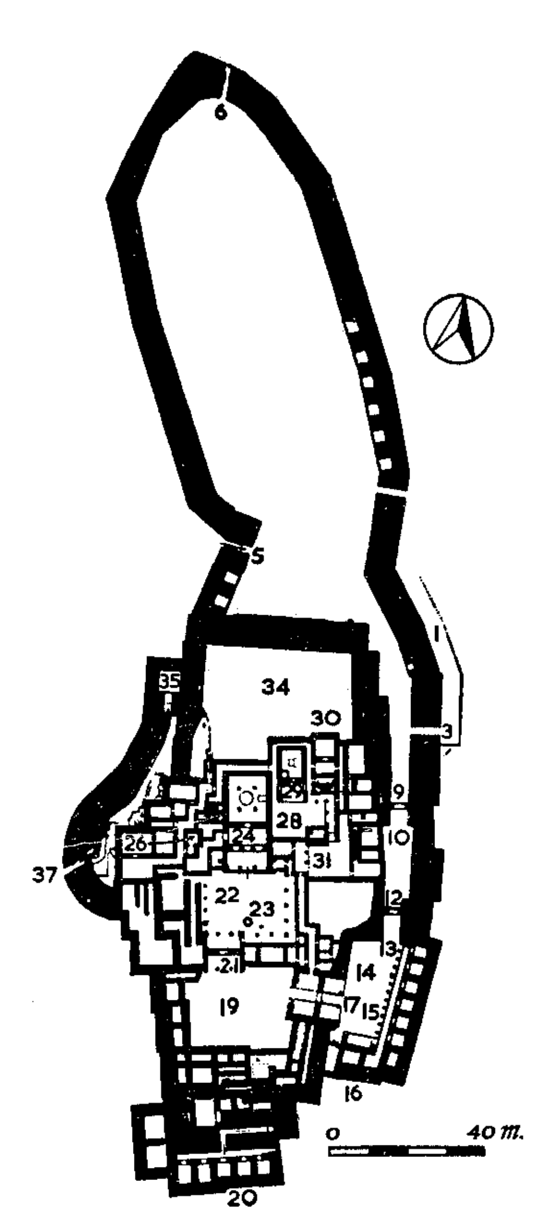


FIGURA 44.—*Plano de Tirinte.*

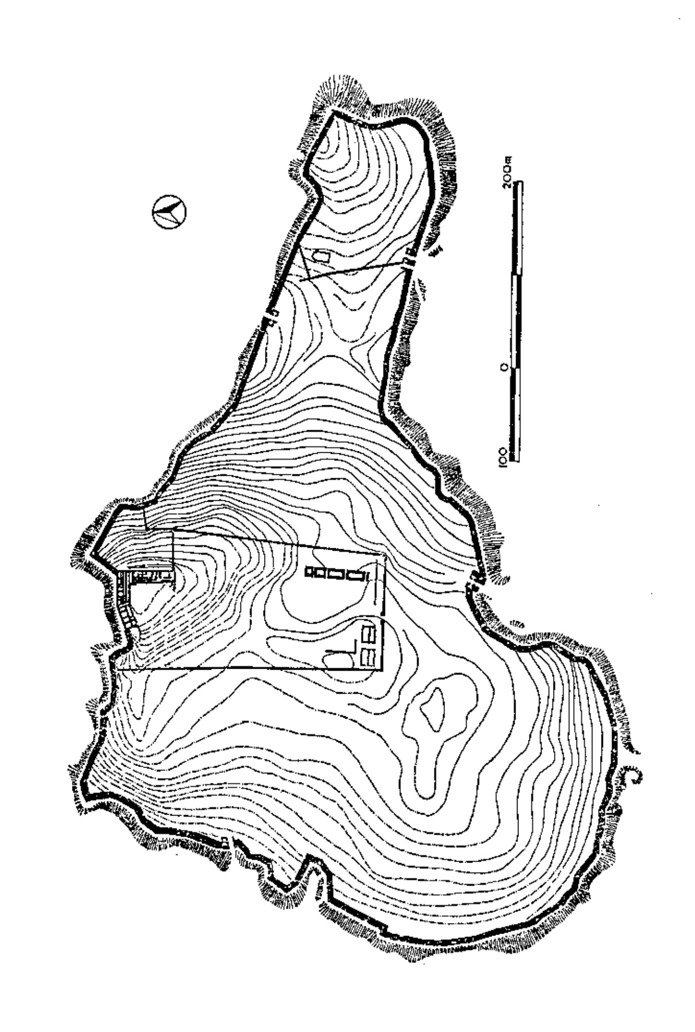


FIGURA 45.—*Plano de la ciudadela de Gla, Beocia.*

técnica revelada por la construcción de las tumbas micénicas es mucho mayor. En el «Tesoro de Atreo» el diámetro de la cámara es de 14,50 metros, y la bóveda que la cubre alcanza una altura de 13,20 metros. Es verdad que los micénicos no habían descubierto el principio del arco; todo vano abierto tenía que ser salvado con un dintel monolítico o con hiladas voladizas de sillería hasta que se cerrara el hueco. No obstante, todo ello no les impidió la construcción de monumentales puertas, como la Puerta de los Leones de Micenas, o de puentes que llevan las vías a través de las torrenteras, como aquél cuyos restos todavía pueden contemplarse a poco trecho del pie de la ciudadela en este mismo lugar.

Es difícil calcular la mano de obra necesaria para construir estas estructuras. Sin embargo, construir una ciudadela amurallada como Micenas debe haber llevado una generación, a menos de que sus constructores tuviesen una provisión inagotable de mano de obra. Sólo en algunos lugares tenemos restos de fortificaciones micénicas; además de la Argólide, hay murallas micénicas en la acrópolis de Atenas, aunque su posterior construcción y la reedificación sobre las mismas nos impide calcular el alcance de las fortificaciones micénicas en dicho lugar. Quizá el empleo más sorprendente de mano de obra para una edificación lo constituya el gran circuito de murallas de Gla en Beocia, de un perímetro de 3 km., un área que habría contenido no sólo la gente de todos los alrededores, sino también a sus rebaños. Hay restos de una muralla micénica a lo ancho del istmo de Corinto, aunque no sabemos si llegó a completarse. Por otro lado, es evidente que el palacio de Pilo no estaba fortificado en su última fase, y es dudoso que hubiera tenido antes muros de defensa, ciertamente no de la escala de Micenas o Tirinte. Creta se encuentra extrañamente desprovista de fortificaciones.

De esta forma, no es sorprendente que tengamos exiguas noticias en nuestros documentos de las técnicas y materiales de construcción. Existe en Pilo una tablilla (An 35) que enumera doce albañiles —la palabra significa literalmente «constructores de paredes»— que están marchando a construir a cuatro lugares distintos, uno de los cuales era la propia Pilo. No se nos da, empero, indicación alguna de lo que estaban yendo a construir; en vista del reducido número, difícilmente podría tratarse de un intento de última hora de prevenir la defensa, aun cuando los albañiles fueran sólo los artesanos expertos que dirigieran a los obreros locales no cualificados. Desde luego, si esto fuera así, esperaríamos que se concentrasen los esfuerzos primero en un solo lugar, y que no comenzaran simultáneamente en cuatro. Por lo tanto, podemos suponer que se trata de operaciones de construcción ordinarias.

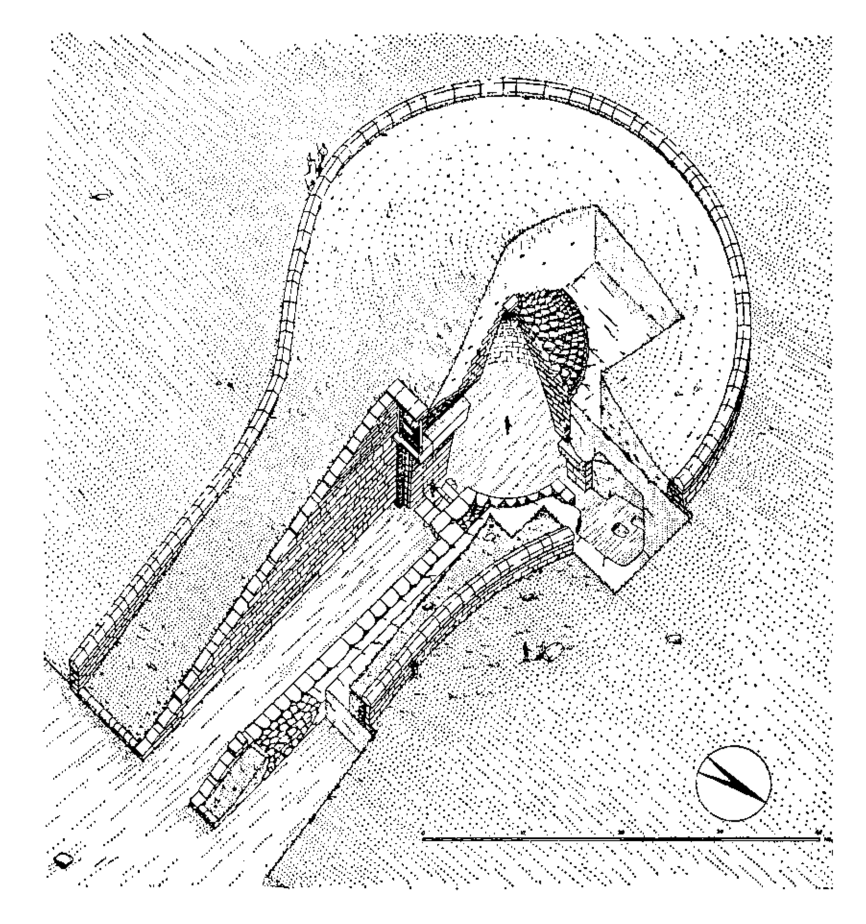


FIGURA 46.—*El llamado «Tesoro de Atreo» de Micenas.*

Una representación similar a la edificación de una casa normal o de un palacio quizá surge de otra tablilla de Pilo (Vn 46), que es con bastante certeza una lista de materiales de construcción. En vista de las cifras regulares, es improbable que se trate de una lista fortuita; enumera probablemente todas las maderas necesarias para una operación de construcción de lo que debe ser una especie de pequeño vestíbulo, quizá del tipo micénico característico que se conoce como *megaron*. Al igual que una lista moderna de maderos de construcción podría hablar de parhilera, pares, contrapares, tirantes, pies derechos, cabrios, soleras, etc., debemos esperar que las listas micénicas estén igualmente llenas de términos técnicos, todos sin duda lo bastante claros para los constructores y los carpinteros de la época, pero dificultosos para nosotros, dado que muchos de ellos no pervivieron en un uso clásico o, si lo hicieron, pudieron haber cambiado de significado.

Después de un encabezamiento que está roto, la lista comienza con una serie de tres asientos, cada uno de los cuales presenta la palabra *kapniās*, «de la chimenea», y que enumeran 12 vigas, 4 vigas de techo y 6 travesaños. Se ha objetado que una chimenea no podía estar construida con madera a causa del peligro de incendio. No obstante, debemos recordar que un *megaron* micénico tenía un hogar abierto en su centro y que el humo escapaba a través de un conducto de barro cocido. Sabemos este detalle porque el profesor Blegen recuperó de dos de estos hogares en Englianós cierto número de fragmentos de cerámica tosca. Cuando se los entregó a su restaurador de cerámica, éste se mostró desdeñoso y preguntó a Blegen si valía la pena trabajar sobre chismes tan toscos. Blegen le indicó que siguiera con ello y viera qué resultaba. De esta forma, aquél reunió y casó cuidadosamente las piezas, hasta que obtuvo, no unos toscos cacharros de cocina como esperaba, sino en cada caso dos conductos cilíndricos de unos 65 cm. de diámetro y 50 cm. de largo. Estos constituían la salida de humos y deben haber sido mantenidos en su sitio merced a una complicada serie de vigas. Las reconstrucciones del palacio muestran una especie de claraboya que se levanta desde el techo para soportar el fuste de la chimenea, cuya armadura debe ser lo que se está recogiendo en la tablilla en cuestión. Si supiéramos el significado preciso de los términos técnicos que he traducido como distintos tipos de vigas, podríamos incluso permitirnos aventurar una conjetura sobre la estructura de esta linterna.

Los dos asientos siguientes corresponden a palabras oscuras, pero las cifras, 81 y 40, indican que se trata de elementos bastante pequeños. Vienen después 23 (o más) «accesorios de pared» de un

tipo que sólo podemos adivinar, y 140 estaquillas o clavijas. En trabajos cretenses se emplearon a veces las estaquillas para aplicar pesadas capas de enlucido a las paredes. Venían después 6 vigas descritas como jambas; dado que el término puede incluir también a los dinteles, quiere decir que probablemente había dos puertas, ya que no hay elemento alguno con la cifra de 3 que pudiera corresponder a los dinteles, en el caso de que hubieran sido tres puertas. El asiento siguiente especifica 2 unidades de algo; ¿podría tratarse de los umbrales de madera? Otro grupo de asientos oscuros presenta las cifras de 10, 16 y 100. Finalmente, tenemos un pilar con una definición nada clara, dos vigas de techo y una columna. Es tentador pensar que estos últimos elementos pertenecen a un pequeño porche: el pilar se encontraría entre las dos puertas en la pared del fondo y la columna soportaría las dos vigas de techo en el exterior. Sin duda, un arquitecto me demostrará que he incurrido en error; pero si este ejercicio de imaginación inspira a alguien a presentar una descripción mejor de la carpintería de un *megaron* micénico, habré conseguido algo.

Metales

Los metales que, según nuestros datos, empleaban los micénicos eran cinco: oro, plata, plomo, cobre y estaño. Estos dos últimos no se empleaban normalmente en sus formas puras, sino fundidos en una aleación de hasta el diez por ciento de estaño para hacer bronce. No se desconocía el hierro, pero era raro; la incapacidad de los micénicos para explotar las minas de hierro de Grecia se debía a la falta de pericia técnica. De esta forma, el bronce servía para todos los fines principales para los que se necesitaba metal y proporcionaba el filo para las armas y herramientas. Para este fin, un buen bronce es mejor que un hierro pobre; y sólo con el progreso de la tecnología que se introdujo en Grecia después de la época micénica, pudieron fabricarse herramientas y armas de hierro.

Pero aunque el bronce juega un papel tan importante en la Grecia micénica, debe haber constituido siempre un material relativamente caro, ya que, por lo que sabemos, no existe una fuente adecuada de estos metales en el país. El cobre se obtenía fácilmente en Chipre y un pecio naufragado de la Edad del Bronce Reciente, hallado junto a la costa sur de Turquía, demuestra de una forma elocuente cómo se transportaban los cargamentos de lingotes allende los mares. Desde luego, podría parecer que este navío llevaba un grupo de herreros itinerantes, ya que se recuperaron también

del navío naufragado unas piezas de metal que difícilmente pueden ser otra cosa que chatarra. El origen del estaño supone un auténtico rompecabezas. Una fuente posible puede ser lo que en la actualidad es Checoslovaquia, otra España o incluso Inglaterra. Sin embar-

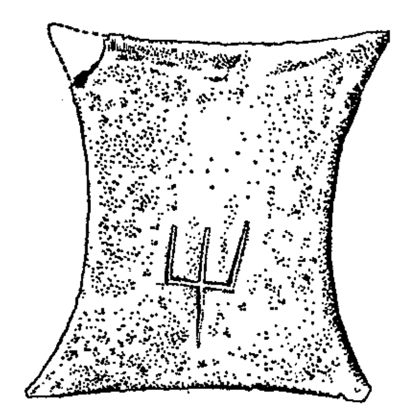


FIGURA 47.—*Lingote de bronce procedente de Hághia Triádha.*

go, dado que sólo se necesitaban pequeñas cantidades, quizá existieron fuentes menores que hoy se han agotado. La idea de que Grecia importaba los dos metales del Oriente y del Occidente explicaría su posición favorable para el establecimiento de una industria metalúrgica.

Nuestro conocimiento de la industria del bronce procede por entero de Pilo; en Cnoso aparecen anotados objetos de bronce, pero sólo en Pilo tenemos de hecho cierta información sobre herreros. En este centro hay una larga serie de documentos que mencionan los herreros de distintos lugares y las cantidades de bronce libradas a los mismos. Es evidente que el palacio se preocupaba de mantener un estrecho control sobre las provisiones de metales y, cuando se libraba a los herreros para trabajarlo en efectos, se guardaba en Pilo un cuidadoso asiento de la cantidad en cuestión. Presumiblemente, una vez que se recibían en palacio, se pesaban los artículos manufacturados para asegurar que no existía sisa.

Cada tablilla de esta serie (Jn) presenta un topónimo, una lista de herreros y la cantidad de bronce librada a cada uno de ellos, y un total; después, con frecuencia tenemos una lista de herreros sin libramiento. De esta forma, conocemos el número total de herreros en cada lugar, y cuántos entre ellos estaban desocupados; la pro-

porción en esta última clase se cifra en torno al tercio. Sin embargo, la cantidad de bronce librada es pequeña; un herrero alcanza unos 12 kg., pero lo normal es de 3 a 4 kg., y algunos reciben la pequeña cantidad de 1,5 kg.

Tenemos también un documento que da un peso muy grande de bronce, que debe ser la suma de las cantidades recogidas como libradas en cada tablilla. La diferencia entre esta suma, que alcanza los 1.046 kg. y la suma del bronce de todas las tablillas conservadas nos proporciona una medida del número de tablillas perdidas; podría ser que se haya perdido aproximadamente un tercio de tablillas. Por lo tanto, es necesario aumentar el total de herreros de las tablillas existentes en una cantidad similar y esto nos permite calcular que el total de herreros del reino era aproximadamente de 400. Se trata de una cifra pasmosa, ya que no debemos imaginar que cada aldea tuviera su forja; los herreros aparecen concentrados de hecho en grupos de hasta 26 individuos. Algunos de los grupos están al servicio de la diosa Potnia (véase p. 126). Los lugares donde trabajaban están a veces en las ciudades principales, aunque no hay ninguno en Pilo; con más frecuencia se encuentran en lugares de los que no tenemos noticia alguna o muy escasa en otras partes. Una explicación de este fenómeno puede ser la necesidad de ubicar las fundiciones metalúrgicas en áreas con una buena provisión de combustible, y posiblemente en lugares elevados donde hubiera bastante viento. Es más fácil transportar el metal hasta el combustible que llevar el combustible a las ciudades.

Una fuerza de 400 obreros habría sido capaz de producir muchas toneladas de artículos al año, mucho más de lo que esperaríamos que necesitara el reino, ya que el bronce no fue jamás un metal barato y se habrían empleado sustitutos en aquellos casos en que esto fuera factible. Desde luego, podemos estar equivocados al pensar que los artesanos trabajaban a pleno rendimiento en su ocupación; es posible cultivaran también la tierra y se alimentaran a sí mismos. No obstante, aun haciendo estas concesiones, parece poco probable que se necesitara una fuerza tan grande de artesanos solamente para subvenir las necesidades internas y, por lo tanto, es probable que Pilo tuviera un excedente de efectos de metal para exportación. Si esto es así y resulta una teoría atractiva para explicar en parte la riqueza del reino, entonces la economía dependía de un comercio transportado por mar, ya que tanto las materias primas como los artículos manufacturados deben haberse transportado por mar. Cualquier interrupción en las rutas comerciales habría tenido drásticas consecuencias para el reino.

A pesar de todo, el testimonio de estos documentos es claro. Había una restricción de metal, o bien difícilmente habría sido necesario este cuidadoso racionamiento. Este panorama está confirmado por un solo documento (Jn 829), que está en relación no con la distribución, sino con la requisa de bronce. Dicho documento comienza con una larga fórmula, que determina que se trata de una lista de contribuciones, que deben ser satisfechas por los gobernadores locales y sus delegados; éstos tienen que contribuir «bronce del templo como puntas para lanzas y jabalinas». El propósito de dicha colecta es, pues, proporcionar materia prima para la industria de armamentos; una indicación clara de que Pilo estaba tomando sus medidas para mejorar su fuerza de combate. La palabra traducida como «templo» podría significar igualmente —tal es la ambigüedad del dialecto— «barco»; pero ¿qué era este «bronce naval» y cómo podrían tenerlo a su disposición los gobernadores de los distritos del interior? Si aceptamos la traducción de «templo», tenemos que recordar que los micénicos no construían, por lo que sabemos, templos exentos, sino que llevaban a cabo sus ritos religiosos en partes especiales de sus palacios. Con todo derecho podríamos poner «santuario» en lugar de «templo». Puede suponerse que el gobernador de cada distrito y su delegado tenían sendos santuarios en sus casas. Ahora bien, los objetos dedicados a un dios no se tiraban; aun cuando fueran viejos y estuvieran ya en desuso, no se trataban como chatarra, sino que se conservaban por largos períodos de tiempo. Cuando se construía un nuevo templo, los exvotos inservibles procedentes del edificio anterior se enterraban con frecuencia en los cimientos del nuevo y acumulaciones escondidas de este tipo han proporcionado muchas veces a los arqueólogos ricos tesoros. Los marfiles micénicos procedentes de Delos vienen probablemente de un depósito de este tipo. De esta forma, podría suponerse que los santuarios tuvieran cantidades de objetos de bronce, por lo general deteriorados e inservibles; en una emergencia las autoridades podrían muy bien exigir que se entregaran éstos, a pesar de su dedicación, para chatarra. De nuevo vislumbramos que una emergencia se cierne sobre Pilo.

Un grupo de tablillas de Cnoso muy deterioradas (Oa 730, 733, 734) es, en apariencia, un registro de lingotes de bronce, aunque sólo se conserva sobre una de ellas el signo para bronce. Se recogen 60 lingotes con un peso de *c.* 1.562 kg., es decir, una media de 26,03 kg. cada uno. Esto concuerda razonablemente bien con los pesos de los lingotes recuperados por los arqueólogos (véase páginas 137-139).

Los usos para los que se empleaba este bronce son numerosos. Evidentemente, resulta muy útil para vasijas de todos los tipos, más barato que el oro o la plata, pero mucho más duradero que la cerámica. No siempre resulta fácil juzgar de qué estaban hechas las vasijas inventariadas en las tablillas, dado que la palabra o el ideograma para bronce sólo se añadía cuando existía el riesgo de confusión; dos copas similares de un inventario de vasos de Pilo (Tn 996.4) se distinguen por la adición de los signos para bronce y para oro.

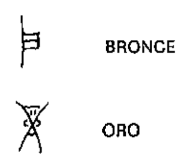


FIGURA 48.—*Los ideogramas para bronce y oro.*

Sin embargo, esto no quiere decir que todas las otras vasijas de la lista eran cerámicas; incluso las grandes bañeras podrían haber sido de bronce, dado que un precinto de Cnoso (Ws 8497) lleva un dibujo rectangular, coronado por el signo para bronce, y en la otra cara la palabra *asaminthos,* una palabra homérica muy antigua para «bañera». El mismo problema vuelve a plantearse en la lista de vasijas que abre las llamadas «tablillas de mobiliario» de Pilo; las descripciones, hasta donde son inteligibles, están relacionadas con su decoración, no con el material básico. Sería sorprendente que se hubieran tomado todo este trabajo para inventariar aun la más fina cerámica pintada; pero un depósito así de vasijas metálicas está más allá de los sueños de cualquier excavador.

Sería más fácil comprender los epítetos dados a las vasijas, si supiéramos si la descripción se aplicaba a la decoración o al tipo de vasija. Un jarro (Ta 711.3) aparece descrito como «con una reina, con una mujer, con una cabeza de buey, con espirales». ¿Debemos deducir que la escena del jarro representaba a unas mujeres ante una reina (sentada en un trono) entre bandas de bucranios y espirales? Ciertamente las seis grandes calderas con trébedes estaban hechas de bronce; todas, salvo una, eran «de factura cretense», aunque esto no necesita significar más que «hecho por artesanos cretenses», y no necesitamos suponer que se trata de importaciones cretenses. Una tiene un epíteto que podría muy bien traducirse por «caprino»; se ha sugerido que dicho epíteto hace referencia a la práctica de adornar el borde de las grandes vasijas con pequeñas

cabezas de animales en derredor, aplicadas en la parte exterior; o ¿constituían quizá las cabezas de cabra los puntos de unión de las asas? Un caldero aparece descrito como «con una sola pata», y otro «con las patas quemadas». Esto demuestra que, aun cuando están deterioradas, estas vasijas eran lo suficientemente valiosas como para inventariarse cuidadosamente y, por lo tanto, no puede haberse tratado de simple loza. Una serie de vasijas llamadas *dipas* parecen ser grandes cántaros, no copas de beber como lo sugiere el clásico *depas;* aquí tenemos una palabra que ha cambiado de significado con el tiempo, pero todavía quedan rastros de su antiguo empleo, si nos tomamos la molestia de buscarlos. Estas vasijas vienen en dos tamaños y pueden tener tres, cuatro asas o ninguna en absoluto.

No está en modo alguno claro si todos los demás utensilios inventariados aquí (Ta 709) son de bronce. La lista incluye un hurgón, dos tenazas para el fuego y dos braseros. Muy pocas veces se conservan objetos de bronce de este tipo, ya que son inapropiados como ajuares funerarios. También hay algunas palabras cuyo significado es desconocido o discutido.

Sabemos, desde luego, que el bronce era el material de las armas y de toda herramienta que necesite un filo. Su empleo para las armaduras es menos esperado, pero, desde el descubrimiento de la armadura completa de bronce de Dhendrá, no podemos sorprendernos si las tablillas hacen referencia al bronce a este respecto. Los detalles de las armas y armaduras se examinarán en el capítulo 9 (páginas 202-218). También se utilizaba para ribetes en las ruedas de los carros; presumiblemente se aplicaban delgadas bandas para reforzar las juntas de los radios y el aro. Un par de ruedas se describe sólo como «de bronce»; dado que están contiguas a unos pares que se dicen «unidos con bronce», esto debe hacer referencia a alguna otra cosa, aunque resulta difícil de imaginar una rueda construida por completo de bronce. Una de las tablillas de Cnoso (Sc 223) presenta el ideograma para bronce añadido debajo del signo para carro; también aquí resulta difícil imaginar exactamente qué es lo que se pretende asentar.

Es frecuente la plata en los hallazgos arqueológicos, pero extrañamente está ausente de los documentos con una sola excepción. Esta es un par de ruedas de carro, que se dicen que están «unidas con plata»; ya he mencionado que algunas están unidas con bronce, pero éste es el único ejemplo del uso de la plata para lo que claramente debe haber sido un vehículo de lujo. La ausencia de cualquier otra mención de plata en las tablillas nos ha llevado a preguntarnos si permanece escondida sin detectar tras otra palabra o ideograma.

No obstante, ninguno de los ideogramas sin identificar parece ser un metal, y la única palabra que podría significar concebiblemente «plata» es *pa-ra-ku,* que no puede equipararse con ninguna palabra griega apropiada. *Pa-ra-ku* es un material empleado para el taraceado ornamental, y aunque es posible utilizar la plata para este fin, pueden contemplarse otras soluciones como el nielo, un compuesto metálico empleado para dar un acabado negro. Para hacerse una formulación negativa: no se emplea la plata como medio de intercambio para valorar los géneros. Debe haber sido, pues, muy escasa.

Por otra parte, se conocía el plomo; se empleaba para pequeñas figuritas y otros objetos que podían ser moldeados. Una reciente excavación en Tebas proporcionó numerosos pelotones pequeños de plomo que representaban algunos objetos fundidos por el incendio que destruyó el edificio. Hay una sola referencia en las tablillas (KN Og 1527) al *mo-ri-wo-do* y, aun lejos de tener una seguridad plena, ésta podría ser una forma micénica (*¿moliwdos?*) de la palabra de sustrato que significa «plomo» y que aparece en griego del primer milenio en distintas formas, como *molybdos, molibos,* etc.

El oro aparece designado bien mediante un ideograma (véase fig. 48) o bien por medio de la palabra griega corriente *khrusos.* Sobre esta palabra, lo interesante es que se trata de un préstamo del semítico (ugarítico *ḫrṣ,* asirio *ḫurāšu*). Es cierto que determinado número de otras palabras en griego micénico fueron tomadas en préstamo de una lengua semítica, como *lewōn,* «león», cf. hebreo *lābī,* asirio *labbu,* o los nombres de las especias comino y sésamo. De esta forma, es evidente que estos préstamos no pueden ser adscritos a un contacto con los fenicios durante el período «Orientalizante» de la Grecia Arcaica (siglos VII-VIII). Los restos de un sistema sexagesimal en pesos y medidas apuntan en la misma dirección.

En Pilo tenemos una larga, pero desafortunadamente mutilada, lista de contribuciones de oro (Jo 438). Parece claro que se trata de contribuciones, ya que los asientos individuales están en nominativo, cuando se emplea usualmente el dativo para las distribuciones, y casi la mitad de los asientos tienen añadida la «marca de cotejo» en forma de una pequeña cruz, lo que indica probablemente que, en estos casos, se ha recibido el pago. El encabezamiento está totalmente perdido salvo la última palabra, *koretēr* o «gobernador» (véase p. 102). Nueve de los asientos contienen el mismo título; en dos casos tenemos un *prokoretēr* o «gobernador delegado». Tres personas detentan la condición de *mo-ro-qa* o «aparcero»; uno es un *guasileus* o «jefe», pero, en unos pocos casos, tenemos un topóni-

mo en lugar del antropónimo o del título; podría ser evidente que el lugar en cuestión está representado por su gobernador. Igualmente algunos de los nombres de persona que aparecen aquí pueden ser identificados en otros documentos. Nedwātās es el comandante de uno de los sectores norteños y era, probablemente el gobernador de un distrito; aparece seguido de Ekhemēdēs, que es el primero de sus subordinados en la lista de defensa de costas y puede muy bien haber sido su delegado. Encontramos también aquí a Augewās, el individuo designado por el rey para el cargo de *da-mo-ko-ro* (véase p. 106). Resulta claro, de esta forma, que los contribuyentes de esta lista son altos cargos de entre la nobleza territorial. Ni el rey ni ninguno de los funcionarios de su Casa Real puede ser identificado; el mayor contribuyente que encabeza la lista, sólo conserva un signo de su asiento, pero éste no puede reconstruirse ni como el rey, ni como el *Lāwāgetās* o por sus nombres, *E-ke-ra₂-wo* y Wedaneus.

Las cantidades de oro varían de 1 kg. a unos 62 gr.; la cifra más corriente es de 250 gr. El total de las cantidades conservadas es de unos 5 kg. y, teniendo en cuenta las cifras perdidas, es poco probable que haya sido superior a los 6 kg. No obstante, es ésta una cantidad muy considerable de un género que debe haber sido siempre escaso; no parece haberse producido más que en ínfimas cantidades dentro del reino, y presumiblemente, se importaba. ¿Cómo llegaron a poseer tanto todos los funcionarios y en qué circunstancias podía el palacio exigirles tal contribución? Podría parecer muy poco probable que el oro fuera tan abundante que pudiera haberse recaudado anualmente en dichas cantidades. Por lo tanto, nos vemos forzados a concluir que se trataba de una exacción extraordinaria. Los funcionarios locales podrían haber poseído oro en forma de vajilla o de joyas; o bien, por analogía con la requisa de bronce examinada arriba, podían quizá haberlo hallado en los santuarios o templos bajo su control. Sin embargo, esta exacción sólo habría sido aceptable en circunstancias muy excepcionales.

De esta forma, parece claro que tenemos en este documento otro indicio de la emergencia a la que hacía frente Pilo en la época de las tablillas. Con todo, el fin de la exacción es oscuro. El bronce podría recogerse para la fabricación de armas; el oro no sirve para fines militares, excepto como medio de intercambio. Pudo haberse necesitado para financiar una misión comercial enviada a adquirir armamento, o bien para alquilar mercenarios de otros lugares; o bien de una forma directa, a modo de «parias», para comprar la benevolencia de potenciales invasores.

Aparte de esto, el oro aparece en descripciones de vasijas o en mobiliario adornado. En Cnoso la palabra para oro aparece en una tablilla, por desgracia incompleta, que tiene los pictogramas de un tipo de vasija muy especial; hay aquí dos ejemplos de lo que debe

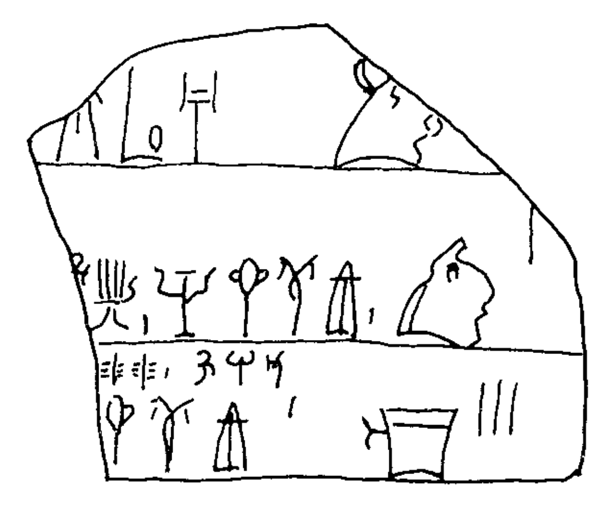


FIGURA 49.—*Tablilla de Cnoso K 872 con dos ritones en forma de cabeza de toro y una copa del tipo de las de Váphio.*

ser el llamado ritón de «cabeza de toro», una vasija para libaciones en forma de cabeza de toro. Se conocen ejemplos de plata del mismo procedentes de Cnoso y Micenas, y ambos tenían probablemente los cuernos hechos de madera cubiertos de pan de oro. La descripción mutilada menciona específicamente los «cuernos» *(ke-ra-a)*. Sin embargo, en el texto conservado sólo se menciona el oro en relación con una taza del tipo famoso por los ejemplos en oro hallados en Váphio, Laconia; la palabra que antecede está incompleta, pero puede significar algo así como «cubierta».

En Pilo, en una lista de vasijas de distintas clases (Tn 996), el signo para oro está prefijado a un pictograma de cierto tipo de plato, cuyo nombre es oscuro *(po-ka-ta-ma)*; la cifra sólo es un uno, pero está seguida de otro pictograma similar con el prefijo de bronce y de éstos hay tres. El asiento anterior, quizá otro ritón, puede haber tenido también el signo para el oro como prefijo. Un asiento en la línea superior muestra siete jarros de bronce y quizá estaba seguido de un asiento de jarros semejantes en oro.

No obstante, es en la famosa tablilla de ofrendas religiosas (PY Tn 316, véase p. 121) donde los vasos de oro aparecen en cantidad. Aquí tenemos no menos de trece copas de oro, unas sencillas, otras más elaboradas y provistas de asas. En el palacio no se encontró otra cosa que una exigua chatarra de oro, ya que, evidentemente había sido saqueado con eficacia antes de darle fuego; sin embargo, una tumba de *tholos* intacta en Peristeriá, al norte de Kiparissía, ofreció varios vasos de oro que pueden contemplarse en la actualidad en el museo de Khóra. El uso de oro para damasquinado será mencionado luego (p. 190). Sólo en una ocasión tenemos noticia de orives; hay un grupo de cuatro en una lista miscelánea de artesanos en Pilo (An 207), que incluye alfareros, fabricantes de arcos y talabarteros.

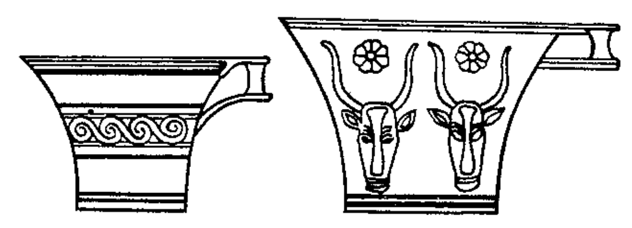


FIGURA 50.—*Copas del tipo de las de Váphio pintadas en frescos egipcios.*

Mobiliario

Quizá la lista más excitante de objetos de valor sea la larga serie de tablillas de Pilo conocidas como las «tablillas de mobiliario» (Ta). El propósito de la lista no está claro, a pesar de un encabezamiento admirablemente claro: «*Pu_2-ke-qi-ri* (nombre de un individuo) vio como sigue, cuando el rey designó a Augewās *da-mo-ko-ro* (un título)». Esto nos dice que la lista era el resultado de una inspección, pero no se nos dice dónde se guardaban estos artículos. No puede tratarse de los accesorios de un conjunto de habitaciones, ya que faltan elementos como las camas. L. R. Palmer tradujo la palabra vertida arriba como «designó» por «enterró», lo que es difícil pero posible en teoría, e identificó el conjunto de efectos como el ajuar de una tumba de *tholos*, tras su reapertura para otro enterramiento; no obstante, se señaló rápidamente que

ninguna tumba conocida del área de Pilo es lo suficientemente grande como para contenerlos a todos ellos y, además, la lista contiene elementos desconocidos en una tumba micénica encontrada hasta ahora sin saquear. La mejor explicación es que nos encontramos con el contenido de un almacén del que este funcionario era responsable. Ello explicará las singulares cifras de los objetos y la condición deteriorada de algunos efectos, que se registran expresamente.

La lista comienza con un conjunto de vasijas de distintos tipos, que ya hemos examinado en el apartado dedicado al bronce (página 183), dado que parece más probable que sea éste el material del que están fabricadas. Entremezclados con las mismas hay otros objetos distintos, también probablemente de bronce. A continuación se pasa al mobiliario propiamente dicho, es decir, las mesas, sillas y taburetes. Las mesas son designadas por medio de lo que parece ser claramente una forma antepasada de la palabra griega clásica *trapeza;* pero la nueva forma no resuelve la discusión sobre la etimología de esta palabra. La segunda parte hace referencia claramente a las «patas»; y se ha pensado que el primer elemento es una forma reducida del numeral «cuatro», pero la dificultad estriba aquí en que, en las épocas primitivas, las mesas tenían con mayor frecuencia tres patas que cuatro, ya que una mesa de tres patas se asentará mejor sobre un suelo desigual. La palabra para silla es la fuente de la que el español derivó en última instancia la palabra «trono»; ciertamente no se trata de sillas comunes, sino de asientos de honor regios, tal como lo demuestra su elaborada decoración. Los taburetes están en algunos casos emparejados con las sillas, como si se tratara de simples escabeles; pero, dado que el número de éstos es mayor que el de sillas, pueden haberse empleado para sentarse.

Al parecer, no se menciona el material básico del mobiliario; los escribas consideraron sin duda superfluo registrar que estaba hecho de madera y a lo mejor ignoraban qué madera era. Una madera que se menciona se denomina *kutisos,* que, para el griego clásico, era el nombre para una especie de codeso empleado para ornamentación, y que en inglés se denomina a veces «ébano bastardo». También tenemos noticia de madera de boj. Por lo demás, los epítetos de material deben hacer referencia más bien a la decoración que a la materia básica, ya que se trata de piedra, cristal de roca y marfil. Blegen registró fragmentos de superficies de mesas en mármol en su excavación, pero todas las materias preciosas parecen haber sido sacadas antes de la destrucción. Partes del mobiliario se describen

como «aúreas», pero no puede decirse si esto quiere decir otra cosa que cubierto con una hoja de oro. Patas y puntales son «de marfil».

No obstante, en muchos casos la descripción de la ornamentación es concreta, y claramente se pretendía permitir al lector reconocer un objeto determinado. Hay una palabra que debe describir seguramente el proceso de marquetería, aunque no puede explicarse por ningún elemento del griego del primer milenio. La taracea es, en la mayor parte de los casos, de marfil, pero también es de oro, de pasta de vidrio azul y de un material sin identificar *(pa-ra-ku-we)*, que concebiblemente puede haber sido plata (véase p. 185). Otra palabra problemática *(qe-qi-no-me-na)* parece significar «adornado con figuras», pero es imposible afirmar si se refiere al efecto pictórico o a un proceso de ornamentación. Los motivos decorativos incluyen figuras humanas, yelmos, bucranios, terneros, leones, un caballo, un pulpo, pájaros y otras cosas que pueden ser motivos geométricos, como espirales. Un taburete (Ta 722.1) está descrito como taraceado en marfil con un hombre, un caballo, un pulpo y un *phoinix;* para esta última forma, la elección está entre una «palmera» y un «grifo», aunque la primera parece más probable. Probablemente no se trata de una única escena de un palafrenero conduciendo un caballo, mientras un pulpo trepa a una palmera, aunque descansemos en la autoridad de Plinio el Viejo sobre que de hecho los pulpos se suben a los árboles; los cuatro motivos pueden encontrarse en sendos costados del taburete.



FIGURA 51.—*Panel de marfil procedente de Micenas.*

Unos hallazgos recientes en Chipre (Karageorghis, 1969) han arrojado alguna luz sobre el mobiliario micénico, ya que en esta remota avanzada del mundo griego, las tradiciones micénicas persistieron mucho después de que fueran olvidadas en Grecia. Varias tumbas en Salamina, que datan de los siglos VIII al VII a C. tenían el carro del difunto completo, con sus dos caballos degollados, enterrado en el pasaje de acceso —una práctica micénica conocida a partir de una tumba en Maratón, en el Atica—. Una de estas tumbas contenía tres tronos o sillas de brazos ricamente decorados, que curiosamente recuerdan algo de la descripción de Pilo. Uno de ellos, que ha sido reconstruido a pesar del hecho de que la madera había perecido, estaba completamente cubierto de delgadas placas de marfil. Otro estaba cubierto de placas de plata y de marfil embutidas con pasta de vidrio azul; también se empleaban como decoración botones de plata dorada; un escabel decorado de una forma parecida yacía cerca. Algunos de los marfiles micénicos que han sobrevivido provenían probablemente de mobiliario de este tipo.

Todavía hay muchos problemas por resolver en estas descripciones y voy a citar uno a modo de ejemplo. En todos los casos, salvo unos pocos, las mesas están descritas por unos términos que pueden traducirse fácilmente como «de nueve patas» y «de seis patas». No aparecen otros numerales. Pero, una mesa de nueve patas parece poco probable, a menos que tenga tres patas, cada una de las cuales acabe en una triple pata y esto desde luego destruirá la precisión de tener tres patas. Es posible que los micénicos, al igual que los griegos clásicos, emplearan el «pie» como medida de longitud —carecemos de medidas de longitud reconocibles en nuestros documentos—. Pero seguramente es sorprendente que tantas mesas fueran de nueve pies de largas; se habría esperado que aparecieran otras mediciones, aparte de seis. Algunos de los otros epítetos hacen referencia indudablemente al tipo de la mesa, pero de nuevo en este caso no podemos darles un significado determinado.

La decoración de los carros de guerra se describirá en el capítulo siguiente, pero debería mencionarse ahora que parte del mismo lenguaje aparece allí, como es el caso de las palabras para el embutido del marfil.

Tejidos

Volvemos ahora a un tema sobre el que tenemos numerosos documentos, aunque no son fáciles de interpretar: la industria textil. Claramente el proceso de hilar la lana en hilo y tejer ésta en tejidos

debe haberse practicado ordinariamente en la Grecia micénica, como en todas las sociedades antiguas. Pero no nos estamos ocupando de la producción cotidiana ordinaria de vestimentas. Los archivos reales revelan un interés especial en este campo y debemos deducir que estos paños no eran los artículos de cada día, sino productos especiales destinados bien para la familia real y su casa o muy probablemente para la exportación. Los embajadores micénicos representados en monumentos egipcios con lo que jactanciosamente se describe como «tributo», pero que es presumiblemente el acostumbrado presente, tienen entre sus ofrendas piezas de paño. No podemos imaginar que se tratara de unos paños ordinarios cualesquiera; deben haber sido productos elaboradamente ornamentados de una clase que no se obtenía normalmente en Egipto.

Las dificultades surgen, principalmente, de los términos técnicos empleados. La técnica para la producción de artículos de lujo como éste, difícilmente habrá sobrevivido a la Edad Oscura que siguió al colapso micénico, de modo que no es sorprendente que dichos términos no sigan en uso en la época clásica. Sin embargo, poco a poco están empezando a resultar más claros, principalmente gracias a una investigación más cuidadosa llevada a cabo por J. T. Killen. La otra dificultad estriba en el estado extremadamente fragmentario de los textos de Cnoso sobre los que descansamos para casi todos los detalles de los paños, dado que sólo hay un puñado de textos breves en Pilo que se ocupen de este tema. Las tablillas de lana de Micenas prueban al menos que las condiciones en dicho centro eran similares, ya que parte del vocabulario reaparece allí.

Un hecho curioso sobre la industria textil de Cnoso es el grado de control centralizado. Cuando se recibía la lana de las ovejas del área en Festo, la cantidad se registraba cuidadosamente en una tablilla de arcilla en Cnoso, a 50 km de distancia. Allí encontramos también la anotación que establece que se ha librado tanta lana a las «mujeres de Festo», y, en su momento, los registros mostraron que los paños acabados habían sido recibidos. Evidentemente, la lana no se llevaba a Festo, sino que todos los detalles de la operación se recogían meticulosamente en Cnoso. Debe haber existido un buen servicio de correos para asegurar que la información pudiera reunirse en el centro administrativo.

Los detalles de las distintas clases de paños que se producen son demasiado técnicos para un libro de esta clase y J. T. Killen se propone examinarlos en detalle en una futura publicación. Tenemos la impresión de que determinadas ciudades se especializaron en determinados tipos de telas. Unas tejían los paños, otras proporcionaban los elementos decorativos que se aplicaban sobre los mismos. Las mujeres de estos distintos establecimientos recibían sus raciones de los almacenes reales, y esto indica que no se trataba de obreras libres, sino de empleadas regulares, muy probablemente esclavas, aunque las implicaciones legales de dicho término deben de olvidarse al tratar de la sociedad micénica.

La mano de obra está mejor documentada en Pilo, en dos grandes series de tablillas que ya se han descrito (p. 109). Debemos encaminarnos ahora a la identificación de los nombres de oficios empleados para describir los grupos de mujeres. Aquí no tenemos otras pistas para su significado que la búsqueda puramente etimológica de palabras griegas apropiadas; sólo el hecho de que todas las ocupaciones parezcan ser humildes y que se dividan en dos categorías ofrece una especie de comprobación. Las dos categorías son la doméstica y la industrial. Las ocupaciones domésticas están ejemplificadas por las moledoras de trigo, las mozas de baño, las sirvientes y por un término (*pa-wo-ke*) que he interpretado como «chicas para todo» (Chadwick, 1967*a*). Hay también un grupo intrigante llamado en apariencia «asalariadas», pero debe continuarse en la duda de si se trata estrictamente de mujeres libres, ya que parecen ser tratadas como todo el resto en lo que respecta a las raciones.

El sector industrial está exclusivamente interesado en los tejidos; dos términos que se emplean deben significar trabajadoras de la lana y trabajadoras del lino. La producción de artículos de lino será considerada después, pero en los casos en que no se especifica, deberíamos probablemente concluir que el material era la lana. Tenemos noticias de hilanderas, cardadoras y tejedoras, pero la mayoría de los grupos tienen nombres que pueden asociarse con tipos especiales de paños o artículos. Por ejemplo, unas se llaman «fabricantes de cintas» o «cinteras», palabra ésta de la que nuevamente tenemos noticia en relación con caballos, aunque las cintas podrían hacerse también de tela para uso humano; sin duda estarían bordadas o decoradas de alguna otra forma. Uno de los tipos de paños fabricados se denomina *te-pa,* palabra que no puede equipararse con ninguna del griego clásico, aunque presenta un notable parecido con *tapēs*, «tapiz, colcha», notable porque Killen ha demostrado que el *te-pa* contenía un enorme peso de lana y, por lo tanto, debe haber sido un pesado cobertor de alguna clase. Otras están especializadas en la fabricación de *o-nu-ke* (aparentemente la palabra griega para «uñas», pero utilizada aquí en un sentido técnico para determinada decoración aplicada al paño). Otras se denominan *a-ke-ti-ri-ja,* término que tiene varias interpretaciones posibles, pero que Killen ha demostrado que debe ser *askētriai* y significa «tundidoras», es decir, las mujeres que reciben la tela tal como sale del telar

y la preparan en su forma acabada. Hay palabras de esta serie que son claramente nombres de oficio similares, pero que todavía no hemos conseguido aclarar.

Dado que muchos de los grupos de mujeres se definen sólo por su localización o lugar de origen, es imposible en estos casos saber cuáles eran sus cometidos; posiblemente los grupos importados de la costa asiática (véase p. 110) tenían habilidades especiales y para un funcionario sería posible deducir su ocupación a partir de su nombre; para nosotros, desde luego, siguen siendo oscuros. El análisis de las cifras implicadas en la serie demuestran dos hechos. Unos dos tercios del número total de mujeres, es decir, cerca de 500, están localizados en la propia Pilo. El resto está ubicado en otros lugares en ambas Provincias; la mayor parte de las mujeres de la Provincia Transmontana se encuentran en Leuctron, que debe ser el centro administrativo de dicha región. Aproximadamente un cuarto de las mujeres, cuya ocupación puede calificarse, son domésticas, y el resto industriales. Si los términos inciertos tienen la misma distribución, llegamos a la conclusión de que entre quinientas o seiscientas mujeres estaban empleadas en todo el reino en la producción de paños.

Lino

Un gran número de tablillas de Pilo se ocupan de un producto que se designa por medio del signo silábico *SA*. Como sabemos por otros casos, estos signos no son necesariamente abreviaturas de palabras griegas, sino que parecen haber sido adoptados de la Lineal A. No había así razón alguna para creer que *SA* indicaba una palabra griega para el género. Afortunadamente, un documento (Nn 228) tiene un encabezamiento a una lista de partidas de *SA* que muestra que las comunidades allí asentadas tienen una obligación insatisfecha de proporcionar *linon,* la palabra griega tanto para «lino» como para «tejido de lino». Dado que algunas de las esclavas aparecen descritas como *lineiai,* «lineras», necesitamos alguna materia prima para que trabajasen sobre ella; y la serie principal (Na) podría explicarse, por tanto, como las anotaciones de producción de las áreas donde se cultivaba lino. Esta ecuación de *SA* con *lino,* sin embargo, todavía parecía frágil, hasta que descubrí que, en la época actual, también se han cultivado grandes cantidades de lino en el Peloponeso sudoccidental. En efecto, el área de Grecia que producía la mayor parte del lino para fibra era casi exactamente el reino controlado por el palacio de Englianós. No puede tratarse de un accidente, sino que tiene que deberse a condiciones especialmente favorables para el cultivo o la preparación del lino. De hecho, la costa occidental tiene la mayor precipitación de Grecia y, por consiguiente, goza de una provisión de agua constante mucho más abundante; y la primera etapa del proceso de la preparación de las fibras, conocido como enriado, consiste en sumergir los haces de tallos en agua corriente. De esta forma, no sería sorprendente que el cultivo de lino se hubiera practicado aquí desde la época micénica hasta la actual; en años recientes, ha disminuido severamente debido a la competencia de las fibras artificiales. La mención de Tucídides (4.26.8) de linaza en relación con las raciones introducidas inadvertidamente a los espartanos de la isla de Esfacteria muestra que, a la sazón, el lino se cultivaba en las cercanías; y los documentos medievales recogen también el lino entre los productos de la región. De esta forma, hay pocas dudas de que el signo está interpretado correctamente.

En Pilo, el signo *SA* va seguido siempre de numerales, de modo que no podemos ver cómo se medía. Una cifra de 100 unidades aparece una sola vez (Na 296), pero la cifra más común es de 30. Sin embargo, J. T. Killen ha puesto de manifiesto que en Cnoso el lino se mide a peso, pero aquí las cantidades son mucho más pequeñas y rara vez exceden de los 3 kg. Tenemos un caso semejante de un signo para un género que simultáneamente denota una unidad de peso: el signo para «lana» indica una unidad equivalente a 3 kg véase p. 166). Pero esto está excluido en el caso de *SA,* ya que 3 kg e incluso pesos más grandes están registrados sin el uso de la unidad superior; además, las cantidades producidas serían muy pequeñas, si las anotaciones hacen referencia a materia prima. Es posible, por lo tanto, que la unidad indicada por *SA* sea la unidad superior de peso, el talento, del mismo modo que los signos para trigo o cebada implican la unidad mayor de la medida de áridos. Esto proporcionaría la producción máxima recogida para una sola aldea en torno a las tres toneladas, con poco menos que una tonelada como cantidad más común. Estas cifras son aceptables si hacen referencia a haces de fibra enriada. En época moderna, el Peloponeso ha producido más de 300 toneladas al año, de las cuales la mayor parte procede del área de Pilo.

La serie Na debe indicar la producción alcanzada o esperada de los lugares nombrados. Hay unas cien tablillas o fragmentos en este grupo, de modo que parece seguro un total de al menos unas ochenta tablillas. Lo sorprendente es que la imposición y la recogida no han sido descentralizadas, de modo que se anotaran sólo los dieciséis distritos administrativos, sino que cada área productora

aparece tratada de forma independiente. Habríamos esperado que los gobernadores locales hubieran sido los responsables de la colecta, como ocurría con los productos agrícolas entremezclados asentados en las tablillas Ma. En unos pocos casos, el topónimo de una tablilla de lino es el de un distrito administrativo; en estos casos, dicho topónimo hace referencia presumiblemente a las tierras ocupadas por el asentamiento mismo, no a todo el distrito, dado que la mayor parte de los topónimos asentados aquí son por lo demás desconocidos. Las tablillas estaban archivadas en principio en dos canastas, dado que las dos tablillas totalizadoras de las mismas (Ng) se nos han conservado, y éstas llevan los nombres de las dos Provincias en que se dividía el reino. No obstante, no hay forma de situar los topónimos en el orden correcto, excepto para los pocos que podemos localizar por otros testimonios. Uno de los totales tiene el numeral roto, de modo que no podemos calcular qué proporción es la que se ha conservado de los documentos individuales. El total para la Provincia Cismontana, que está completo, es de 1.239 unidades, es decir, unas 37 toneladas si el cálculo sugerido arriba es correcto. El de la Provincia Transmontana es más reducido; es un mínimo de 200, pero el daño nos permitirá reconstruir una cifra de hasta 899.

Las tablillas son básicamente de dos tipos, las de una y las de dos o más partidas de lino. El tipo sencillo presenta usualmente un topónimo seguido de *SA* y una cifra. Esto parece representar el cumplimiento por parte de la aldea de su cuota impositiva. En ocasiones se añaden breves anotaciones. El tipo compuesto es como el simple, pero tiene un asiento adicional que determina que tantas unidades de lino eran «libres» o «no entregadas». Se trataba, por lo tanto, de descuentos permitidos frente a la imposición original y es significativo que, sumando estos descuentos a la primera partida se obtiene por regla general un número redondo de donde podemos deducir que la primera partida es la entrega real, no una imposición teórica. No está claro por qué los descuentos aparecen expresados por medio de dos fórmulas distintas, ya que en las tablillas totalizadoras sólo hay un único asiento adicional encabezado por «no entregado». Las dos fórmulas no pueden hacer referencia sólo a una distinción entre la incapacidad contributiva y la concesión de un descuento, como podría suponerse a partir de los casos en que aparecen ambas con partidas independientes de *SA* (Na 185), ya que hay asientos que las combinan: «Y tanto los carpinteros de ribera no contribuyen, *E-sa-re-u ke-po-da* (¿antropónimo o título?) lo exoneró (hizo libre): *SA* 50» (Na 568). Podría parecer que la distinción era lo suficientemente menuda como para ser ignorada al sumar las cantidades no percibidas.

Como indica este ejemplo, no se concedían exenciones a toda la comunidad, sino a determinadas clases. Tenemos también broncistas, cazadores y plantadores mencionados de esta forma. Podríamos imaginar que a los broncistas y a los carpinteros de ribera se les concedía exenciones como incentivo para la industria de armamentos, dado que sabemos que se estaba recogiendo chatarra de bronce para la manufactura de armas. En tres casos se produce una confusión por la ausencia de una notación micénica para cero, ya que toda la imposición está cancelada por la exención. Uno de éstos (Na 334) es particularmente interesante, ya que tiene también la siguiente anotación: «el rey lo tiene». No obstante, la propiedad real no puede ser la única razón de la concesión de la exención, ya que otros lugares presentan también anotaciones de propiedad semejantes, pero dicha propiedad no implica una exención.

En estos casos, los propietarios están en plural, y los nombres utilizados son los que encontramos en las descripciones de los individuos empleados como atalayas de la defensa de costas (véase página 221). Antes de que se comprendiera la naturaleza de las tablillas de lino, esta coincidencia condujo a algunas teorías curiosas, como la sugerencia de Palmer (1963, p. 312) de que el «lino» era, en realidad, linaza empleada como ración de emergencia. Pero la conexión dependía de la teoría de que el número de unidades de lino era igual al número de individuos de idéntica designación en los destacamentos de la defensa de costas. Ahora puede verse que la concordancia es ilusoria o fortuita, ya que 30 es una cifra corriente en ambas series de cifras (Chadwick, 1973, p. 470). Prefiero en la actualidad considerar estos nombres de extraña apariencia como grupos tribales, muy probablemente gentes de origen no griego, que ocupaban determinadas aldeas de las productoras de lino, y que eran empleados preferiblemente en cometidos no combatientes en una emergencia. Es interesante que se diga que uno de estos grupos habita la importante capital del distrito llamada Kharadrō, quizá la moderna Phinikoús, y este mismo grupo proporcione las defensas de costas para el área adyacente (Na 543; An 661.4-6). No obstante, esto no prueba una conexión directa entre los dos juegos de documentos.

Un problema menor respecto al lino es la presencia de estos asientos en un archivo que parece (véase p. 241) limitarse a los primeros meses del año, ya que el lino se cosecha en otoño. La explicación está probablemente en que, tras cosecharlo, era obligación de las aldeas que lo cultivaban el enriar las fibras. Esto podía

llevar todo un mes y tampoco en Mesenia el agua es tan abundante como para que pudiera haberse enriado todo de una vez. Por lo tanto, podría muy bien haber sido a principios del año entrante el momento en que la fibra se reunía y se llevaba a los centros de producción; una vez enriada y seca, la fibra se conserva bien. Sabemos que grupos de mujeres llamadas lineras estaban presentes en Pilo y en otra ciudad de la Provincia Cismontana, pero su concentración mayor parece haber estado en Leuctron, la capital de la Provincia Transmontana; allí está registrado un mínimo de 28, más dos grupos de dimensiones inciertas. Dado que la producción de la Provincia Cismontana era mayor, es probablemente accidental el que tengamos menos mujeres allí de las que se explicita concretamente que pertenecen a esta clase.

Al parecer no tenemos documento alguno de artículos fabricados con tejido de lino en Pilo. Habría sido valioso, desde luego, tanto para velas y aparejos como para ropas. Existen buenas razones para considerar que algunos tejidos de lino se utilizaron en la confección de armaduras (véase p. 204).

Comercio

La producción, agrícola o industrial, debe ser equilibrada por el consumo, o el excedente debe ser exportado. Es muy difícil juzgar el alcance del consumo interior en este tipo de economía con documentos tan exiguos como los que tenemos; pero parece seguro suponer que la capacidad productiva de la industria del bronce de Pilo, con sus 400 obreros, estaba bien fuera de las necesidades de la comunidad. La producción de artículos de lino también puede haber sobrepasado la demanda local y, si el área de Pilo es la mejor en Grecia para el cultivo del lino y la fabricación de paños de lienzo, ciertamente habrá existido una demanda de estos productos en otras partes de Grecia. En Cnoso también pueden haber existido excedentes agrícolas; las cantidades registradas de algunas especias son muy elevadas y algunas de éstas pueden haberse exportado. En el período siguiente tenemos, al parecer, testimonios de jarras de estribo, fabricadas en Creta y halladas en el continente, que deben ser recipientes para algún producto de exportación, probablemente aceite de oliva. Durante la época micénica, recipientes fabricados en Grecia viajaron hasta la Italia meridional, el Levante y Egipto. De esta forma, aun siendo incapaces de cuantificar los datos, podemos deducir razonablemente que los reinos micénicos producían un excedente para la exportación.

También podemos señalar en los palacios micénicos géneros que deben haber sido importados. Todo el marfil que se ha encontrado en las excavaciones o que se menciona en los documentos procedía, evidentemente, del extranjero, quizá de Siria. En Grecia pueden haberse extraído cantidades muy pequeñas de oro, pero las pequeñas cantidades halladas en excavaciones deben representar una fracción ínfima del metal en circulación en aquella época y, de nuevo, los documentos confirman que no era infrecuente en los palacios; es probable un origen extranjero para una parte, al menos, del mismo. No necesitamos dudar de que otros artículos de lujo también fueron importados. Por lo tanto, debe haberse realizado algún tipo de cambio exterior.

Con frecuencia se ha supuesto la presencia de una clase de mercaderes. A la primera de las casas que exhumó fuera de las murallas de Micenas, Wace le dio el nombre de «Casa del Mercader de Aceite». Es cierto que se trataba de un edificio dedicado a la preparación y almacenaje de aceite y hay pruebas de dependencias residenciales en un piso superior. Hay, no obstante, dos razones importantes para poner en tela de juicio la existencia de mercaderes. En todos los documentos en Lineal B conocidos hasta hoy no existe la menor mención de mercaderes o de su actividad. De haber sido una clase importante, es increíble que no hubiéramos tenido alguna muestra de su existencia. Los palacios de Oriente Próximo hablan de ellos con frecuencia en sus archivos, ya que constituyen una valiosa fuente de ingresos. En segundo lugar, el fácil funcionamiento de un sistema comercial depende de la existencia de alguna forma de moneda. Es posible, en una economía premonetaria, llevar a cabo un comercio mediante el trueque; pero éste es un método tosco, ya que sólo pueden tener lugar intercambios entre dos partes, cada una de las cuales necesita aquello que tiene el otro para enajenar. Es corriente, pues, encontrar que se emplea como patrón un género, con frecuencia oro o plata, y el precio de un bien se expresa en un peso dado del metal precioso. Otros géneros pueden servir como medio de intercambio; Homero valora una armadura expresando su valor como equivalente a tantos bueyes. A pesar de nuestras investigaciones, los documentos micénicos tienen que darnos todavía un testimonio inequívoco de un patrón de esta clase.

Hay un fragmento muy mutilado de Pilo (Un 1322) que puede ser un texto comercial, ya que contiene una palabra, *o-no*, que parece darse en estos contextos. Su identificación es difícil, puesto que, aunque hay una palabra griega, *ōnos*, que significa «precio», habríamos esperado por comparación que la forma micénica fuera *wonos*. Sin embargo, puede ocurrir que sea la asociación de pala-

bras similares en las lenguas emparentadas la que esté mal. Este texto hace referencia a un *o-no* consistente en trigo e higos, los elementos normales de las raciones de Pilo, para un fabricante de redes y un tejedor. Después, tenemos dos asientos que se refieren, al parecer, a un tipo fino de tela, seguido de un signo que indica probablemente cierto tipo de paño, e, inmediatamente después, una cantidad de trigo. Resulta difícil ver qué significa esto, a menos que el trigo constituya en cierto sentido una medida del valor de los paños. Es una desgracia que casi todas las lecturas de esta tablilla sean inciertas, ya que parece ser única.

Hay, sin embargo, otros textos que incluyen el término *o-no* y aquí tenemos también la impresión de que se está recogiendo una especie de trueque. Tenemos dos veces la expresión *tu-ru-pte-ri-ja o-no* (PY An 35.5; Un 443.1), en la que la primera palabra es probablemente *struptēriās* (clásico *stypt-*, cf. el español *estíptico*), «de alumbre». El alumbre era un género importado en Grecia, especialmente desde Chipre, y probablemente empleado sobre todo como mordiente en teñidos. En cada caso, la expresión aparece seguida de una lista de efectos: 6 kg de lana, 4 cabras, 3 piezas de un paño, 288 litros de vino y 384 litros de higos, en un lugar, y 30 kg. de lana y 10 piezas de paño en el otro. Podría parecer razonable deducir que estos efectos constituyen el «precio» pagado por el alumbre. Hay cierto número de usos similares de la palabra *o-no* en Cnoso y en Micenas, donde los géneros son aceite de oliva o lana. No obstante, un hecho curioso consiste en que en tres tablillas de Cnoso (Fh 347, Fh 361, Fh 372), el nombre de la persona implicada en la transación es el mismo que el de los ejemplos de Pilo (Un 443.1). Evidentemente, no puede tratarse del mismo individuo y quizá se trate de una simple coincidencia; sin embargo, el nombre en cuestión es *Kuprios,* que significa «el Chipriota». ¿No se trata, quizá, de un nombre de persona, sino precisamente de la descripción de un individuo como «el hombre de Chipre»? Si esto es así, constituiría una prueba documental de algo que conocemos bastante bien por la arqueología: que los micénicos comerciaban con Chipre, y, como se ha mencionado arriba, tanto el alumbre como el cobre se exportaban desde esta isla.

Los paralelos con los reinos del Oriente Próximo sugieren también qué, en una economía premonetaria, el comercio tiende a ser un monopolio estatal. Habría sido fácil para el rey de Pilo o de Cnoso equipar un barco, colmarlo de productos de valor como artículos de metal, joyería, paños o aceite perfumado, y enviarlo a cambiarlos por oro, marfil y artículos de lujo similares. Igualmente, habrá necesitado funcionarios para cuidar estos aspectos de la eco-

nomía y sus residencias no se diferenciarán arqueológicamente de las de los mercaderes que comercian por cuenta propia. Es difícil imaginar, sin embargo, cómo, en este sistema micénico tan rígidamente controlado, un individuo particular podría comerciar de una forma independiente. No es improbable que existiera alguna especie de mercado en las ciudades micénicas, en el que pudieran cambiar de manos los víveres excedentes; pero la presencia de una clase de mercaderes regular es muy discutible, hasta que no se pueda encontrar un testimonio documental que apoye esta teoría.

Capítulo 9

LAS ARMAS Y LA GUERRA

La revelación de los archivos micénicos alentó locas esperanzas de que un día pudiéramos toparnos, por ejemplo, con la concentración de naves en Aúlide para la expedición contra Troya, o con una orden de operación para el ataque de los Siete contra Tebas. Sin embargo, sería notable, desde luego, que hubiera sobrevivido en arcilla algo de esto, ya que nuestras tablillas son sólo los documentos cotidianos de un breve período de tiempo antes de la caída de los palacios. Sólo en Pilo existen algunos indicios que creo que pueden estar relacionados con el desastre que se avecinaba.

La sociedad minoica de Creta parece haber sido relativamente pacífica; las escenas militares no son comunes en el arte, y los últimos frescos de Tera son poco corrientes al mostrar filas de tropas armadas y una flota de navíos de guerra (véase fig. 52). Ninguna ciudad minoica parece haber estado fortificada. No obstante, con la llegada de los griegos a Creta en la segunda mitad del siglo XV, se produjo un cambio en el pacífico rostro de la sociedad. Los arqueólogos quedaron perplejos en principio por el descubrimiento de tumbas en este período en los aledaños de Cnoso, a las que dieron el nombre de «tumbas de guerrero» por las armas y armaduras descubiertas en las mismas. Esta impresión se ve apoyada ahora por las tablillas en Lineal B de Cnoso que recogen equipo militar, aunque en apariencia no fuerzas armadas. El dominio griego de Creta está caracterizado por este aspecto belicoso.

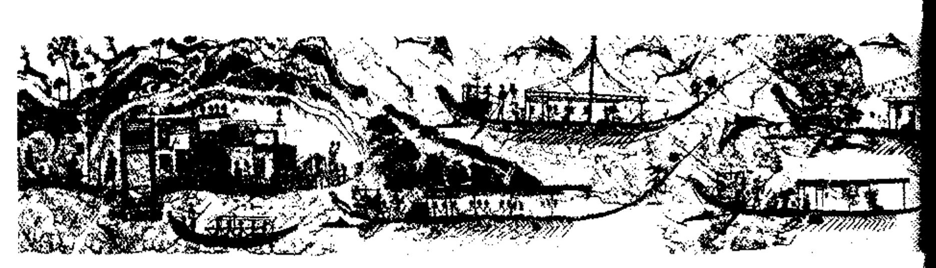




FIGURA 52.—*Fresco de una flota procedente de Tera.*

Ningún documento registra la existencia de un ejército, aunque hay lista de individuos asignados a cometidos militares y navales. Se han realizado esfuerzos para interpretar algunos de los títulos utilizados como grados militares; se ha supuesto que el *Lāwāgetās* es un generalísimo de los ejércitos (véase p. 100). No obstante, es más probable que en una sociedad como ésta el servicio militar fuera una obligación exigida a todo ciudadano, y hay muy poco que nos indique la existencia de técnicas militares especiales. A partir de los registros de equipo debemos, pues, comenzar nuestro intento de representarnos la sociedad micénica en la guerra.

Armadura

Una espléndida armadura de bronce, de cuerpo entero, ha sido hallada recientemente en una tumba micénica en Dhendrá, en la Argólide. Sin embargo, gran parte de las armaduras estaban hechas probablemente de cuero o de lino grueso, reforzado posiblemente

con aditamentos metálicos. Un gran número de gruesas capas de lienzo es una protección sorprendentemente eficaz contra los golpes de espada, y el llevar una armadura metálica en el verano griego debe haber sido muy poco confortable; no es sorprendente que los guerreros aparezcan representados con frecuencia medio desnudos. Una de las tumbas de pozo de Micenas proporcionó un fragmento de lienzo de gran espesor. Un documento de Cnoso (L 693) habla de «lienzo fino», al parecer, para una «túnica» (*khitōn*), pero el final del asiento reza «1 kg. de bronce»; la segunda línea hace referencia también a «aditamentos sobre la túnica (*epikhitōnia*) 1 kg. de bronce». Es muy posible que el bronce sea una unidad de intercambio, pero es mucho más probable que la «túnica» mencionada sea una prenda de lino reforzada con un peso razonable de bronce; y un peso similar de metal va en «aditamentos sobre la túnica», o quizá la palabra signifique un sobretodo que se lleva sobre la túnica, posiblemente una esclavina reforzada para proteger los hombros y los antebrazos.

Una serie interesante, pero incompleta, de Cnoso (Sk) se ocupa con más detalle de armaduras de cuerpo entero, pero no hay indicación alguna de los materiales empleados. Hay un yelmo (*korus*), cuatro aditamentos del yelmo (¿placas metálicas de refuerzo sobre una base de cuero o fieltro?), dos carrilleras, dos *qe-ro*$_2$, dos hombreras y un número desconocido de otros aditamentos de alguna suerte. El orden en que se enumeran estos adminículos sugiere que la palabra sin traducir *qe-ro*$_2$ significa «brazaletes» de alguna especie, aunque otros la consideran como las dos grandes placas que constituyen el coselete de tipo caparazón. Pienso más bien que el segundo juego de «aditamentos» puede constituir la principal protección corporal, pero de no saber cuántos de éstos había, la especulación es arriesgada. La palabra traducida aquí por «aditamentos» (*o-pa-wo-ta*) significa literalmente «objetos suspendidos encima». La palabra griega corriente para «coselete» no se encuentra en Cnoso, pero la duda es escasa en cuanto que está representado por un ideograma (véase fig. 53).

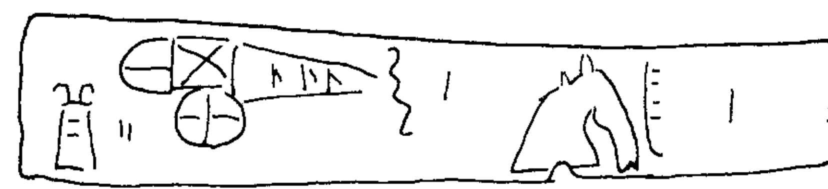


FIGURA 53.—*Tablilla de carros de guerra de Cnoso: Sc 217.*

FIGURA 55.—*Yelmo micénico procedente de Cnoso.*

FIGURA 54.—*Armadura y yelmo de bronce procedentes de Dhendrá.*

En Pilo tenemos la palabra clásica para coselete (*thōrāx*) en unión de un ideograma que aparentemente representa una túnica con mangas cortas coronada por un yelmo. El paralelo más cercano en cuanto a su forma se encuentra en las pinturas egipcias de una fecha ligeramente posterior, que corresponden a una armadura de escamas; se cosían unas 250 a 500 laminillas metálicas sobre la túnica de lino o cuero para reforzarla. En Pilo, la fórmula es similar en cada tablilla y, aunque las palabras por regla general aparecen abreviadas, cada una está escrita completa al menos una vez. Cada coselete aparece inventariado como integrado por veinte «aditamentos» (¿láminas?) grandes y diez pequeños y, como en Cnoso, se añaden cuatro «aditamentos» para el yelmo, junto con dos carrilleras. El yelmo no es difícil de imaginar, si se emplean cuatro láminas en forma de pétalo para superar las dificultades de fabricar un objeto de bronce cónico, y las carrilleras irán aplicadas a su borde. Es mucho más difícil, sin embargo, hacerse una idea del coselete, ya que treinta láminas es un número demasiado bajo para un coselete del tipo del de «escamas». Además, en cuatro casos de los once, las cifras son un poco más elevadas; veintidós láminas grandes y doce chicas.



FIGURA 56.—*Coselete y casco procedente de las tablillas Sh de Pilo.*



FIGURA 57.—*Coselete de escamas procedente de Egipto.*

Ahora bien, es evidente que cualquier sugerencia para la distribución de estas láminas debe explicar satisfactoriamente estas cifras. La ausencia por ahora de especímenes procedentes de contextos arqueológicos, bien conservados *in corpore,* bien representados en el arte, no debe impedirnos intentar reconstruir el aspecto exterior de esta pieza de armadura. Es posible que los aditamentos o láminas se cosieran dentro del espesor de una túnica de lino, de modo que la estructura no fuera visible en las representaciones. Con demasiada frecuencia, los datos arqueológicos negativos en este terreno se han interpretado erróneamente; nadie había imaginado previamente la existencia de una armadura de bronce de cuerpo entero como la hallada en Dhendrá.

En un caso (Sh 740), en el que se recogen cinco coseletes «viejos», tenemos la abreviatura para «pares» frente al numeral. Sería posible que tuvieran coseletes hechos en pares que casen para el guerrero y su auriga, como podríamos deducir de la serie Sc de Cnoso (véase p. 212). Sin embargo, es posible también que el par haga referencia a las dos mitades en las que normalmente se divide un coselete para permitir al usuario meterse dentro del mismo. Probablemente es significativo que todas las cifras que hacen referencia a las láminas sean impares: el total de 30 ó 34 se dividirá en dos mitades de 15 ó 17 láminas, respectivamente. Tal problema, pues, consiste en encontrar una disposición de 10 ó 11 láminas grandes y 5 ó 6 pequeñas que cubran un lado del bosquejo indicado por el ideograma (fig. 56). Si las láminas están distribuidas irregularmente y varían mucho en tamaño y forma, se puede concebir cualquier solución; pero si son básicamente similares en tamaño y forma, teniendo en cuenta sólo los dos tamaños mencionados, el problema es más soluble. Es probable que 10 represente dos filas de cinco que se correspondan con las cinco más pequeñas. L. R. Palmer (1963, p. 333) propuso interpretar 11 y 6, como si tuvieran en cuenta las hombreras; pero el ideograma muestra constantemente mangas en todos los casos, y de nuevo el argumento de semejanza de tamaño y forma debe operar contra esto. Esperaríamos más bien que los números grandes se dispusieran así: 5+6+6. Palmer sugería que las 15 láminas se disponían en cinco bandas horizontales de tres láminas, dos grandes a los lados y una pequeña en el medio. Pero, además de resultar difícil añadir láminas extra, esta disposición no parece obedecer a una razón particular. El hecho citado por Palmer de que el ideograma de túnica en las tablillas Sc de Cnoso (fig. 53) se divide frecuentemente en cinco bandas horizontales tienen que ser contrapuesto al hecho de que el ideograma de Pilo tiene con frecuencia tres bandas horizontales, aunque el dibujo es en ocasiones tan descuidado que las deducciones tienen que ser dudosas. Si imaginamos entonces tres filas horizontales, podemos situar cinco láminas grandes, alargadas en sentido vertical, para cubrir el pecho, una fila de cinco o seis láminas menores para dar la flexibilidad necesaria en el talle, y cinco o seis mayores nuevamente para proteger el faldellín. El aumento en el número se acomodará a la porción inferior de la prenda, dado que en varios casos presenta un vuelo pronunciado. Las láminas presumiblemente se montarán una sobre otra para proporcionar la protección adecuada. De esta forma, el aspecto exterior final podría ser algo como la figura 58. La armadura así reconstruida tiene dos desventajas: los hombros no estarán bien protegidos, a menos de que las láminas se

curven convenientemente en la parte superior, y las mangas no llevan refuerzo. No obstante, no se ha ofrecido todavía una explicación más satisfactoria de estas cifras.

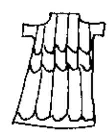


FIGURA 58.—*Reconstrucción propuesta del coselete de Pilo.*

El arte micénico ofrece una buena cantidad de representaciones de escudos, en apariencia hechos de pieles de bueyes y en ocasiones reforzados con tachones metálicos. Los grandes escudos en forma de ocho del período Micénico temprano se emplearon más tarde frecuentemente como decoración, como en el famoso fresco de los escudos del palacio de Cnoso. Con todo, no parece que haya registro alguno de escudos en nuestras tablillas. Tenemos pieles de bueyes, pero se emplean, por lo que podemos ver, para otros fines. No existe un ideograma que se asemeje a un escudo, ni palabra alguna que pueda equipararse a las palabras homéricas o clásicas para los distintos tipos de escudos. Colocada al lado de la información que poseemos de hecho sobre armas y armaduras corporales, la ausencia de escudos en los documentos es problemática. Es muy posible que los escudos permanezcan escondidos tras un ideograma convencional, que no hemos sido capaces de reconocer; pero a medida que se va progresando en la asignación de las series de tablillas a una función en los archivos, esto parece cada vez menos probable. Sólo podemos suponer que el palacio no contaba con proveer este equipo a sus tropas; desde luego, no es imposible que las armas de los infantes comunes fueran de su propia incumbencia, y que las provisiones, como las que contenía el arsenal del palacio, fueran sólo para la oficialidad.

Carros de guerra

El guerrero micénico, aun bien armado, quedaba incompleto sin medios de locomoción. De aquí la necesidad de un medio de transporte para el guerrero armado pesadamente, aunque debemos suponer que la gran masa de tropas regulares se desplazaba a pie. El uso de carros en masa en la lucha, que, como sabemos, era la práctica de pueblos vecinos contemporáneos de los micénicos, como

los hititas, difícilmente habrá sido practicable en la mayor parte de Grecia, dado que la utilización de tales fuerzas exige llanadas abiertas y uniformes, sin el estorbo de árboles o arroyos. Sobre un terreno apropiado, esta táctica podría haberse empleado; pero en áreas como Mesenia y Creta los carros apenas han servido para otra cosa que como medio de transporte, y quizá como símbolo de prestigio.

El carro micénico aparece representado en numerosas tablillas de Cnoso y, se encuentra con frecuencia en el arte, tanto en frescos como la escena de Pilo de dos guerreros que conducen un carro (figura 59), como en numerosas escenas de vasos. El carro consiste en una caja ligera, posiblemente con frente y costados de cestería, con un eje fijo sobre el que se colocan las dos ruedas de cuatro radios. Normalmente está tirado por dos caballos, y los esqueletos de caballos encontrados demuestran que la raza de caballos conocida a la sazón en Grecia era de muy poca alzada, poco más grandes que los poneys de Shetland. En la isla de Esciro, en mitad del Egeo, pervive hasta la fecha una raza semejante de caballos semisalvajes y quizá no sea demasiado fantástico ver en ellos a los

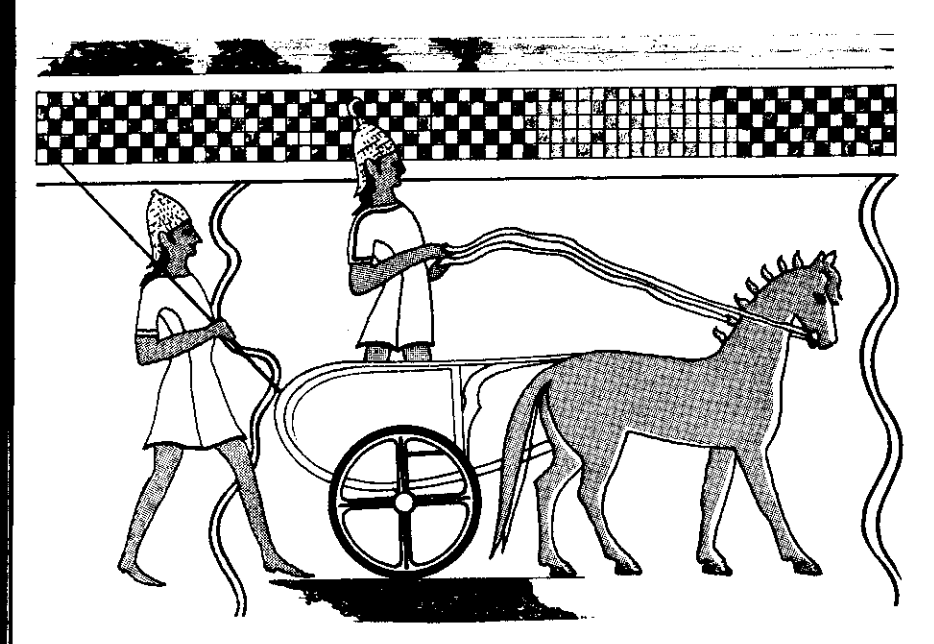


FIGURA 59.—*Carro de guerra micénico en un fresco de Pilo.*



FIGURA 60.—*El viaducto al sur del palacio de Cnoso.*

descendientes de esta antigua raza. La ausencia de caballería, a pesar del testimonio de que los caballos podían ser cabalgados, se debe sin duda a la falta de potencia y de resistencia de esta raza. Sin embargo, dos caballos que tirasen de un carro ligero podían ofrecer un transporte rápido, aunque bastante poco confortable, por caminos idóneos.

Por lo tanto, podríamos deducir de la presencia de carros la existencia de carreteras que permitieran su empleo. Las carreteras apropiadas para caballos sin herrar habrán tenido una superficie mullida y habrán sido trazadas con peraltes para evitar una pendiente demasiado fuerte. Para nosotros, la dificultad estriba en datar una carretera antigua, dado que carreteras de algún tipo han existido en Grecia en todas las épocas desde la micénica; pero, hasta la época moderna, muchas han sido caminos de herradura, que pueden seguir pendientes mucho más pronunciadas que las carreteras. Tales son, por ejemplo, los *kalderim* turcos, cuyos restos todavía pueden contemplarse con frecuencia. Sin embargo, algunos tramos viarios micénicos han sido identificados con bastante certeza, especialmente por la estructura de las alcantarillas y pequeños puentes que todavía se conservan, como el que está cerca de la moderna carretera entre Návplion y Epídhavros. En el trayecto entre la moderna Kalamáta y Pílos ha sido detectada una antigua calzada con curvas en S en una pendiente típica de una calzada carretera (McDonald y Rapp, 1972, pp. 27 y 245).

Al sur del gran palacio de Cnoso había un viaducto que cruzaba la torrentera, y los restos de un puente sobre la barranca próxima a Micenas son todavía visibles. Aún tenemos por delante un largo camino hasta trazar un mapa de las rutas interiores micénicas; pero ahora parece cierto que una red viaria propiamente dicha existió dentro de cada reino. No es seguro hasta dónde era factible viajar largas distancias por carretera, y en Creta las áreas más alejadas probablemente no tuvieron comunicaciones satisfactorias por tierra.

Algunos detalles del carro y de sus accesorios surgen de los inventarios de Cnoso; en Pilo faltan los registros de carros, pero su existencia puede deducirse de los inventarios de ruedas. Los armazones de carros o cajas están inventariados independientemente de las ruedas. Algunos están completamente equipados con yugos, bridas y otros accesorios necesarios; en cambio, otros están aparentemente desmontados, y en un caso tenemos un asiento que puede significar «reducido a sus elementos constitutivos», «desmantelado» (*me-ta-ke-ku-me-na*). Algunos de los términos técnicos siguen siendo oscuros, o al menos opacos, pero los principales adminículos inventariados además del armazón son: un embutido de marfil, bridas o arneses, anteojeras (de cuero o marfil), un misterioso juego de accesorios (*o-pi-i-ja-pi*) hechos de cuerno o de bronce, un par de «talones» o estribos en la parte posterior para subir al carro, un «siguecaballos» que pueden ser un petral de alguna clase, y un tubo (*aulos*),

también de función oscura. De algunos se dice que están pintados de rojo (*phoinikiai*) o bermellón (*miltowessai*).

La mayor parte de los vehículos completamente equipados se asientan por unidades o por pares; en cambio, las cifras de armazones de carro sin más son mucho mayores, ya que tenemos dos veces el asiento de 80, una vez el de 56, y cifras más pequeñas. Las ruedas se inventarían también en cifras considerables. La reconstrucción de una gran tablilla (Sg 1811), desgraciadamente todavía lejos de estar completa, nos proporciona en un solo documento un total de, por lo menos, 246 armazones de carro y 208 pares de ruedas. Podría parecer probable que, además de un cierto número de vehículos de lujo, Cnoso podría poner en el campo unos 200 carros.

No obstante, además de estos inventarios de carros, que proceden principalmente del edificio del arsenal, situado fuera del palacio propiamente dicho, tenemos los restos de una curiosa serie de pequeñas tablillas (Sc) que presentan carros completamente equipados con las ruedas en posición (véase fig. 53, p. 204). Relativamente pocas de estas tablillas están completas, pero la fórmula puede ser interpretada como sigue. La primera palabra es aparentemente siempre un nombre de un individuo, pero sigue oscuro si se trata del propietario (esto es, el guerrero) o del auriga. Viene después un signo para una túnica, probablemente más una pieza de armadura que una prenda corriente, con el numeral 2, un carro completo seguido de la cifra 1 y un par de caballos. Esto al menos es el máximo que ofrece la fórmula; no obstante, gran número de tablillas no alcanzan aparentemente este máximo. Puede omitirse cualesquiera de los tres efectos: por ejemplo, Sc 236 tiene escrito el signo de la túnica, pero después fue borrado, carece de asiento del caballo y sólo presenta el carro; Sc 222 tiene dos túnicas y el par de caballos, pero carece de carro. Además, el número de túnicas puede ser también la unidad (por ejemplo, Sc 243); al menos dieciocho veces este signo fue escrito y borrado luego. Lo que aún es más notable es que el número de caballos puede ser también la unidad; en este caso, en vez del signo para par (*ZE=dzeugos*), tenemos *MO* (*=monwos*), «unidad». El ideograma para carro puede verse en noventa y una de estas tablillas, pero el total de la serie debe haber sido bastante mayor; dada su condición fragmentaria, es imposible hacer un cómputo correcto del número de tablillas, ya que algunas podrán aparecer dos veces en las listas.

Ahora bien, sería bastante sencillo explicar una serie de 100 tablillas con la fórmula completa como un inventario de la fuerza de carros de Cnoso. Las dos túnicas o coseletes serían para el guerrero y su auriga; seguramente no se trataba de las dos piezas de

un coselete de «caparazón» unidas. Sin embargo, si es éste un inventario de la disponibilidad presente de dicha fuerza, está lamentablemente mal equipada; casi no hay una unidad que esté lista para entrar en acción, unas tienen sólo un caballo o no tienen ninguno, otras tienen caballos, pero no carro, y un montón carece de coseletes. O bien la fuerza acababa de toparse con un desastre, o bien no ha sido empleada desde hace tiempo, de modo que se ha perdido la mitad del equipo. Ninguna de estas alternativas parece probable; ¿podemos imaginar, entonces, alguna otra solución?

Debemos considerar, en primer lugar, las curiosas raspaduras de la serie. Un signo inciso en arcilla puede ser fácilmente borrado en el momento de la escritura, pero, por lo general, deja huellas que quedan visibles aun cuando se escriba encima. Podemos, pues, decir sin duda alguna que en esta serie unas veinte tablillas tenían en principio escrito el signo para la túnica, pero que fue borrado después. Raspaduras y correcciones no son infrecuentes en las tablillas, pero es curioso aquí cómo el signo borrado es casi siempre el de túnica. Además, el signo borrado ha sido sustituido en dos casos al menos por otro signo bastante distinto. Lo que este signo significa es algo que no está del todo claro. Tiene un parecido cercano con un signo identificado como un lingote, empleado al parecer en inventarios de las existencias de cobre o bronce. Aunque éste es un valor probable para aquél también aquí, debe ir acompañado de ciertas reservas, ya que no hay un signo para indicar el metal del que está hecho, ni se da peso alguno. Hay también un caso en el que este mismo signo no sustituye al de túnica, sino al asiento del caballo.

Por lo tanto, se adelantó la sugerencia de que en algunos casos el auriga era dotado con un lingote de bronce, en lugar de un coselete de láminas de bronce; en lugar del artículo manufacturado, se obtienen las materias primas, o más bien una parte de las materias primas necesarias para hacerlo. La ausencia del tejido de lino, del cuero o lo que se empleara como base constituye un problema; éste no es un equipo de *hágaselo-Vd.-mismo* para el coselete de factura casera, aunque, desde luego, la cantidad de bronce sería el elemento más difícil de conseguir. Aun suponiendo que esto fuera cierto, ¿podemos imaginar una situación en la que el guerrero individual fuera provisto de materias primas, en vez de los objetos ya manufacturados? ¿Cuánto tiempo le llevaría convertir el lingote en una pieza de armadura útil? Esta sugerencia sólo sirve para complicar nuestra perplejidad ante estos documentos.

No obstante, debemos explorar un poco más la idea de que se está reuniendo la fuerza de carros, quizá como parte de unas ma-

niobras de primavera regulares, y que los almacenes del palacio han recibido instrucciones para librar todo el equipo que se vea que falta o que está fuera de servicio. Un individuo posee un carro, pero tiene que sacar dos túnicas y un par de caballos; otro tiene un caballo, pero ningún equipo, etc. Ahora bien, la consecuencia de esta teoría es que si un individuo tenía todo su equipo completo, se elaboraría una tablilla que recogiera su nombre, pero nada más. Hay tablillas de este tipo que pertenecen al mismo archivo que las tablillas Sc; estas tablillas acaban con frecuencia tras el nombre con la cifra 1 (Vc). ¿Son estas tablillas, en realidad, parte de la misma lista? Hay al menos un nombre que figura en ambas listas, pero esto podría quizá explicarse como otro individuo del mismo nombre; lo cierto es que la mayor parte de los nombres de una lista no se repiten en la otra. La situación entonces habría mejorado algo, dado que el número que presenta deficiencias sería inferior a los dos tercios del total. No obstante, nos enfrentamos aún con la dificultad de que la fuerza de carros habría estado desesperadamente falta de equipo, y el libramiento de bronce en bruto apenas habrá contribuido a la buena disposición bélica.

Esta es una razón por la que propuse la sugerencia (Chadwick, 1968, pp. 17-21) de que todas las tablillas procedentes de lo que Evans llamó la Dependencia de las Tablillas de Carros, que incluyen las series Sc y Vc, no eran documentos genuinos, sino que se trataba en cierto sentido de ejercicios de escribas. La otra razón principal era que todas las tablillas procedentes de este área están escritas en un estilo de escritura muy característico, no aparentemente por una sola mano, sino por cierto número de escribanos que copian todos de un solo estilo. La suposición mínima necesaria es que el individuo a cargo de este negociado era un jefe severo que hacía a sus subordinados imitar su propia caligrafía. ¿Es esto probable, a menos de que dicho jefe de negociado fuera un maestro? También es muy notable que todas las tablillas del grupo carezcan de información de una forma muy singular: rara vez dan tanta información como la críptica serie Sc examinada arriba. Tampoco existen unos vínculos ciertos entre estas tablillas y el archivo central; algunos lugares se mencionan, en efecto, en ambos, pero aunque algunos de los nombres propios vuelven a aparecer en otros lugares, no hay prueba alguna de que se designe a la misma persona. Dado que algunos de ellos están en otras partes a cargo de los rebaños de ovejas, esto parecería poco probable. Tampoco los nombres repetidos son más frecuentes que los que se repiten en otros lugares, donde la identidad está excluida desde luego. Cualquiera que sea la solución verdadera de este misterio, resulta imposible

ignorar el problema. Protestar simplemente, como hizo un autor, de que esto supone descartar muchos testimonios valiosos, no sirve de ayuda alguna; si los testimonios son valiosos, deben ser susceptibles de una explicación racional. Si carecen de valor, debemos guardarnos de construir teorías sobre los mismos.

En Pilo no se han hallado tablillas que recojan carros; posiblemente se guardaban en un edificio exterior, que todavía no se ha excavado. Debe tenerse presente continuamente que el área excavada sólo corresponde al complejo palaciego central, y que los aledaños contienen sin duda los restos de otras edificaciones menos importantes, que, por analogía con otros palacios micénicos, habrían tenido ciertamente archivos secundarios de tablillas. Desgraciadamente, el costo de ampliar la excavación era demasiado elevado, y los resultados quizá no hubieran justificado el gasto.

Hay, sin embargo, una gran serie de tablillas (Sa) que recogen ruedas. Es imposible estar seguro de que no se trata de ruedas para alguna otra cosa, pero el hecho de que comúnmente están recogidas en sendos pares por tablillas sugiere ciertamente un vehículo de dos ruedas, que difícilmente puede ser otra cosa que un carro de guerra. La fórmula usual reza: «El vehículo de X (palabra dudosa), un par de ruedas con bordes». X es un nombre de individuo; muy pocos de los de esta serie se encuentran en otros lugares. Uno se encuentra, comprensiblemente, en una tablilla de armaduras (Sh 736); dos están entre los nombres de pastores en otros lugares del reino y, por lo tanto, se trata probablemente de nombres duplicados. A partir de aquí podemos concluir que la serie no es de una lista de carros que pertenecen a altos cargos de la administración, a menos, desde luego, que el nombre sea el del auriga. Se piensa que la palabra dudosa significa «en buen estado», «en servicio», ya que en apariencia se opone a una palabra que significa claramente «no aptas para el uso», «fuera de servicio». Sin embargo, hay problemas para equipararla con la palabra clásica para esto, y se han propuesto otras interpretaciones; una de ellas, «que giran sobre un eje», es muy improbable por la razón objetiva de que el carro micénico tiene un eje fijo firmemente adherido al carro, y las ruedas se colocan sobre éste y se fijan por medio de una chaveta. Ruedas con bordes (*termidwenta*) son mencionadas frecuentemente en Cnoso, pero no sabemos a qué hace referencia este «borde» u «orla». Se está tentado en considerarlo una especie de llanta, pero ésta no es la palabra para llanta en el griego homérico y clásico; dado que se dice una vez que es de marfil, se trata presumiblemente de algún elemento decorativo. Unos pocos sujetos tienen dos pares de ruedas, ninguno tiene más de este número.

Sin embargo, hay otras tablillas de esta serie que recogen ruedas no asignadas a un vehículo determinado. Presumiblemente se trata de piezas de repuesto en almacenaje, p. ej.: «unidas con plata, un par de ruedas» (Sa 287); «de madera de ciprés, un par de ruedas con bordes y una rueda suelta» (Sa 488); «trabajadas, no aptas para el uso, seis pares de ruedas» (Sa 682); «de Zacinto, no aptas para el uso, 32 pares de ruedas con bordes» (Sa 751); «ruedas tipo Seguidores, no aptas para el uso, 1 par de ruedas» (Sa 790). También hay dos documentos totalizadores: «tantas viejas, en servicio, 31 pares y una rueda suelta»; «viejas, del tipo Seguidores, 12 pares de ruedas; de Zacinto, 32 pares de ruedas» (Sa 787). La última partida de esta tablilla se corresponde con Sa 751 tan de cerca que debe hacer referencia seguramente al mismo lote, pero no está claro cómo cuadran las otras cifras con estas tablillas. Hay 22 pares de ruedas asignadas a vehículos particulares.

De todo esto, podemos concluir con seguridad que Pilo tenía una fuerza de carros de alguna especie, pero este testimonio sugiere que tenía menor dimensión que la de Cnoso. Sólo se puede especular sobre la razón de tal situación; posiblemente el menor tamaño del reino tiene algo que ver con ello, pero la ausencia de documentos sobre carros debe dejar en la duda la dimensión real de la fuerza en Pilo.

Armas

Evans había llamado la atención sobre un alijo de tablillas (Ra), que muestran representaciones de lo que parecen ser espadas cortas. Es difícil, a partir del dibujo, estar seguros de si se trata de espadas, algo en escorzo por la necesidad de dibujarlas en posición vertical en una tablilla dispuesta horizontalmente, o si en realidad se trata de dagas. El problema no lo resuelve la palabra empleada en las tablillas para describirlas; *pa-ka-na* es ciertamente la homérica *phasgana* y en Homero es ésta una de las tres palabras en uso para «espadas». Pero la analogía con otras palabras sugiere que el empleo homérico puede haber sido una confusión posterior de términos que en micénico tenían significados distintos, de modo que «dagas» sigue siendo una traducción igualmente plausible.

Cualquiera que sea la realidad de esta argumentación, puede no ser demasiado fantástico ver en este grupo de tablillas un inventario guardado en la armería de la guardia de corps del rey. Las tablillas se encontraron en un corredor al este del patio central, no lejos de los departamentos regios, y habría sido necesario que la

guardia de corps tuviera una provisión de armas prestas para un uso inmediato; pueden haberse destinado incluso para dotar de armamento a los miembros de la corte en caso de emergencia. Si podemos emplear la *Odisea* como prueba, aunque sea un anacronismo, ésta muestra que se guardaban de ordinario armas en las residencias reales, por cuanto uno de los problemas importantes a los que hace frente Ulises en su ataque a los pretendientes era cómo sacar las armas fuera del vestíbulo sin llamar la atención, de modo que cuando comenzara a disparar sus flechas, aquéllos fueran incapaces de armarse. Una tablilla que sirve de total a esta serie (Ra 1540; fig. 61) tiene un número no inferior a 50 para estas espadas o dagas. Algunas de ellas tienen descripciones que no son fáciles de interpretar; «provistas de una correa» puede hacer referencia a un tahalí en el que el arma podía ser colgada y llevada.

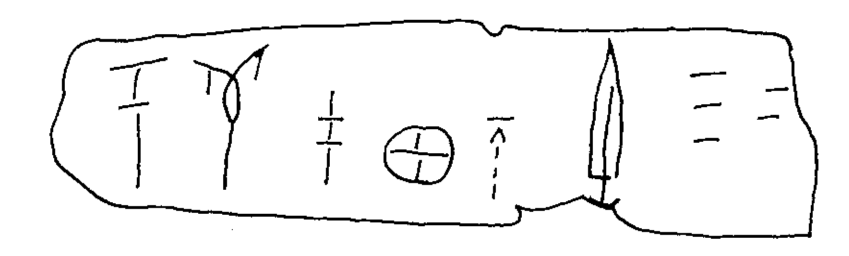


FIGURA 61.—*Tablilla de Cnoso con representaciones de espadas o dagas: Ra 1540.*

Algunas están descritas como «unidas con marfil» (Ra 984, 1028), pero otros términos se resisten hasta ahora a una interpretación satisfactoria.

En Pilo, esta palabra para «espada» o «daga» no vuelve a aparecer; en cambio, una extraña tablilla que pertenece al inventario de vasijas y mobiliario (Ta 716) registra dos espadas; la palabra es aquí la clásica *xiphos,* si bien la grafía es sorprendente. Hay también dos hachas de doble filo, si podemos fiarnos del dibujo, pero la palabra que las describe no puede equipararse a una forma clásica apropiada. La tablilla que estipula las contribuciones de bronce (Jn 829; véase p. 182) establece que éstas se necesitan para hacer puntas para lanzas y *pa-ta-ja.* Esta palabra vuelve a aparecer en Cnoso en algunos precintos (Ws 1704, Ws 1705, Ws 8495), que muestran una corta vara con punta (véase fig. 62). Evans encon-

tró en asociación con estos precintos lo que él describió como puntas de flechas, y podemos llegar a la conclusión de que *pa-ta-ja* sig-

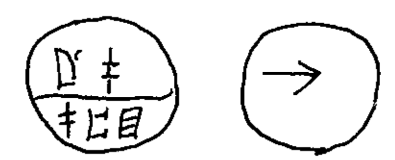


FIGURA 62.—*Jabalinas en un precinto de Cnoso: Ws 1704.*

nificaba flechas. No obstante, hay otro ideograma con barbas en la cola (véase fig. 63) que es ciertamente una flecha, y esto nos lleva a considerar la vara con punta como más probablemente una

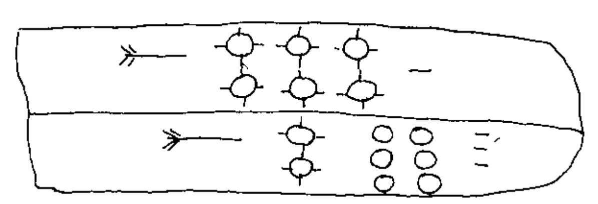


FIGURA 63.—*Flechas en una tablilla de Cnoso: R 4482.*

jabalina ligera o una lanza arrojadiza; algunos de los numerosos objetos catalogados en los museos como puntas de flecha pueden pertenecer a este tipo de arma. Parece no haber duda de que esta especie de azagaya fue empleada en la caza por los micénicos, y si Homero fuera merecedor de crédito, podríamos extenderlo a su empleo en la guerra. Pero las escenas en arte que son con certeza militares muestran el uso de la única pica pesada de estoque, y esto es lo que claramente se denomina *enkhos* (idéntica a la palabra clásica) en las tablillas.

La organización militar

La escasez de armas en las tablillas no debe considerarse como prueba de que los micénicos eran gentes pacíficas. Debemos recor-

dar que las tablillas registran áreas de la vida en las que el palacio tenía un interés; evidentemente, los reyes de Pilo y Cnoso no guardaban, entonces, un arsenal bien guarnecido de donde el ejército en movilización pudiera obtener sus armas. Es más probable que, como en la Grecia clásica, se supusiera que todo individuo poseía sus propias armas y que las usaría cuando se le requiriera para el servicio militar.

La ausencia de unas listas de tropas en Cnoso es desalentadora, ya que el rey debe haber tenido fuerzas poderosas para mantener su dominio sobre un territorio tan amplio, y las «tumbas de guerrero» de los alrededores de Cnoso encajan con este panorama. Deben haber pertenecido a algunos de los Seguidores, que son mencionados de forma poco frecuente y en número reducido en las tablillas de Cnoso.

En Pilo, la situación es un poco mejor. Hay al menos grandes contingentes de hombres a los que se hace referencia como «remeros», y de esto podemos quizá deducir algo sobre la organización naval. Sin embargo, debe admitirse que la palabra traducida poi «remero» aparece en Cnoso en contextos que no parecen adecuados: por ejemplo, en C 902, donde un «remero» se entremete en una lista compuesta principalmente por gobernadores locales. En Pilo, empero, tenemos una lista (An 1) de 30 hombres que se traen de cinco lugares y que están «yéndose como remeros a Pleurón». No tenemos medios para saber dónde se encuentra esta Pleurón; podría ser, aunque no necesariamente, la ciudad de este nombre al norte del golfo de Corinto. Una lista mucho mayor (An 610) tiene el encabezamiento muy estropeado, pero la palabra «remeros» es visible en el mismo. En la parte conservada puede contarse un total de 569 hombres, pero faltan las cifras de cinco asientos y algunas de los demás pueden estar incompletas, de modo que el total real estaba probablemente entre 600 y 700. Se ha propuesto que la tripulación de un barco podía contar con unos 30 hombres, de modo que esta fuerza sería suficiente para dotar de tripulación a más de 20 barcos. Sin embargo, el recientemente descubierto fresco de barcos procedente de Tera (fig. 52) parece mostrar que los barcos de guerra minoicos tenían una tripulación de 42 remeros; no es seguro que esto pueda extenderse a los navíos micénicos, ya que las otras representaciones de barcos en el arte son, por lo general, demasiado desmañadas como para permitirnos tener confianza en el cómputo de los remos. Homero parece contar una tripulación de 52 hombres por barco, pero dos de éstos son oficiales. Si la estación del año permitía que un enemigo atacara por mar, entonces la flota pilia podría haberse dado también a la mar.

El problema estratégico con el que se enfrentaba el rey de Pilo era claro. En los tiempos revueltos de fines del siglo XIII, unos pocos micénicos habían sido capaces de construir impresionantes fortificaciones tras las que podían proteger a su pueblo y al menos a parte de sus animales. El enorme circuito de murallas de Gla en Beocia pudo haber contenido diez mil cabezas de ganado ovino; el problema habría sido apacentarlos. En cambio, en Pilo no salió a la luz virtualmente ninguna huella de fortificación; las únicas huellas de grandes murallas parecen ser de un período anterior, y fueron desmanteladas durante el siglo XIII. De esta forma, el rey debe haberse apoyado para la defensa en mantener al enemigo lejos de su palacio. El reino, si se acepta la reconstrucción ofrecida en el capítulo 3, es difícil de invadir por tierra. La frontera oriental es una alta cordillera de montañas; una zona montañosa de menor altitud, pero difícil, constituye la frontera septentrional. En el rincón nororiental hay una vía, seguida por la carretera moderna y el ferrocarril, que a través de una penosa subida da acceso a la meseta central de Arcadia. Este valle no sería difícil de sostener contra un enemigo; pero, para haber alcanzado este punto, un enemigo presublimente habría sometido primero a todo el Peloponeso septentrional. Había poco miedo de invasión desde esta dirección en tanto resistiera Micenas. Sólo a lo largo de la costa occidental hay una línea de acercamiento accesible desde el norte, y aquí también hay un pequeño paso conveniente que podía ser defendido con facilidad. El rey de Pilo no debe haber estado muy preocupado por una invasión por tierra; pero el mar es otra historia.

El litoral total del reino abarca unos 150 km. La cifra es aproximada, porque nadie puede decirme cómo medir las costas; depende de si se sigue exactamente cada entrante y promontorio, o si se toma una línea general. Si el enemigo llegó por mar, tendría la elección de un número de áreas para un desembarco, pero, en un litoral en su mayor parte rocoso, algunas áreas no serían evidentemente apropiadas y otras serían difíciles, de modo que los puntos de peligro son, en realidad, muy pocos. Comenzando desde el norte, hay una región al norte de la moderna Kiparissía, con buenas playas y fácil acceso a los importantes centros que se extienden por el valle fluvial que lleva finalmente al fondo del valle de Mesenia. Al sur de Kiparissía, la costa es menos favorable para un desembarco y el país al interior es abrupto y bastante difícil. Justo al norte de la bahía de Navaríno está la pequeña rada de Voïdhokiliá, que puede haber sido el puerto principal de Pilo. La propia bahía es un lugar de desembargo ideal con cinco km. de playa de arena protegidos por la isla de Esfacteria. Este es el acceso obvio al palacio, a unos 6 km. de distancia y constituye el punto de máximo peligro. Al sur de la moderna Pílos hay acantilados, y un desembarco sería impracticable antes de alcanzar Methóni, la punta sudoccidental de la península. Aquí o en Phinikoús, a unos 12 km. al este, habría sido factible un desembarco, pero el área está alejada del palacio y de los principales centros de población. El extremo meridional de la península, el cabo Akrítas, es también inhóspito y roqueño. Dentro del golfo de Mesenia sería casi imposible un desembarco en parte alguna hasta la frontera, en la moderna Kalamáta, excepto en una franja a lo largo del litoral norte que en la actualidad es pantanosa y, aunque la línea de la costa puede haber sido distinta en la antigüedad, probablemente era también entonces una marisma. Aun siendo fácil desembarcar aquí, se encuentra alejada del palacio, y el golfo es un sitio peligroso de entrar, si existe el riesgo de encontrar la salida bloqueada por una flota enemiga. Fue precisamente esta consideración la que en 1941 forzó a una escuadra británica, que había sido enviada a evacuar las tropas que se replegaban ante la invasión alemana, a retirarse sin completar su misión. Si una flota italiana hubiera aparecido en la escena, podría haberse producido un importante desastre naval. De esta forma, el golfo de Mesenia, aunque atractivo en cierto modo, no sería un punto muy idóneo que escoger para un ataque.

Sin embargo, desde el punto de vista de la defensa, la necesidad primordial era la de un dispositivo que mantuviera la vigilancia sobre el largo litoral, y diera la alarma ante una flota o un desembarco enemigo. Sucede así que uno de nuestros más importantes documentos es precisamente eso. Está encabezado por el siguiente asiento: «Así los vigías están guardando las regiones costeras», una clara indicación de su finalidad. Es necesario, sin embargo, describirlo detalladamente.

Este documento único se contiene en un juego de cinco tablillas (An 657, An 654, An 519, An 656, An 661); las páginas no están numeradas, y el orden reconstruido que acabamos de ofrecer depende de una serie de complicados argumentos. Sin embargo, una vez ordenados así, surge claramente un modelo. La totalidad de la costa se divide en diez sectores. En cada sector se da el nombre del oficial responsable, seguido de otros pocos nombres que son presumiblemente los de sus subordinados. Por otros documentos conocemos uno o dos de estos oficiales y, a lo que parece, pertenecen a la categoría de los gobernadores locales. A continuación, siguen grupos de hombres descritos de distintas formas: su número es siempre un múltiplo de 10 y puede elevarse hasta 110. Unas pocas cifras pueden faltar o estar incompletas, pero el total con-

servado llega a 800. Es ésta una fuerza grande si está concentrada, pero si se dispersa por 150 km. de costa, alcanza a poco más de un hombre cada doscientos metros. Nunca podría ofrecer esta fuerza una resistencia eficaz, pero sería bastante adecuada para disponer vigías. Se dan indicaciones de lugar, pero no pueden localizarse todas; sin embargo, se ha establecido que los sectores comienzan a orillas del río Nédha en el norte, siguen por la costa occidental hasta el cabo Akrítas y vuelven después hacia el norte por el interior del golfo de Mesenia.

Algunos de los grupos de hombres aparecen descritos por referencia a su ciudad de origen. De esta forma, el sector de *Owithnos* (u otro nombre por el estilo; no tiene forma clásica conocida) está cubierto por los hombres de esta ciudad. Hay, sin embargo, algunos otros términos usados para describir estos grupos de hombres, ninguno de los cuales puede identificarse con palabras conocidas para el vocabulario griego posterior; algunos de ellos parecen derivados de topónimos, pero tampoco se mencionan estos lugares en otras partes de las tablillas. Una solución posible, pero debo recalcar que sólo posible, es que estos nombres sean designaciones tribales de grupos de población residentes en el reino, pero no ciudadanos de pleno derecho. Podrían ser, por ejemplo, los restos de la población pregriega que no había sido absorbida por los griegos recién llegados. Estas tribus no habrían sido de confianza para servir en el ejército, pero pudieron muy bien haber proporcionado los efectivos necesarias para cometidos no combatientes, tales como vigías, si eran debidamente mandados por oficiales griegos.

Ahora bien, hay otra pieza de información contenida en este documento. A intervalos topamos con el asiento: «y con ellos [está] el Seguidor Fulano de Tal». Hay en total once asientos de éstos, aunque en un caso no se da el nombre; en otros lugares el nombre, por lo general, se da en su forma completa, esto es, con un patronímico. Hay diez sectores y once Seguidores, pero la disposición no es regular. Un cuadro servirá mejor para poner esto de manifiesto:

	SECTOR
A-e-ri-qo-ta	I, II norte
A₃-ko-ta	II sur
A-re-ku-tu-ru-wo	III
Ro-u-ko	IV, V, VI
Pe-re-qo-ni-jo	VII norte
Di-wi-je-u	VII sur
Di-ko-na-ro	VIII norte
Pe-re-u-ro-ni-jo	VIII centro
Ka-e-sa-me-no	VIII sur
Wo-ro-tu-mi-ni-jo	IX
(anónimo)	X

La primera sugerencia para la función del Seguidor fue que éste era una especie de oficial de enlace. Es inútil tener un dispositivo de vigías si no se puede comunicar rápidamente con el cuartel general. Como hemos visto (p. 216), Pilo conocía unas «ruedas del tipo Seguidor»; por lo tanto, los Seguidores deben haber tenido carros. Estos Seguidores habrían sido capaces así de recibir las informaciones de los puestos de vigía, y de enviar a sus aurigas como correos para llevar el mensaje al rey en Pilo. Pero, aunque esto es probablemente en parte verdad, no explica la distribución irregular de los Seguidores; ¿por qué necesitaría un sector tres oficiales de enlace, mientras que otro oficial tenía que cubrir tres sectores?

He sugerido, pues, otra explicación. La concentración más acusada de Seguidores, cinco en total, se encuentra en los sectores VII y VIII, que deben caer hacia el extremo meridional de la costa occidental, de hecho, el área de la bahía de Navaríno y la costa inmediatamente al norte de la misma. Es éste, como hemos visto exactamente el punto de máximo peligro en una valoración estratégica de la situación. Hay también una concentración menor de dos Seguidores en el sector II, arriba en el norte, que representa claramente el extremo costero del valle del río Kiparissía, otra posición estratégica importante. Sabemos que los Seguidores son personajes encumbrados de la Casa Real; todo lo que tenemos que suponer es que cada uno de los once enumerados en este documento está al mando de un regimiento del ejército pilio y al momento queda claro que tenemos una imagen convincente de los dispositivos militares del rey para hacer frente a la inminente invasión.

Dos regimientos están estacionados en el área del Kiparissía y precisamente al norte del mismo; éstos servirían para proteger la importante ruta hacia el interior y los asentamientos de la misma e incidentalmente podían cubrir la carretera costera de norte a sur. El área al sur de Kiparissía es menos apropiada para un desembarco; un solo regimiento cubre el sector III, pero los sectores IV, V y VI

están débilmente defendidos. Estos deben representar un litoral bastante desfavorable en esta área. El peligro real está en que el enemigo desembarque en las playas al norte de Navaríno (incluyendo el apetecible puerto de Voïdhokiliá) o en la propia bahía. De esta forma, el sector VII tiene dos regimientos y el sector VIII (¿la bahía?) nada menos que tres; casi la mitad de las fuerzas disponibles están concentradas en este área, un dispositivo perfectamente correcto para hacer frente a esta amenaza. Un regimiento está en el sur de la península, aunque no tan al sur como Phinikoús o Koróni; éste podría, por lo tanto, ir rápidamente en apoyo de la fuerza principal; ahora bien, si el ataque se desencadenaba en el golfo de Mesenia podría actuar conjuntamente con el regimiento estacionado en el norte del golfo. Este constituye quizá un punto débil en el sistema; un importante desembarco en el fondo del golfo sólo encontraría una fuerza débil y, si triunfaba, quedaba franco el camino hacia los importantes asentamientos del valle de Mesenia. No obstante, su acceso al palacio estaría todavía bloqueado por la fuerza principal del área de Navaríno, ya que toda o parte de ésta podría desplazarse rápidamente a ocupar las elevaciones por las que tendría que pasar una fuerza atacante. La decisión del rey de dejar esta área con una débil defensa era probablemente acertada. Todo debe haber dependido de la resistencia de los cinco regimientos del cuerpo de ejército principal, ya que, si eran derrotados, no podría defenderse el palacio.

Lo que sucedió en realidad sigue siendo un misterio desesperante. Todo lo que sabemos es que el palacio fue saqueado e incendiado. La ausencia de restos humanos sugiere que no tuvo lugar aquí resistencia alguna; probablemente tan pronto como se recibieron noticias de la derrota del ejército, o incluso antes, los habitantes no combatientes se habrían retirado al amparo de las montañas llevando con ellos unos pocos tesoros. Toda mujer o niño capturado por los invasores habrían sido llevados, desde luego, como esclavos; los hombres habrían sido masacrados. Algo drástico debe haber ocurrido para explicar la precariedad de lugares que parezcan haber continuado en ocupación en la fase siguiente (HR IIIC); el panorama arqueológico sugiere que la población fue reducida a una décima parte, aproximadamente, de su número anterior. Sin duda, muchos de los supervivientes abandonaron los lugares de tan fácil acceso por parte de los invasores venidos por mar, y se mudaron a lugares más al interior. El desperdigamiento de los topónimos hallados en las tablillas puede haber sido causado por este desplazamiento (véase p. 64). Hay también testimonios arqueológicos que sugieren que algunos encontraron refugio en el noroeste del Peloponeso, e

incluso en las islas Jónicas, donde parece haber habido asentamientos florecientes en el período HR IIIC.

Pero, ¿quiénes eran los invasores? Los indicios de que llegaron por mar son muy fuertes, y si una reacción al ataque fue un replegamiento hacia el norte, los invasores deben haber venido desde el sur y presumiblemente, por lo tanto, desde el este. Ningún dato positivo nos llevará más adelante. Pero, si nos podemos permitir una especulación, es difícil descartar de nuestra cabeza los ataques a Egipto que fueron emprendidos por esta época por los que los egipcios llamaban los «Pueblos del Mar». Hay pocas dudas de que estos «Pueblos del Mar» procedían del área del Egeo; los egipcios recogieron incluso sus nombres, pero, como es habitual, son difíciles de identificar. Aun si pensamos que reconocemos a los filisteos y a los licios, no podemos decir si éstos habían ocupado ya en este momento sus asentamientos de época histórica. Es probable que al menos los filisteos se hayan asentado en Palestina sólo tras ser repelidos de Egipto y hay razones para pensar que éstos tuvieron antes conexiones egeas. Los datos tal como están sugieren que estas gentes tenían su base en Anatolia.

Ahora bien, entre estos Pueblos del Mar había una tribu llamada por los egipcios mediante un nombre que sugiere vagamente el de «aqueos»; empero, la semejanza fonética no es muy cercana y en cualquier caso seguimos en la duda de si los micénicos se llamaban a sí mismos con este nombre. En cambio, las fechas de sus dos ataques a Egipto, 1225 y 1183 a. C. en la cronología usual, encajan tan de cerca con la fecha de la destrucción de Pilo que resulta muy tentador ponerlas en relación. El ataque de los Pueblos del Mar a Egipto no parece haber sido una mera incursión, sino un intento serio de invasión con fines de asentamiento, ya que la fuerza comprendía tanto carretas cargadas de mujeres y niños como barcos. Pero, dado que poseían una flota poderosa, aun una pequeña escuadra de la misma habría sido suficiente para montar una incursión sobre un pequeño reino, si la fuerza principal era sólo repelida con dificultad por una de las mayores potencias de la época. Estos pueden haber sido como los vikingos: una concentración de piratas que se combinaban de vez en cuando para abordar objetivos mayores, pero que operaban frecuentemente en grupos más pequeños contra enemigos más débiles. Si sus bases estaban en el Egeo oriental, habrían vuelto inseguras las rutas comerciales con Chipre y el Levante, y esto cuadraría con el dato (véase p. 181) de que había una rectricción de materia prima para la industria metalúrgica. No obstante, cualquiera que sea la verdad, y quizá nunca lleguemos a conocerla con seguridad, son los principales sospechosos en esta ocasión.

La época del año en la que se produjo el ataque debe haber sido la primavera, por las razones mostradas en el capítulo 11. El documento extraordinario que recoge ofrendas está encabezado con lo que es probablemente el nombre de un mes que significa «mes de la navegación» (p. 123). Además este dato se compadece bien con la teoría de una invasión transportada por mar; ésta habrá sido una de las primeras operaciones intentadas al comienzo de una nueva temporada de campañas.

La caída de Cnoso está mucho peor documentada, ya que, a pesar de nuestra búsqueda, todavía tiene que demostrarse que alguna de las tablillas de este centro tiene relación con preparativos militares. Sólo el libramiento de armaduras, carros y caballos podría entenderse en este contexto como un intento de poner a punto una fuerza de combate. Como hemos visto (p. 214), esta teoría no carece de dificultades. Más bien parecería que el rey de Cnoso se cuidaba poco del golpe inminente; puede haberse tratado de un *coup d'état* interno más que de una operación militar. Pero lo sorprendente es que, en estas circunstancias, el palacio fuera entregado a las llamas. Todavía hay muchos problemas sobre la destrucción de Cnoso que no tienen solución, y no es prudente especular cuando los datos son tan exiguos.

Capítulo 10

HOMERO EL PSEUDOHISTORIADOR

En algún lugar, en torno al año 700 a. C., un poeta, cuyo nombre fue conocido para las épocas posteriores como *Homēros,* palabra que significa «rehén», reunió dos grandes poemas épicos. La *Ilíada,* llamada así a partir del otro nombre de Troya, Ilión, describe un período breve, pero vital, en el décimo año del asedio de esta ciudad por parte de una fuerza expedicionaria griega. La *Odisea* es la historia de la vuelta al hogar de Ulises desde la Guerra de Troya. De esta forma, ambos poemas se fijan en este período y a una gran distancia de la fecha de su composición. Con todo, constituyen las únicas fuentes principales para la historia de la guerra de Troya. ¿Cuándo sucedió ésta, si es que alguna vez tuvo lugar?

Grecia en el siglo VIII a. C. era un conjunto desorganizado de minúsculos estados, que vivían todavía en un nivel de civilización relativamente bajo; las casas eran principalmente de madera y adobe; los materiales preciosos eran muy raros; las artes de la pintura y la escultura eran muy primitivas. Con todo, la Grecia que Homero describe es una malla de reinos bien organizados capaces de una acción militar conjunta; sus reyes viven en lujosos palacios de sillería, adornados de oro, marfil y otros materiales preciosos. Las escenas atribuidas al escudo hecho para Aquiles por el dios Hefesto evidencian un elevado grado de competencia artística. Tampoco esta situación cuadra con lo poco que sabemos de las condiciones en los siglos IX, X y XI, la llamada Edad Oscura. Para encontrar un marco plausible para la Grecia que Homero describe necesitamos

retroceder a la Edad Micénica, al siglo XII o más probablemente al siglo XIII como más tarde.

¿Es posible que un poeta del siglo VIII pudiera describir con precisión acontecimientos que sucedieron quinientos años antes? Quizá la respuesta a esta pregunta sea afirmativa. Tenemos, por ejemplo, el paralelo de la *Chanson de Roland* medieval que, compuesta aparentemente en el siglo XII, está en relación con un hecho ocurrido en el año 778. Pero la comparación con otras obras épicas es, a la vez, alentadora y descorazonadora: muestra que la tradición oral podía conservar perfectamente bien hechos históricos por espacio de muchos siglos, pero también pone de manifiesto que solía distorsionar la verdad e introducir serios errores en la narración. La *Chanson de Roland* tiene incluso equivocado el enemigo. Otras épicas introducen en la narración personajes que no eran contemporáneos. No podemos aceptar, por lo tanto, la narración homérica como histórica tal como está; gran parte de la misma no es verificable, pero debemos calcular la credibilidad de Homero confrontando su descripción en los casos en que tengamos testimonios.

Es mérito imperecedero del estudioso americano Milman Parry (1902-1935) el haber demostrado la forma en que actúa la poesía oral. Es, desde luego, posible conservar una obra de literatura transmitiéndola, palabra por palabra, de un recitador a otro; algunos de los himnos védicos se transmitieron así en la India durante muchos siglos antes de que fueran puestos por escrito. Una vez compuestos, los poemas épicos de Homero podrían haberse conservado así antes de fijarse por escrito, pero es difícil establecer la fecha en que la escritura entró dentro de la tradición, ya que el texto que poseemos se basa en una edición en grafía modernizada publicada en el siglo III a. C. Si Homero está correctamente fechado en el siglo VIII, es precisamente en este período cuando la escritura alfabética estaba difundiéndose por tierras griegas.

No obstante, en una comunidad iletrada o semiletrada, el proceso de una composición oral deja huellas características en el poema. El cantor creador no es un mero recitador; crea nuevos poemas según recita. Es capaz de realizar su objetivo porque tiene almacenados en su memoria grupos de versos, versos sueltos, mitades de versos, e incluso unidades más pequeñas adecuadas a todas las situaciones normales. No tiene que perder tiempo en buscar cómo describir la caída de la noche, porque tiene presto ya a mano el verso: «Y así el sol se puso y todas las calles quedaron oscuras». Si un guerrero es alcanzado en la lucha: «Cayó al suelo con un ruido sordo, y su armadura resonó en derredor suyo». Hay numerosas fórmulas para la conversación, como: «Así, pues, habló y dirigióse a él

con aladas palabras». Todo héroe tiene su epíteto consagrado: Aquiles es «de pies ligeros», Ulises «taimado», Agamenón «rey de hombres». Dado que el griego es una lengua flexiva, estos nombres tienen distintos esquemas métricos en los diferentes casos, de modo que el epíteto tiene que variar también; Aquiles «de pies ligeros» no cuadra en el metro en genitivo y, por lo tanto, puede convertirse en este caso en «Aquiles hijo de Peleo». Todo objeto común tiene su serie de epítetos consagrados: una nave es «veloz» o «redondeada en sus dos extremos»; una mano es «pesada», aun cuando pertenezca a una reina; un pórtico es «estruendoso», aun cuando se le asigne a un extranjero como habitación para pasar la noche. Este curioso sistema tiene dos ventajas: hace practicable la tarea del compositor, ya que la fórmula le da tiempo para disponer en su cabeza el verso siguiente, y proporciona al oyente el sentimiento confortable de reconocer parte de un poema que jamás ha escuchado antes —una composición original rara vez es apreciada por completo en una primera audición. La desventaja de esta poesía es que se hace rápidamente insípida y repetitiva. Los cantores yugoslavos recogidos por Parry y sus sucesores pueden haber sonado bastante bien en torno a un fuego de campamento; estudiados en la fría letra impresa aparecen privados en gran medida de mérito poético.

Homero muestra un gran número de testimonios de la composición formular, pero su obra está, por lo general, a un nivel muy alto. No sólo era un hábil narrador, sino uno de los grandes poetas mundiales. Asumió la tradición oral y la transformó en una poesía soberbia. Esto no quiere decir que no existan partes aburridas, sino que la trama, la caracterización y las descripciones están todas tan bien manejadas que los recursos de composición oral resultan un mérito concreto. Es evidente, empero, que Homero heredó gran parte de su técnica de sus desconocidos predecesores; del mismo modo puede haber heredado también gran parte de su temática.

En esta tradición, transmitida de mano en mano de un cantor al siguiente, reside la explicación del vínculo que une a Homero con la época micénica. No pervivieron constancias escritas procedentes de los palacios micénicos y, si lo hicieron, no quedó nadie que supiera cómo leerlas. Los secretos de la Lineal B se perdieron. Cuando Homero describe una carta confiada a un viajero —que era irónicamente una petición de que el portador fuera liquidado discretamente— Homero la describe como algo exótico y casi mágico; la escritura no era otra cosa que un débil recuerdo. Sin embargo, cierta idea del mundo micénico pudo muy bien haberse transmitido a través de la Edad Oscura hasta Homero y la tradición de composición de versos puede remontarse a los palacios micénicos. Las lla-

madas áreas teatrales de los palacios cretenses se adaptan mucho mejor a las representaciones vocales que a los deportes taurinos. Hay un fresco procedente de Pilo que presenta un citarista sentado en una roca; ¿era éste, quizá, un predecesor remoto de Homero?

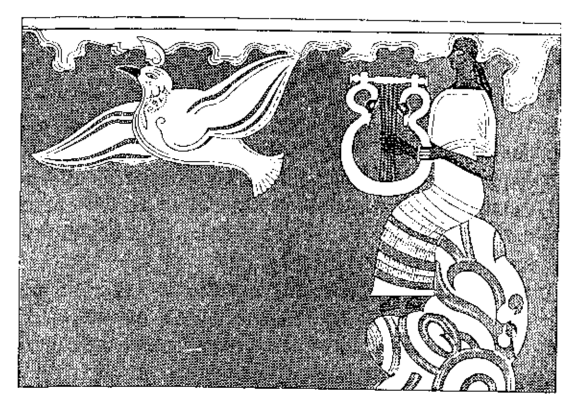


FIGURA 64.—*Fresco procedente de Pilo donde se representa a un citarista.*

Hay no pocos indicios de que elementos de los poemas homéricos se remontan no al final del período micénico, sino incluso a una fase anterior. Un personaje de la *Ilíada* tiene el gran escudo corporal descrito «como una torre», aunque estos escudos parecen haber caído en desuso un par de siglos antes; el paralelo de las poesías épicas que combinan personajes históricos, pero no contemporáneos, sugiere que esto mismo puede haber sucedido aquí. Hay una descripción exacta en Homero de un yelmo cubierto de láminas obtenidas de los colmillos de jabalí; un objeto de este tipo era conocido en el período micénico temprano, pero parece haber quedado en desuso hacia el siglo XIII. Una de las fórmulas sorprendentes para nombrar a un héroe es llamarle «la sagrada fuerza de Alcínoo» (u otro nombre cualquiera); pero éste no tiene que ser particularmente piadoso para merecer este apelativo y la palabra que los griegos posteriores entendían como «sagrado» puede haber comenzado por significar poco más que «poderoso». Lo interesante a este respecto es que esta misma locución (sin el nombre propio) aparece también en los himnos védicos; el griego *hieron menos* está reflejado exactamente por el védico *ishiram manas,* no precisamente en el sentido de «vigoroso poder», pero estas dos palabras son en

principio las mismas. Podría parecer probable que ambas lenguas hayan conservado aquí una expresión muy antigua. Al mismo tiempo, no debe suponerse que la lengua de Homero se ha heredado simplemente desde el período micénico; algunas locuciones podrían muy bien serlo, pero un pasaje como la descripción del yelmo de colmillos de jabalí contiene lengua reciente. No todos los versos de Homero, si se transcribieran al micénico, podrían incluso medirse.

La tradición nos informa muy poco sobre el propio Homero. Dice que estaba ciego, lo que puede ser una conjetura basada en el cantor ciego Demódoco que aparece en la *Odisea,* pero, dado que los ciegos tienen con frecuencia una memoria anormalmente buena y es esto lo que debe tener un cantor, podría haber existido algo de verdad en tal afirmación. No sabemos el nombre del padre de Homero, aunque tal nombre constituye el timbre esencial de respetabilidad que todo ciudadano griego libre debe poseer. Esta ausencia, unida a su nombre insólito, ha llevado a la especulación de que quizá no se trataba de una persona de habla griega, sino que hizo el acto de presentación de la poesía a los griegos al traducirla desde su lengua materna, del mismo modo que el primer poeta romano fue un griego que tradujo a Homero al latín. Esta teoría es incompatible con el testimonio de una larga tradición oral griega; los predecesores de Homero hablaban indudablemente griego. Lo peor de todo, quizá, es que no sabemos de dónde provenía, por cuanto el hecho de que siete ciudades pudieran pretender ser su cuna prueba que los griegos no poseían una información fidedigna. Por el testimonio del dialecto de los poemas, debe haber vivido en Jonia, en la parte central de la costa occidental de Anatolia, y esto concuerda con la ubicación de la mayor parte de las ciudades litigantes.

Hasta aquí he hablado de Homero como el autor tanto de la *Ilíada* como de la *Odisea*; pero ¿hubo uno o dos autores? Aunque hay en cada poema una estructura monumental que implicaba un solo arquitecto sin que importe el número de constructores, no está claro si fue el mismo arquitecto el que diseñó ambas estructuras. A primera vista son muy parecidas, pero si se profundiza un poco, pueden detectarse ciertas diferencias, algunas de las cuales serían difíciles de explicar si fueran el producto del mismo cerebro. Contando con tiempo y habilidad suficientes, podría sin duda probarse que el *Paraíso Perdido* y el *Paraíso Recobrado,* o el *Inferno* y el *Paradiso* de la *Divina Commedia* procedían de distintas manos, ya que ningún estilo humano permanece sin alteraciones a lo largo de la vida. Con todo, hay diferencias entre la *Ilíada* y la *Odisea* que parecen exigir más explicación que el puro proceso de envejeci-

miento. Existe una diferencia chocante de actitud entre la cruenta guerra de la *Ilíada* y las alegres aventuras de la *Odisea*. Quizá la explicación no resida en que la misma reducida área produjera dos genios de forma casi contemporánea, sino en que un solo Homero heredó dos tradiciones diferentes, que explican las diferencias que subyacen a la uniformidad superficial.

Durante el siglo pasado ha estado de moda el empleo de la arqueología para «probar la verdad» de las leyendas. Hay que confesar que no todas las leyendas se prestan a este tratamiento: aún tenemos que exhumar los huesos de la Esfinge o descubrir la tablilla en Lineal B en la que Fedra acusara a Hipólito. En cambio, si puede demostrarse que un hecho recogido por Homero concuerda con restos arqueológicos, se considera que dicho apoyo aumenta la probabilidad de que esté diciendo la verdad en los casos en que podemos verificar sus asertos. Existe aquí una estrecha analogía con lo que se conoce como arqueología bíblica; dado que las excavaciones han revelado la existencia de ciudades mencionadas en el Antiguo Testamento, se considera que su autoridad moral está justificada —como si la excavación de las murallas de Jericó probara que fueron demolidas por la vibración del desplazamiento de los judíos en su derredor. No es suficiente demostrar que unos pocos hechos de la descripción de Homero son correctos; necesitamos examinar todos los puntos donde este panorama puede ser confrontado con la arqueología y ver entonces qué tipo de saldo podemos obtener. Las revelaciones de la Lineal B han modificado de una forma significativa dicho saldo.

Cualquiera que sea lo que Heinrich Schliemann no fue capaz de hacer, debe al menos concedérsele el mérito de haber localizado correctamente en Hisarlik la ciudad que las generaciones posteriores conocieron como Troya y que, con su excavación, hoy desautorizada, fue el pionero de la exploración arqueológica del mundo egeo en la Edad del Bronce. Troya fue habitada con sólo breves intervalos desde el cuarto milenio a. C., ya que los restos de nueve o más ciudades se encuentran unos encima de otros en capas, en la actualidad diseccionadas y expuestas, cual una especie de monstruoso espécimen anatómico, por los esfuerzos de generaciones de arqueólogos entusiastas. Una de estas ciudades estratificada, conocida como Troya VIIA, parece haber sido destruida por una acción enemiga en torno al 1250 a. C., una fecha que encajará bastante bien con la Guerra de Troya de Homero. La fecha está, de hecho, tan sospechosamente cerca del colapso general de la Grecia micénica que puede testimoniar incluso que se trata de un incidente más en esta saga de destrucción. Sin embargo, los que quieren salvar

la reputación de Homero pueden pretender que aquí tenemos una confirmación de la Guerra de Troya.

No obstante, hay una gran diferencia entre el detalle que encaja con la leyenda y la realidad que la confirma. La arqueología no tiene medios para decirnos los nombres de los generales, ni incluso quiénes fueron los atacantes. Aunque no necesitamos forzar nuestro escepticismo hasta el punto de rechazar la historia de la Guerra de Troya por completo, debemos, creo, expresar considerables reservas sobre los detalles de dicha guerra: su fecha, su motivación, los participantes, etc. Tampoco parece haber muchas esperanzas de que podamos saber más algún día, pero en la historia una mala fuente es a veces peor que ninguna. Haremos bien, pues, en mantener una postura imparcial.

Lo que necesitamos hacer es controlar la precisión de Homero allí donde tengamos un testimonio independiente. Algunos hechos han sido reconocidos y sabidos desde hace tiempo. Por ejemplo, Homero, aun dotando acertadamente a sus héroes con armas de bronce, ocasionalmente cae en una mención anacronística del hierro. No es que el hierro fuera desconocido en la Edad del Bronce; era la técnica de su fabricación la que faltaba. El ejemplo más sorprendente es el método de disposición del muerto: los dirigentes micénicos eran enterrados en grandes bóvedas familiares, mientras los héroes de Homero son objeto de cremación. Se ha sugerido a este respecto que una fuerza expedicionaria acampada en suelo enemigo podría haberse visto obligada a abandonar su costumbre usual; con todo, no hay nunca un indicio en Homero de las enormes tumbas circulares que deben haber constituido una característica notable del mundo micénico.

El testimonio de las tablillas en Lineal B se nos presenta ahora con muchos más puntos de comparación. Los títulos oficiales de las tablillas, *hequetās, telestās, lāwāgetās,* están todos ausentes en Homero; bien es verdad que el último lo está a la fuerza, ya que su esquema métrico lo excluye del verso homérico. Donde Homero confunde dos palabras para «rey», las tablillas presentan una distinción tajante; *wanax* es en éstas el rey, y la otra palabra sólo significa «jefe» y, ahora que conocemos los hechos, podemos señalar las reliquias de la antigua distinción que perviven aún en Homero.

Como control, la geografía nos sirve aún mejor. Homero nos da en varios pasajes descripciones de la zona sudoccidental del Peloponeso. En primer lugar existe el llamado *Catálogo de las Naves* en el libro 2 de la *Ilíada*. Dicho catálogo recoge nueve ciudades, que comienzan con Pilo, que están sometidas a Néstor. Las tablillas muestran también nueve áreas en la Provincia Cismontana

FIGURA 65.—*Las murallas de Tirinte desde el aire.*

(véanse pp. 65-71), pero Pilo no es una de las nueve, ya que se mantiene al margen de las listas de tributos. Ninguno de los otros nombres corresponde, aunque un nombre homérico, *Kyparissēeis,* sí parece ser una variante de un topónimo atestiguado en las tablillas. Además, Homero parece ignorar la Provincia Transmontana, que en la *Odisea* convierte en reino independiente. Uno de los nombres homéricos, *Helos,* se atestigua en las tablillas de Pilo, pero en la Provincia Transmontana; dado que se trata de la palabra griega común para «marisma», es probable que no sea más que una coincidencia. Como ya se expuso en el capítulo 3, la frontera septentrional del reino estaba a lo largo de la línea del río Nédha; Homero en la *Ilíada* habla del Alfeo, 25 km. más al norte, como frontera, y esta descripción no puede ser reconciliada con la ubicación de Pilo en Englianós.

Nuestra sospecha de que Homero no conoce en detalle la geografía de la Grecia occidental puede confirmarse en otras partes. Cuando describe la ubicación del hogar de Ulises, Itaca, su geografía es tan palpablemente errónea que los estudiosos han intentado argumentar que no era en absoluto la moderna Itháki. La verdad es más simple: Homero era un griego de Jonia que probablemente no había cruzado jamás el Egeo y, no digamos, rodeado la costa occidental de Grecia. Sabía que Micenas era la ciudad principal de Grecia en esta época y sus riquezas arqueológicas lo confirman, pero podría parecer que Homero no sabía donde se encontraba, ya que asigna a Agamenón un reino a lo largo de la costa sur del golfo de Corinto, como si Micenas cayera mucho más al oeste, al tiempo que asigna el puerto de Micenas, Tirinte, en la actualidad a un kilómetro del mar, a otro reino. En vez de intentar dar sentido a la geografía de Homero, deberíamos mejor conformarnos con considerarlo como el tipo de información sobre tierras remotas que una persona, sin moverse de su casa, puede recoger con dificultad de las historias de marineros.

Lo que merece la pena recordar respecto a Homero, es que se trataba de un poeta, no de un historiador. La verdad poética y la verdad histórica son dos cosas bastantes distintas. La poesía se ocupa de valores inalterables y eternos; la historia, de hechos y acontecimientos. La poesía puede asumir, al igual que la historia, la forma de una narración; pero no estamos tratando en realidad del sino de unos pocos príncipes guerreros de un pasado muy remoto. Lo que nos ocupa son los valores humanos, las emociones y actitudes de los personajes del poeta, por cuanto son constantes de la naturaleza humana, tan importantes hoy como en cualquier época del

pasado. La muerte de un guerrero o el saco de una ciudad en el pasado remoto puede no significar nada para nosotros, pero la tragedia de Héctor y de Troya es capaz todavía de mover nuestras emociones e inspirar así nuestras acciones. Buscar un hecho histórico en Homero es tan vano como medir las tablillas micénicas en búsqueda de poesía; pertenecen a universos diferentes.

Capítulo 11

EL FIN DEL MUNDO MICENICO

Cnoso

Es evidente por sí mismo que los documentos que se almacenaban en los palacios micénicos en el momento de su destrucción no pueden decirnos nada sobre lo que sucedió más tarde. El desastre de Cnoso a comienzos del siglo XIV sigue siendo el primer caso conocido de un palacio micénico destruido por un incendio y jamás vuelto a edificar en la misma escala, cualquiera que sea el uso que se hiciera del lugar por parte de los posteriores ocupantes. Los otros palacios parecen haber caído hacia finales del siglo XIII, pero no se puede determinar ni la fecha exacta ni la secuencia en que cayeron. El testimonio procedente de Micenas sugiere una primera destrucción de los edificios fuera de las impresionantes murallas, a mediados de siglo como muy pronto, y los intentos constantes por parte de los arqueólogos para rebajar la fecha de las destrucciones en el continente pueden haber sido motivados, consciente o inconscientemente, por la convicción de que la Guerra de Troya debe fecharse en la mitad del mismo siglo.

No obstante, los sucesos que se avecinan proyectan con frecuencia antes sus sombras; una sociedad próspera, en orden, no se viene abajo normalmente en una noche. Por lo tanto, es tentador leer nuestros documentos a la luz de los acontecimientos siguientes, con la esperanza de detectar las causas. A pesar de todos nuestros esfuerzos, los documentos de Cnoso permanecen inescrutables en este

tema. Los datos sugieren decididamente que Cnoso estaba a mitad de camino en un año perfectamente normal cuando el golpe cayó repentinamente. Las ovejas habían sido esquiladas, su lana librada a grupos de mujeres para convertirla en paños; la cosecha de cereal, al menos en algunas áreas, ya había sido recogida.

No obstante, esta fecha, aunque es la sugerida por el calendario agrícola, no concuerda con la deducción de Evans de que el palacio fue destruido en primavera. Un fuerte viento del sur estaba soplando en ese momento, como está probado por el ennegrecimiento por obra del humo de la sillería en la cara norte de la posición de las vigas de madera y estos vientos son más frecuentes en Creta en la primavera. Para intentar resolver este conflicto de los datos, obtuve del Servicio Meteorológico Griego una tabla que muestra el porcentaje de vientos del sur, sudeste y sudoeste registrados en Iráklion con fuerza 6 o superior en la escala de Beaufort. Las cifras son como sigue: Enero 2,4; Febrero 4,4; Marzo 3,5; Abril 3,5; Mayo 1,0; Junio 0,5; Julio 0,0; Agosto 0,1; Septiembre 0,1; Octubre 0,6; Noviembre 1,5; Diciembre 3,6. De esta forma, las oportunidades de un vendaval del sur entre julio y septiembre son despreciables; son posibles en mayo, junio, octubre y noviembre; muy probables entre diciembre y abril.

Ahora bien, parece imposible que la fecha para la destrucción se situara entre diciembre y abril. El esquileo de primavera no sólo se ha completado, sino que se han librado grandes cantidades de lana a las obreras textiles. La cosecha de cereal estaba empezando a ser registrada, pero, a menos de que nuestros documentos hayan resultado especialmente dañados en este capítulo, estaba sin completar. La fecha más temprana del año que encaja con este panorama corresponde a finales de mayo o principios de junio y un vendaval del sur no está excluido en estas fechas.

La presencia de documentos sobre el conjunto de especias como el cilantro, podría sugerir el otoño; pero si esto es así, ¿por qué no tenemos documentos de la vendimia? Parece más probable que las cosechas de semillas que no se deteriorarían por guardarlas podrían retenerse durante la estación del año de más trabajo y transmitirse sólo a Cnoso durante el invierno.

Se han hecho intentos para confirmar la fecha por referencia al calendario micénico. Ahora bien, sólo tenemos unas pocas tablillas con nombres de meses y éstas se ocupan exclusivamente de ofrendas religiosas (véase p. 130). La razón puede ser que casi todas las operaciones registradas en los archivos son básicamente las anuales y dado que se producen en una época fija del año no hay necesidad de especificar la fecha. Se conocían seis nombres de meses hasta

hace poco, cuando dos fragmentos, que no se acoplan físicamente (Oa 745 + 7374), fueron identificados como pertenecientes a la misma tablilla y ésta revela un nombre de mes parcialmente conservado, que no puede reconstruirse como uno de los otros seis. Por lo tanto, podría parecer que Cnoso estaba al menos en el séptimo mes cuando llegó su fin, por cuanto pueden haber existido otros nombres en las tablillas que no se hayan conservado. Esto plantea la difícil cuestión del punto a partir del cual los micénicos contaban el comienzo del año del calendario. Es probable que haya sido uno de los cuatro puntos definidos astronómicamente: los solsticios y los equinocios. La práctica clásica no es de mucha ayuda aquí, ya que las distintas ciudades tenían calendarios que comenzaban en fechas diferentes. Si Cnoso tenía un calendario que comenzaba en el equinocio de otoño, tenemos que explicar entonces la ausencia de documentos de la vendimia y de otros acontecimientos agrícolas del otoño; podríamos obtener todavía una fecha de mayo-junio suponiendo que uno o dos nombres de meses no se hubieran conservado. Sin embargo, el testimonio de Pilo sugiere el solsticio de invierno como un punto más probable. Si esto es así, hay todavía una forma de escapar del dilema. Una de las tablillas de esta serie (Fp 1), que lleva un nombre de mes por lo demás desconocido, es de una forma y formato bastante diferente del resto; ¿se trata quizá de un resumen del último mes del año del calendario, realizado y archivado a modo de referencia en la gran liquidación de invierno, cuando por regla general se destruían otros juegos? Esto nos permitirá fechar la destrucción en el sexto mes, que corresponde a nuestro junio, cuando los vientos del sur son todavía posibles.

Evans se sintió atraído por la teoría del seismo para explicar la primera destrucción en el siglo XIV. En un área sísmica como Creta, que se encuentra cerca del borde sur de la «placa» que soporta el Egeo, los terremotos son frecuentes y no hay forma de verificar su aparición a partir de los datos arqueológicos, a menos de que haya pruebas de grandes desplazamientos de pesados sillares, cosa que no podría haber ocurrido en el curso de un incendio. No se ha puesto de manifiesto ningún testimonio inequívoco de esta clase para Cnoso en esta fecha, aunque sigue siendo una posibilidad.

Pero, dondequiera que una comunidad floreciente sufre un terremoto importante, la reacción inmediata es reconstruirla. Esto había sucedido antes en Cnoso y la misma secuencia de acontecimientos se conoce en lugares como Tera y Creta. No existe todavía, empero, prueba alguna de que tuviera lugar una reconstrucción después de esta destrucción. Cierto es que la gente continuó viviendo en partes del edificio, pero no hay todavía, si podemos aceptar que

las tablillas están todas asociadas con la destrucción del siglo XIV, ningún signo de que el palacio fuera nunca después una residencia real o un centro administrativo. Cualquiera que sea la causa de la destrucción, algo indujo a los supervivientes a abandonar el lugar. Si Cnoso siguió siendo en el período siguiente el centro de un reino, el palacio debe haberse trasladado a otro lugar, todavía sin descubrir.

No obstante, en las tablillas de Cnoso hay una pista que puede resultar significativa. Hemos visto el testimonio de que la administración real en dicho lugar buscaba controlar las actividades de miles de personas, no sólo de la vecindad inmediata, sino a distancias de 70 km o más; el lugar más alejado que puede identificarse en las tablillas es *Kudōnia*, a unos 150 km de distancia. Está claro que el gobernador local de Festo, a más de 50 km de distancia, tenía escasa autonomía; tenía que comunicar a Cnoso en detalle el producto agrícola y la actividad industrial de su región. Es fácil creer que la administración estaba supercentralizada y esto llevó al descontento entre las ciudades que eran administradas de esta manera por control remoto. Creta se compartimenta naturalmente en áreas independientes y la existencia de cinco importantes palacios con documentos administrativos en época minoica demuestra que, cualquiera que sea la hegemonía que Cnoso ejerciera antes de la llegada de los griegos, los dirigentes locales disfrutaban de una gran dosis de autonomía. Tuve noticia de un paralelo moderno de esta situación cuando el obispo de Míres en el área de Festo estaba hablando sobre una notable empresa social que la Iglesia Ortodoxa había llevado a cabo en su diócesis; alguien le preguntó si había sido ayudado en la consecución de fondos por el Arzobispo y por otras regiones de la isla y él lo negó con indignación, asegurándonos que era por entero obra de su propia diócesis. No sólo son todavía los cretenses muy celosos del control ejercido sobre la isla por el gobierno nacional de Atenas; su patriotismo local llega hasta una fiera rivalidad entre las distintas partes de la isla.

Aun siendo divertido especular sobre la continuidad de actitudes entre las épocas antiguas y las modernas, debemos admitir que no contamos todavía con un indicio claro de la causa del colapso o del curso posterior de los acontecimientos en Creta. Es ésta un área de oscuridad que la labor arqueológica puede, probablemente, iluminar; necesitamos saber exactamente qué lugares fueron ocupados en la última mitad de los siglos XIV y XIII y qué tipo de actividad continuó después. Hasta hoy hay muy pocos testimonios de escritura, aunque aparentemente se pintaban en ocasiones jarras con inscripciones en Lineal B, pero hasta ahora no se ha encontrado fragmento alguno de tablilla de arcilla escrita en Lineal B en otro sitio que no sea Cnoso. ¿Se disolvió Creta en estados tan minúsculos que desapareció la necesidad de cuentas escritas?, ¿o su ausencia se debe meramente al azar? Dado que se necesita un buen incendio para darles la dureza necesaria para su conservación, puede ocurrir muy bien que las condiciones de otros lugares fueran contrarias a la conservación de los documentos. Resulta difícil creer que la Messará, por ejemplo, que había necesitado documentos escritos en época minoica, estuviera ahora tan fragmentada y empobrecida que no se llevaran cuentas.

Por mi parte preferiría pensar que, tras la destrucción del palacio de Cnoso, la población de habla griega de Creta estableció unidades administrativas mucho más pequeñas, que, después de muchos siglos, surgieron como las diminutas ciudades-estados de la época clásica, cuando encontramos a Tiliso, que había estado sometida a la Cnoso minoica, concluyendo un tratado con la sucesora de ésta en el siglo V. Debemos esperar que futuros trabajos arrojen más luz sobre esta cuestión.

Pilo

En Pilo la situación es bastante distinta. Pensamos que aquí podemos detectar pruebas claras de la situación crítica a la que el rey hacía frente. Hasta la fecha son demasiado pocos los documentos procedentes de Micenas y de Tebas para sacar conclusiones, cualesquiera que sean, de este tipo.

La época del año en la que Pilo cayó es más fácil de conjeturar que en Cnoso. Hay anotaciones de ovejas, pero no del esquileo de lana, y sólo unos pocos fragmentos de documentos de tejidos. No hay rastro de una cosecha de cereal o de vendimia. Todo apunta a una fecha muy temprana del año. El calendario parece confirmarlo; pero desafortunadamente sólo un nombre aparece acompañado de la palabra para mes y debe tratarse de un nombre de mes. Este es *Sphagiānios*, evidentemente el mes en el que tenía lugar el festival principal de Sphagiānes; los meses clásicos reciben nombres de lugares de una forma semejante. Pero hay otras dos palabras que por su empleo parece como si se trataran de nombres de meses. No estoy impresionado por uno que sugiere a primera vista el significado de «vino nuevo»; si se ha interpretado correctamente así, y hay serias dificultades en ello, habría pertenecido a finales de otoño. No obstante, el encabezamiento de la lista de sacrificios humanos (Tn 316; véase p. 123) es *po-ro-wi-to-jo* y L. R. Palmer (1963, pá-

gina 447) hizo la muy atractiva sugerencia de que éste era *Plowistoio*, «(en el mes) de la navegación». Dado que para los antiguos la temporada de navegación se abría a finales de marzo, éste sería el nombre de un mes de la primavera; y, dado que, como se ha demostrado, este documento muy probablemente pertenece a los últimos días del palacio, de aquí se desprende que Pilo fue destruida a comienzos de la primavera. Incluso el esquileo de las ovejas no se había completado.

El testimonio de que Pilo esperaba un ataque desde el mar ha sido examinado con detalle en el capítulo 9 (pp. 218-226). Los llamados Pueblos del Mar son los principales sospechosos, pero no hay pruebas directas para incriminarlos. Sin embargo, el estado de cosas revelado por la documentación de la industria del bronce (páginas 180-183) confirma ciertamente la idea de que, en este momento, los mares se habían vuelto inseguros, por cuanto está claro que Pilo dependía de las importaciones de metal para mantener la manufactura y, muy probablemente, la exportación de artículos manufacturados. Una industria que depende de esta forma de la navegación sería la primera víctima de un período de anarquía naval. La colecta de oro puede haber tenido también como motivo la defensa (véase p. 186).

Conclusión

Cualesquiera que sean las causas, los centros micénicos importantes fueron derribados e incendiados uno tras otro. Por toda Grecia el orden establecido, que había durado más de tres siglos, estaba llegando a su fin. Siguió el despoblamiento, poco importa que fuera como resultado de la guerra, de la peste o del hambre. La teoría de Rhys Carpenter (1966) de que el colapso de la Grecia micénica se debió a un cambio climático es una simple especulación que parece estar en contradicción con los datos de la paleobotánica; debemos exigir una prueba científica antes de aceptar esta explicación, ya que la parte menos satisfactoria de la misma es la gratuita suposición de que áreas como el Atica, que parece haber florecido en el siglo XIII, disfrutaron repentinamente de un clima más húmedo, cuando las cifras actuales muestran que tenía sólo la mitad de precipitación que Mesenia, donde el despoblamiento está tan bien atestiguado.

Solía estar de moda el asignar a los dorios el papel de villanos en la tragedia micénica. Los dorios eran las gentes que en épocas posteriores dominaron las regiones meridionales y occidentales del continente griego y conservaron una hostilidad tradicional hacia los

jonios, el pueblo que dominaba el Egeo central, hostilidad que culminó en veintisiete años de guerra en el siglo V. Dado que los dorios resultaron beneficiados por el colapso micénico, era natural culparles del mismo. Pero la dificultad principal ha sido siempre la ausencia de todo dato arqueológico de la serie de invasiones dóricas necesarias para explicar el cambio de dialecto. Una a una, las innovaciones materiales adscritas a los dorios se ha mostrado que no están relacionadas; no existe un elemento común que distinga las áreas lingüísticamente dóricas y sólo a éstas.

Se cree tradicionalmente que los dorios se desplazaron hacia el sur para ocupar sus patrias clásicas y no hay duda alguna de que existieron importantes cambios en la población en este período. Pero ¿dónde estaban todos los dorios durante la época micénica? Y ¿por qué se contentaron con esperar entre bastidores hasta que llegó el momento propio para su intervención? El período que va desde el siglo XI al VIII se denomina merecidamente la Edad Oscura de Grecia, ya que contamos todavía con muy escasa información sobre la misma, salvo la procedente de los miserables contenidos de tumbas comunes.

Quisiera finalizar, pues, con una interrogante. Pienso que la Edad Oscura no seguirá siendo totalmente oscura y estoy empezando a ver que de la oscuridad surgen algunas líneas generales. Esto, empero, queda fuera del ámbito de este libro. Cierta especie de continuidad hizo posible la transmisión, aun en una forma muy mutilada, de algunas historias de los grandes días de la Grecia micénica hasta la época en que un poeta magistral pudo utilizarlas como telón de fondo para dos grandes poemas narrativos. Pero por entonces el conocimiento real de la Edad del Bronce estaba ya muerto y los documentos sobre los que se basa este libro permanecían enterrados esperando su resurrección en nuestro siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA

BAUMBACH, L. (1968): *Studies in Mycenaean Inscriptions and Dialects 1953-1964*, Roma (volúmenes anuales editados por L. J. D. RICHARDSON, publicados por el Instituto de Estudios Clásicos de la Universidad de Londres).

BENNETT, E. L., Jr. (1957): Reseña de *Documents in Mycenaean Greek*, *Language 33*, pp. 553-68.

(1958): «Tentative identifications of the hands of the scribes of the Pylos tablets», *Athenaeum* 46 (N. S. 36), pp. 328-31.

BENNETT, E. L., Jr., y OLIVIER, J.-P. (1973): *The Pylos Tablets in Transcription*, Roma.

CARPENTER, R. (1966): *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge.

CASKEY, J. L. (1970): «Lead weights from Ayia Irini in Keos», *Arkheologikón Dheltíon* 24, pp. 95-106.

CATLING, H. W. y MILLETT, A. (1965): «A study of the inscribed stirrup-jars from Thebes», *Archaeometry* 8, pp. 3-85.

CHADWICK, J. (1958): *The Decipherment of Linear B*, primera edición, Cambridge [traducción española, Madrid, 1962].

(1963): «The Two Provinces of Pylos», *Minos* 7, pp. 125-41.

(1967a): «Mycenaean *pa-wo-ke*», *Minos* 8, pp. 115-17.

(1967b): *The Decipherment of Linear B*, segunda edición, Cambridge [traducción española, Madrid, 1973].

(1968): «The organization of the Mycenaean archives», *Studia Mycenaea* (Brno), pp. 11-27.

(1970): «Linear B tablets from Thebes», *Minos* 10, pp. 115-37.

(1973): *Documents in Mycenaean Greek*, segunda edición, Cambridge. (Véase Ventris y Chadwick.)

(1975): *Thebes Tablets II*. Suplemento a *Minos* No. 4.

CHADWICK, J., KILLEN, J. T. y OLIVIER, J.-P. (1971): *The Knossos Tablets*, cuarta edición, Cambridge.

EVANS, A. J. (1935): *The Palace of Minos at Knossos*, Vol. 4; 2, Londres.

GRAVES, R. (1958): *The Greek Myth*, Londres [traducción española, Buenos Aires, 1967].

KARAGEORGHIS, V. (1969): *Salamis in Cyprus*, Londres.

KILLEN, J. T. (1964): «The wool industry of Crete in the Late Bronze Age», *Annual of the British School at Athens* 59, pp. 1-15.

(1966): «The Knossos Nc tablets», *Proceedings of Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies*, pp. 33-8.

LANG, M. (1964): «The Palace of Nestor excavations of 1963, Part II», *American Journal of Achaeology* 68, pp. 99-105.

LEJEUNE, M. (1966): «Le récapitulatif du cadastre Ep de Pylos», *Proceedings of Cambridge Colloquium on Mycenaean Studies*, pp. 260-4.

LINDGREN, M. (1973): *The People of Pylos*. Partes I y II, Uppsala.

McDONALD, W. A. y RAPP, G. (1972): *The Minnesota Messenia Expedition: Reconstructing a Bronze Age Regional Environment*, Minneapolis.

MELENA, J. L. (1972): «On the Knossos Mc tablets», *Minos* 13, pp. 29-54.

(1974): «*ki-ta-no* en las tablillas de Cnoso», *Durius* 2, pp. 45-55.

NILSSON, M. P. (1927): *The Minoan-Mycenaean Religion and its Survival in Greek Religion*, primera edición (segunda edición, 1950), Lund.

NINKOVICH, D. y HEEZEN, B. C. (1965): «Submarine geology and geophysics», *Colston Papers* (Bristol), 15, pp. 413-52.

OLIVIER, J.-P. (1967): *Les Scribes de Cnossos*, Roma.

(1969): *The Mycenae Tablets IV*, Leiden.

(1974): «Une loi fiscale mycénienne», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 98, pp. 23-35.

OTA, H. (1959): «Pyurosu monjo ni okeru DA oyobi TA», *Shigaku Zasshi* 68, pp. 60-72.

PALMER, L. R. (155): «A Mycenaean calender of offerings», *Eranos* 53, pp. 1-13.

(1959): «Methodology in 'Linear B' interpretations», *Die Sprache* 3, pp. 128-42.

(1961): *Mycenaeans and Minoans,* Londres.
(1963): *The Interpretation of Mycenaean Greek Texts,* Oxford.
SHELMERDINE, C. W. (1973): «The Pylos Ma tablets reconsidered», *American Journal of Archaeology* 77, pp. 261-75.
TAYLOUR, Lord William (1964): *The Mycenaeans,* Londres.
TRITSCH, F. J. (1958): *Minoica:* J. Sundwall Festschrift, pp. 406-45.
VENTRIS, M. y CHADWICK, J. (1956): *Documents in Mycenaean Greek,* Cambridge, primera edición (segunda edición, CHADWICK, 1973).
VERMEULE, E. (1964): *Greece in the Bronze Age,* Chicago [traducción española, México, 1971].
WYATT, W. F., Jr (1962): «The Ma tablets from Pylos», *American Journal of Archaeology* 66, pp. 21-41.

INDICE ANALITICO

ábaco, 56
abreviaturas, 53 s., 57, 112 s., 160, 169
Acaya, 76
aceite de oliva, 98, 143, 160 s., 198
aceitunas, 135, 155, 160 s.
administración, 61, 85, 97 ss., 102 ss., 144, 167, 240
Afrodita, 117, 119, 133
Agamenón, 93, 229
agricultura, 136 ss.
agrími, 168
Aigaleon, monte, 63, 67
Aiguptios, 93
Aipu, 70
Akrítas, cabo, 61, 65, 221-22
Akrotíri, 25
alazor, *véase* cártamo
albañiles, 107, 177
Alejandra, -o, 88, 94
alfareros, 99, 142, 188
Alfeo, 64, 68, 235
alfóncigos, *véase* pistachos
alumbre, 107, 200 s.
Amári, valle de, 81
Amarinto, 132
Amniso, 76-7, 131
análisis de la arcilla, 84
Anáphi, 30
Anapodháris, 81
Anfimedes, 101, 151, 168
Anógnia, 81
anteojeras, 171, 211
apicultura, 162 s.
apio, 158
Apolo, 117, 119, 121, 133
Aptara (Aptarwa), 84, 105
aqueos, 22, 225
Aquiles, 93, 227, 229
Arcadia, 64, 71, 220
arcos, 169 s.
archivadores, 40, 45, 47
archivos, *véase* dependencia de archivos
Ares, 117, 121, 128, 133
Arkalokhóri, 126
armadura, 184, 203 ss.
armas, 184, 216 ss.
arnés, 211
arrendatarios, 148 ss.
Artemis, 117, 132
artesanos, 27, 107, 153, 177
Asia, 110, 194
Asrabia, 95
Asine, 65

Asiria, 40
asno, 163
Atena, 117, 120-21, 124, 126, 128
Atenas, 34, 177, 240
Atlántida, 29
Axos, 81 s.
azafrán, 137
azagayas, 218

balanza, 136 s.
bañeras, 23, 183
barcos, 219
batanero, 67, 99
Bennett, E. L., 14, 44, 47
Blegen, C. W., 44, 97, 178, 189
Beocia, 34, 97, 132, 177, 220
berros, 159
bridas, 171, 211
bronce, 103, 137, 179 ss., 198, 203, 213, 233, 242
broncistas, 95, 101, 108, 126, 179 ss.
bueyes, 164-65

caballos, 24, 125, 163 s., 209 s.
cabras, 76, 83, 135, 168 ss.
cálamo, 159
calendario, 130, 238
calzado, 171
canastas, 40
carios, 25
carne, 171
Carpenter, R., 242
Caskey, J. L., 139
Catling, H., 84
carreteras, 211
carros de guerra, 49, 52, 101, 163, 184, 208-16
cártamo, 158
cautivos, 90, 110
cazadores, 172, 197
cebada, 107, 135, 143, 146 ss.
Céfiro, 110
Ceos, 25, 139
cerdos, 83, 105, 135, 170
cereales, 144 ss.
cifras, 50, 55, 170, 197
cilantro, 157 s.
cipero, 135, 159, 163
ciprés, 23, 65, 216
Citera, 25
clases inferiores, 106 ss.
Cnido, 110
Cnoso, 22, 27, 32, 36, 43 s., 49, 52, 76 ss., 85, 92, 97, 99, 139, 155, 208, 219, 226, 237 ss.
cobre, 179, 200
comercio, 179, 198 ss.
comino, 158, 185
construcción, 173 ss.
Corinto, 34, 64, 93, 177
corvée, 106, 109
cosecha, 155 ss.
coselete, 204 ss.
cótila, 140 s.
Cracatoa, 29 ss.
Creta, 24-5, 27, 30-4, 76 ss., 116, 134, 138, 144, 159, 165 ss., 183, 202
cronología, 15, 32, 44, 51
cuernos, 168 ss., 187
cuero, 170 s., 203
vacuno, 171; *véase también* pieles

chimenea, 178
Chipre, 51, 179, 191, 200

dagas, 216 s.
da-mo-ko-ro, 98, 106, 186
damos, 99, 105, 150, 154
datación, *véase* cronología
dátiles, 159
Dawos *(Da-wo),* 79, 109, 155, 160
Dédalo, 131
defensa costera, 94, 103-04, 107, 186, 221 ss.
Delos, 182
Demeter (Damater), 117, 119, 125, 129
dependencia de archivos, 41, 44, 51, 97, 215
deportes taurinos, 25, 230

desocupados, 180
Dhendrá, 184, 203 ss.
Dicté (Dhíkti), monte, 31, 77, 131
Dioniso, 117, 119, 133-34
diosa Tierra, 117, 119, 125
dioses, 115 ss.
ctónicos, 117
olímpicos, 117 ss.
Domesday Book, 147 s., 151 s.
dorios, 22, 81, 242 s.
Drimios, 128

Egipto, 93, 169, 198, 225
ejército, 101, 203; *véase también* organización militar
E-ke-ra$_2$-wo, 99-100, 154, 163, 186
Eleusis, 84
Eleuthia (Eileithyia), *véase* Ilitía
Élide, 34
emigrantes, 64, 225
Enialio, 121, 128, 133
encabezamientos, 55, 178
Epídhavros, 211
Epiro, 24
época del año, 52, 155, 197, 226, 241
e-qe-ta (hequetai), 93, 100 ss.; *véase también* Seguidores
Erinia, 131
Eritha, 106, 151
Erkhomenos, 64
errores, 40, 49, 113, 170
Erumanthos, monte, 64
Esciro, 209
esclavos, 95, 102, 107 ss., 113, 144, 192, 194
escribas, 42, 47, 51, 107
ejercicios de, 214
escritura, 16, 27, 39, 51, 70, 90
escudos, 208, 230
Esfacteria, 59, 220
espadas, 216 s.
Esparta, 34, 90
especias, 157 ss.
esquileo, 168, 238
Esquilo, 118
estaño, 179
estatuas, 135
estilo, 40, 47
estructura social, 97 ss.
Eteocles, 93
etimología, 117 s., 119, 189
etiquetas, 41 s., 49
Etolia, 24
Eubea, 132
Evans, sir A., 43, 45, 97, 138 s., 169 s., 216 s., 238 s.

fenicios, 159, 185
festivales, 130
Festo, 27, 52, 79, 97, 167, 192, 240
feudal, sistema, 151 ss.
filisteos, 225
fincas, 99 s., 104, 146, 153
flechas, 218
flota, 99 s., 107, 203, 219
fortificaciones, 31, 63, 177, 220
fragmentos de tablillas, 42 ss.
Furias, 131

gamos, 171
ganado, 163 ss.
mayor, 83
vacuno, 164 s.
ovino, 165
garabatos, 48
geografía, 59 ss., 233 s.
Gla, 97, 177, 220
gobernadores, 79, 102 ss., 182, 185, 196, 221
Godart, L., 43
Gourniá, 30, 97
grafía, 47, 55, 122, 214
Graves, R., 116
griego
lengua, 24 ss.
moderno, 17 s.

Hades, 125, 128
Haghia, monte, 59, 63

Hághia Triádha, 79, 97-8, 137, 171
Hághios Khristóphoros, 70
Hághios Nikólaos, 83
Halicarnaso, 110
Hankey, H., 20, 41
harina, 135
Héctor, 94, 236
Heezen, B. C., 31
heilotes, 90
Helos, 65, 235
Hefesto, 120, 126, 133, 227
hequetai, véanse e-ge-ta y Seguidores
Hera, 117, 119, 121, 128-29
Hermes, 117, 119, 121, 128-29, 133
herreros, *véase* broncistas
hierogamia, 130
hierro, 179, 233
higos, 99, 111, 135 s., 143, 146, 154, 161, 200
higueras, 154
hilanderas, 109, 193
Himeto, 162
hinojo, 158
hititas, 76, 92, 110, 209
Homero, 64 s., 83, 93 s., 98, 118, 124, 128, 132, 163, 199, 216, 227 ss.
Hope Simpson, R., 95

Ida, monte, 77
ideogramas, 16, 53 ss., 162, 183, 185, 207
Ierápetra, 85
Ilíada, véase Homero
Ilitía, 132, 163
Inatos, 83
incrustación, *véase* marquetería
indoeuropeo, 23, 91, 117, 124
industria, 173 ss.
iniciación, 134 ss.
intervisibilidad, 63
Ithómi, monte, 68, 71

jabalinas, 182, 218
jarras de estribo, 39, 84, 143, 198
jengibre, 159
jonios, 22, 243
juegos de tablillas, 45, 50, 54, 147, 221
junca avellanada, larga, *véase* cipero
junco, 159
Kalamáta, 59, 65, 70-2, 211, 221
kalderim, 211
Kalí Liménes, 77
Katákolo, 64
Káro Zákros, 97
Khaniá, 83, 85, 98
Kharadros *(Ka-ra-do-ro),* 65, 70-1, 197
Khóra, 70, 123, 188
Killen, J. T., 14, 20, 43, 165-67, 192-193, 195
Kiparissía
ciudad, 61, 63, 65, 68, 70, 188, 220
río, 68, 168, 223
klawiphoros, 102
koreter, 102 ss., 185
Koróni, 65, 67, 72, 224
Kretschmer, P., 22
Kudonia, 83, 240
Kuparissos, 65
Kutaion, 82

laberinto, 48, 131
Laconia, 34, 90
lana, 49, 124, 132, 135, 165-66, 191 ss.
Lang, M., 142-43
lanzas, 182, 217 s.
Lato, 83, 155
Lawagetas, 99 ss., 154 ss., 169, 186, 203, 233
leche, 171
lechos, 55
Lejeune, M., 101
Lemnos, 110
lenguas no griegas, 23, 25, 90
leñadores, 70
Leuctron, 64, 71, 194, 198
Likódhimos, monte, 59
lienzos, 195 ss., 203 s.

linaza, 195, 197
Lindgren, M., 100
Lineal A, 14, 84-5, 87, 92, 98, 136, 140, 146
lineras, 109, 193 ss.
lingotes, 179 ss., 213
lino, 53, 193 ss., 203 s.
Lito, 155
Lousoi, 66, 130

maderas, 178, 189
Mállia, 77, 82, 97
Máni, 64
manos de escriba, 47
Maratón, 158, 191
marfil, 182, 190 s., 199, 211, 215 s., 227
Marinátos, S., 25, 28, 126, 140, 142
Marineus, 132
marquetería, 190
Mátala, 79
material escriptorio, 51
Marrozoúmenos, 72
McDonald, W. A., 72, 95
medidas, 17, 56, 136 ss., 166, 195
de capacidad, 140 ss.
de peso, 136 ss.
megaron, 178
Melena, J. L., 159, 170
Melos, 25
menta, 158
Merambéllon, golfo de, 82
mercaderes, 199 ss.
mesas, 189 ss.
Mesenia, 59 ss., 65, 95
golfo de, 63, 65, 68, 221 ss., 224
valle de, 63, 67, 71 ss., 168, 220
meses, 31, 123, 130, 143, 226, 238
Messará, 77, 79, 81, 155
metales, 179 ss.
Metapa, 68 ss.
Methóni, 61, 71, 221
Micenas, 17, 34, 36, 55, 97, 99, 107, 126, 157, 173, 177, 187, 211
miel, 100, 132, 135, 162 s.
Mileto, 110
mina, 137
minoicos, 25 ss., 76, 85, 87, 116, 142, 144, 202
Minos, 97, 131, 157
Mírtos, 31
mitos, 116
mobiliario, 188 ss.
moleduras de grano, 109
mozas de baños, 109
mujeres, 49, 153, 192
Murray, C., 20

Navaríno, bahía de, 59, 61, 63, 68, 70, 130, 220, 223 s.
Návplion, 211
Neda (Nédha), 63, 68, 222, 235
Nedon *(Nedwon),* 65, 72
Néstor, 64-5, 97, 233
nielo, 185
Nikhória, 30, 72, 74
Ninkovich, D., 31
nombres propios, 38, 54, 87 ss., 186
numerales, 16, 50, 53, 55
Nueve Ciudades de Pilo, 66, 106

Odisea, véase Homero
olas, 30 ss.
Olimpia, 64, 68
Olimpo, monte, 117
Olivier, J.-P., 14, 43, 47, 170
Orestes, 93
organización militar, 218 ss.
Orkhomenos, 64
oro, 103, 127, 137, 179, 185 ss., 199, 227
Ota, H., 112
ovejas, 53, 82 s., 100, 126, 135, 165 ss.

Pablo, san, 77
Page, sir D. L., 25
Pa-ki-ja-ne, véase Sphagianes
palacios, 97, 178 ss.
palmera, 159

Palmer, L. R., 112-13, 123, 142, 164, 188, 197, 207, 241
palotes, 56
Pámisos, 72, 74
paños, 49, 192 ss.; *véase también* tejidos
Papapostólou, I., 84
parágrafos, 54
parcialidad del archivo, 50, 147, 180
Parry, M., 228
pasta vítrea azul, 107, 190
pastores, 52, 91, 167, 215
Peán (Paiawon), 121
pelasgo, 90
peonaje, 107
perfume, 157 ss.
perioikoi, 90
Peristéri, 68
Peristeriá, 188
Perséfone, 125, 128
perros, 172
pesos, 17, 56, 136 ss.
Pherai, 64
Philiatrá, 65, 70
Phinikoús, 71, 197, 221, 224
pieles, 51, 164, 169, 171, 208
Pilo (Áno Englianós), 34, 36, 59, 63, 67, 92, 95 ss., 97, 110, 142
  caída de, 64, 123, 156, 224 ss., 241 ss.
  Provincias de, 66 ss., 111, 194, 198, 233 s.
Pílos, 59, 61, 63, 70, 211, 221
Pisa *(Piswa)*, 64, 68
pistachos, 159
plata, 179, 184 s., 199, 216
Platón, 29
Pleurón, 65, 219
plomo, 179, 185
población, 95 s.
poleo, 158.
Posidón, 99 s., 106, 117 s., 121, 126 ss., 153
Potura, 121, 124 ss., 129, 132, 167, 181
predios, 104, 143, 146 ss.
prokoreter, 102 ss.
Provincia Cismontana, 67 s., 70 ss., 106, 111, 168, 198
  Tramontana. 68, 71 s., 95, 103, 111, 168, 194, 191
Pueblos del Mar, 225 s.
Puertos Seguros, 77
quénice, 141
queso, 100, 172

raciones, 108, 112 s., 135, 143, 146, 156 s.
ratio de siembra, 146 s.
reconstrucción de las formas micénicas, 55
religión, 115 ss., 153
remeros, 99 s., 107, 109, 219
Réthimnon, 81, 83, 85
rey, 93, 98 ss., 124, 130, 144, 167, 186, 197, 200, 233
Rhion *(Ri-jo)*, 64, 67, 70 s.
Rodas, 25, 147.
ruedas, 49, 52, 209 ss., 215 s.
ruedero, 100, 153

sacerdotes, sacerdotisas, 106, 128, 151
sacrificio, 124, 129, 171
Salamina, 191
Schliemann, H., 232
seísmo, 29, 239
Seguidores, 102 ss., 104, 151, 216, 219, 222 ss.
semidioses, 126
semillas, 157 ss.
semítico, 158, 185
servicio, 150
sésamo, 158, 185
Shelmerdine, C. W., 20, 72
siembra, 146
siervos de la divinidad, 106, 114, 150
Siete Ciudades de Pilo, 67 ss.
sillas, 189
Sinopoulos, P. A., 20
Sitía, 83, 85
sistema sexagesimal, 56, 137, 185
Skála, 72

Soúdha, bahía de, 84
Soúlima, valle de, 68, 70
Sphagianes *(Pa-ki-ja-ne)*, 67, 102, 105 s., 123 ss., 127, 130, 135, 147, 150, 152, 155, 241
subarrendatarios, 148 ss.
supervisores, 112 ss.
Sybrita, 81

taburetes, 42, 189
tablillas, 27, 36 ss., 52
Taïghetos, monte, 71
talento, 136 ss., 145
taracea, *véase* marquetería
tarja, 42
Taylour, lord W., 126
Tebas, 34, 36, 38, 84, 99, 124-25, 132, 185
tejedores, 109, 193 ss.
tejidos, 49, 101, 109, 167, 191 ss.
telestai., 100, 104 ss., 150, 154
templos, 182, 186
tenencia de tierras, 49, 99 ss., 147 ss., 155
Tera, 25, 27-32, 140, 142, 144, 219, 239
terebruto, 23, 159
terratenientes, 106, 148
Tesalia, 24, 34
Tetrázi, montes, 68
Thomas, C. G., 20
Thrónos, 81
Tierno Galván, E., 11
Tíliso (Tulisos), 77. 81, 93, 155, 241
Timbáki, 79
Tirinte, 34, 36, 97, 155, 177, 235
tomillo, 162
topónimos, 17, 38, 46, 64 ss., 84, 93, 110, 154, 196, 224
totales, 51, 56, 196, 216
transcripción, 16, 55
tribus, 94, 197, 222
trigo, 79, 111, 143, 146 ss., 155 ss.
Troya, troyanos, 94, 116, 202, 227, 232 s.
trueque, 199
Tsoúdsouro, 83
tsunami, 30
Tucídides, 24, 195
tumbas de *tholos*, 60, 188
túnica, 204, 212 s.

Ulises, 125, 217, 227, 229, 235
ungüento, 98, 129-30
uniones de fragmentos, 43
Utanos *(U-ta-no)*, 107, 131

Váphio, 187
vasijas, 115, 124, 127-29, 142, 183 s., 187, 189
vasos inscritos, 38, 84 s., 240
vellones, 100, 170
vendimia, 162, 238
Ventris, M., 11, 36, 121, 142
vestimenta, 101, 191
vides, 99, 154, 161 s.
vientos, 131, 238
vino, 100, 134, 161 s.
Voïdhokiliá, 60, 220, 224
volcán, 28 ss.
Volimídhia, 70

Wace, A. J. B., 199
Wedaneus, 100, 186
Wyatt, W. F., 72

yelmos, 204, 230
yeso, 139
yuntas, 164

Zacinto, 216
Zeus, 117 ss., 121, 128 s.